

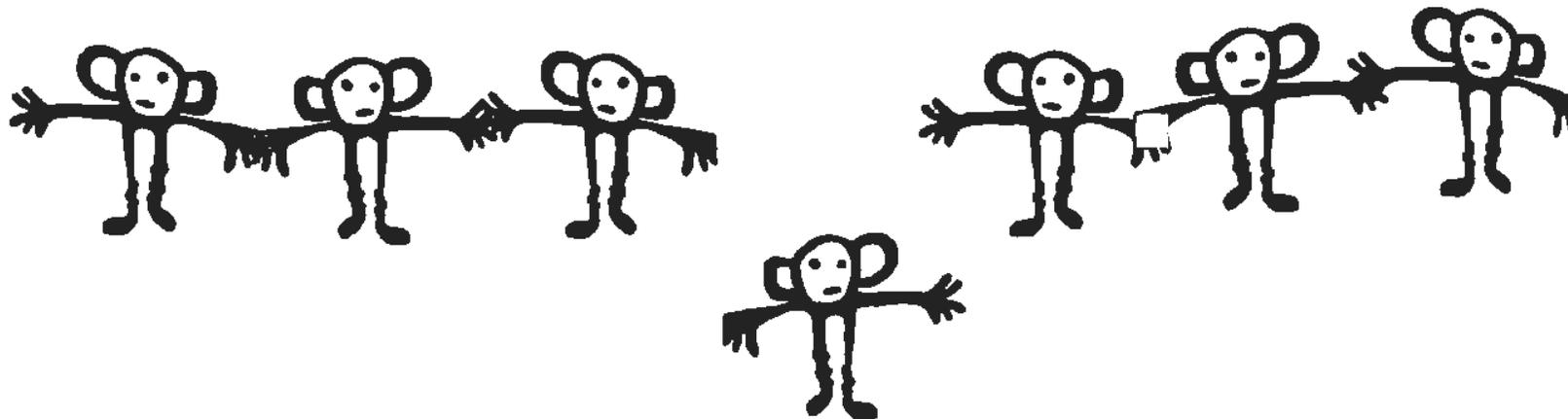
EL CARIBE



ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*





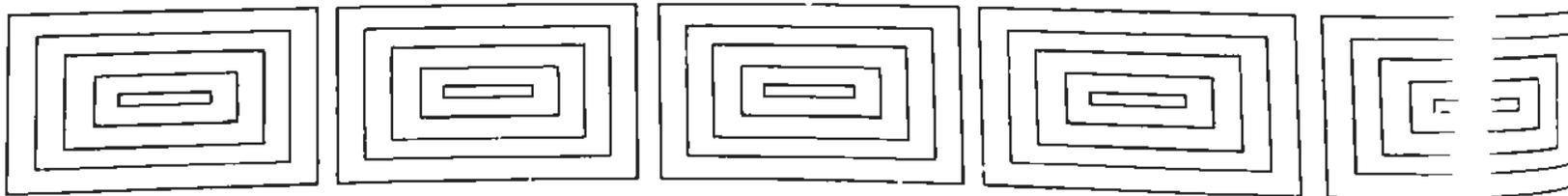
Para colaborar con *El Caribe Arqueológico*:

Los trabajos deben tener una extensión máxima de 15 cuartillas —30 líneas y 60 caracteres por línea— incluidos anexos y bibliografía.

Pueden ser presentados mecanuscritos o en disquetes, compatibles IBM, en español, inglés o francés.

La aprobación de los textos que serán publicados será comunicada previamente a los autores.

No se devolverán originales no publicados.



EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*

2 / 1997

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marcio Veloz Maggiolo
Lic. Jorge Ulloa Hung
Dra. Betty Meggers
Dra. Maria Nelsa Trincado

CONSEJO ASESOR

Dr. Mario Sanoja (Venezuela)
Dra. Iraidia Vargas (Venezuela)
Dr. Carlos Angulo (Colombia)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)
Dr. M. Rivero de la Calle (Cuba)
Dr. José M. Guarch (Cuba)
Dr. José Alcina Franch (España)

Correspondencia a

☐ Casa del Caribe
Calle 13 No 154 esq 8
Rpto. Vista Alegre.
Santiago de Cuba, 90400
CUBA Tlf (53)(226)42285 y
(fax) 42387 E-mail
caribe@artsoft.cult.cu

☐ Marcio Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

☐ Betty Meggers
Taraxacum S. A.
MNH-112
Anthropology 20560
Washington D. C.,
USA

BETTY J. MEGGERS

IRAIDA VARGAS ARENAS

PEDRO PABLO GODO

JORGE ULLOA HUNG
ROBERTO VALCÁRCEL

JUAN MANUEL REYES C.

JUAN E. JARDINES M.
JORGE CALVERA ROSÉS

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS

ALFONSO CORDOVA MEDINA
ROLANDO CRESPO DIAZ
OSVALDO JIMÉNEZ VÁZQUEZ

ELENA GUARCH

ANDREA G. DRUSINI
FERNANDO LUNA CALDERÓN

MANUEL RIVERO DE LA C.
JORGE O. TRAPERÓ PASTOR

LUIS R. TORIBIO SUÁREZ

CARLOS A. HERNÁNDEZ
LISETTE ROURA ALVAREZ

MARIA NELSA TRINCADO

2 Enfoque teórico para la evaluación de restos arqueológicos

8 Historia arqueológica de Caracas. Proyecto de arqueología urbana

19 El problema del protoagrícola de Cuba: Discusión y perspectivas

31 Las comunidades apropiadoras ceramistas del suroeste de Cuba. Un estudio de su cerámica

41 Estudios dietarios de cinco sitios "apropiadores ceramistas" del suroriente cubano

50 Estudio técnico-estilístico de objetos de carácter supreestructural de los grupos aborígenes agroceramistas de Las Antillas

64 Introducción a la arqueología del contacto indohispánico en la provincia de Holguín, Cuba

78 Importancia arqueológica y zoológica del sitio Solapa de Silex

84 Última cena

85 Antropología física de los tainos de La Española

88 Estudio de los restos humanos aborígenes del sitio arqueológico La Luz

93 Los dientes: testigos de la vida y la muerte de los preagroalfareros de Cuba

108 Apuntes en torno a la naturaleza de los contextos arqueológicos en La Habana intramuros

114 El aborígen y la Caridad del Cobre

Director:

Joel James Figarola

Editores:

José M. Fernández Pequeño
Jorge Luis Hernández

Diseño de cubierta:

Luis J. Garzón Masabó

Del Caribe, publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscripta en la administración de Correos, zona postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620/168, acogida a la tarifa de impresos periódicos / ISSN-0864-1331.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum S.A.



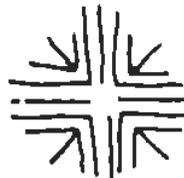
TARAXACUM S.A



PERSPECTIVAS

ENFOQUE TEÓRICO PARA LA EVALUACIÓN DE RESTOS ARQUEOLÓGICOS

BETTY J. MEGGERS



ENFOQUE TEÓRICO PARA LA INTERPRETACIÓN DE LA CULTURA

La arqueología es la ciencia que reconstruye el desarrollo y la diseminación de las culturas del pasado a partir de rastros incompletos y a menudo casuales de evidencias directas o inferidas. Se ha señalado frecuentemente que los datos de la arqueología son muestras pequeñas y no representativas de una cultura alguna vez actuante, lo que sugiere que si la evidencia sobreviviente fuera más completa, el trabajo de la reconstrucción histórica se simplificaría mucho. Se ha prestado menos atención al hecho, bien documentado por las culturas vivientes, de que el cambio cultural no ocurre con un ritmo uniforme, ya sea en aislamiento o en situaciones de aculturación. Algunos rasgos son de popularidad pasajera, mientras otros perduran por siglos; algunos se difunden rápidamente, otros lo hacen erráticamente, y asoman en regiones distantes entre sí; algunos se diseminan con pocas modificaciones, otros se alteran drásticamente. Como resultado, la evaluación de los restos arqueológicos no es el simple problema de lidiar con evidencias incompletas y no representativas, sino también con evidencias modificadas en diferentes grados y en diferentes maneras, en distintos puntos del tiempo. Buena parte del desacuerdo entre los arqueólogos sobre la significación que debería otorgarse a ciertos tipos de restos arqueológicos resulta de la ausencia de un enfoque teórico uniforme para la evaluación del efecto de estas variables.

Lo grave de esta situación hace que en busca de una posible clarificación valga la pena mirar hacia la biología, la disciplina científica cuya materia de estudio es más cercana a la antropología. Aunque lo biológico y lo cultural son dos categorías distintas, tanto el contenido como el comportamiento de los fenómenos son de un nivel similar de complejidad. Los biólogos se enfrentan a un vasto orden de especies, que difieren ampliamente en estructura y en capacidad de reaccionar ante el mundo externo; los antropólogos lo hacen a un vasto orden de culturas de distintos grados de complejidad. Los biólogos deben clasificar las plantas y animales vivos y extintos dentro de categorías significativas, lo que arroja luz sobre el proceso

que permitió el surgimiento de esa diversidad; los antropólogos intentan hacer lo mismo con las culturas. Los biólogos estudian las relaciones de la fauna y la flora entre sí y con el medio físico, para entender algunos de los principios que subyacen en la extinción, la supervivencia o la modificación de las especies; los antropólogos han emprendido estudios sobre aculturación y ecología cultural por razones similares. De tal forma, nuestros problemas son muy parecidos, aunque el material de estudio tiene una gran diferencia. Los antropólogos son incapaces de liberarse completamente del antropocentrismo al tratar los fenómenos culturales, lo que con frecuencia da lugar a que recurran a explicaciones como "genio" o "libre albedrío" cuando se enfrentan con una disyuntiva que implica determinismo cultural. Los biólogos, en cambio, no se sienten impulsados a atribuir el desarrollo del casco del caballo o del ojo del halcón a ninguna otra cosa sino a la operación de las fuerzas naturales.

Con la ventaja de su mayor objetividad, los biólogos han hecho considerables progresos en el esclarecimiento de la complicada trama de la evolución y han hecho posible por lo tanto la sugerencia de algunos de los mecanismos por los cuales fue producida. En la actualidad son reconocidas cuatro fuerzas evolucionistas básicas o primarias: la mutación, el flujo de los genes (o recombinación), la selección y la deriva (Grant, 1963: 149-151, 431). Las dos primeras producen variación porque introducen nuevos elementos o alteran la combinación de los elementos existentes; sus contrapartes culturales son la invención (descubrimiento) y la difusión (aculturación), las cuales cumplen un papel similar en la producción de la variación cultural (cf. Linton, 1955: 661-2). Las segundas dos fuerzas "ordenan esta variabilidad y establecen los tipos de variantes en nuevas frecuencias en una población" (Grant, 1963: 150); en otras palabras, llevan a la formación de subespecies, especies y formas de vida cada vez más divergentes. En la antropología cultural, estos procesos han recibido menos atención, aunque los lingüistas han reconocido la deriva como un mecanismo importante que lleva al cambio en las lenguas (cf. Vogt, 1960, 1964). Puesto que tres de los procesos biológicos tienen paralelos culturales, es razonable suponer que la selección natural puede operar también en la cultura de una manera semejante a como lo hace en la biología, aunque los antropólogos se interesan por los resultados de la variabilidad individual en la capacidad de comportarse, de acuerdo con el ideal cultural, mientras que los biólogos tratan con los resultados de la variabilidad genética expresada en genes alternativos y en la combinación alternativa de genes.

Aunque generalmente es percibida como un proceso de cambio, la selección natural en biología es también un proceso para el mantenimiento de la estabilidad, con el resultado de que una especie puede persistir en forma casi idéntica (es decir, con tan poca alteración que continúa constituyendo una sola especie) por millones de años. El valor de este tipo de selección para la supervivencia es explicada por Grant (1963: 213).

Cualquier población de organismos existe en un determinado medio y debe estar ajustada o adaptada para existir exitosamente en su hábitat particular. Si el medio permanece estable y la población ya ha llegado a un alto estado de adaptabilidad, el principal efecto de la selección será eliminar las variantes periféricas o los tipos divergentes que aparecen por mutación, migración genética o recombinación. Un cierto rango de genotipos de probada aptitud es entonces preservado de generación en generación. Esta forma de selección, conocida como selección estabilizadora, no causa cambios evolucionistas, sino que más bien mantiene un estado existente de adaptación.

La operación de un mecanismo similar en la cultura podría explicar la estabilidad de muchas culturas primitivas bajo condiciones ambientales especiales, y la falta de aceptación de nuevos rasgos cuando existen tales oportunidades. La falta de la agricultura para sustituir la recolección de mariscos en la costa sur de Brasil hasta casi el final del período aborigen (Silva y Meggers, 1963: 126-7), y la larga supervivencia de rasgos no materiales, tales como los mitos entre los grupos errantes (Meggers, 1964: 524-5) pueden ser ejemplos culturales de selección estabilizadora. Si es verdad que el maíz fue introducido alrededor del 1500 a. C. en la costa peruana sin causar ningún cambio importante en el patrón cultural (Kidder II, Lumbreras y Smith, 1963: 923), la selección estabilizadora puede haber sido la razón.

La uniformidad de una población biológica depende del mantenimiento de una composición genética constante. Debido a la fluctuación al azar, la presencia de ciertos alelos en cualquier tiempo dado será mayor o menor que al promedio estadístico. Tales fluctuaciones casuales son llamadas "deriva genética" y representan una fuente potencial de gran variación bajo ciertas circunstancias. Un ejemplo biológico provisto por Grant (1963: 278) demuestra cómo la deriva puede operar para alterar el color de una flor: Si el gen A controla el color de la flor, y si los varios alelos determinan una serie de matices desde el azul hasta el blanco, como el azul fuerte, el azul claro, el

azul pálido y el blanco, la población paterna grande y polimorfica comprenderá una mezcla variable de individuos que tengan diferentes tonalidades. Como resultado de la deriva, un fragmento de esta población puede hacerse homogénea respecto a un color de flor. Si la deriva ocurre repetidamente en diferentes segmentos de la población original, puede aparecer una serie de colonias que se caractericen por flores de diferentes colores en forma pura. Una colonia hija podría ser totalmente blanca, otra toda azul fuerte, y todavía otra azul claro.

En otras palabras, la deriva puede producir "la divergencia entre diferentes colonias contemporáneas descendientes de una población ancestral común" (Grant, 1963: 286). Tal divergencia puede ser rápida y llamativa, aun cuando las colonias habiten ambientes similares (Grant, 1963: 288, 459)

Las implicaciones de tal teoría para la cultura son intrigantes. Por ejemplo, los intentos para relacionar la fase Valdivia con otros complejos cerámicos tempranos en las costas de Perú, Colombia y Panamá han puesto de manifiesto el hecho de que estas difieren ampliamente unas de otras, aunque cada una posea unos pocos rasgos que la unen con la fase Valdivia. La operación de un mecanismo de deriva cultural podría producir tal variedad. De la misma forma, como cada población biológica está formada por un conjunto (*pool*) de genes, cada cultura está formada por un conjunto (*pool*) de rasgos, y como cada gen tiene muchos alelos, cada rasgo tiene muchas variaciones individuales en la expresión. En una población grande, las diferencias individuales se promedian y la posibilidad de que se produzcan marcadas alteraciones en el complejo cultural es mínima. En cambio, una colonia estaría compuesta de un pequeño grupo de individuos que probablemente no representan el rango total de la cultura ancestral. En la alfarería, este "error de muestreo" podría resultar en una rápida divergencia, ya sea por selección de algunas técnicas decorativas y abandono de otras, o por la disminución del rango de variación en el tratamiento de la superficie o de las formas de las vasijas, o por una combinación de cambios que disminuyen la heterogeneidad del conjunto. Las diferencias entre los complejos cerámicos de la fase Valdivia temprana, Puerto Hormiga, Monagrillo y Guañape, son lo que podría esperarse como resultado de un proceso de deriva cultural que opera de una manera similar a la deriva genética.

La existencia de deriva cultural no solamente ayuda a explicar las divergencias entre complejos culturales relacionados pero aislados,

sino que el concepto ofrece una guía para valorar las conexiones culturales y hace del resultado esperado la diferenciación en lugar de la semejanza. Los complejos con un ancestro común deberían compartir cierto número de características generales, pero no necesariamente duplicar todos ni aun la mayoría de los rasgos que los componen. En otras palabras, aun con una completa preservación, no deberíamos esperar encontrar la reproducción de un complejo ancestral en toda su variedad. Por el contrario, la existencia de una correspondencia cercana puede ser interpretada como el reflejo de circunstancias especiales, tales como un traslado organizado de la población o un esfuerzo consciente por mantener la forma cultural anterior. La deriva no puede ser usada para postular conexiones culturales donde no hay evidencia, con la suposición de que el cambio ha progresado hasta el extremo de producir una alteración total, pero una combinación de deriva y selección puede hacer comprensible la apariencia simplificada de muchos complejos culturales o cerámicos que se han dispersado hacia ambientes nuevos y se han aislado del grupo ancestral.

Otro concepto biológico interesante y potencialmente relevante es el de paralelismo, definido por Simpson (1961: 103) como "la ocurrencia independiente de cambios semejantes en grupos de ancestro común y porque tienen un ancestro común". Esto se distingue de la homología —rasgos derivados de un ancestro común— y de la convergencia —el desarrollo independiente de rasgos similares por grupos no relacionados (Oschinsky *et al*, 1964). La fuerza de la tradición cultural para determinar la aceptación o el rechazo de nuevos rasgos y la necesidad de que estos sean compatibles con la continuidad funcional de toda la cultura son proposiciones largamente reconocidas en la antropología. Como en la biología, el resultado es una tendencia a canalizar los cambios en una dirección determinada (*cf.* Kroeber y Kluckhohn, 1952: 189). Puesto que los nuevos elementos resultan principalmente de las modificaciones y combinaciones de los viejos, las posibilidades de duplicación serán mayores en grupos que compartan antecedentes, que en grupos sin esta herencia común. La aceptación de la hipótesis de que el paralelismo opera tanto en la cultura como en la biología parece preferible para explicar las semejanzas en vez de considerarlas fortuitas, particularmente cuando aparecen en varios grupos con ancestro común. La aparición de la incisión de línea ancha mellada en Japón, Ecuador y Colombia después de la fecha presumida de separación de los complejos cerámicos Jomon, Valdivia y Barlovento puede reflejar este proceso.

Aunque es posible rastrear el origen y desarrollo de muchos complejos arqueológicos, en otros casos parecen surgir repentinamente, sin antecedentes claros, culturas nuevas y llamativas. Una situación similar en la biología ha llevado a Simpson al concepto de evolución cuántica (Grant, 1963: 458-9,555-7).

Simpson argumenta que la ausencia o rareza de series suficientemente completas de fosiles que conecten los nuevos grupos mayores de organismos con sus estirpes ancestrales sería difícil de explicar si el tamaño de su población fuera tan grande en el periodo de su origen como lo fue en su historia posterior, cuando la representación fósil se hace más adecuada. Además, el tiempo geológico disponible para la divergencia de un nuevo grupo mayor desde su estirpe progenitora requiere una evolución mucho más rápida durante el periodo de origen que durante el subsecuente periodo de expansión. Se pueden acomodar estos factores en la hipótesis genéticamente plausible de que los nuevos grupos mayores —géneros, familias, órdenes, etc.— se originan de pequeñas poblaciones aisladas que padecen rápidos desvíos desde su estado ancestral hasta su nuevo estado adaptativo, esto es, por la evolución cuántica.

Puesto que las culturas, como las poblaciones biológicas, deben adaptarse al medio para ser efectivas, y puesto que los rasgos culturales parecen estar sujetos, como lo están los genéticos, a la deriva, se puede postular que los rasgos o complejos culturales están también sujetos a la evolución cuántica. En biología, "se cree que la evolución cuántica es el proceso normal por el cual los nuevos grupos mayores llegan a existir" (Grant, 1963: 556) y la existencia de un proceso semejante en la cultura podría explicar eventos como el surgimiento súbito de los incas y los mochicas en Perú y el rápido florecimiento de la fase Bahía en la costa del Ecuador. La evolución cuántica podría también explicar la ausencia de antecedentes para la fase Machalilla, aunque algunas porciones de la costa del Pacífico de Mesoamérica y América del Sur son demasiado desconocidas como para descartar la posibilidad de futuros descubrimientos. En tales instancias, algo pasó para que se otorgara a un pequeño grupo local una ventaja sobre los otros y cuando el equilibrio fue restablecido, el resultado cultural fue marcadamente diferente. Semejantes desvíos rápidos son seguidos en el registro paleontológico por largos periodos de cambio mucho más lentos, resultantes de la interacción normal entre las cuatro fuerzas evolutivas primarias, y una situación parecida se puede observar en el registro arqueológico.

La evolución cultural ha sido contrastada a menudo con la evolu-

ción biológica donde se imagina a la primera como un árbol de ramas interconectadas y reconectadas mientras que el árbol biológico se muestra con ramas divergentes y redivergentes (v.g. Kroeber, 1948: 260). En todo caso, esta distinción no es completamente apropiada. La evolución biológica no es un simple proceso de divergencia creciente. Las líneas biológicas pueden diverger sólo ligeramente y entonces correr paralelas por millones de años, como lo ha hecho la col mofeta (*skunk cabbage*) en Asia y en América del Norte (Grant, 1963: 443). O las líneas divergentes pueden converger si no han progresado demasiado lejos para la hibridación (*op. cit.*: fig. 79). La evolución biológica es un proceso inmensamente complicado, no porque los principios con los que opera sean numerosos o particularmente complejos, sino porque pocos organismos están sujetos a su operación libre. Las condiciones ambientales o ecológicas constantemente cambiantes son la regla antes que la excepción, y el cambio puede favorecer alternativamente un tipo de adaptación y luego otro. Los mismos mecanismos evolutivos pueden producir estabilidad en una especie, variedad en otra y la extinción en una tercera.

Ya que el elemento esencial de la supervivencia biológica es la adaptación, el medio es la fuerza con más influencia "creativa" (Grant, 1963: 177, 546-8). Aunque aparezcan variaciones en rasgos aparentemente no adaptativos como consocuencia de la fluctuación oportunista y de la deriva, las alteraciones drásticas o importantes resultarán de la selección de rasgos que se han tornado adaptativos por los cambios en el hábitat. Estos pueden ser ambientales (como el cambio climático o el traslado a un medio nuevo) o sociales (como las relaciones competitivas con otros grupos). Es tan importante la adaptación para la supervivencia de cualquier organismo, que algunos biólogos sospechan que aun los rasgos sin valor adaptativo obvio, de hecho tienen un aspecto adaptativo no detectado si es que persisten. Mantener la adaptación es un proceso complicado, como Grant (1963: 270) lo ha explicado:

El medio al cual una unidad orgánica debe adaptarse es un complejo de muchos factores diferentes, físicos, sociales y bióticos. Cada factor puede llevar a cabo sus propios procesos selectivos separadamente. Las adaptaciones creadas por selección para un aspecto del medio total no son necesariamente útiles, y aun pueden ser perjudiciales, con respecto a otras facetas del medio. Además, la selección es oportunista en el sentido de que produce adaptaciones a las condiciones ambientales existen-

tes. Para sus poseedores, tales adaptaciones pueden ser valiosas o no en ambientes futuros. Los procesos colectivos de selección natural, mientras promueven la formación de adaptaciones diversas, no garantizan el éxito evolutivo a largo plazo bajo lo que Darwin llamó las condiciones complejas de la existencia. En verdad, por cada gen alelo, genotipo o especie preservado por selección natural en razón de sus propiedades adaptativas, muchos otros alelos, genotipos o especies son exterminados por el mismo proceso.

La cultura es el principal instrumento de adaptación del hombre a sus ambientes físico, social y biótico, y está sujeta a continuas presiones similares. El cambio cultural puede ser visto como el resultado de la selección de rasgos más adaptativos, ya sea de la tecnología, de la organización sociopolítica o de otros aspectos culturales. Desde este punto de vista, la desorganización social puede ser un resultado de la pérdida del valor adaptativo para una configuración cultural, antes que una causa primaria de su fracaso. La "elección" de un sistema de valores en lugar de otro refleja su superioridad en términos de integración con otros aspectos de la cultura, o en términos de adecuación al mundo físico, antes que una preferencia humana consciente o inconsciente. De hecho, el cambio se orienta a menudo en una dirección no preferida, como es evidente en la resistencia organizada a la mecanización, la desagregación y la medicina socializada en los Estados Unidos.

La supervivencia diferencial de dos complejos formativos tempranos en la costa del Ecuador puede ser analizada en términos de su relativa capacidad para adecuarse a un nuevo medio, ya que dos cambios importantes parecen coincidir aproximadamente con el fin de este período. Uno es el reemplazo de las enseñadas y manglares por salitrales, y el otro es la introducción de una nueva base de subsistencia en la forma de agricultura productiva. Las fases Valdivia y Machalilla estaban organizadas alrededor del patrón de subsistencia de la caza y la recolección de mariscos y plantas, posiblemente suplementados con una agricultura incipiente, tal como se sabe que ha sido practicada por los grupos contemporáneos de la costa peruana. La fase Valdivia había perfeccionado su ajuste a las condiciones particulares de la costa ecuatoriana meridional durante cerca de dos milenios, y la alteración relativamente pequeña en el tamaño de la comunidad, patrón de asentamiento y tecnología que parece ha-

ber tenido lugar durante este tiempo implica un alto estado de adaptación a los recursos existentes, mantenida por la selección estabilizadora. La fase Machalilla apareció tarde en escena, y el tiempo relativamente corto pudo haber impedido que desarrollara tan íntima adecuación a las condiciones ambientales. Además, la localización al lado del mar de los sitios de la fase Machalilla, antes que adyacentes a los salitrales, sugiere menor dependencia de cualquier recurso provisto por las bahías anteriores. Aunque tales diferencias parecen insignificantes, y en términos de competencia entre las dos fases no parece haber proporcionado una ventaja importante a una sobre la otra, las mismas (y quizá otros factores no evidentes en el registro arqueológico) aparentemente permitieron a la fase Machalilla adecuarse a un medio cambiante, mientras que la menos flexible fase Valdivia se fue o se extinguió. La cerámica de la fase Valdivia, la cual podría parecer igualmente idónea para los propósitos culinarios, desapareció casi completamente, mientras los elementos de las formas de vasija y la decoración de la fase Machalilla pueden ser rastreados en el registro arqueológico subsecuente de la costa ecuatoriana por cientos de años. Puesto que las fases Valdivia y Machalilla vivían aparentemente en comunicación amistosa, y por ser en otras cosas iguales, podría esperarse que participaran de manera semejante en la transición al nuevo tipo de vida. Ya que no lo hicieron, la conclusión lógica es que en otras cosas no fueron iguales y, además, que una de estas desigualdades pudo haber sido la capacidad para adaptarse a los cambios en las condiciones ecológicas (cf. Simpson, 1964: 250-251).

No debería ser necesario concluir remarcando que estas ideas son expresadas solamente como sugerencias, aunque parezcan ofrecer fructíferas orientaciones para la interpretación arqueológica. Los hechos son los fundamentos de cualquier hipótesis, pero no tienen significación por sí mismos. Se les puede dar significado solamente con una comprensión de los procesos de los cuales son la manifestación tangible. Es entonces de importancia fundamental intentar discernir los patrones invisibles y los procesos que hacen significativos a los hechos. Al sugerir que algunas de las hipótesis desarrolladas en la biología pueden ser aplicables a los fenómenos culturales, no queremos implicar que los intentos para desarrollar hipótesis directamente del estudio de la cultura son de menor valor; por el contrario, es solamente por este tipo de análisis que la aplicabilidad de

cualquier hipótesis a los fenómenos culturales puede ser adecuadamente evaluada. Sin embargo, la gran complejidad de la cultura y nuestra íntima relación con ella hace tremendamente difícil una apreciación objetiva. Nos parece que la objetividad puede ser incrementada tomando prestados ciertos conceptos desarrollados por los biólogos, y cotejarlos con los datos arqueológicos. Nosotros, hasta ahora, vemos muy bien ese cotejo, pero como muchas cosas permanecen desconocidas, otras pueden ser malentendidas. Tenemos que trabajar mucho más antes de estar seguros de que entendemos lo que está pasando en el presente, cuanto más para entender lo que ha sucedido en el pasado.

BIBLIOGRAFÍA

Grant, Veme (1963): *The origin of adaptations*. New York.

Kidder II, Alfred, Lumbreras, L.G. y David B. Smith (1963): "Cultural development in the central Andes —Perú and Bolivia", en *Aboriginal Cultural Development in Latin América*. Washington D.C., Smithsonian Misc. Coll., Vol. 1, No. 1, p. 89-101.

Kroeber, Alfred L. (1948): *Anthropology*. New York. Kroeber, Alfred L. y C. Kluckhohn

_____ (1952): *Cultura: a critical review of concepts and definitions*.

Papers Peabody Mus. Amer. Archaeol. & Ethn. Vol. 47, No. 1. Harvard Univ., Cambridge.

Linton, Raiph (1955): *The tree of culture*. New York.

Meggers, Betty J. (1964): "North and South American cultural connections and convergences", en *Prehistoric Man in the New World*. Chicago, J.D. Jennings e E. Norbeck, eds., p. 511-526.

Oschinsky, L.; Gall, P. et al. (1964): "Parallelism, homology and homoplasy in relation to hominid taxonomy and the origin of Homo sapiens", en *Anthropologica*, 6: 105-117.

Silva, Fernando Altenfelder y B. J. Meggers (1963): "Cultural development in Brazil", en *Aboriginal Cultural Development in Latin América*. Washington D.C., B.J. Meggers y C. Evans, eds., Smithsonian Misc. Coll. Vol. 146, No. 1, p. 119-129.

Simpson, George G. (1961): *Principles of animal taxonomy*. New York, Columbia Biológico Series 20.

_____ (1964): *This view of life; the world of an evolutionist*. New York.

Vogt, Evon (1960): "On the concepts of structure and process in cultural anthropology", *American Anthropologist*, 62: 18-33.

_____ (1964): *The genetic model and Maya cultural development Mexico*, Publicación Especial del Seminario de Cultura Maya, p. 9-48. x



HISTORIA ARQUEOLÓGICA DE CARACAS. PROYECTO DE ARQUEOLOGÍA URBANA

IRAIDA VARGAS ARENAS



INTRODUCCIÓN

En 1987, bajo los auspicios de la Academia Nacional de la Historia, se inició el Proyecto de Arqueología Urbana de Caracas, con las investigaciones arqueológicas realizadas en el Palacio de las Academias (Bencomo, 1993). Los trabajos continuaron durante 1993 y el primer semestre de 1994, con las excavaciones llevadas a cabo en la actual plaza de El Venezolano (antiguo mercado San Jacinto), el antiguo teatro Ayacucho y el Teatro Municipal, todas ellas financiadas por la Fundación para la Protección del Patrimonio Cultural de Caracas, Fundapatrimonio, institución adscrita a la Alcaldía del Municipio Libertador (Sanoja y Vargas Arenas, 1992a; Vargas Arenas, Sanoja y Montilla, 1994; Vargas Arenas *et al*, 1994). Asimismo, desde el primer semestre de 1995 se iniciaron los trabajos arqueológicos actualmente en curso en la edificación que hoy día ocupa la Escuela Superior de Música José Ángel Lamas, trabajos realizados bajo el patrocinio del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (gráfico 1).

En el Proyecto de Arqueología Urbana de Caracas nos hemos planteado como principal objetivo estudiar la forma particular en que se expresa el capitalismo en Venezuela y su manifestación en la ciudad. Para ello, intentamos ofrecer, en primer lugar, una reconstrucción histórica del consumo del espacio en el centro de Caracas en cada momento histórico, pues consideramos que toda sociedad hace uso social del tiempo y el espacio (Sanoja, 1985; Vargas Arenas, 1990). Esa reconstrucción es posible al documentar de manera fundamental la vida cotidiana de sus habitantes, tanto doméstica como pública. Al mismo tiempo, el proyecto intenta obtener datos y colecciones que permitan, dentro del marco de una política educativa, proyectar los resultados de los trabajos hacia el público en general.

En tal sentido, hemos ofrecido ya una propuesta educativa a Fundapatrimonio, la cual incluye, entre otros instrumentos educativos, museos de sitio, museos didácticos, plan editorial y exhibiciones itinerantes. Se ha tenido como premisa para la elaboración de la propuesta educativa, que el conocimiento de los valores positivos de la historia de la vida cotidiana del municipio promoverá sentimientos

SITIOS ARQUEOLÓGICOS CARACAS

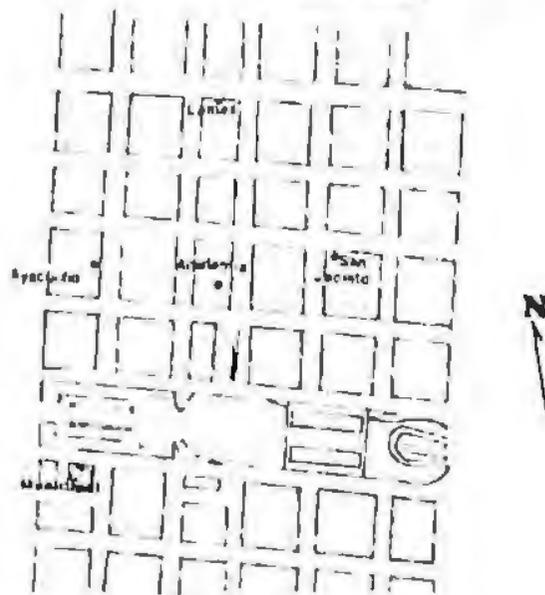


GRAFICO 1

de identificación y adhesión en el ciudadano común, los cuales impulsarán la participación colectiva en la solución de los problemas sociales de la ciudad.

LO COTIDIANO Y LA AUTOESTIMA

Una de las premisas centrales del proyecto es que la arqueología es la ciencia de lo cotidiano, la disciplina que permite de manera fundamental historiar lo cotidiano, y convertir así los resultados obtenidos en una historia alternativa a la tradicional (Vargas Arenas, 1992; Vargas y Sanoja, 1993). Consideramos que el carácter alternativo se traduce no sólo en una reconstrucción histórica diferente, cargada de significados comprensibles y accesibles al caraqueño común, sino fundamentalmente en fines y usos diferentes de sus resultados; emplear la historia como arma estratégica en la búsqueda e implementación de soluciones a problemas sociales.

Las soluciones a los problemas sociales, de naturaleza y escala diversas, deben partir de una revitalización de la autoestima de los

ciudadanos, de un concernimiento con su ciudad, de la creación de un *sprit de corp*, lo cual se lograría en gran parte a través del conocimiento de los factores históricos y culturales que integran la personalidad básica del caraqueño.

La historia tradicional, basada en relatos de gestas heroicas, de personajes y eventos excepcionales —que por lo demás deja de lado los factores indígena y africano que constituyen parte integral de la historia—, impide que el caraqueño promedio pueda "leer" o apreciar la profundidad y el significado de las referencias históricas de su ciudad. El caraqueño común no puede simpatizar con el rescate y la protección, o sentirse orgulloso de cosas que ignora, desconoce, que no entiende o que desprecia como consecuencia de la enseñanza de cierto tipo de historia (Montero, 1984; Vargas Arenas y Sanoja, 1990, 1993; Vargas Arenas, 1994a, b, c, d).

Mediante la arqueología es posible ofrecer explicaciones sobre las actividades diarias del caraqueño en sus distintas épocas, sobre su comportamiento consuetudinario, acerca de las relaciones interpersonales y, fundamentalmente, sobre las maneras de crear e innovar que han sido puestas en práctica por los ciudadanos en los distintos momentos históricos. Con la arqueología, pensamos, es posible entender la historia como historia vivida por todos los ciudadanos.

Lo cotidiano teje una red infinita de hilos formados por hechos diarios, donde lo infinitamente grande envuelve a lo infinitamente pequeño y viceversa; y aunque la cotidianidad implica repetición y reiteración de comportamientos, espontaneidad de acción y rutinas de vida, constituye asimismo el espacio de creación y alteración de lo consuetudinario, ya que la vida cotidiana está cargada de alternativas, de opciones de transformación. De ella parten y a ella vuelven las acciones creativas; dicho de otra manera, en la cotidianidad es donde se da su propia ruptura, donde surge lo extraordinario (Heller, 1985; Veloz Maggiolo, 1985; Vargas Arenas, 1990: 74).

Los estudios arqueológicos de lo cotidiano, a diferencia de la historia tradicional basada en lo extraordinario, nos permite acercarnos a esas opciones de creación, a las acciones de transformación escogidas por el ciudadano común del pasado, para hacerlas inteligibles al ciudadano común del presente; la arqueología permite transmitir al colectivo, sin necesidad de mucha "traducción", las experiencias vitales enriquecedoras del pasado, las opciones ante problemas comunes del pasado y del presente. Y no sólo en el ámbito de lo común sino también de lo distinto, aceptando que toda época histórica posee problemas específicos y ofrece nuevas opciones de transfor-

mación.

Todas esas ricas experiencias pasadas que recupera la arqueología, transmitidas al colectivo mediante recursos educativos, se convierten así en conocimiento sobre saberes, oficios y tradiciones culturales, valoraciones sobre el trabajo en colectivo, creatividad popular, enraizamiento de comportamientos positivos y deslastramiento de valores negativos.

Al hacer las afirmaciones anteriores no pensamos que el proceso histórico sea de carácter conservador, es decir, que exista un continuo histórico inmutable, condición que nos permitiría extrapolar situaciones y comportamientos pasados hacia el presente, con independencia de las situaciones en las cuales se presentaron. Consideramos el pasado como el sustento del presente, y en ese sentido pasado y presente guardan una relación de continuidad. El presente como superación del pasado debe estar basado siempre en una crítica de este último; según Gramsci en "una crítica real y darle una expresión, no sólo teórica sino también política" (1977: 12-13). Estamos de acuerdo también con Gramsci en su planteamiento de que el pasado es parte de nosotros mismos, es algo que contribuimos a crear (1977: 13), independientemente de que tengamos conciencia de ello y de que conozcamos o no su grado de vinculación con el presente (Vargas, 1994a); como dice Rodríguez "el pasado de los seres humanos es suyo aún antes de nacer" (1993: 50).

EL PASADO Y EL PROYECTO POLÍTICO NACIONAL VENEZOLANO

El proyecto político venezolano, el que da origen al estado nacional venezolano estuvo signado desde sus comienzos por la noción del progreso como contrapuesto al pasado, cualquier pasado. A pesar de las voces sensatas de algunos de nuestros pensadores durante el siglo XIX e inicios del XX, como Tulio Febres Cordero y Julio César Salas, entre otros, quienes preconizaban la necesidad de lograr el progreso con respeto a nuestras tradiciones culturales, termina por prevalecer la idea de que para progresar, para modernizarnos, era necesario eliminar todo vestigio de lo que habíamos sido (Vargas Arenas, 1976).

Las burguesías nacionales de los siglos XVII, XVIII y XIX, a través de sus intelectuales orgánicos, se dedicaron a crear así la filosofía que sustentaría a las instituciones encargadas de construir significados y transmitir valores al ciudadano con el fin de crear el estado nacional moderno. Todo elemento del pasado, especialmente los

que se referían a la creatividad popular, a la vida cotidiana del pueblo mestizo, a los aportes de los indígenas y negros en la creación de la nación, pasó entonces a ser negativo (Gil Fortoul, 1961; Sanoja 1987). Escapó en cierta medida a esta caza de brujas del pasado la gesta heroica de Bolívar, Sucre y demás libertadores, ya que era necesario el reconocimiento de la independencia del imperio español para crear un concepto de nación moderna. Pero incluso la enseñanza de las acciones de Bolívar y de la independencia fueron incorporadas a la educación como las obras de seres excepcionales, no repetibles por el ciudadano común. Su significado y los valores que transmiten son, por una parte, positivos en el sentido de lograr cohesionarnos como nación; por la otra, nos los presentan de tal manera que demuestran que sería imposible para nosotros emular tales acciones, aun cuando se den condiciones de oprobio similares a las que combatieron y lograron vencer los libertadores, durante el siglo XIX (Gil Fortoul, 1961: 233).

Por otro lado, la historia según esos pensadores es, como decía Baralt, la historia de la guerra, porque "los trabajos de la paz no dan materia a la historia; cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas o calamitosos sucesos" (Baralt, 1887: 131).

De esa manera el proceso de búsqueda de significaciones cohesionadoras de lo que implica ser venezolano, que se inició en el siglo XIX, mantiene como constante hasta el presente la destrucción de las claves históricas. Podemos decir que los teóricos del estado nacional venezolano decretan, casi dos siglos antes de que el neoliberalismo lo hiciera, el fin de la historia de Venezuela. El estado venezolano se crea sobre las movedizas y superficiales bases de un pueblo al que no se le reconoce su pasado y se le enseña a avergonzarse de él y de su composición étnica (Gil Fortoul, 1961: 223 y 233).

LA HISTORIA Y EL PODER

Paynter y MacGuire (1991) plantean que existe un proceso de socialización, siempre presente, que mantiene las tradiciones en cualquier sociedad; pero —señalan— dicho proceso se ve afectado por las relaciones de poder. Según estos autores, la aparente uniformidad de la tradición del mundo contemporáneo resulta de las experiencias en instituciones altamente estructuradas, como la escuela, que inculcan de manera incompleta los valores de las generaciones anteriores en las nuevas. Y ello es así, continúan, porque las discipli-

nas académicas encargadas de salvaguardar la transmisión de valores se encuentran inmersas en complejas luchas dentro de la sociedad por el control sobre la construcción de significados (1991: 2). En sociedades más igualitarias, dicen Paynter y McGuire, esa socialización es menos ofensiva.

Debemos entender pues, el papel central que desempeña la educación en la transmisión de valores, y debemos reconocer el potencial de la historia (y para el caso, de la arqueología en su estudio de la vida cotidiana) en la transmisión de valores positivos; debemos, asimismo, tomar en cuenta cómo las relaciones de poder modelan la dirección de las respuestas de los individuos. En tal sentido, la investigación arqueológica y la implementación de sus resultados en políticas educativas orientadas hacia el fortalecimiento de la autoestima y la búsqueda de una mayor y mejor participación colectiva, deben ser consideradas dentro del marco de cómo hace la gente para convencer o coaccionar a otros para que adopten nuevas prácticas.

El poder es heterogéneo porque los agentes sociales lo ejercen sobre una multiplicidad de bases, de la misma manera existe una heterogeneidad de la resistencia o subordinación (Paynter y McGuire, 1991). La heterogeneidad del poder y de la resistencia obligan a los arqueólogos a estudiar las relaciones sociales en la estructuración de un amplio espectro de actividades, no sólo las realizadas por las élites, sino también las ejecutadas por la gente común; no sólo las extraordinarias, sino también las rutinarias; no sólo las públicas, sino también las privadas; es decir, las actividades que conforman la vida cotidiana de toda la gente de barrios, parroquias y municipios.

Como bien señalan Paynter y McGuire (citando a Kus, 1991: 8) ningún sistema social estratificado (y el nuestro lo es) puede operar por largo tiempo sin ser percibido como legítimo. Y la aceptación de la legitimidad, continúan los autores, supone disciplinar a la población. Para Paynter y McGuire el "disciplinar" implica que las élites creen una conducta social correcta; luego, desarrollar los medios físicos para lograr que otros tengan esa conducta y, finalmente, hacer que la mayoría de la población considere como sentido común la conducta ideal de las élites. De esa manera, dicen los autores citados, la gente actúa según el ideal pues considera que no difiere del sentido común.

Pero también afirman que existe lugar para la resistencia. En tal sentido, concebimos la resistencia como la creación y defensa de un espacio social en el cual los dominados disienten de las relaciones

de poder existentes. Calificamos la relación entre los elementos del poder —dominación y resistencia— como dialéctica, pues es en la vida diaria donde se expresa esa dialéctica del poder, su movimiento, el cual implica interpenetración entre la dominación y la resistencia.

El ejercicio del poder en Caracas, por parte de las élites, ha implicado hasta ahora, entre otras cosas, una negación para los subordinados del conocimiento de una historia comprensible. La historia de Caracas ofrecida para el consumo del colectivo se ha caracterizado por su cripticidad; es decir, el caraqueño desconoce la total dimensión de su historia. Los subordinados, por otra parte, han resistido y resisten creando un espacio de disensión que se expresa mediante el maltrato constante de la ciudad. De esa manera, el subordinado resiste alterando el nuevo orden histórico establecido por el dominador; al no tener claves históricas de signo positivo, utiliza la indisciplina, la cual le ofrece, mediante una elaboración simbólica, una manera de manifestar —como diría Scott (1990)— un discurso escondido, donde expresa la indignación por la violación de sus derechos.

La manipulación de la historia ha pasado a ser, en consecuencia, elemento central de la ideología del capitalismo, la contracultura como diría Silva (1982: 82), el ejercicio del poder para crear un ciudadano que sea leal al sistema. La historia tradicional ha sido una ciencia ideologizada, negación de la ciencia de la historia. Pero los efectos de esta ideología han sido negativos, incluso para lograr ese ciudadano leal. La indispensable disciplina para la creación de capital no se ha logrado; en su lugar imperan diversas formas de "discursos escondidos", formas de resistencia.

LA ARQUITECTURA Y EL PODER

Durante el período de conquista en Venezuela, las aldeas, lugares sagrados y poblados indígenas fueron destruidos junto con la mayoría de sus habitantes para dar paso a la creación de pueblos y ciudades coloniales, edificados las más de las veces sobre los antiguos emplazamientos indígenas. Se desestructuraron las poblaciones indias, en su organización social, laboral y religiosa, con la implantación de los pueblos de misión y las encomiendas (Sanoja y Vargas, 1993). Esto trajo consigo la creación de nuevos paisajes culturales como consecuencia de la dominación colonial. Las nuevas ciudades se caracterizaron entonces por la presencia de un trazado urbano, con casas, iglesias, calles y plazas.

Pero, aun cuando la construcción tanto de aldeas, poblados y caminos indígenas, como de ciudades y pueblos, plazas, fortificaciones y caminos coloniales supusieron esfuerzo y creatividad, así

los ciudadanos se identifiquen con él, reconozcan en tal estabilidad una pertenencia, un lugar sobre seguro sobre lo que es posible hacer en dichos espacios.

De la misma manera, las construcciones que corresponden a la gente común, y no nos referimos a las edificaciones más precederas hechas con materiales deleznable, sino a casas de habitación hechas con bahareque, tapia o ladrillos, plazas, bodegas, etc., han sido dejadas de lado por las políticas culturales. El rescate arquitectónico realizado hasta ahora, expresado en las restauraciones de edificaciones, por otra parte, en la mayoría de los casos ha tenido un objetivo efectista y formal. Se tiende a reivindicar la forma pero no el contenido de los monumentos históricos, se cortan los significados que le confieren a un monumento el ser resultado de un conjunto de acciones sociales, reflejos de circunstancias y coyunturas históricas que se objetivan en la vida cotidiana, doméstica y pública de las comunidades humanas (Vargas Arenas *et al*, 1994; Alvarado, 1993; Alvarado y Montilla, 1994).

NUEVAS HISTORIAS MUNICIPALES

El colapso del orden feudal a fines de la Edad Media y el surgimiento de la sociedad capitalista mercantil se vieron acelerados con la conquista y colonización de América. Pero la capacidad productiva de España, todavía limitada por el carácter predominantemente feudal de la sociedad castellana, impidió cubrir la demanda de bienes creados en las nuevas colonias. Las necesidades de este nuevo y amplio mercado fueron cubiertas durante los siglos XVI y XVII por los pocos bienes importados de España y por los manufacturados localmente, particularmente vasijas, cerámicas, ropa y alimentos. A comienzos del siglo XVIII, la capacidad productiva del capitalismo industrial, en particular en países como Holanda e Inglaterra, se desarrolló hasta el punto de suplir con bienes manufacturados dicho mercado. De manera que la Primera Revolución Industrial tuvo un profundo impacto en las colonias españolas.

Como consecuencia de estos cambios, los sistemas económicos en el área del Caribe se transforman de un tipo de producción semiautárquica feudal, basada en las encomiendas y los pueblos de misión, a sistemas comerciales orientados a suministrar el mercado mundial con materias primas y bienes agrícolas para la vida diaria. El Caribe, para estos momentos, se ve inundado de productos europeos, principalmente de vajillas holandesas, inglesas y francesas.

El siglo XVIII marca el verdadero comienzo del capitalismo indus-

trial y financiero a nivel mundial. Es en este momento cuando las naciones capitalistas más poderosas, como es el caso de Inglaterra y Francia, toman conciencia de la necesidad de desmantelar el sistema colonial español a fin de obtener el control político y económico de Hispanoamérica. Con la expansión del capitalismo industrial cambia, pues, el estatus de las provincias coloniales.

Para la primera parte del siglo XVII, la estructura urbana de Venezuela comienza a consolidarse, de manera que las aldeas desaparecen para dar lugar a centros urbanos más complejos. Con la desaparición en el siglo XVIII del sistema de encomiendas, la tierra es concedida en propiedad a criollos y europeos. La región central del país, que venía funcionando bajo el sistema de plantación, monoprodutor, orientado hacia la producción de azúcar, cacao y café, ahora se encauza hacia la explotación comercial agropecuaria, bajo un modelo de gerencia privada (Sanoja y Vargas, 1992).

Caracas, fundada en 1568 sobre una terraza del río Guaire, constituye un ejemplo de ese modelo. La ciudad es consecuencia, desde el siglo XVI, del mestizaje étnico y cultural de diferentes corrientes de población venidas tanto del extranjero como de todos los puntos cardinales del territorio nacional. El centro histórico de la ciudad experimentó, desde sus inicios, una transformación gradual. La pequeña aldea indohispana fundada hacia mediados del siglo XVI sufrió en el siglo XVII una primera expansión de su trama urbana, e inició su proceso de consolidación como ciudad hacia el siglo XVIII. El siglo XIX fue un tiempo de destrucción y pérdida de elementos urbanos, hasta que, hacia finales de siglo, comenzó un proceso de recuperación, expansión y modernización que culminó con la ciudad que conocimos hasta 1950. A partir de entonces, comenzó un nuevo ciclo caracterizado por la destrucción de la ciudad vieja y la construcción de nuevas perspectivas urbanas, ciclo que determinó la pérdida de una valiosa parte del patrimonio arquitectónico y cultural de Caracas, así como de las informaciones arqueológicas que hubiesen podido aclarar y documentar el detalle de su historia como urbe.

Sin embargo, como lo demuestran los trabajos arqueológicos, una parte importante del patrimonio cultural de Caracas aún puede ser rescatada y documentada, para ayudarnos en la comprensión socio-histórica de la sociedad caraqueña.

Nunca, que sepamos, se había intentado en Venezuela hacer un estudio sistemático de sitios arqueológicos que resuman los contenidos histórico-culturales de la sociedad colonial y la republicana. Un estudio de este tipo requiere de un análisis científico muy com-

plejo, debido a la gran variedad y calidad de las evidencias materiales con las cuales tiene que enfrentarse el arqueólogo: por una parte, los materiales que testimonian ese proceso de siglos son, así mismo, la objetivación del desarrollo de la sociedad capitalista global, desde su fase mercantil que comienza en líneas generales con el colapso definitivo de la sociedad medieval, en el siglo xv, continúa con la Primera Revolución Industrial en el siglo xvii, la Segunda Revolución Industrial en el siglo xix, y la instauración del capitalismo moderno en el siglo xx. Por otra parte, la arqueología colonial en Venezuela es en verdad un estudio de la historia del capitalismo, basado en la interpretación del desarrollo de las sociedades periféricas de las metrópolis coloniales originales.

LAS INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS

El proyecto de arqueología llevado a cabo en el Teatro Municipal formó parte del proyecto de restauración integral del teatro. La inserción de la investigación arqueológica en un proyecto de restauración arquitectónica implicó un cambio de perspectivas en lo que se refiere a la intervención de monumentos históricos en Venezuela, pues hasta el presente las restauraciones arquitectónicas realizadas han consistido, básicamente, en la consolidación de las estructuras y su embellecimiento, sin ofrecer a los usuarios de tales construcciones su historia vivida. Al estar imbuidas las restauraciones de un énfasis en la forma y el mejoramiento estético de la edificación, se había considerado accesorio investigar sobre cómo los ciudadanos habían hecho uso de ese espacio, cuáles eran los significados que le otorga la historia en él representados.

De esa manera, las restauraciones arquitectónicas en Venezuela han considerado que los elementos históricos implícitos en las edificaciones que deben ser restauradas podían ser cubiertos mediante una breve reseña, una sucesión de fechas que incluyera los distintos momentos desde su construcción, intervenciones y modificaciones sufridas, hasta los usos posibles estimados a partir de una revisión somera de archivos.

En el proyecto de investigación arqueológica en el Teatro Municipal nos planteamos como objetivo central realizar un estudio histórico del espacio sobre el cual se asienta el monumento, con el objeto de contextualizarlo y documentarlo en relación con la dinámica histórica de la ciudad de Caracas. Pensamos que era necesario no sólo rescatar la edificación misma, sino también la historia representada en el área, abordando dicha historia desde la arqueología social.

Ello quiere decir, realizar la investigación académica y también establecer un programa de interpretación del perfil histórico de la ciudad.

En consonancia con los objetivos antes expuestos, el proyecto de restauración arquitectónica del teatro se planteó: "Restablecer la unidad potencial del inmueble sin eliminar su historia. Reintegrar el edificio a su función original. Lograr nuevamente un diálogo con el entorno, el cual se ha perdido por las múltiples mutilaciones que ha tenido a lo largo del tiempo" (De la Hoz, 1994: 15).

El proyecto de arqueología en el Teatro Municipal permitió estudiar el impacto del capitalismo en la vida cotidiana de una pequeña comunidad, la de San Pablo, como parte del proceso de urbanización o conurbanización de la ciudad de Caracas. Se calcula que la fundación de la aldea original de San Pablo puede haber comenzado alrededor de 1590, y fue inicio de un proceso de sucesivas fases de cambio que culminan, transitoriamente, en el momento actual. De acuerdo con la información obtenida en el Proyecto Arqueológico Lamas, ya para 1570 se había levantado la ermita de San Sebastián, un bohío de planta rectangular de 5 m por lado, sobre una elevación que se hallaba ubicada unos 100 m al norte de lo que luego sería la Plaza Mayor, área que parece haber estado recubierta originalmente por vegetación alta y haber estado cruzada por un pequeño riachuelo.

La fundación de la aldea de San Pablo parece constituir uno de los primeros intentos por consolidar la autosuficiencia alimentaria de la recién fundada ciudad y establecer un punto de control sobre los grupos indígenas autónomos que todavía habitaban el sur y el suroeste de la misma.

El período que abarcó la investigación arqueológica en el Municipal cubrió, *grosso modo*, los cinco siglos de historia en la ciudad de Caracas, posteriores a la conquista europea. No obstante la compleja, y a veces irregular, estratigrafía del sitio, intervenido y modificado repetidamente durante cinco siglos, las tendencias históricas que se observan en el tratamiento estadístico de las variables consideradas reflejan, de manera bastante clara, los ciclos generales del desarrollo del capitalismo en Venezuela a partir del siglo xvi.

Fue posible reconstruir que la intervención humana en el entorno natural alrededor del asentamiento original caraqueño se limitó, inicialmente, a los alrededores del casco urbano, y se orientó al desarrollo de actividades agropecuarias artesanales que pudieron suministrar los bienes materiales y productos de mesa necesarios para la sobrevivencia, amén de las actividades de caza, pesca y recolec-

ción complementarias. Dentro de tales intervenciones podríamos ubicar la fundación de la aldea San Pablo, a finales del siglo XVI, en la periferia sur del antiguo centro urbano, la primera evidencia de uso histórico de la parcela donde hoy día se encuentra localizado el actual Teatro Municipal. La fundación de la aldea San Pablo parece haber obedecido a la necesidad que tenía la ciudad, entonces de 2 000 habitantes, de contar con una fuente de suministros alimenticios cercana, al mismo tiempo que constituir un centro de vigilancia sobre el camino que conectaba a Caracas con las entonces aldeas de El Valle y Los Teques, hacia el suroeste.

El registro arqueológico indica la existencia original de un espacio plano o llanada, con suelos propicios para la actividad agropecuaria, ubicado hacia el oeste del hoy teatro, que muestra la presencia de un espacio o planta de una vivienda de forma aproximadamente oval o circular, de unos 20 m de diámetro, lo que indica que se trataba de una especie de "palenque" o bohío usado como vivienda y como punto fuerte defensivo del perímetro sur de la ciudad. Los materiales arqueológicos encontrados en los pozos excavados en este espacio permiten señalar que ya desde una época muy temprana de la vida caraqueña existían talleres de herrería. La alfarería era tanto producida localmente como importada de México y España.

Esta primera fase constructiva en el Municipal coincide cronológicamente con el período pre-convento, mitad del siglo XVI, mitad del siglo XVII, y con la construcción de una ermita con paredes de tapia —San Mauricio— en el espacio ocupado por el antiguo bohío de San Sebastián. El piso de piedras de esta ermita está asociado con mayólica sevillana azul sobre azul y diversos artefactos tales como dagas con empuñaduras de hueso. La fase pre-convento, definida por Sanoja y Vargas en el patio Rojas Paúl del actual Palacio de las Academias, indica que el límite sur de la ciudad de Caracas llegaba —posiblemente— hasta el área comprendida entre las actuales esquinas de Bolsa y San Francisco y el área ocupada por la torre norte del Centro Simón Bolívar (Sanoja y Vargas, 1992). Allí debe de haber existido una especie de ranchería cuyos habitantes se dedicaban a la caza de animales silvestres tales como venados, váquiros, agoutíes, al beneficio de ganado vacuno y aves de corral y a la pesca. La existencia de fogones, budares y grandes calderos de barro cocido nos indican las comidas comunitarias o la preparación de alimentos cocidos con fines comerciales. Una minoría de la cerámica está constituida por manufacturas importadas de Europa o de México y la mayoría por alfarería utilitaria de posible manufactura local

(Bencomo, 1993: 354-355). Durante este período, dicha área podría haber sido el espacio de habitación de indios, mestizos pobres y blancos de orilla, que servían a las familias aristocráticas de la ciudad, evidencia del proceso de estratificación social y territorial, testimoniado también en la aldea de San Pablo, que se inicia con la implantación del asentamiento español en el valle de Caracas.

Durante la primera fase constructiva del complejo San Pablo se hicieron otras edificaciones, a unos 30 m al noreste de la vivienda anteriormente descrita. Se trataba de habitaciones con piso de mortero o empedrado con guijarros apisonados sobre tierra compactada, con paredes de bahareque y muros de tapia frisados. Las evidencias de tales construcciones fueron excavadas bajo el actual vestíbulo del teatro. Según los datos históricos (Archila, 1961: 145-146), tales estructuras deben corresponder con la primera fundación del Hospital Real y la ermita San Pablo, hecho ocurrido alrededor de 1589-1597.

La segunda fase constructiva parece haberse desarrollado entre 1630 y 1742. Ya para las primeras décadas del siglo XVII existía un complejo de estructuras en San Pablo que incluía el hospital mismo, la ermita y una unidad de apoyo que podría haber estado centrada en el sector oeste-sur, donde se procesaban los alimentos que consumían los usuarios y el personal de servicio, tanto en el hospital como de la ermita. A partir del núcleo inicial se desarrolló la estructura posterior del hospital. Durante esta fase las construcciones eran realizadas con muros de tapia y de piedras unidas con tierra, lo cual indica la consolidación del conjunto San Pablo.

El registro arqueológico muestra un incremento en el uso de materiales constructivos no perecederos, incluso la utilización de baldosas del tipo pisano, asociadas generalmente con arquitectura religiosa; fue posible detectar, asimismo, la existencia de talleres artesanales de alfarería para la fabricación de tejas y ladrillos, así como también para la elaboración de botones de hueso. Abunda la presencia de cuentas de collar y de rosarios en azabache, de alfarería doméstica de manufactura local, de mayólica importada de México, así como de botellas de vidrio soplado para el vino. Hacia el norte, para la misma época, el Proyecto Arqueológico Lamas nos indica que la ermita de San Mauricio posiblemente ya había sido destruida por uno de los terremotos que asolaron a Caracas durante el siglo XVII o comienzos del XVIII; se observa la construcción de dos nuevas viviendas domésticas en el solar vecino. Se construyó una nueva ermita, la de San Mauricio, más amplia, que fue visitada por el

obispo Martí en 1773, en tanto que sobre el emplazamiento de la anterior se construyó una amplia calzada de piedras canteadas que comunicaba aquellas dos viviendas con la calle o camino real que bajaba desde el puerto de la Guaira

En lo que se refiere a demografía, la población estimada de Caracas hacia 1788 era de 30 000 habitantes. En este sentido es importante señalar que el estudio preliminar de los restos humanos localizados en los rellenos de las estructuras, posiblemente provenientes del cementerio vecino al hospital y la iglesia, muestran que el 20 % de la población podía haber sido indígena. Los estudios de los restos esqueléticos encontrados permitieron detectar la existencia de enfermedades infecto-contagiosas, tales como escarlatina y sífilis, así como también carencias vitamínicas expresadas en osteoporosis (Vargas *et al.*, 1994).

La parte final de esta fase constructiva en San Pablo coincide con el inicio de los profundos cambios sociopolíticos y culturales que se producen en la sociedad venezolana como consecuencia de la reforma de Carlos III, modificaciones necesarias que el naciente capitalismo comienza a inducir en el estatus socio-jurídico y político de la sociedad colonial, así como también con el impacto que tuvo la Primera Revolución Industrial en la provincia de Caracas, particularmente la ampliación de las plantaciones que producían bienes de exportación como el café, el cacao, la caña de azúcar, el añil, etc., necesarias para el desarrollo de la sociedad capitalista.

Esta segunda fase constructiva coincidiría cronológicamente con el denominado periodo convento, mitad del XVII-siglo XVIII (Sanoja y Vargas, 1992), que contempla la edificación y consolidación del convento de San Francisco y el desplazamiento de las antiguas rancharías. Se observa un aumento en el beneficio y el consumo del ganado vacuno, en detrimento de la caza y la pesca, así como una mayor utilización de la "loza poblana" importada de México, vajillas de mesa de origen aún no determinado y vajillas culinarias de posible manufactura local. La moda del vestido incluía la utilización del paño de lana denominado "bayeta", encajes de hilo, botones de bronce para zapatos, cinturones o sombreros, utilizados quizás por los ricos, y botones de hueso y cuentas de collar hechas en concha marina o hueso, usados al parecer por las poblaciones urbanas mestizas, indias o negras.

La vida cotidiana se vio enriquecida con la utilización de palmarías para velas de cera, el consumo de vino importado y la utilización de copas y vasos de vidrio soplado importados de Europa, par-

ticularmente platos manufacturados en Inglaterra hacia fines del siglo XVIII. Como se infiere de lo anterior y de los datos obtenidos tanto en las excavaciones del teatro Ayacucho como en el Palacio de las Academias, la ciudad de Caracas experimentó hacia el siglo XVIII un mejoramiento general del nivel de vida, la expansión del área urbana, la consolidación de las instituciones sociopolíticas y la profundización de las desigualdades sociales y económicas.

En relación con lo anteriormente expuesto, durante la tercera fase constructiva se pudo inferir la remuneración general y la ampliación del complejo San Pablo. Los elementos constructivos más resaltantes son, por una parte, la manufactura de muros de piedras canteadas, apuntaladas con cuñas de piedra, y la utilización de ladrillos y formaletas para el diseño de relieves en las paredes y para la construcción de vanos y columnas. Se observa en el registro abundante material de porcelana y vidrio, testimonio del incremento del comercio con Europa, especialmente con Inglaterra. La tendencia hacia la consolidación del complejo, esbozada al final de la fase 2, se acentúa en la 3, a finales del siglo XVIII; esto es reflejo de la onda expansiva del capitalismo industrial en la economía de las sociedades capitalistas periféricas, como era el caso de las provincias de la Capitanía General de Venezuela.

Para fines del siglo XVIII, el área construida en San Pablo parece haberse extendido hacia el sur, lo cual implicó la desaparición de las estructuras de la primera fase constructiva que posiblemente subsistían en dicha área y el traslado de las funciones que se cumplían en ellas a otras estructuras. Para la misma época ya existe una presencia militar definida en lo que podríamos llamar desde ya el reducito San Pablo. El espectro militar va a caracterizar al complejo San Pablo desde fines del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, expresado en un cuartel de tropas veteranas, relacionadas con el arma de artillería. En tal sentido, en el ángulo suroeste de los jardines del teatro pudimos excavar lo que parece ser parte de una batería de cañones y un foso de tiradores, que remataba en una garita de vigilancia. Fue posible detectar dos etapas en la construcción de las fortificaciones: una primera donde se construyen los baluartes de una batería de cañones, piedras cimentadas con tierra y cuñas de piedra, que se dota con piso de piedra y ladrillos; y una segunda, donde se le añade un foso de tiradores y una garita al oeste del reducito.

La fase post-convento, comienzos del siglo XIX-finales del siglo XIX, coincide con la destrucción de buena parte de la ciudad y su

proceso de refundación, particularmente con la remodelación del patio trasero del edificio del antiguo convento, a la sazón sede de la Universidad Central de Venezuela (Sanoja y Vargas, 1992). Esta fase está particularmente bien representada en las excavaciones del Proyecto Lamas, que nos muestran un progresivo abandono de la autarquía económica de la sociedad caraqueña y venezolana en general, y una apertura hacia el comercio de importación que comienza a acentuarse desde 1840. En las familias aristócratas, como es el caso de los Arismendi-Cáceres (Luisa Cáceres de Arismendi fue una heroína venezolana durante la Independencia), se observa un alto consumo de bienes domésticos manufacturados en Inglaterra y Francia y en menor proporción de Estados Unidos.

Para 1859 el complejo San Pablo poseía un carácter eminentemente militar, con un cuartel de milicias al mando de un comandante de armas (Level de Goda, 1954: 174, 175, 176). El complejo San Pablo desempeñó un papel militar y político de mucha importancia en los sucesos que precedieron la Guerra Federal y llegó a ser en 1859 sede temporal del gobierno nacional. Como consecuencia de la Guerra Federal, se afianzó en el poder el partido liberal, lo cual concluyó con la consolidación del gobierno de Guzmán Blanco, durante cuyo mandato se inició la modernización de la ciudad de Caracas y se abatieron muchas de las antiguas estructuras coloniales, entre ellas las del complejo San Pablo, para dar paso a nuevas edificaciones.

La fase constructiva 4 se inicia cuando sobre las ruinas del Hospital Real y de la iglesia San Pablo se comenzaron a excavar las bases del futuro Teatro Municipal. Las zanjas rompieron los depósitos centenarios de escombros y otros restos arqueológicos acumulados desde la primera fase constructiva del complejo San Pablo. Desde el firme se levantaron, al menos, tres muros concéntricos de piedra, de aproximadamente de 1 m de espesor y una altura entre 2.80 y 3 m, los cuales se apoyan, en varios sitios del vestíbulo del teatro, sobre parte de los muros de piedra y tapia y de los rellenos consolidados que quedaron de las anteriores tres fases constructivas. En el exterior, en el ángulo suroeste de la parcela, se construyeron urinarios o baños externos sobre lo que fueron las fortificaciones del reduto San Pablo. Durante las excavaciones fue posible recuperar evidencias de los urinarios, expresadas en un piso de mortero, el cual fue cubierto posteriormente con una jardinera. Para construir el escenario y el foso de los músicos, se excavó y removió el antiguo cementerio, material que fue utilizado para rellenar el espacio entre

los muros de base del vestíbulo.

La capa arqueológica que es vestigio de la cuarta fase constructiva, en su primera etapa, se caracteriza por la acumulación de escombros y materiales constructivos diversos: lascas de piedra canteada, clavos forjados, restos de madera, instrumentos musicales, monedas, etc. La segunda etapa, la cual se inicia alrededor de 1925, muestra acumulaciones de material arqueológico que testimonia tanto las distintas intervenciones que sufrió desde entonces el edificio, como aquellas referidas a su uso como teatro.

Al norte de la ciudad, el Proyecto Lamas nos indica que sobre los muros de la vieja iglesia de San Mauricio y de las viviendas de la familia Arismendi-Cáceres, el proyecto de modernización urbana de Guzmán Blanco levantó la iglesia de Santa Capilla, de estilo neogótico, construyó el edificio que serviría de sede a la Escuela de Artes y Arquitectura. Hacia 1904 el edificio de la escuela es remodelado y en 1930 se convierte en la sede de la Escuela de Música y Declamación y posteriormente en Escuela Superior de Música José Ángel Lamas.

Las excavaciones arqueológicas en el teatro Ayacucho se realizaron durante los meses de diciembre 1994 y enero 1995, como parte de un salvamento llevado a cabo en medio de las actividades de remodelación que se estaban practicando en el inmueble para convertirlo en un pequeño centro comercial.

El teatro Ayacucho, declarado monumento del casco histórico de la ciudad de Caracas, fue construido en el año 1921 sobre el emplazamiento de una antigua casona, sede al parecer, hacia comienzos de siglo, del Ministerio de Obras Públicas. Inicialmente, fue un local destinado a la presentación en vivo de obras teatrales, espectáculos musicales y similares. Posteriormente, se utilizó para la proyección de películas de largo metraje.

De su diseño inicial el teatro conservó hasta el presente los camerinos de los artistas, ubicados en la parte posterior del escenario, así como también el foso de la orquesta, elemento este último que había sido cubierto por el entarimado que recubrió el piso del local cuando se destinó a sala de cine.

Las excavaciones practicadas en el área de entrada al patio permitieron detectar una estructura de paredes de tapia en cuyo cuerpo delantero se abrían múltiples ventanas hacia el exterior; conectado con esta estructura se halló un segundo cuerpo donde existía un pasillo central con habitaciones a ambos lados cuyas puertas tenían un dintel de 1,20 m de longitud.

El piso de las habitaciones, durante la última ocupación estaba construido con lozas rectangulares de barro cocido, las cuales descansaban sobre una capa de argamasa o mortero. Este piso reposaba sobre otros tres anteriores, dos de baldosas y uno de mortero, que parecen corresponder a otras fases constructivas o de diferentes viviendas, la primera de las cuales podría remontarse a finales del siglo XVII.

Las paredes de la antigua vivienda estaban recubiertas por un friso muy sólido, hecho a base de arena y cal viva, sobre el cual se observan sucesivas capas superpuestas de pintura de cal, que terminan en una especie de zócalo de color gris verdoso, elaborado con pintura de aceite.

En el espacio correspondiente a la parte baja del patio e inicios del foso de la orquesta se encontraron restos de canales para aguas servidas, partes del basamento de un muro construido con lajas de piedra, orientado en sentido este-oeste, el basurero de la vivienda del siglo XVII y un sistema de ductos para el transporte de aguas blancas.

La fase terminal de la vivienda que existía previamente en el teatro Ayacucho puede datarse con certeza en el año de 1920. A juzgar por los materiales arqueológicos asociados, la fase de ocupación anterior podía fecharse a finales del siglo XVIII. El último piso descansa sobre una capa de basura urbana donde se aprecia la presencia de mayólica mexicana y europea, loza criolla y restos de comida que parecen pertenecer a comienzos del siglo XVIII o finales del XVII.

La red de canales del acueducto colonial podría haberse comenzado a construir en las primeras décadas del siglo XVII, momento que corresponde con el inicio de la consolidación de la trama urbana de Caracas.

Hacia inicios-mediados del siglo XVII habría comenzado a erigirse la serie de viviendas en el solar que finalmente, en el siglo XX, ocupó el teatro Ayacucho (Vargas-Arenas, Sanoja y Montilla, 1994)

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado, Gabriela (1993) "Patrimonio cultural. Teleología de una praxis". Trabajo final de grado. Escuela de Antropología, UCV, Caracas.
- Alvarado, Gabriela y Milene Montilla (1994). "La conservación y el uso del patrimonio histórico como fuente de reflexión y participación consciente. El caso particular del Teatro Municipal de Caracas". Ponencia presentada en el IV Congreso de Antropólogos y Sociólogos de Venezuela, Maracay.
- Archila, Ricardo (1961): *Historia de la medicina*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social.
- Baralt, Rafael M. (1887): *Resumen de la historia de Venezuela*, t. III, apud Gil Fortoul (1961).
- Bencomo, César (1993): "Clases sociales en la colonia". Trabajo Final de Grado, Escuela de Antropología, UCV, Caracas.
- Heller, Agnes (1985): *Historia y vida cotidiana*. México, Editorial Grijalbo, S. A.
- Hoz, Mariela de la (1994): "El Teatro Municipal: Una experiencia pionera en la restauración de la ciudad de Caracas". Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Patrimonio Cultural. Contexto y Conservación. La Habana.
- Gil Fortoul, José (1961): *La doctrina positivista*. Caracas, Ediciones Conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia, t. I.
- Gramsci, Antonio (1977): *Pasado y presente. Cuadernos de la cárcel*. No. 5. México, D. F., Juan Pablos Editor.
- Level de Goda, L. (1954): *Historia contemporánea de Venezuela. Política y militar (1858-1886)*. Caracas, Imprenta Nacional, t. I
- Montero, Maritza (1984): *Ideología, alienación e identidad nacional*. Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Paynter, Robert y Randall McGuire (1991): "The Archaeology of Inequality: Material Culture, Domination, and Resistance", en *The Archaeology of Inequality*. USA, Blackwell, Oxford U. K. and Cambridge.
- Rodríguez, María Elena (1993): "Utopía de la ciudad errante", en *Imaginaria. Revista de lo inquietante y lo fantástico*. Caracas, julio-diciembre, 2(2-3).
- Sanoja, Mario o Irida Vargas Arenas (1992a): "Trends in the Urban Process at The Caracas and Guayana, XVI-XIX centuries". Ponencia presentada en la conferencia The Urban Origins in Eastern Africa from a Global Perspective. Mombasa.
- _____ (1992b): "Gente de la canoa. Estudio sobre los antiguos modos de vida recolectores del noreste de Venezuela, 7000 a. p." En prensa.
- _____ (1993): *Antiguas formaciones y modos de producción vauzo-lanos*. 3a. edición. Caracas, Monte Ávila Editoras. x

EL PROBLEMA DEL PROTOAGRÍCOLA DE CUBA: DISCUSIÓN Y PERSPECTIVAS

PEDRO PABLO GODO



En los últimos años el término protoagrícola ocupa un lugar destacado en las publicaciones arqueológicas de Cuba y en las polémicas de nuestros medios científicos. Como se sabe, dicho término fue introducido por Tabío (1984) en una nueva periodización de las comunidades aborígenes, con el objetivo de caracterizar una etapa de desarrollo socioeconómico. Sin embargo, en la actualidad el concepto protoagrícola ha adquirido una dimensión mucho más amplia que la formulada por Tabío, y bien se coincide con él o se discuten dos aspectos fundamentales: 1) es un evento cultural diferenciado, 2) se refiere a comunidades arcaicas que conocieron la cerámica y que quizás incorporaron algunos cultivos incipientes como complemento de sus actividades apropiadoras tradicionales.

Puede afirmarse que los primeros reportes de protoagrícolas se remontan a la primera mitad del presente siglo, sólo que no fueron debidamente evaluados. Las primeras referencias sobre una cerámica simple, no decorada o con escasa decoración, se deben a M. Harrington (1935: 280-282) a partir de sus hallazgos en algunos sitios orientales y otros del occidente de la isla. En conformidad con la división cultural por él planteada con los términos ciboney-taino, asumió el hecho con reservas: de un lado lo consideraba "indiscutiblemente de procedencia taina" por su registro en o cerca de la superficie de los sitios, pero a su vez cuestionaba la aparente asociación con los entonces denominados ciboneyes, para en definitiva señalar que "la conexión de la alfarería con la primitiva cultura todavía permanece dudosa".

La condición preagroalfarera de los tempranos pobladores de Cuba comienza a ser cuestionada a partir de los años 40. Primero, Herrera Fritot (1943) ya disienta de Rouse (1942) y declaraba una dieta mixta proveniente en lo fundamental de la pesca y la recolección marina, así como de ciertos cultivos más pobres y menos variados que los desarrollados por los tainos. Royo (1946), en su estudio sobre los sitios Potrero de las Vacas y Cueva de la Monja, situados en el noreste de La Habana, también sustentó la posibilidad de algunos cultivos, dadas las favorables condiciones geográficas del lugar.

Por esa misma época, Pichardo Moya (1945) también se refinó a

una "alfarería primitiva" colectada en los sitios La Gloria y Mojacasabe, ambos localizados en la provincia de Camagüey; pero con más fuerza se pronunció ante los hallazgos de cerámica simple en el residuario espirituario La Manaca, al declarar "el posible carácter agrícola de algunos de los indios que hasta ahora todos habíamos tenido por ignorantes de la agricultura y la cerámica" (Pichardo Moya, 1949, *apud* Álvarez Conde, 1956).

Posteriormente, García del Pino (1956) también reportó una cerámica no decorada en el este de La Habana y sin relación directa con aquella de los más evolucionados agroalfareros aruacos, suceso que lo llevó a plantear "todos estos hallazgos corroboran de modo definitivo que una de las culturas inferiores de Cuba poseía una alfarería incipiente, característica esta de un pueblo que se encuentra en las primeras fases de la economía agrícola". También debe considerarse que en una fecha clave para el desarrollo de la arqueología de Cuba, Rivero de la Calle (1966: 82) retomó el asunto de aquellos sitios "ciboneyes" (La Manaca, Boquerones, La Luisa, Gato Prieto) con una cerámica "muy primitiva" y emitió un juicio que creo oportuno citar textualmente:

Nosotros creemos que los ciboneyes, cuando ya se asentaron en lugares fijos formando pequeños pueblos de pescadores, o con pequeñas labranzas en el interior de la isla debieron ya de haber fabricado rústicos bohíos o albergues hechos de hojas y pencas, para protegerse de la inclemencia del tiempo. Necesariamente, estas pequeñas labranzas marcaron el inicio de la agricultura y el conocimiento de muchas plantas, pero la cerámica llegó después, en su contacto con los tainos o por el desarrollo de su cultura.

En el año 1966 el entonces Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba publicó la obra *Prehistoria de Cuba* que, con la autoridad de E. Tabío y E. Rey, devino texto oficial de la disciplina en nuestro país, y con más razón, porque por primera vez se hizo un resumen del panorama arqueológico con criterios y categorías del materialismo histórico. En ese texto se presentó un esquema básico para la interpretación de las comunidades primitivas de Cuba, en el cual el ciboney Guayabo Blanco y el ciboney Cayo Redondo (equivalentes del Guanahatabey y del Ciboney de anteriores clasificaciones) aparecían genéricamente como recolectores y cazadores no ceramistas, en tanto que el supuesto grupo cultural Mayarí se identificó como ceramista y con un signo de interrogación

al indicar una agricultura incipiente. Por último se incluyeron los subtainos y tainos como representantes de los agricultores y ceramistas aruacos.

Como puede observarse, y sin negar los méritos indiscutibles de la citada obra, en este caso se quiso conciliar el nivel de desarrollo socioeconómico con una clasificación cultural que salvo la inclusión de Mayarí era en lo fundamental la propuesta por Rouse (1942) sobre la base de tipologías artefactuales. Sitios tipos, posibles etnónimos y el nombre de una región componen la heterogénea nomenclatura. La interpretación marxista de la comunidad primitiva quedó limitada en parte por la insuficiencia de la información utilizada, en su mayoría heredada antes de la fundación del Departamento de Antropología —1962— y, vale anotar, no siempre adecuadamente procesada en el nivel de la concepción tipológica y en el establecimiento de las coordenadas tiempo-espaciales, lo cual afectó el diagnóstico de las culturas arqueológicas.

El tema que nos ocupa quedó postergado. La cerámica simple asociada a los sitios ciboneyes es tratada con reservas, al extremo de cuestionar los hallazgos, y respecto a la agricultura prácticamente se niega esa posibilidad en un comentario acerca de los sitios Cayo Redondo localizados en la cuenca del Cauto (Tabío y Rey, 1966: 82-83).

Unos años más tarde Ramón Dacal, del Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana, centró su atención en la cerámica simple de los sitios Aguas Verdes, Canimar I y Playita, al considerar que si bien ese problema no era nuevo en la literatura arqueológica cubana, ya debía someterse a un análisis más amplio para precisar su ubicación en el "grupo cultural ciboney" (ver Artiles y Dacal, 1973). En este estado de cosas tiene lugar la visita del arqueólogo polaco Janusz Kozłowski (1974, 1975) quien al estudiar la piedra tallada de esos sitios dictaminó la presencia de una tradición microlítica laminar que denominó complejo industrial Canimar-Aguas Verdes.

Vale anotar que Kozłowski estudió otras colecciones y esbozó una serie de industrias casi a tono con los eventos culturales aceptados en la década de los años 70. A él también se debe el reconocimiento oficial de la temprana cultura Seboruco, por cuanto caracterizó la peculiar tecnología de sus herramientas macrolíticas (ciclo industrial Seboruco-Mordán, el último término en relación con un sitio de República Dominicana). Baste señalar que si bien Núñez Jiménez (1948) había descubierto el sitio Farallones de Seboruco

en el año 1945 y observó los cuchillos de sílex que consideró atípicos entre nuestros ajuares, tiempo después aún pensaba que ese registro pertenecía a ciboneyes muy primitivos, o a "una cultura intermedia entre el taino y el tosco guanahatabey" (Núñez Jiménez, 1963). Por consiguiente, en la obra *Prehistoria de Cuba* (Tabío y Rey, 1966) y en conformidad con los criterios de esa época, los sitios Farallones de Seboruco y Farallones de Levisa se incluyeron definitivamente en el grupo ciboney Cayo Redondo.

En otro orden, Kozłowski (1975) atribuyó la industria El Carnero a los sitios afiliados al Cayo Redondo, y otras dos —la de Guayabo Blanco y la de Cueva Funche— a los sitios asociados al supuesto evento cultural Guayabo Blanco. Por último, entre los registros de los agroalfareros aruacos caracterizados por la pobreza de sus materiales líticos lascados, identificó una industria diferenciada en el sitio El Morrillo, localizado en el norte de la provincia de Matanzas.

Este diseño de industrias, que en lo fundamental no contradecía los eventos culturales reconocidos y en particular, el hecho de observarse una de ellas en algunos sitios arcaicos con cerámica simple, sentó las bases para que Tabío (1984) intentara ordenar el confuso panorama arqueológico con la propuesta de una nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba (sucedió en realidad durante la Jornada Arqueológica de Trinidad, en el año 1979).

En este caso el esquema, fundamentado en etapas de desarrollo económico, contenía fases que sustituían a los grupos culturales anteriormente aceptados, según Tabío, como un indicador cronológico y de mayor o menor complejidad en dichas etapas. Sobre esta periodización se publicaron varias versiones cuya consulta revela sus aportes e inconsecuencias.

En realidad no hubo una revalorización de las culturas arqueológicas sino un esquema con énfasis en lo económico. Con una nueva nomenclatura (etapa-lase) se sustituyeron los eventos aceptados hasta 1966 y se adicionaron los fenómenos de Seboruco y de Canimar. La división del Guayabo Blanco y el Cayo Redondo establecida sobre bases frágiles y dicho sea de paso, cuestionada por Martínez Arango (1969) y Dacal (1972) no fue alterada. La etapa preagroalfarera se dividió en una fase temprana para identificar a los "protoarcaicos" de Seboruco, otra intermedia tenía un espacio para el Guayabo Blanco, y una final se destinaba a los sitios del Cayo Redondo.

La etapa protoagrícola, que en esencia es la de nuestro interés, planteaba una fase temprana con los sitios Playita, Canimar y Aguas Verdes. La fase tardía ofreció una salida temporal al grupo Mayarí,

que desde la época de *Prehistoria de Cuba* no tenía una precisa ubicación en la anterior periodización arqueológica.

Es evidente que la etapa protoagrícola quedó menos elaborada, a la manera de una alternativa coyuntural, por cuanto en el substrato del pensamiento arqueológico cubano aún prevalecía el dogma de la estricta división cultural entre grupos que no conocieron la cerámica ni la agricultura y los aruacos más avanzados, portadores de una alfarería desarrollada y de la tradición agrícola de raíces tropicales.

Lo cierto es que sin solucionar el enigmático problema de Mayarí con su complejo artefactual —lítico y de concha— mesolítico, pero a su vez con una cerámica decorada y sin burén, Tabío completó el diseño de la etapa protoagrícola retomando los argumentos de Kozłowski sobre la industria Canimar-Aguas Verdes, también asociada a una alfarería simple. Aún creo reconocer otra probable influencia. Antes de darse a conocer la periodización de Tabío, arqueólogos dominicanos (Veloz Maggiolo *et al.*, 1974) ya estaban reportando los sitios de El Caimito y Musiepedro con una cerámica decorada muy temprana —siglo III a.n.e.— en un complejo artefactual de características arcaicas, para sugerir que grupos no salaloides "llegaron al área antillana al mismo tiempo o antes que grupos salaloides, y fabricaron cerámica de buena calidad". El propio Veloz Maggiolo (1977) por esa época ya utilizaba el término protoagrícola.

Con la formulación de dicha etapa se pretendió establecer un nexo entre dos fenómenos culturales que en realidad no guardan una directa relación. Tabío (1984: 46) señaló que aquello que había denominado a Mayarí como una nueva cultura aborígen no era más que la fase tardía de los protoagrícolas, en tanto que los hallazgos de Playita, Canimar y Aguas Verdes correspondían a las manifestaciones más tempranas.

En otra ocasión he considerado el asunto de Mayarí y de otros registros afines como una expresión de los productos transculturales entre los arcaicos y los agroalfareros aruacos. A la peculiar confluencia de las tradiciones industriales debe añadirse que la posición cronológica de Mayarí (890, 930, y 980 d.n.e.) coincide con el inicio de la ocupación agroalfarera de la isla, o por lo menos con los fechados hasta ahora logrados (820, 830, y 950 d.n.e.). Quiero decir que ese Mayarí aún sin burén o sin agricultura, como aparece en los textos, es una comunidad humana que participa de la neolitización y del apogeo de la colonización agroalfarera. Creo que no fue acertado incluirlo en un escalón inferior de desarrollo social. Esta circunstancia ha retardado de un lado la interpretación objetiva de ese su-

ceso cultural, y por otro, la de aquello que se discute bajo los términos de etapa protoagrícola, fenómeno que concierne en esencia a un desarrollo particular de la historia de los arcaicos.

En este concierto, Dacal y Rivero de la Calle (1986), con más prudencia, ubicaron a Mayarí en la etapa agroalfarera, argumentando razones tecnológicas y cronológicas. Sin embargo, Guarch (1990) lo incluyó en la fase protoagrícola, o sea en el contexto de la economía apropiadora. Este criterio de conciliar dos fases culturales o de desarrollo en los protoagrícolas, y por consiguiente, la no inclusión de Mayarí entre los agroalfareros, aún tiene partidarios que en lo esencial poco han aportado a las apreciaciones iniciales de los maestros Ernesto Tabío y José Manuel Guarch.

Ahora dejemos a un lado el problema de Mayarí puesto que apenas se discute en los últimos años, para centrar la atención en la controvertida fase temprana; no sólo en el patrón asignado a Canimar-Aguas Verdes, sino también en la perspectiva genérica de los contextos arcaicos con cerámica, como una vía para aprehender la expresión arqueológica de esas comunidades aborígenes que bajo distintas percepciones aparecen en nuestros textos como protoagrícolas, y que no son más que una particularidad del evento cultural Cayo Redondo.

Con la fundamentación de los protoagrícolas se quiso resolver aquel capítulo oscuro de los sitios del Cayo Redondo con cerámica y sobre la base de un análisis fragmentario del registro arqueológico se construyó un evento cultural diferenciado. La historia no era nueva, algo parecido sucedió con la insuficiente caracterización del Guayabo Blanco, pero ahora se trataba de un fenómeno mucho más vasto, que superaba el esquema de Canimar-Aguas Verdes.

En la formulación de la etapa protoagrícola Tabío (1988: 63) retomó el criterio de H. W. Krieger: "un segmento de una secuencia histórica en un área dada caracterizada por un modelo predominante de existencia económica. De los restos arqueológicos puede con frecuencia inferirse la vida económica general y los lineamientos de la estructura social de pueblos del pasado.. " Y debe señalarse que en ninguna de las versiones de la periodización se hace alusión al problema de la agricultura. Tabío obró con prudencia al sólo presentar a los protoagrícolas como una etapa transicional entre la preagroalfarera y la agroalfarera, y representada por comunidades que si bien mostraban un ajuar correspondiente a la fase tardía de los preagroalfareros —digase propio del Cayo Redondo— también exhibían un limitado uso de la cerámica

Pero a fin de cuentas, si bajo el término protoagrícola por él propuesto, se aceptara la existencia de una agricultura incipiente —es precisamente el criterio más extendido en la actualidad— he aquí a mi modo de ver una primera contradicción. Si la agricultura aún no aporta el mayor volumen de alimentos, es decir, si esa actividad productora no ha revolucionado la economía, o dicho de otra forma, no es "el modelo predominante de existencia económica", entonces no hay razones para distinguir una nueva etapa de desarrollo social. Y lo dicho no niega que el inicio de la agricultura sea una importante conquista cultural.

En realidad se trata de comunidades que en lo esencial aún dependen de las actividades apropiadoras, esto es, estarían mejor situadas en el escalón inferior "preagroalfarero" (que tampoco es un término feliz porque no se debe clasificar algo por lo que no se tiene). Sin duda, Guarch (1990) tuvo eso en cuenta, y aunque concibió a los protoagrícolas como Tabío, los incluyó en la fase final de la economía apropiadora. Desde este punto de vista se reconoce el potencial de las actividades tradicionales y que en el contexto de ese modelo económico surgen las premisas materiales y sociales de la neolitización. Se trata de sociedades transicionales, no propiamente neolíticas.

En definitiva, Tabío fundamentó la fase temprana de los protoagrícolas sobre la base de los criterios de Kozłowski (1974, 1975) acerca de la popularidad de Canimar-Aguas Verdes. De resultas, quedó esquematizada en dos aspectos culturales claves: la cerámica simple y una industria microlítica de piedra tallada cuyos orígenes el último de los autores situó en las relaciones directas de la población del formativo colombiano y el valle del Mississippi a partir del primer milenio antes de nuestra era.

Esta caracterización, llamémosle estrecha, de los protoagrícolas no pudo sostenerse por mucho tiempo. El propio Kozłowski advirtió sobre la diversidad de los productos líticos —tipos en los sitios Canimar y Aguas Verdes—, si bien la atribuyó a las diferentes ocupaciones de la población, por cuanto él concedió más importancia al componente microlítico laminar como el rasgo diagnóstico de la industria (Kozłowski, 1975: 14).

Posteriormente, Febles (1982, 1991) se pronunció enérgicamente al evaluar las diferencias tecnopológicas entre Aguas Verdes y Playita. El primero con particularidades de macroindustria laminar (3-4 cm de longitud) y popularidad de piezas esquirladas (34 ejemplares: 18.8 % de la muestra), y el segundo microlaminar (hasta 3

cm de longitud) con abundancia de perforadores (194 ejemplares: 42 % de la muestra) y de puntas de proyectil (70 unidades). No obstante, por la similitud de los artefactos de Playita y los del SE de Norteamérica, mantuvo la hipótesis de una migración desde la tierra firme continental hasta el norte de la provincia de Matanzas. Y salvo la discrepancia en torno al material de Aguas Verdes, apoya el concepto del protoagrícola de Tabío y en general la peculiaridad del complejo industrial Canimar-Aguas Verdes (Febles y Baena, 1995), adicionando la novedad de la fragmentación de preformas para obtener herramientas (tecnología microlítica Playita).

Este diseño de un protoagrícola microlaminar presentó el inconveniente de que salvo los tres sitios de referencia —quizás sólo una muestra de la gran colección del sitio Cayo Jorajuría— no se han reportado otros índices microlaminares notables, ni siquiera algo parecido a los perforadores de Playita, que en verdad recuerdan a aquellos del SE de los Estados Unidos.

La clasificación fundamentada en la tipología y desprovista del análisis funcional tiene el riesgo de que determinados tipos de herramientas se conviertan en patrones de sitios, industrias o culturas arqueológicas. El asunto se torna crítico cuando se estudian muestras insuficientes pues, de una parte, ello impide aprehender el problema de los gestos técnicos o tradición de la comunidad y, por otra, pierde de vista que la ocurrencia o diferente proporción de los tipos se deba a los significados funcionales, es decir a las distintas actividades representadas en los emplazamientos. Otro aspecto desfavorable es la relativa confiabilidad de la piedra tallada para certificar los diagnósticos culturales, pues como es sabido, el lascado de los núcleos y la elaboración de las herramientas tiene normas algo rígidas, condicionadas por la propia naturaleza del material lítico. En determinados contextos los registros son similares, lo que obliga a un análisis integral de los datos arqueológicos.

Quizás algo de lo dicho hasta aquí ha sucedido en la interpretación de la lítica de Canimar-Aguas Verdes. En nuestras listas tipológicas, por ejemplo, las micropuntas, perforadores y laminillas se concibieron tomando como referencia a los tipos característicos de la citada industria. Entonces sucede que al enfrentar una colección de algún sitio afiliado al Cayo Redondo, con frecuencia se encuentran herramientas de esos tipos, y no queda más remedio que nombrarlas con los términos de Canimar-Aguas Verdes. Uno hasta se cuestionará el porqué hay tantos perforadores de Playita sin un registro complementario que los justifique, e incluso que la tecnología microlí-

tica Playita y sus variantes se identifiquen bien en un contexto al parecer seborucoide (sitio Media Luna en Guantánamo) y hasta en un residuario agroalfarero, como es el caso de Toma de Agua, en la provincia de Sancti Spiritus (datos de Febles *et al.*, 1995).

La producción de microlitos y la fragmentación de preformas es un fenómeno presente en otras latitudes y en comunidades de similar desarrollo social. Supone la especialización funcional, la carrera tecnológica de las herramientas complejas y la disminución de los ángulos de los filos. De resultas no es exclusiva de Canimar y se seguirá registrando en otras localidades arcaicas de Cuba. Vale añadir que aún no se ha realizado un balance de nuestras industrias mesolíticas, tarea que debe legitimar el ajuste del instrumental en conformidad con las actividades específicas de los distintos emplazamientos, sin descartar la ocurrencia de desarrollos locales y la posibilidad de una evolución industrial en la genérica tradición arcaica. Así las industrias que figuran en los textos pueden responder a algunas de estas alternativas, variaciones o cambios tecnopológicos de sociedades en tránsito a la neolitización.

También se debe discutir aquí cierta tendencia a conceptualizar genéricamente al protoagrícola de Cuba como el producto de una migración desde Norteamérica (ver por ejemplo Martínez *et al.*, 1993). De aceptarse la similitud de la tipología lítica, se explicaría sólo en parte el caso particular Canimar-Playitas, pero no la generalidad. No ofrece una respuesta al protoagrícola que hoy observamos desperdigado por toda la isla también con microlitos pero no en láminas, sino en lascas. En el sentido positivo de la hipótesis, el fenómeno de Canimar presentaría la influencia puntual del componente lítico sólo en el norte de Matanzas, pero inmerso en el contexto de las tradiciones artefactuales de los arcaicos. En otro orden, hasta hoy no se ha publicado un estudio que pruebe las relaciones directas entre la cerámica de la isla y la de norteamérica, ni tampoco es clara la similitud con la colombiana de Momil.

La cerámica simple de Canimar fue un acontecimiento en la década de los años 70 porque se olvidaron los continuos reportes que se conocían desde la época de las exploraciones de M. R. Harrington en 1915. En esto mucho influyó el modelo conceptual de acomodar al Guayabo Blanco y al Cayo Redondo en la condición de preagroalfareros, ahora con el término de la nueva nomenclatura, pero en esencia sin renunciar al enfoque sancionado en *Prehistoria de Cuba*.

Cuando se dio a conocer el suceso de Mayarí, Tabío y Guarch (1966) citaron una relación de sitios que se podían afiliar al supuesto

evento cultural. No obstante, en dicha relación, aparte de los que presentan una expresión propiamente mayaroides, no es difícil reconocer otros rasgos típicos del Cayo Redondo con cerámica. Después, excepto el descubrimiento de La Escondida de Bucuey, a finales de la década del 80, no se han localizado otros registros tipo Mayarí. De resultas, en los últimos años cuando se reporta algún sitio con cerámica simple se ha convertido en una norma asociarlo con Canimar, o sencillamente se dice que es protoagrícola.

Sin embargo, ¿qué es lo que se entiende hoy por protoagrícola si la fórmula Canimar-Aguas Verdes no funciona, debido a la ausencia de herramientas microlaminares en la mayoría de los registros? En la actualidad la relación de sitios protoagrícolas es considerable y se ha conformado desde distintos puntos de vista. Primero se incorporaron los nuevos reportes con cerámica simple, y en este caso los arqueólogos no hacen más que engrosar la lista adicionando sitios del Cayo Redondo con cerámica. Una suerte de pensamiento esquemático funciona así: si hay microlitos y no hay cerámica el diagnóstico es Cayo Redondo; por el contrario, si hay microlitos y cerámica entonces es Canimar-protoagrícola. Desde otra percepción, el registro cerámico ya no es condición definitoria, sólo basta que se indique la fragmentación de preformas o que se aluda a microlitos, tal como señalaron Febles y Mc Donald (1993) al estudiar la piedra tallada de un conjunto de sitios del municipio San Cristóbal, en la provincia de Pinar del Río. En tal sentido se observan algunas cartillas de sitios que conforman el Censo Arqueológico de Cuba. Tengo entendido que esta posición no es compartida por los arqueólogos de la Universidad de Oriente y de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba, y en verdad merece revisarse.

Evidentemente, la moda del protoagrícola debe tener un límite, ya lo he expresado en una ocasión. Por este camino sólo se reportarán sitios Guayabo Blanco ante un registro exclusivo de concha, y sólo se identificará al Cayo Redondo si aparece un entierro con bolas y dagas líticas. Por consiguiente, a corto plazo todo el arcaico será protoagrícola. En este desconcierto no se acaba de caracterizar la tecnopolología lítica de los protoagrícolas que se supone distinta de la perteneciente al Cayo Redondo, si en realidad la hubo, pero no lo creo así, y tampoco existe una publicación que certifique la supuesta diferencia. Pero es un hecho que no se resolverá el problema del protoagrícola y en general el de la revalorización del arcaico si se asume con exclusividad el elemento lítico como factor clave.

Se trabaja en algo que no se acaba de definir en sus manifesta-

ciones artefactuales y socioeconómicas. Sucede que el asunto es abordado desde distintas percepciones y a veces da la impresión de que se trazan diferentes modelos conceptuales del protoagrícola cuando en realidad se trata del mismo fenómeno histórico y cultural.

Así, Navarrete (1989:44) en su valiosa monografía sobre el sitio Caimanes III no llega a una conclusión definitiva y valora una serie de alternativas que van desde un "complejo cultural intrusivo" hasta la posibilidad de que sus habitantes fueran "grupos agroalfareros muy tempranos" y sin desestimar por supuesto la duda de si "¿se tratará acaso de aldeas mesoindias que lograron el dominio del arte alfarero en el suelo antillano, mediante una evolución cultural interna (período transicional o de neolitización)?" El informe de Navarrete, aparte de la cerámica simple y sin burén, hace referencia a una industria de piedra tallada en lascas y artefactos de concha, entre estos últimos las típicas gubias, es decir, un registro que sin dificultad se puede asimilar al Cayo Redondo.

Cuando Guarch (1990: 30-31) discute el asunto de los cultivos de plantas en la etapa de economía de apropiación, supone la fase protoagrícola con un nivel de desarrollo I, o sea la variante cultural Canimar, que en lo esencial no difiere de la fundamentación de Tablo. Sin embargo, también concede igual posibilidad a "algunas expresiones cerámicas aisladas dentro de contextos, plenamente de la fase pescadores-recolectores en su nivel de desarrollo II", este último denominado por él variante cultural Guacanayabo, es decir, sitios del Cayo Redondo con cerámica simple. De la misma forma comenta acerca de unos sitios ubicados en el N de la provincia de La Habana y la posibilidad de que fuesen un "componente diferenciado de esta heterogénea fase" (la de protoagricultores, nota del autor).

De lo declarado por Guarch se desprende que existe un protoagrícola clásico al estilo de Canimar, otro similar entre los pescadores-recolectores, otro en el N de La Habana, y además que la fase es heterogénea. En realidad creo que entre esas supuestas subdivisiones se hallarán más similitudes que diferencias. Parecerá una reiteración, pero aquí sólo veremos sitios con microlascas, útiles de concha, cerámica simple y otros indicadores regulares del registro arcaico.

Manejando otros aspectos culturales, recientemente se ha publicado acerca de lo que Cobo, Lloré y Jiménez (1996: 26-29) consideran "el primer enterramiento primario de un representante de la cultura protoagrícola o ceramista temprana en el Caribe". Cuando esos autores plantean que hasta ese momento no se había compro-

bado con exactitud el aspecto físico de los hombres de esa "cultura" y si practicaban o no la deformación craneana, al parecer niegan los reportes de sitios del Cayo Redondo con cerámica y evidencia de entierros, y que ese del sitio La Luz que examinaron es el primero. Pero en realidad ¿cuál es la descripción del registro arqueológico? En lo fundamental predominio de lascas del sílex, percutores y morteros, cuentas de vértebras de pescado, materiales tintóreos, una vasija lítica similar a la mitad de una güira y dos manos campaniformes como expresión de la piedra modificada por la abrasión y el pulido. Sin embargo, estos hallazgos, que ellos catalogan como propios del protoagrícola de Santiago de Cuba, son de la misma configuración cultural de aquellos bien conocidos en la cuenca del Cauto, provincia Granma, y que sin dificultad se han certificado como pertenecientes al Cayo Redondo. En específico, recuerdo que los sitios Leonero y Loma del Indio también presentan cerámica arcaica.

¿No será que en realidad estamos ante el mismo protoagrícola, lo que no es más que la expresión fenoménica del Cayo Redondo con cerámica? Sobre el enterramiento del sitio La Luz se hizo un estudio antropológico que demostró la ausencia de la deformación craneal y un complicado politraumatismo quizás producto de un ritual funerario o para contrarrestar la rigidez *post mortem*. Pero si ese de La Luz se considera el primer protoagrícola, entonces ¿cuál es el lugar de aquel del caney La Gloria reportado por Pichardo Moya (1945)? En ese sitio arcaico también se hallaron en un mismo nivel, cráneos normales y restos de una alfarería primitiva. Otros registros similares se conocen en Hoyo de Padilla, El Garrote, La Luisa, Vega del Palmar y otros sitios del centro y el occidente de la isla.

Todos los esfuerzos que se han destinado a distinguir una nueva cultura protoagrícola tipo Caiman o de cualquier otra expresión, se limitan al ámbito de lo particular y no reconocen el contexto de la generalidad de ese otro protoagrícola con la configuración cultural del Cayo Redondo, dicho sea de paso, no incluido en las periodizaciones oficiales. Es un hecho que el interés por la cerámica ha sido el factor determinante para justificar la "novedad" matizada con la sospecha cada vez más cierta de los registros tempranos. De ahí que no es incorrecto hablar de comunidades ceramistas tempranas independientes de las primeras oleadas salaloides, tal como hicieron Rimoli y Nadal (1963) en referencia a sitios dominicanos.

Se trata de una posición que niega la capacidad evolutiva del Cayo Redondo o la posibilidad de que sencillamente algunas de sus comunidades conocieran la cerámica en Cuba, o antes de arribar a

la isla, y en cambio sostiene que los portadores la recibieron por contacto con los agroalfareros o bien que esos registros corresponden a otras migraciones.

No niego esta última posibilidad, pero en todo caso sería una migración de la misma tradición arcaica del Cayo Redondo o *banwarioide*, término más utilizado en los últimos años, y con su complejo artefactual cristalizado. No veo razones por el momento para presentar este protoagrícola o ceramista temprano como algo nuevo en nuestro panorama arqueológico ni tampoco como un evento cultural diferenciado. Salvo el hecho de esa alfarería primitiva que en verdad no se encuentra en todos los sitios, el registro no acusa elementos suficientemente contrastantes. En cualquier comparación entre un sitio con cerámica y otro sin ella, siempre emergerá la generalidad de los rasgos distintivos, a saber, las herramientas de piedra tallada en lascas o microlascas; los útiles de concha con la gubia, su principal artefacto, guijarros utilizados y piedra modificada por el proceso de percusión-abrasión-pulido; adornos corporales, minerales tintóreos; sucede incluso el hallazgo de bolas o dagas líticas. Quiero decir que siempre estaremos ante la huella del Cayo Redondo, sea el pescador-recolector marino o aquel de los sitios mediterráneos que acusa una reorientación de la economía.

Desde otro punto de vista se puede aceptar el problema de la cerámica no necesariamente como el producto de una migración sino a partir de un desarrollo local que estaba aconteciendo en diferentes puntos de la isla y cuyos orígenes situaríamos con cierta objetividad en el orden de dos o tres siglos antes de nuestra era. La ausencia de suficientes excavaciones y de fechados absolutos sólo permite una declaración hipotética fundamentada en el balance de los datos actuales.

Puede afirmarse que los registros con cerámica simple se encuentran distribuidos en diversas localidades del oriente, el centro y el occidente de Cuba, en distintos paisajes geográficos y también en distintos tipos de emplazamientos, sean sitios de habitación o paraderos, sitios de enterramiento y hasta estaciones en la cayería.

La certeza de los registros tempranos se ha comprobado tanto en el oriente (Caimanes III —205 d. n. e.) como en el occidente (Playita —26 a. n. e.) y es probable que se logren fechados más tempranos a partir de las investigaciones en curso. Predominan los hallazgos superficiales o niveles tardíos pero también hay sitios con cierta estratigrafía (Playita: 0,60 m, Aguas Verdes: 0,55 m., Cayo Jorajuria: 0,90 m). Por último, la cerámica arcaica y el burén en sitios como

Cueva de La Pintura, Punta del Macao, Melones, Neiva Viejo y otros, acusan las relaciones tardías con los agroalfareros aruacos.

La evidencia es pobre, pero indica que algunas comunidades arcaicas conocieron la cerámica antes de que arribasen las primeras oleadas agroalfareras. Aparte de los fechados tempranos pueden plantearse otras conjeturas. Según se avanza hacia el occidente, disminuye la posibilidad de que la recibieran por contacto si se tiene en cuenta que el poblamiento agroalfarero se realizó desde el oriente y de manera intermitente, y hasta el momento, los fechados de sus sitios en el occidente son muy tardíos (1285 en el Convento y 1360 d. n. e. en El Morillo). Además, vale añadir que en muchos de esos sitios arcaicos con cerámica no se observan otros materiales que denoten la presencia agroalfarera.

El número de sitios arcaicos con cerámica ya es considerable y en general se encuentran pocos fragmentos, quizás como expresión del aprendizaje. Esa cerámica aún está por estudiarse y, como en toda industria en ciernes, es de esperar que se observen diferencias tecnológicas propias de la experimentación. En algunos sitios puede hablarse con seguridad de cierto desarrollo, tal como sucedió en Neiva Viejo, Manacas, Jorajuría, Caimanes III y otros.

Esta cerámica es en verdad variable en su elaboración, a veces tosca y en otros casos bien hecha. Esto puede comprobarse en la historia de un sitio e incluso en un mismo nivel estratigráfico. A modo de ejemplo cito la compleja información de Cayo Jorajuría, residuario localizado en el norte de la provincia de Matanzas. Primero no será estéril recordar, como una referencia directa a la discusión de las páginas anteriores, que en ese sitio R. Herrera Fritot y E. Tabío encontraron cerámica no decorada durante las exploraciones del año 1951, y en la clasificación de *Prehistoria de Cuba* aparece indistintamente como Cayo Redondo y Mayari. Después, Kozłowski (1975) incluyó la piedra tallada de Cayo Jorajuría en la tecnología característica de El Carnero, según él la industria propia del Cayo Redondo, y por otra parte, Febles (1980) la asoció a los protoagricultores de Canimar.

Posteriormente se obtuvieron unos fechados radiocarbónicos muy tempranos (2160 a.n.e. —0,80-0,90 m, 1920 a.n.e. —0,40-0,50 m, 1810 a.n.e. —0,60-0,70 m) al extremo de situar la cerámica de ese sitio —colectada hasta 0,90 m— en el orden del formativo del Caribe continental. Es posible que tales fechados puedan rectificarse a partir de las muestras tomadas en recientes excavaciones, no obstante, todo indica que Cayo Jorajuría siempre tendrá que ser considerado

un sitio temprano y su cerámica verdaderamente interesante.

Jouravleva (1995) observó diferentes momentos de la práctica experimental a través de la estratigrafía. En la ocupación temprana —0,80-0,90 m— los aborígenes confeccionaron una cerámica pardo-oscura con engobe rojo, lo cual sería una constante en la historia del sitio. También se identificó otra cerámica de color ladrillo, única del sitio, fina, sin engobe y bien alisada. En los niveles de 0,30-0,70 m es evidente la búsqueda de una nueva tecnología encaminada a los trabajos de superficie, puesto que se encontraron fragmentos con engobe de diferente color: rojo, negro y blanco. Los dos últimos no se observan posteriormente. En los niveles tardíos se impone la tradición del engobe rojo como la mejor opción y entonces aparece una cerámica de más calidad.

Paralelamente al desarrollo de la tecnología, los arcaicos incorporaron a la cerámica algunas señales de la identidad comunitaria. Quiero decir rasgos distintivos de la cultura tradicional que expresan lo particular étnico y que se caracterizan por la sucesión y la continuidad (Bromley, 1971).

La evidencia también es pobre porque se trata de ejemplares de excepción en las muestras genéricas de cerámica no decorada, pero con cierta homogeneidad. Es un hecho la ausencia de asas, salvo aquellas de gaza o lazo halladas en Caimanes III y las periformes del sitio Loma del Indio según una descripción de Utset (1951). Aparecen bordes con punteado en línea (Aguas Verdes y La Manaca) o en incisiones cuneiformes (Cacoyugüín). La decoración incisa lineal en las paredes se encuentra en Cayo Jorajuría (paralelas oblicuas) y en Cacoyugüín (de forma irregular). Jiménez (s/f) reporta un fragmento con línea perpendicular al borde en el sitio Juan Barón, y se conoce otro fragmento de Cayo Jorajuría con una tira de barro aplicada en forma curvilínea.

Estas decoraciones que aquí se presentan fragmentariamente en la alfarería tienen su mejor expresión en los escasos artefactos de madera y en algunos colgantes recuperados. En las formas artísticas de la cerámica arcaica se observan los símbolos de la pertenencia étnica. Es un estilo con la impronta del geometrismo de puntos, conjuntos de líneas y figuras triangulares o romboidales que identifican la etnicidad de los portadores. Los denominados bastones de mando (Laguna de Malpotón y Cayo Jorajuría), las bolas talladas (Punta del Macao) y algunos colgantes de concha (Cueva de la Pintura y Bacunayagua) son ejemplos representativos pero no los únicos. El dato arqueológico refleja otros aspectos de la esfera

espiritual como los dibujos rupestres y las prácticas mortuorias que también denotan la especificidad cultural del etnos, a las nacientes comunidades étnicas que ya perfilan sus rasgos distintivos en el apogeo del mesolítico.

En esos diseños geométricos no es difícil advertir los elementos coincidentes, o mejor decir que quizás influirán en la conformación del meillacóide antillano, a saber, el punteado y la decoración incisa lineal en lo fundamental. Faltaría la mayor complejidad en el trabajo de los paneles y de las asas. En otra oportunidad, al estudiar la peculiar cerámica mayaroide y en general el producto transcultural, hice una declaración similar. El componente base del Cayo Redondo, avalado por el complejo artefactual de la piedra y de la concha, la práctica funeraria y otros indicadores arqueológicos, entra en contacto con la migración agroalfarera. Sin embargo allí se observa una cerámica que no contiene todos los elementos del meillac. Tal parece que las influencias aruacas fueron reelaboradas o asimiladas a la manera del geometrismo de los arcaicos.

Hoy se retoma la hipótesis de Meggers y Evans (1978), plantea ante los registros caimitoides de República Dominicana y que sugiere la posibilidad de una migración no salaloide procedente de la costa colombiana. Sin embargo, por el momento no es clara la semejanza de los registros caimitoides y los tempranos de Cuba no asociados a Mayarí. En nuestra cerámica arcaica no se observan los tipos decorados de la forma en que están representados en los sitios dominicanos. Con los datos actuales más bien parecen variantes de un horizonte cultural.

En los pocos registros estratigráficos de Cuba puede comprobarse que esta cerámica nace sin decoraciones. Esto también sucede en los sitios insignia asociados a Mayarí, quiero decir Arroyo del Palo y Mejías, que presentan cerámica simple en sus capas tempranas. Las decoraciones se van sumando a través de la estratigrafía hasta conformar el estilo del cual siempre se ha dicho que tiene influencias meillacoides pero que en verdad es original. Desde este punto de vista, otra alternativa para el caso particular de las expresiones meillacoides supone una fase temprana, en lo esencial arcaica y con cerámica, y otra tardía, en la que se incorpora el componente agroalfarero aruaco.

De la información de los sitios dominicanos resumida por Rimoli y Nadal (1983) pueden extraerse aspectos claves para la discusión. En principio esa cerámica no presenta influencias salaloides y por norma se encuentra en un contexto de artefactos arcaicos. La ocu-

pación inicial de Musiepedro no tiene cerámica. En ese sitio se obtuvo un fechado de 305 años a.n.e., sin embargo, antes del nivel fechado, Veloz Maggiolo destacó la presencia de los tipos ordinario, simple o inciso duro. Este último sucede a los anteriores. El tipo inciso aparece en el nivel medio y coincide con el resto de las decoraciones, sólo con la salvedad de que inciso duro, inciso punteado y punteado parecen más tardíos que aquel. El modelado inciso es también tardío al igual que el burén, indicador de la actividad agrícola al final de la ocupación.

En el sitio La Piedra también se observó una inicial ocupación precerámica (1635 y 1675 a.n.e.) y otra posterior con ausencia o disminución de la cerámica al principio, en tanto que en los niveles tardíos estaban representados los tipos inciso, inciso punteado y el burén.

El Caimito es otro importante sitio en una posición cronológica posterior a Musiepedro debido a que sus fechados en el inicio del asentamiento se extiende desde el año 180 a.n.e. al 120 d.n.e. En ese sitio el tipo inciso, a veces punteado al final de la línea, se encuentra en el inicio de la ocupación y el ordinario, si bien presente en todos los niveles, es más abundante también en el inicio, al igual que el tipo simple de mejor elaboración. El engobado aparece en el nivel 0,10-0,20 m, mientras que el bruñido y el alisado aumentan hacia la superficie del sitio. El esgrafiado, representado por escasos fragmentos, se encuentra en el nivel reciente de habitación.

Honduras del Oeste es otro sitio con una primera ocupación precerámica (360 a.n.e.) y otra posterior con presencia del burén siempre a partir de los niveles medios de la excavación. De los 64 fragmentos recuperados, la relación de tipos es la siguiente: ordinario (45), alisado (15), inciso (3), crema (1) y burén (4). El registro estratigráfico muestra la ausencia o escasa cerámica en los niveles 4 y 5 de las secciones excavadas, y los pocos fragmentos incisos se hallaron entre los niveles 1 y 3.

Al igual que en Cuba —recuérdese Kozłowski y otros autores— la hipótesis de una migración también fue retomada para explicar el problema de los caimitoides, no obstante Rimoli y Nadal (1983) plantearon sus reservas hasta tanto no se realizaran convincentes trabajos de campo en la costa continental. A lo dicho puede añadirse, aun teniendo en cuenta la peculiaridad de cada sitio, el ruido que ocasiona la información del fuerte componente arcaico en oposición a los mínimos elementos que puedan atribuirse a una migración agroalfarera, que en definitiva no se sabe cuál es, y que tal parece se

plantea como un último recurso ante la imposibilidad de explicar el fenómeno concreto.

En esos sitios bien se observa una primera fase precerámica, o con cerámica sin decoración. Los artefactos líticos y de concha se presentan invariablemente en toda la estratigrafía. El burén es un fenómeno tardío, no asociado a los fechados tempranos y al parecer sin conexión con la cerámica. Las decoraciones se reducen en lo esencial a la incisión y el punteado en sus formas más elementales, y el modelado prácticamente no existe, al igual que las asas ornamentadas.

En el caso de Cuba se favorece la hipótesis de un estadio arcaico con cerámica y sin aparente relación con otras poblaciones agroalfareras en su etapa temprana. Aquí la decoración es mínima, en ningún modo comparable con la caimitoide y no hay burenes ni otros materiales que delaten la presencia agroalfarera. El registro tardío del burén en Santo Domingo quizás responda al contacto con los primeros salalooides que por el año 120 d. n. e. estaban radicados en Puerto Rico (Hacienda Grande).

Pero a fin de cuentas si no se desestimara el argumento de una migración temprana agroalfarera no salaloide, otra declaración hipotética nos llevaría a plantear que estas comunidades en definitiva eran arcaicas de la tradición banwaroide-manicuarioide que en algún momento asimilaron la alfarería y terminaron fabricándola. Y es evidente que esta otra perspectiva también magnifica la prioridad del componente arcaico y sus potencialidades socioeconómicas, cuyos registros y posición cronológica revelan un estadio de neolitización.

En nuestro contexto, el proceso de neolitización no es bien observable en un instrumental específico para la práctica agrícola, pero sí en el balance del complejo artefactual y en general de la información arqueológica. La cerámica simple no es siempre condición obligatoria; sin duda participa del proceso, aunque no lo define. El equipo de majadores, lajas y morteros puede vincularse a nuevas funciones relacionadas con la preparación de alimentos y los microlitos anuncian las herramientas más complejas con aditamentos. Mis estudios traceológicos (Godo, 1985), en muestras de la piedra tallada de los sitios El Mango y Victoria I, demuestran la existencia de producciones concretas (madera, hueso, piel y carne) con un equipo de herramientas especializadas (raspadores, cepillos, perforadores, buriles, punzones, y otras). En la industria de la concha, si bien complementaria de la lítica, también se distinguen las técnicas de la piedra modificada y pulida propias del neolítico. En relación con

la economía, ciertos sitios de tierra adentro mantienen una infraestructura que les permite proveerse de los recursos marinos y la materia prima de la concha, otros renuncian a ello. En otra categoría se encuentran los neolitizados, en dependencia de la producción marítima de alta potencialidad.

Creo que en todas las variantes ambientales y de sistemas de asentamiento no encontraremos necesariamente la evidencia de la práctica agrícola aunque a veces las señales parecen incuestionables, sobre todo en grandes sitios del interior que no dependen de la dieta del manglar o en general de los productos marinos. Resta entonces las investigaciones en el contexto de la variabilidad.

De las venturas y desventuras en el tratamiento del protoagrícola o ceramista temprano queda el saldo positivo de las sucesivas aproximaciones al problema desde distintos puntos de vista y el interés renovado en los últimos años. Entre 1990 y 1993, el Departamento de Arqueología del Centro de Antropología excavó los sitios Banes II (provincia de La Habana), Cayo Jorajuría y Río Chico (provincia de Matanzas). En la actualidad se dispone a trabajar otros sitios de la región central programados en un proyecto que se ejecutará en el próximo trienio. Otra prioridad constituye el conjunto de quince residuarios costeros localizados en la bahía de Guantánamo, entre ellos 6 con cerámica simple y abundante material lítico y de concha. También debe destacarse la investigación dirigida por Marcio Veloz Maggiolo junto a un equipo de arqueólogos cubanos de la oriental provincia de Santiago de Cuba. La reanimación de los trabajos en distintos puntos de la isla asegura que a corto plazo la investigación proporcionará un mejor conocimiento de lo general y lo específico del evento histórico.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Conde, J. (1956): *Arqueología indocubana*. La Habana, Publicaciones de la Junta Nacional de Arqueología.
- Artiles, M. y R. Dacal (1973): "Moluscos marinos y terrestres presentes en el sitio arqueológico Aguas Verdes. Nibujón, Oriente", en *Antropología y Prehistoria*, febrero, 9(2).
- Bromley, Y. (1986): *Etnografía teórica*. Moscú, Edit. Nauka.
- Cobo, A., A. Lorié y J. Jiménez (1986): "Primeras consideraciones antropológicas y forenses sobre un protoagricultor o ceramista temprano en el Caribe", en *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, 1: 26-30.
- Dacal, R. (1972): "El estudio de los grupos amerindios tempranos en

- el archipiélago cubano", en *Revista Dominicana de Arqueología y Etnología* II (2 y 3), apud Núñez Jiménez, A. (1995).
- Dacal, R. y M. Rivero de la Calle (1972): *Actividades arqueológicas realizadas por la Sociedad Espeleológica de Cuba*. Serie Espeleológica y Carsológica No. 33, Academia de Ciencias de Cuba.
- _____ (1986): *Arqueología aborígen de Cuba*. La Habana, Edit. Gente Nueva.
- Febles, J. (1980): "Carta Informativa No. 6. Época II". Departamento de Arqueología, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de Cuba.
- _____ (1991): "Estudio comparativo de las industrias de la piedra tallada de Aguas Verdes (Baracoa) y Playita (Matanzas). Probable relación de estas industrias con otras del SE de los Estados Unidos", en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Edit. Academia, p. 312-379.
- _____ (1982): *Estudio tecnológico y tipológico del material de piedra tallada del sitio arqueológico Canimar I, Matanzas, Cuba*. La Habana, Edit. Academia.
- Febles, J. y M. Mc Donald (1993): "Descubrimiento de industrias microlíticas en la región montañosa de San Cristóbal, provincia de Pinar del Río". Carta Informativa No. 19, Época III, Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, La Habana.
- Febles, J. y G. Baena (1995): *Resumen analítico de cambios tecnolipológicos en industrias de la piedra tallada de Cuba. Contribuciones al conocimiento de industrias líticas en comunidades aborígenes de Cuba*. La Habana, Edit. Academia.
- Febles, J., G. Baena, S. Silva, R. Jiménez y M. B. Cruz (1995): *Una particularidad tecnológica de la industria de la piedra tallada del sitio agroalfarero Toma de Agua, Sancti Spiritus. Contribuciones al conocimiento de industrias líticas en comunidades aborígenes de Cuba*. La Habana, Edit. Academia.
- García del Pino, C. (1956): "Notas sobre una cerámica pretaina", en *Boletín de la Sociedad Espeleológica de Cuba*, marzo, II(5), apud Dacal, R. y M. Rivero de la Calle (1972).
- Godo, Pedro P. (1989): "Acerca de los procesos de transculturación en las comunidades aborígenes de Cuba". Inédito. Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, Cuba.
- _____ (1992): "Apuntes para una interpretación del arcaico de Cuba". Inédito.
- _____ (1995): "Reconstrucción de procesos productivos concretos en comunidades aborígenes de la etapa de economía de apropiación de Cuba". Tesis doctoral. Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, Cuba.
- Guarch, J. M. (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Colección de la Ciudad, Edic. Holguín.
- Harrington, M. R. (1935): *Cuba antes de Colón*. Colección de Libros Cubanos, Vol. XXXII.
- Herrera Fritot, R. (1943): "Las bolas y dagas líticas. Nuevo aporte cultural indígena en Cuba", en *Primer Congreso Histórico Municipal Interamericano. Actas y documentos*. La Habana, p. 247-275.
- Jiménez, J. (s/f): "Las comunidades protoagricultoras de Santiago de Cuba". Inédito.
- Jouravleva, I. (1995): "Estudio comparativo de la tecnología de la cerámica de los sitios de Matanzas". Inédito. Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, Cuba.
- Kozłowski, J. (1974): *Pre-ceramic cultures in the Caribbean*. Prace Archeologiczne. Z. 20. Uniwersytetu Jagiellońskiego, Warszawa.
- _____ (1975): *Las industrias de la piedra tallada en el contexto del Caribe*. Serie Arqueológica No. 5, Academia de Ciencias de Cuba.
- Martínez Arango, T. (1968): *Superposición cultural en Damajayabo*. La Habana, Instituto del Libro.
- Martínez Gabino, A., E. Vento y C. Roque (1993): *Historia aborígen de Matanzas*. Edic. Matanzas.
- Meggers, B. J., y C. Evans (1978): *Aspectos arqueológicos de las tierras bajas de Suramérica y las Antillas*. República Dominicana, Cuadernos del CENDIA, Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Navarrete, R. (1989): *Arqueología. Caimanes III*. La Habana, Edit. Ciencias Sociales.
- Núñez Jiménez, A. (1963): *Cuba con la mochila al hombro*. La Habana, Edic. UNION.
- _____ (1975): *Cuba: dibujos rupestres*. La Habana, Lima, Edit. Ciencias Sociales-Industrial Gráfica S.A.
- _____ (1943): *Expedición geográfica a Oriente. Mayari*. La Habana, Sociedad Espeleológica de Cuba.
- Pichardo Moya F. (1945): *Caverna, costa y meseta*. La Habana, Biblioteca de Historia, Filosofía y Sociología, Vol. XVII.
- _____ (1949): "Los importantes hallazgos arqueológicos de Fomento", en Álvarez Conde, J. (1956).
- Rimoli, R. O. y J. E. Nadal (1983): *El horizonte ceramista temprano en Santo Domingo y otras Antillas*. Colección Historia y Sociedad

- No. 57. República Dominicana, Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Rivero de la Calle, M. (1966): *Las culturas aborígenes de Cuba*. La Habana, Edit. Universitaria.
- Rouse, I. (1942): *Archaeology of the Maniabon Hills*. New Haven, Yale University.
- Royo, F. (1946): "Exploración arqueológica en Jibacoa, provincia de La Habana", en *Contribuciones del Grupo Guamá*, No. 7, La Habana.
- Tabio, E. (1988): *Introducción a la Arqueología de las Antillas*. La Habana, Edit. de Ciencias Sociales.
- _____ (1984): "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba", en *Islas*, may-ago., 78: 37-52.
- _____ (1991): "Proyecto para una nueva periodización cultural de la prehistoria de Cuba", en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Edit. Academia, p. 1-8.
- Tabio, E. y E. Rey (1966): *Prehistoria de Cuba*. Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba.
- Tabio, E. y J. M. Guarch (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba*. Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba.
- Utset, B. (1951): "Exploraciones arqueológicas en la región sur de Oriente", en *Revista de Arqueología y Etnología*, Segunda Época, La Habana, ene-dic, VII(13-14): 99-116.
- Veloz Maggiolo, M. (1977): *Medioambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo. La formación agricultora*. Publicaciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, t. II.
- Veloz Maggiolo, M., E. Ortega, y O. Pina (1974): *El Caimito: un antiguo complejo ceramista de las Antillas mayores*. Edic. Santo Domingo, República Dominicana, Fundación García Arévalo Inc. y Museo del Hombre Dominicano.✠



ESTUDIOS REGIONALES

LAS COMUNIDADES APROPIADORAS CERAMISTAS DEL SUDESTE DE CUBA. UN ESTUDIO DE SU CERAMICA

JORGE ULLOA HUNG
ROBERTO VALCÁRCEL



La existencia de comunidades precolombinas que con una base económica recolectora emplearon la alfarería fue común en algunas partes de América; esto ha sido demostrado por investigaciones arqueológicas reveladoras de grupos insertos en ese modo de vida que adoptaron la cerámica en épocas diferentes, quizás por haberla recibido en intercambio o realizando su manufactura de manera sistemática como elemento tecnológico de grandes posibilidades.

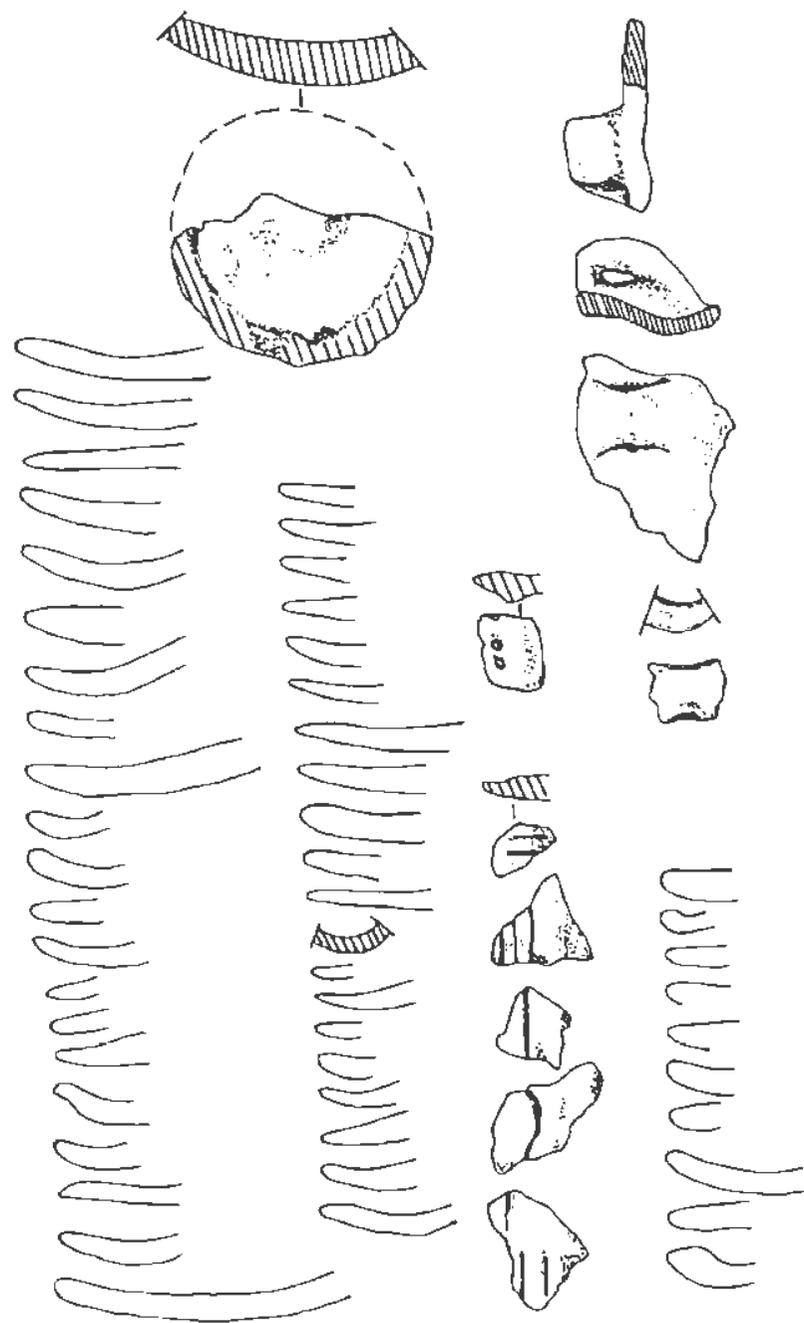
Investigaciones arqueológicas relativamente recientes en el Caribe muestran sociedades ceramistas matizadas por explotaciones económicas especializadas en diferentes ámbitos o con combinación alternativa de varios nichos ecológicos, donde las experiencias milenarias de sus modos de vida recolectores se fueron reformulando paulatinamente para garantizar mayores éxitos en la subsistencia.¹

Los acercamientos a estos procesos pueden considerarse frecuentes en el llamado Caribe ribereño; en ello ha influido la observación precisa y acuciosa de los modos de vida predadores en algunos de sus espacios, así como el establecimiento de sus posibles nexos o evoluciones hacia la formación inicial de aldeas de comunidades ceramistas, con agricultura incipiente o no. Aportes en este sentido pueden rastrearse en la labor de investigadores como Mario Sanoja (1988) e Iraida Vargas (1988) para el área venezolana; de Carlos Angulo (1992) en la costa caribeña de Colombia y Denis Williams (1992) en Guyana, entre otros.

Las Antillas ofrecen otros matices, en los que confluyen la relativa reticencia, que perduró por décadas, al reconocimiento de comunidades con estas características, junto a un pensamiento arqueológico encasillado —también por décadas— en esquemas que santificaron algunas clasificaciones culturales extrapoladas a sus diferentes espacios como modelos que se debían seguir.

En los años 70 la reformulación de varios conceptos, sobre todo los referentes a los llamados "aspectos" de la cultura ciboney pregroalfarera, crearon condiciones para el estudio más detallado de residuarios apropiadores con alfarería² donde este último elemento se había catalogado de intrascendente, atípico o intrusivo.

La luz arrojada por el estudio de algunos yacimientos arqueológicos cubanos como Mayarí (Tabío y Guarch, 1966), Aguas Verdes y



Canimar (Koslowki, 1972) (Dacal, 1979); Playitas (Febles, 1978) (Dacal, 1986) por sólo mencionar algunos, además de los residuarios dominicanos de El Caimito, Honduras del Oeste y Musiepedro (Veloz, Ortega y Pina, 1974-1975) crearon expectativas entre investigadores de ambos espacios y confirmaron que se trataba de expresiones antillanas particulares de un fenómeno sociocultural acaecido con otros matices en diferentes espacios del continente.

Estas aproximaciones, unidas a las referidas pesquisas en el área ribereña, han perfilado no pocas hipótesis y teorías cuyas esencias esbozan en ocasiones criterios contradictorios, sobre todo referentes a los posibles orígenes de los primeros ceramistas de las grandes Antillas y sus puntos continentales de procedencia.

La caracterización precisa de sus componentes culturales, sobre todo del material lítico y en menor medida la alfarería, unida a disquisiciones cronológicas y corológicas, constituyen los núcleos esenciales para formular tesis migratorias, en las cuales cierta contemporaneidad entre asentamientos isleños y continentales, pero sobre todo la tecnotipología tiene el peso fundamental.

Este mismo sentido ha prevalecido al interpretar la dinámica de muchos residuarios en Cuba, al elevarse sus rasgos tecnológicos —sobre todo de la industria lítica— a la categoría de cultura arqueológica y utilizarlos para justificar migraciones externas e internas, fusiones culturales y concomitancias extrapoladas como válidas para toda la isla. Las variaciones o diferencias existentes se enmarcan casi siempre como expresiones de fases o periodos del fenómeno, explicitados a partir de razonamientos evolutivos cronológicos con soportes medioambientales más o menos determinantes.

Valoraciones y análisis más precisos del desarrollo económico y cultural en las sociedades predatoras antillanas, que pudieron en algún momento servir de base a la asimilación y posterior desarrollo de la tecnología cerámica, no han sido ponderadas en su justa medida para comprender la particular variedad de los registros arqueológicos. Los registros arqueológicos, su variedad y carácter multilateral en los primeros ceramistas, expresan un sentido que va más allá de la simple demarcación de una etapa o la conformación de un esquema extrapolable e invariable.

La conformación de un núcleo de datos por regiones, derivado del estudio integral de una muestra representativa de yacimientos, constituiría la base para determinar algunas regularidades del fenómeno sociocultural en cuestión, no sólo en un espacio, sino de este con respecto a otros tomando en consideración peculiares bases

físicas ambientales y necesarios nexos entre la realidad cultural en estudio, la que le precede y la que le sigue.

En el sur del oriente cubano, específicamente en la provincia de Santiago de Cuba, se emprendieron nuevos trabajos investigativos llevados a cabo por el equipo de investigaciones arqueológicas de la Casa del Caribe y la Universidad de Oriente. Los mismos contaron con auspicios y asesoramiento científico del doctor Marcio Veloz Maggiolo, además de colaboraciones como la del doctor Agamenón Gus Pantel, de Puerto Rico, quien analizó las evidencias líticas; el doctor Fernando Luna Calderón, de República Dominicana, quien realizó un informe sobre los restos humanos exhumados en el yacimiento La Luz, y Gabriel Atilés, también de Dominicana, quien participó en varios de los trabajos de campo y laboratorio.

En estas labores, que arrojaron la focalización de cinco nuevos asentamientos, desempeñaron también un importante papel grupos de aficionados a la arqueología de los municipios Songo La Maya y Palma Soriano.

LOS RESIDUARIOS: UBICACIÓN Y CARACTERÍSTICAS GENERALES

Los nuevos yacimientos se ubican en dos grandes subregiones geográficas del Oriente cubano, el valle central y la llanura del Cauto-Guacanayabo, ambas en la porción septentrional de la Sierra Maestra.

En la primera subregión se localizan los residuarios Belleza (Hoja La Maya 1:50 000 I.C.G.C X-26; 600 y Y-66; 550); Punta de Peque (Hoja La Maya 5076 L-C 1: 2 5 000 I.C.G.C. 1990 X-17; 625 y Y-70; 625) y San Benito (Hoja La Maya 5076 L-C 1: 25 000 ICGC 1990 X-21; 220 y-72; 500), todos en el municipio Songo-La Maya, mientras que en la segunda subregión se ubican Catunda (Hoja Barrancas I 4977-II-D 1:25 000 ICGC 1988 X-86; 800 Y-93; 250) y La Güira (4976 L-C 1: 25 000 ICGC. 1990 X-66; 640 Y-74; 600), situados en los municipios Palma Soriano y Contramaestre respectivamente.

A pesar de las diferencias de localización subregional, los sitios comportan características cuya conjunción perfila cierta unidad en cuanto a las zonas escogidas para los asentamientos; en ellas los entornos ofrecen amplias posibilidades faunísticas y de materias primas. Los territorios se presentan con climas de llanuras o alturas con humedecimiento estacional relativamente estable y sus índices de precipitaciones oscilan entre los 1 400 y 1 600 *mm* como media anual.

La vegetación que se incluye en la categoría de bosques mesófilos

submontanos aflora sobre un relieve ondulado y premontañoso, con pequeños valles y mesetas circundados por arroyuelos y ríos, cuyas márgenes fueron los espacios elegidos para la habitación. Los suelos mayoritariamente pardos, con o sin carbonatos, se vinculan a estratos geológicos del Eoceno medio y superior; son frecuentes las afloraciones de rocas margas, calcarenitas, areniscas, calizas y en menor medida pedernales.

Las parcelas arqueológicas resultan medianas (60 *m* de largo y 40 *m* de ancho) en el caso de Catunda y Belleza; y pequeñas (25 *m* de largo y 15 *m* de ancho) en Punta de Peque, San Benito y La Güira. Sus ubicaciones respecto al nivel del mar oscilan entre los 200 y 300 metros y las distancias al mismo fluctúan entre 14 y 24 *km.*; resulta llamativa además su concentración en un área no muy extensa si tenemos en cuenta que la distancia entre yacimientos varían desde los 4 hasta los 13 *km.*

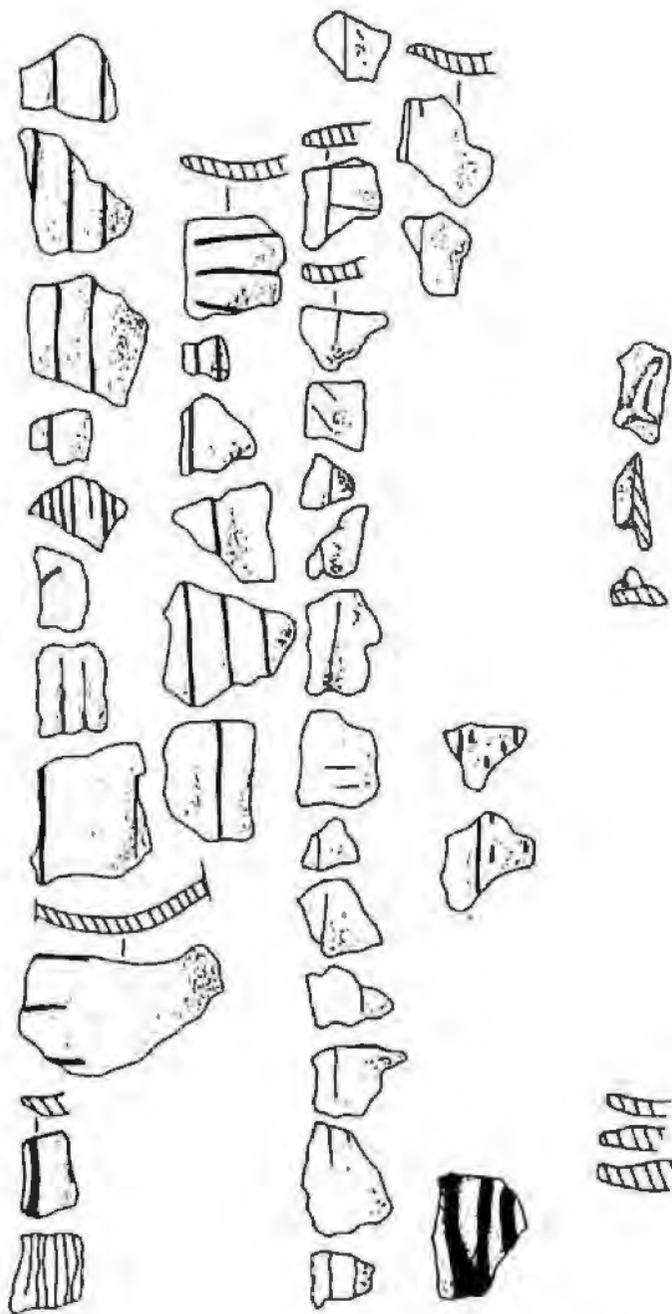
La extensión de las áreas residuales coincide con variaciones en la presencia de algunos instrumentos productivos, sobre todo en Catunda y Belleza, donde se acentúa la colecta de exponentes de una industria de piedra en volumen, entre estos resaltan los percutores y majadores sobre cantos rodados, las manos cónicas, morteros, alisadores, pulidores y hachas petaloideas, estas últimas recuperadas en la superficie de Belleza y en el nivel 0,10-0,20 de Catunda, en su trinchera 5.

La riqueza de artefactos en volumen no se asocia en ningún caso a un área específica dentro de los yacimientos o a un determinado momento en la vida de estos, en la mayor parte de las ocasiones se trata de guijarros utilizados y en mucho menor medida de instrumentos elaborados a partir de una modificación total de la forma base.

Entre los primeros, los percutores con formas ovoidales, cónicas, semiesféricas, cilíndricas e irregulares tienen el predominio, además de morteros sobre lajas o guijarros amplios y una especie de metates preparados con huellas de desgaste horizontal que parecen evidenciar un trabajo de maceración por fricción extendida. Para los segundos su representatividad se constata en algunas manos de mortero cónicas o acampanadas, hachas petaloideas y parte de una vasija lítica muy pulida y semi-esférica —7 *cm* de diámetro— encontrada en Belleza.

La multifuncionalidad es otra de las características sobresalientes de esta industria; en ella se observan majadores con extremos usados para percutir, percutores con caras empleadas para alisar, etcétera.

CATUNDA



El material de piedra tallada es mayoritario y muestra la particularidad del empleo de materias primas diversas, sobre todo variedades de cuarzo, así como una microindustria bien definida a partir de estas, más discernible en el yacimiento Catunda (Gus Pantel, comunicación personal). Mediante talla se generaron abundantes herramientas sobre láminas y lascas, entre ellas raspadores, perforadores, núcleos preparados o no, *shopers*, y abundantes restos de taller, evidencias de un proceso reductivo del cuarzo.

El empleo de concha como materia prima se atestigua casi exclusivamente por gubias y en forma vestigial por fragmentos de grandes caracoles marinos, al parecer *Strombus sp.* La gubias en ocasiones exhiben un amplio desgaste del bisel que tiende a ser romo, muestra de un posible uso intensivo.

La parafernalia superestructural resulta muy elemental y asimilable a la tradicionalmente referida para comunidades recolectoras. Se limita a esferolitas, material tintóreo de hematite con señales de desgaste por fricción, cuentas de collares elaboradas a partir de vértebras de pescado, pendientes líticos y de conchas.

El estudio de las deposiciones no revela distribuciones bien definidas en cuanto al aprovechamiento del espacio, excepto áreas para consumo y preparación de alimentos (fogones). Esto, unido a la valoración de las dimensiones de las parcelas arqueológicas, permite pensar en habitaciones semipermanentes cuya estabilidad económica se alcanzaba en mayor o menor escala mediante la explotación de determinados recursos en diferentes períodos, lo que pudo matizar una dinámica de desplazamientos temporales en torno a un determinado espacio natural.

LA CERÁMICA. CONSIDERACIONES GENERALES

La realización de dos a tres excavaciones, con dimensiones de 2 x 2 m y por niveles artificiales de 10 cm en áreas escogidas que representan diferentes espacios dentro de las parcelas arqueológicas, permitió constatar que la industria cerámica es pobre en comparación con el resto de las evidencias obtenidas. Su reporte se advierte desde los comienzos de las ocupaciones para ir aumentando en consonancia con un generalizado incremento de la fertilidad evidencial.

Se detectaron algunos rasgos cerámicos relativamente comunes para el conjunto de yacimientos en una primera aproximación descriptiva y cuantificada, que ofreció un panorama suficientemente abarcador. Un segundo momento incluyó la clasificación en tipos,

según los parámetros y requerimientos establecidos por el método estadístico de seriación Ford (Meggers y Evans, 1969), para ello se tuvieron presentes criterios estandarizados de antiplástico, tratamiento de las superficies y las decoraciones. Otras características tecnológicas y formales observadas y cuantificadas no fueron asumidas en la clasificación tipológica por las especificidades de su comportamiento, entre ellas se cuentan las formas de los recipientes —muchas de ellas reconstruidas a partir de los perfiles de los bordes—, el tope y orientación de los bordes, la atmósfera de cocción, etcétera.

Las frecuencias relativas de los tipos establecidos fueron calculadas en los diferentes niveles estratigráficos, y sus resultados llevados a gráficas de barras usadas para conformar las secuencias seriadas. En estas últimas se incluyeron sólo cuatro de los residuarios en estudio, se excluyó el yacimiento La Guira por la baja frecuencia de tiestos, lo que no ofrecía los requisitos mínimos confiables.

Entre los rasgos cerámicos comunes detectados en la primera fase están la cocción de la arcilla, en atmósfera generalmente reductora, y la constitución mayormente porosa de la pasta en los tiestos. La manufactura de las vasijas es de difícil definición, aunque por sus dimensiones y por haberse obtenido algunos fragmentos con huellas de acordelado puede suponerse que este fue el sistema empleado para levantarlas. Los tiestos presentan grosores entre los 4 y 9 mm, y la escala de 5 a 6 mm es el rango promedio. La fragmentación es muy irregular, aparecen fragmentos en sentido general de dimensiones pequeñas y con dureza promedio entre 3 y 4 en la escala de Mohs.

Los colores de las superficies se mueven dentro de tonalidades pardas, preferentemente claras; asociados con los procesos de utilización de los recipientes existen pardos oscuros y negros. En el caso del yacimiento Catunda se colectaron tiestos cuyas superficies interiores y exteriores exhiben una fina capa de color rojo, que por su delgadez y fragilidad ante los agentes erosivos, es probable que haya sido conseguida con un colorante diluido en barro y aplicado mediante baño.

Las superficies tienden a ser alisadas, aunque también es significativa la presencia de espátuladas y en menor medida de superficies ordinarias (irregulares, ásperas y porosas).

Los bordes son generalmente de tope redondeado; los topos planos exhiben también cierta importancia y en menor cantidad los topos acunados, de bisel interno o externo. La reconstrucción de las for-

mas de recipientes arrojó diámetros promedio entre 18 y 24 cm, pertenecientes en su mayoría a vasijas de perfil semiesférico y algunas naviculares.

Resulta característico de los recipientes su alta uniformidad en cuanto a perfiles y bordes, además del pobre margen de variación de sus diámetros. Las vasijas semiesféricas ofrecen sólo dos variantes según la orientación de sus bordes —hacia el exterior o rectos— y mantienen siempre una boca muy amplia que limita la sensación de globularidad inherente a los recipientes de un solo cuerpo. En las formas naviculares la situación es similar aunque se ajusta a la presencia de extremos elevados sobre el nivel medio del borde. Estas vasijas tienden a ser menos profundas que las semiesféricas, donde lo más típico resulta una especie de cuenco de bordes curvos hacia el interior y fondo redondeado.

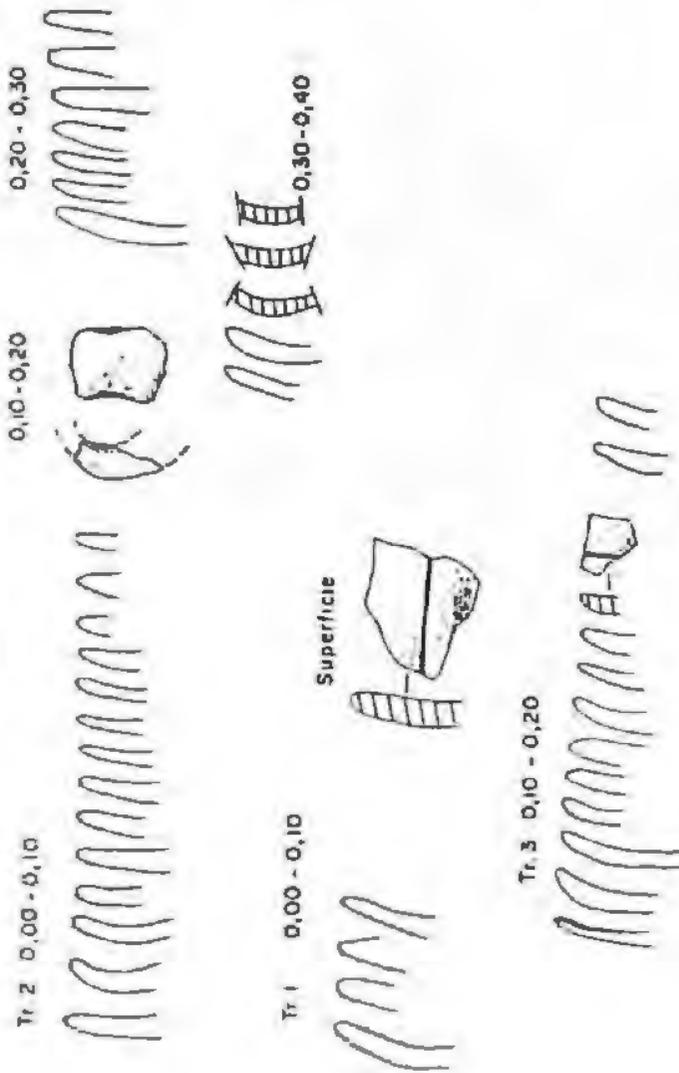
Las decoraciones no aparecen con mucha frecuencia y cuando lo hacen son muy limitadas en sus motivos. Se reducen en lo fundamental a incisiones variables en su amplitud y profundidad, que sólo mantienen trazos lineales paralelos o perpendiculares al borde. El modelado es aún más escaso, sólo unas pocas asas en D y un respaldo con tira aplicada. Esta situación se repite para el puntado, siempre simple y poco usual.

EL EMPLEO DE SECUENCIAS SERIADAS DE ALFARERÍA COMO REFERENTE SOCIOECONÓMICO

Las posibilidades de ofrecer detalles sobre la alfarería de estas comunidades se han visto limitadas —con algunas excepciones— por la pobreza y escasez de este tipo de evidencias en algunos de los residuarios mejor estudiados en Cuba, además de cierta tendencia a centrar la investigación en los estudios de litica que asume los rasgos de esta industria prácticamente como único referente corológico.

En otras ocasiones, los estudios cerámicos se han empleado para avalar tesis migratorias o como elementos que ubican el decursar de estas comunidades dentro de determinado rango cronológico, al insertarlas dentro de estilos alfareros. El residuario dominicano de El Cairnito es uno de los principales soportes para teorías de esta índole, desarrolladas por investigadores como la venezolana Alberta Zucchi, quien relaciona los motivos decorativos de este residuario con los del yacimiento Agüerito, en el Orinoco medio, y llega a establecer un nuevo horizonte cerámico para Venezuela y las Antillas al que denomina cedeñoide (Zucchi, 1984).

SAN BENITO



La aplicación del método estadístico de seriación cerámica ha constituido uno de los principales aciertos a la hora de valorar aportes al conocimiento de la dinámica socioeconómica de estos grupos, pues sus informaciones no se restringen a la fría descripción de técnicas y motivos para incluirlos en estilos preconcebidos a los que se atribuyen rasgos socioeconómicos o etnológicos inmutables.

La lectura e interpretación de secuencias seriadas de alfarería puede proveer información confiable sobre los posibles desplazamientos, movimientos y reocupaciones de los grupos humanos en torno a determinados espacios (Meggers, 1990). El análisis cuantitativo y la seriación facilita también métodos para superar algunas deficiencias generales del registro arqueológico imputables a gran parte de las tierras bajas de Suramérica, Centroamérica y Las Antillas, agudizadas en este caso por las características de los grupos en estudio.

1. Depósitos de basura arqueológica poco profundos, donde la evidencia estratigráfica para el ordenamiento cronológico de los sitios es mínima.
2. Diversidad cerámica muy pobre, lo que no permite evaluar los aspectos cualitativos tradicionalmente empleados para lograr distinciones temporo-espaciales.

La seriación conformada de acuerdo con los datos aportados por los sitios en estudio, se desarrolló según procedimientos propuestos por Meggers (1990) para la reconstrucción del comportamiento de comunidades precolombinas en Amazonia; se afinaron los resultados obtenibles con el empleo tradicional de este método y él propició la inferencia de nuevas informaciones socioeconómicas a partir de las irregularidades observables en las secuencias seriadas.

Las perspectivas aportadas por Meggers contemplan que:

- a. Una secuencia seriada representa un grupo o comunidad social y el ordenamiento cronológico de los sitios en ella comprendidos constituye una forma de documentar la historia y carácter de los mismos, su contemporaneidad, y trazar sus movimientos durante el período de tiempo cubierto por la secuencia.
- b. Una secuencia seriada es una cronología relativa y las separaciones relativamente grandes entre niveles sucesivos de varios cortes estratigráficos y entre cortes de diferentes partes del mismo sitio pueden representar uno o más períodos de abandono, durante los cuales cambiaron las frecuencias relativas de los tipos cerámicos principales.
- c. La separación de los niveles estratigráficos de un solo corte den-

tro de la secuencia implica que las ocupaciones sucesivas estuvieron sobreimpuestas, mientras que la separación de cortes completos indica que las ocupaciones solaparon sólo de manera parcial o no lo hicieron (Meggers, 1986).

La interpretación de la dinámica de nuestros yacimientos, por medio de las secuencias seriadas obtenidas, revelaron la existencia de variaciones en el comportamiento de los tipos cerámicos definidos, variaciones que no son asociables o equivalentes con diferentes niveles de desarrollo, ni marchan aparejados con un ascenso cronológico, sino más bien reflejan una capacidad de simbiosis productiva que se desarrolló en dos zonas del interior del territorio suroriental, y que perfiló posibles fronteras entre comunidades ocupantes de espacios distintos.

Los espacios se explotaron más o menos intensamente, en relación directa con sus posibilidades ecológicas y la capacidad social para utilizarlos, estuvieron matizados por una sucesión de ocupaciones y el probable retorno a los yacimientos después de periodos de abandono, por lo que coexistieron en ambas regiones sociedades de apropiadores ceramistas cuyo decursar y movimientos más largos o más cortos, prolongados o no, pudo ser la causa de la referida concentración de yacimientos.

La sucesión de ocupaciones quedó avalada por la inclusión dentro de la misma secuencia de tres de las áreas residuales en estudio, San Benito, Belleza y Punta de Peque, que por demás conforman un pequeño núcleo enclavado en similar área geográfica del municipio Songo-La Maya. Sus principales características cerámicas definen una tipología común asimilable a los tres yacimientos, donde los tipos fundamentales, supuestos sobre la base del tratamiento de las superficies, exhiben un comportamiento *sui generis*, además de reflejarse la presencia de granulos de arcilla en la composición de sus desgrasantes y la casi total ausencia de decorados.

Esta comunidad tipológica y su comportamiento lógico en los diferentes segmentos que conforman la secuencia crean las bases para definir una fase que incluye por el momento los tres sitios, considerando como fase no una mera abstracción sin contraparte etnológica, sino definiéndola en términos de una misma secuencia seriada cuyo comportamiento es equiparable con el de una comunidad autónoma que comparte un núcleo de rasgos (Meggers, 1985).

Los inicios de esta fase se perciben, hasta el momento, en el yacimiento San Benito, en niveles inferiores del área ocupada por los pozos excavatorios 2 y 3, razonamiento avalado por la equidad en las

frecuencias cuantitativas de los tipos principales de ambos niveles — 0,30, 0,40, de los pozos 2 y 3— y su ubicación en la base de la secuencia seriada, además de un fechado radiocarbónico de 175 a.n.e.

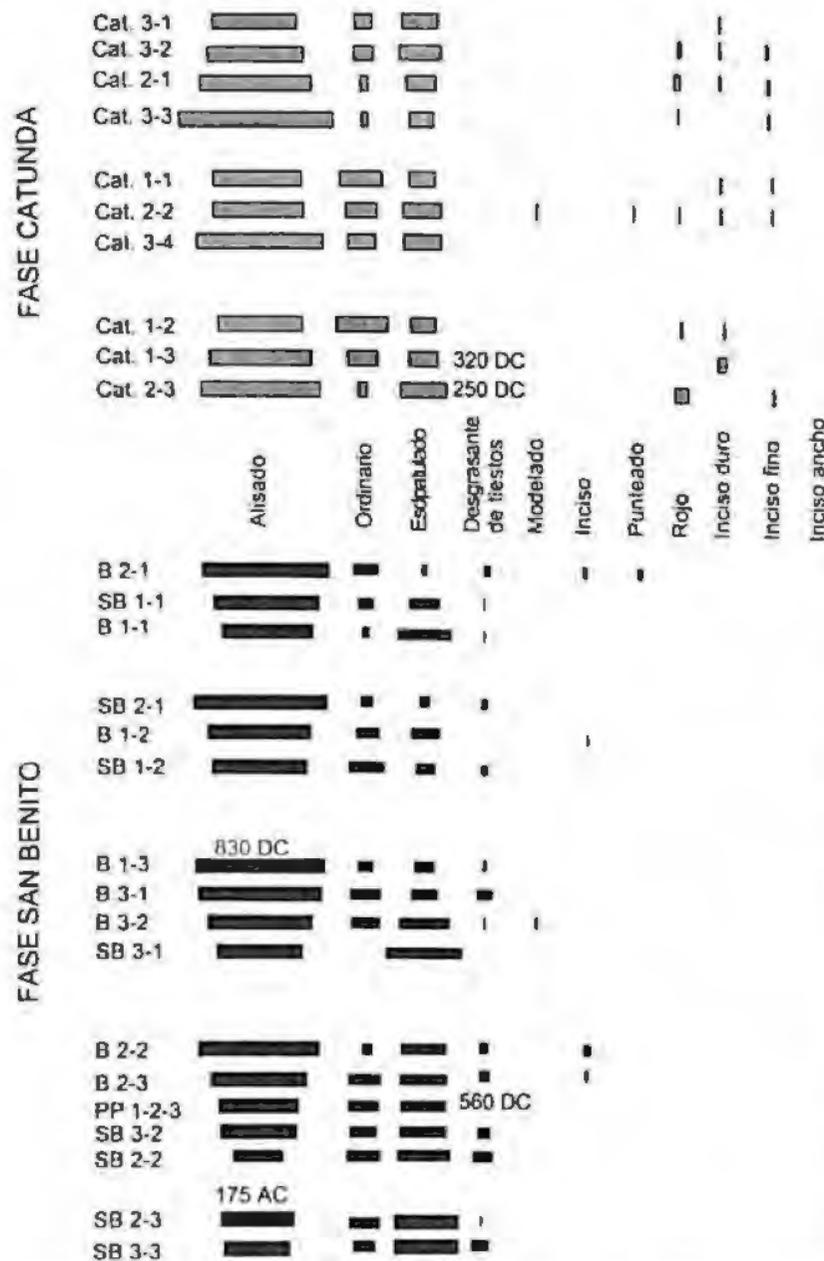
Los posibles episodios de abandono y reocupación de San Benito parecen advertirse al analizar bruscas rupturas en el comportamiento de las frecuencias de sus tipos cerámicos principales las que crean especies de hiatos en su comportamiento lógico. El resurgimiento a cada momento se representa por niveles diferentes en las excavaciones, lo que perfila separaciones en los niveles sucesivos de una misma excavación dentro de la secuencia, e implica posibles sobreimposiciones de las ocupaciones sucesivas. Por su parte, tampoco se desecha que los hiatos o rupturas observadas puedan ser ocupados en un futuro por las frecuencias relativas correspondientes a otros yacimientos aún no localizados o por lo menos no representados, lo que ampliaría el espacio y duración de la fase.

Hasta ahora la dinámica de movimientos parece ampliarse en momentos cercanos al 560 d.n.e. —según fechado de radiocarbono— hacia los yacimientos representados en la secuencia, Punta de Peque y Belleza, este último ocupado en sus comienzos en el área donde se excavó la trinchera número 2. Los nuevos episodios, parecen reflejar una interacción estrecha entre las parcelas arqueológicas de San Benito y Belleza, interacción que alcanza y sobrepasa los 830 d.n.e. donde se amplían los espacios simultáneamente ocupados en ambos yacimientos.

Estos posibles desplazamientos temporales no parecen invalidar el mejoramiento del esquema productivo en estas sociedades, por el contrario le proveen la explotación o aprovechamiento de una región en sus máximas y más diversas posibilidades, delimitando algunos entornos a tono con sus recursos de fauna y materia prima. Quizás se llega a establecer una especie de frontera natural que delimita una vasta extensión de territorio, explotada con movimientos periódicos y durante siglos, como lo indica la cadena de fechados radiocarbónicos que, con inicios en el 175 a.n.e. y pasando por 560 d.n.e., se extiende hasta los 830 d.n.e. e implica a los residuarios de esta fase.

LA FASE CATUNDA

Esta fase incluye por el momento sólo al yacimiento así denominado, pero nuevos análisis alfareros, según los requisitos que exige el método de seriación en residuarios localizados y excavados en esta región de estudio, pueden ampliar en un futuro la secuencia temporero espacial obtenida.



Las siglas de la extrema izquierda representan los sitios, cortes y niveles. Cat.: Catunda; B.: Belleza; SB.: San Benito; PP.: Punta de Peque. SB 3-3 San Benito, Trincheras No. 3, Nivel 3 (el más profundo de la trincheras).

Lo distintivo en la alfarería de esta fase es la ausencia de gránulos de arcilla como parte del antiplástico, la presencia de engobe rojo tanto en superficies interiores como en las exteriores en algunos tiestos, definido dentro del tipo Catunda rojo, así como una variedad y frecuencia de decoraciones incisas, asumidas dentro de varios tipos, de acuerdo con las técnicas de ejecución.

La seriación de Catunda exhibe tres momentos marcados por bruscas disminuciones en la frecuencia de sus tipos cerámicos principales; esto, junto al análisis de las diferentes unidades excavatorias y la distribución de sus niveles a lo largo de la columna, sitúa los inicios de las ocupaciones en una fecha cercana a los 250 d.n.e., en el área donde se ubicaron las trincheras 1 y 2. En un segundo momento, posterior al 320 d.n.e., el área de ocupación dentro del residuario amplió e incluyó nuevos espacios, como el de la trincheras 3, el que por demás fue intensamente explotado durante el episodio último, apreciación coincidente con una mayor frecuencia de cerámica colectada dentro de esta área, además de un incremento en la frecuencia de los tipos decorados incisos, tendencia que de forma discreta había comenzado a avisarse desde el episodio anterior. Desde este punto de vista, Catunda representa la existencia de una dinámica productiva similar a la inferida para la fase San Benito, que se desarrollaba paralelamente en otro espacio del sur oriente de Cuba.

Por otro lado, y de acuerdo con los rasgos representados, las relaciones de Catunda parecen estar más próximas a yacimientos localizados en áreas cercanas de la provincia Holguín y con el yacimiento La Escondida de Bucuey, del municipio santiaguero de San Luis, lo que indica un área distinta y más al centro del territorio, para incluir la dinámica de los yacimientos que formarían esta fase.

La seriación producida por la interdigitación de diferentes niveles estratigráficos del residuario Catunda definen un comportamiento distinto de sus tipos cerámicos, que invalidan una posible inclusión dentro de la secuencia obtenida para la fase anterior. La comparación de otras especificidades también señalan hacia variaciones en los rasgos asumidos como los tipos característicos de ambas fases; esto implica que las sociedades representadas pudieran, tal vez, incluirse como dos expresiones distintas de una misma tradición alfarera.

CONCLUSIONES

A partir de los datos obtenidos y las fechas definidas, hemos arribado a algunas conclusiones preliminares:

1. Los sitios estudiados demuestran que en fechas tan tempranas

como el 175 a.n.e. grupos con cerámicas simples establecieron patrones culturales definidos a partir de la simbiosis productiva con un ecosistema boscoso, situación que no niega la coexistencia con otros modelos productivos basados en la combinación de dos ecosistemas en la que uno de ellos desempeña el papel predominante, como es el caso del residuario Caimanes III (Navarrete, 1986); en este último, a diferencia de los sitios en estudio, el ámbito interiorano no constituye un elemento de peso en la formulación de su organización económica, sino que en la interrelación bosque-mar, este último constituye el elemento más explotado.

2. La vegetación de zonas boscosas y las sabanas alledañas fueron áreas de apropiación vitales para estos sitios de la región su-oriental. El empleo de caracoles terrestres y la caza de jufas sustituyó casi totalmente la explotación de la fauna marina, cuyo empleo sólo se avala como materia prima para la confección de instrumentos, esencialmente gubias y algunos elementos de adorno corporal. El litoral marino permanece como zona de explotación ocasional con propósitos muy concretos, sin desechar la posibilidad de obtener sus productos a través de comunidades más próximas a este ámbito.
3. Las variaciones que en algún momento pudieran pensarse asociadas a momentos cronológicos identificativos de niveles de desarrollo socioeconómico resultan inconsecuentes, si se compara la cronología obtenida en los yacimientos, que no siempre coincide con supuestas fases más evolucionadas del mismo fenómeno. Los fechamientos obtenidos para los diferentes residuarios indican que las formas tempranas de este tipo de comunidades no sólo se asocian con procesos especializados de explotación litoral, sino que muestran un dominio de múltiples ecosistemas que trascienden cronológicamente, lo que ofrece matices que van más allá de cualquier esquema de evolución unilineal.
4. La secuencia de fechas que parte de momentos anteriores a nuestra era y llega hasta el siglo IX denota una efectiva explotación del medio, cuyos antecedentes deben rastrearse en la reformulación de experiencias culturales anteriores. No es descartable incluso la posibilidad de contactos con los nuevos habitantes agroceramistas que arriban a la región en el siglo IX d.n.e. como lo sugieren los fechados de 830 d.n.e. en el residuario Damajayabo.
5. Ante el cuadro de variantes y fechas obtenidas se rompen los criterios, aparejados a no pocos problemas, que aducen que todo aquello que muestra más o menos similitud debe responder a una

misma antigüedad. En este sentido los fechados obtenidos revelan diferencias y particularidades para lo que hasta el momento se consideran expresiones tardías del "protoagrícola" con presencia desde 175 años a.n.e.

NOTAS

¹ Ejemplo de ello son los numerosos sitios del norte de Colombia, donde la riqueza del ámbito recolector casi obligó a la sedentización, por cuanto los nichos ecológicos eran más ricos que el poder de explotación de sus depredadores. En ellos el proceso étnico de la aparición del concepto tribal ya estaba presente, y presentaban alfarería; sin embargo, al parecer apenas conocían el proceso agrícola.

Otro ejemplo de este tipo está en la llamada costa barlovento de Colombia, ámbito Caribe, donde se desarrolló un interesante proceso de aldeanización en sitios como Puerto Hormiga, Barlovento y Monsú, con amplia relación en cuanto a manufactura de alfarería en el 3000 a.n.e. (Angulo, 1992).

² De acuerdo con las limitaciones en los términos establecidos para designar las comunidades en estudio decidimos utilizar el término apropiadores ceramistas, pues a pesar de las diferencias observables en algunos registros arqueológicos, los elementos principales indican una actividad económica que centra su atención en las tareas apropiadoras, con mayores o menores incidencias en unas u otras, según el medio, o los niveles de desarrollo alcanzados.

A pesar de que algunos autores refieren el posible inicio de procesos agrícolas en algunas fases o momentos de estas comunidades, lo cierto es que aún no ha sido posible su corroboración. Los registros arqueológicos parecen indicar que de haber existido no constituiría la actividad económica esencial ni el centro en la organización de los ciclos vitales de estas sociedades, lo que sí parece haber ocurrido con las actividades apropiadoras de uno u otro tipo.

Por otro lado la presencia de alfarería constituye la característica más llamativa en estos yacimientos, a pesar de sus diferencias cuantitativas, de expresiones decorativas, o de mayor o menor variedad tecnológica y formal.

Dentro del término es necesario distinguir lo que consideramos dos situaciones culturales distintas. Una de ellas al parecer se vincula más con actividades apropiadoras de recolección, ya sean de origen marítimo o terrestre, o ambas combinadas, con incidencia mayor en una de ellas. En este caso, los elementos culturales son menos variados e indicativos de cierta unilateralidad en sus actividades económicas y la alfarería no aparece con frecuencia, y cuando lo hace es muy poco decorada o no decorada.

Una situación diferente se presenta donde los componentes culturales son más variados, y es más distinguible la mezcla de elementos correspondientes a tradiciones preagrcultoras anteriores. En ella prolifera la cerámica, incluso decorada, las formas de los recipientes son menos estandarizadas, además de apreciarse una mayor variedad de artefactos posiblemente relacionados con el procesamiento de recursos vegetales o su domesticación incipiente.

Ambas situaciones se presentan desde fechas muy tempranas hasta momentos muy avanzados, y en ocasiones es infenible su coexistencia a partir de los datos cronológicos disponibles.

³ Se refiere a las estrategias establecidas por el hombre para dominar y aprovechar la naturaleza como supuesto básico de supervivencia. Las experiencias, formas y modos con que se consolidan patrones productivos en torno a determinados puntos positivos para que la subsistencia sea posible. Cómo la gente se organizó para

trabajar y como cambió e intercambio los ecosistemas para sobrevivir (Veloz 1992)

BIBLIOGRAFIA

- Angulo, Carlos (1992): "Modos de vida en la prehistoria de la llanura atlántica de Colombia", en *Prehistoria sudamericana. Nuevas perspectivas*. Washington, D.C., Taraxacum.
- Ariles, Milares y Ramón Dacal (1973): *Moluscos marinos y terrestres presentes en el sitio arqueológico Aguas Verdes, Nibujón, Oriente*. Universidad de La Habana, Antropología y Prehistoria No. 2, Serie 9, Centro de Información Científico y Técnica.
- Bate, Luis Felipe (1988): "Relación general entre teoría y método en arqueología", en *Boletín de Antropología Americana*, México D.F., enero.
- Cobo, Abreu, Alfredo Lorié y José Jiménez (1996): "Primeras consideraciones antropológicas y forenses sobre un protoagricultor o ceramista temprano en el Caribe", en *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, 1.
- Cooke, Richard (1993): "Etapas tempranas de la producción de alimentos vegetales en la baja Centroamérica y partes de Colombia", en *Revista de Arqueología Americana*, julio-dic., 6.
- Córdova, Alfonso (s/f): "Estudio arqueológico de la variante cultural Mayari" Inédito. Departamento Occidental de Arqueología.
- Childe, Vere Gordon (1965): *Los orígenes de la civilización*. La Habana, Edición Revolucionaria, Instituto Cubano del Libro.
- Dacal, Ramón y Manuel Rivero de la Calle (1996): *Arqueología aborigen de Cuba*. La Habana, Editorial Gente Nueva.
- Domínguez, Lourdes, Jorge Febles y Alexis Rives (1994): "Las comunidades aborígenes de Cuba", en *Historia de Cuba. La colonia, evolución socioeconómica y formación nacional*. La Habana, Editora Política.
- Guarch, José M. (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín.
- Heller, Agnes (1972). *Historia y vida cotidiana*. Barcelona, Editorial Grijalbo, S.A
- Kozłowski, Januz (1975): *Las industrias de la piedra tallada de Cuba en el contexto del Caribe*. La Habana, Serie Arqueología, No. 5, Editorial Academia.
- Meggers, Betty (1969). *El lenguaje de los liestos*. Washington, D.C., Smithsonian Institution.
- ____ (1986): "El uso de secuencias cerámicas seriadas para inferir conducta social", en *Actas del Primer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe*. Caracas, Oscar M. Fonseca Zamora Editor.
- Meggers, Betty y Clifford Evans (s/f): *Aspectos arqueológicos de las tierras bajas de Suramérica y las Antillas*. Santo Domingo, Cuadernos del CENDIA, Vol. CCLVIII, No. 4, Editora Taller UASD
- Nac Neish, Richard (1994): "The Beginning of Agriculture in the New World", en *Revista de Arqueología Americana*, diciembre, 6.
- Navarrete, Ramón (1989). *Arqueología de Caimanes III*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- O'Rimoli, Renato y Joaquín Nadal (1983): *El horizonte ceramista temprano en Santo Domingo y otras Antillas*. Santo Domingo, Editorial de la UASD.
- Reyes, Juan Manuel (1997): "Estudios dietarios de cinco sitios 'apropiadores ceramistas' del suroriente cubano". Inédito, Santiago de Cuba.
- Sampedro, Ricardo y Pedro Pablo Godo (1991): "Funciones de las herramientas de piedra tallada en el sitio arqueológico La Escondida de Bucuey", en *Estudios Arqueológicos 1989*. La Habana, Editorial Academia.
- Sanoja, Mario (1988): "La formación de cazadores recolectores en Venezuela", en *Actas del Segundo Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe*. Washington, D.C.
- Tabío, Ernesto y José M. Guarch (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo*. La Habana, Departamento de Antropología ACC.
- Ulloa Hung, Jorge y Roberto Valcárcel (1996): "Estudio preliminar de la cerámica de los sitios arqueológicos Catunda, Belleza, San Benito y Punta de Peque". Inédito. Santiago de Cuba.
- ____ (1996a): "Informe preliminar sobre cinco residuarios ceramistas tempranos en Santiago de Cuba". Inédito. Santiago de Cuba.
- Vargas, Iraida (1987): "Sociedad y naturaleza: meditaciones y determinaciones del cambio social", en *Actas del Tercer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe*. Washington, D.C., Editado por Mario Sanoja.
- Veloz, Marcio (1976): *Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora de la UASD, t. I.
- ____ (1992): "Notas sobre la zamia en la prehistoria del Caribe", en *Revista de Arqueología Americana*, julio-diciembre, 6.
- ____ (1991): *Panorama histórico del Caribe precolombino*. Banco Central de la República Dominicana.
- Veloz, Marcio, Elpidio Ortega y Plinio Pina (1974): *El Caimito, un antiguo compejo ceramista de las Antillas Mayores*. Santo Domingo, Fundación García Arévalo.
- William, Denis (1992). "El arcaico en el noroeste de Guyana y los comienzos de la horticultura", en *Prehistoria sudamericana. Nuevas perspectivas*. Washington, Taraxacum.
- Zucchi, Alberta (1984): "Nuevos datos sobre la penetración de grupos cerámicos a las Antillas Mayores", en *Relaciones prehistóricas de Venezuela*. Caracas, Ed. Acta Científica Venezolana. x

ESTUDIOS DIETARIOS DE CINCO SITIOS "APROPIADORES CERAMISTAS" DEL SURORIENTE CUBANO

JUAN MANUEL REYES CARDERO



INTRODUCCIÓN

Las comunidades aborígenes contempladas dentro de la etapa protoagrícola constituyen uno de los tipos de sociedades prehispánicas más controvertidas y menos estudiadas. Esa etapa, considerada como modelo transicional que presupone el paso de las formas culturales preagrícolas a las agrícolas, se expresa en Cuba a través de contextos arqueológicos que regularmente presentan una industria microlítica de sílex unida a una cerámica por lo general escasa y poco decorada. A estos elementos se vinculan otros componentes de piedra o de concha asociados a actividades económicas y superestructurales.

Sobre los llamados protoagricultores de Cuba existen medulares incógnitas por dilucidar. Todavía, por ejemplo, no se tiene la certeza de su presunta tendencia a la agricultura o si realizaron la práctica de la misma aunque fuera de forma incipiente. Por esta razón y en virtud de una comprobada y definitoria práctica apropiativa, e una notable parte de estos grupos culturales, como ocurre en el caso que nos ocupa, se ha preferido conceptualizarlos preferentemente como apropiadores ceramistas.

Los estudios realizados por el equipo de investigaciones arqueológicas de la Universidad de Oriente-Casa del Caribe en cinco sitios apropiadores con cerámica del suroriente cubano, comprueban grados de comportamiento variables en los componentes de los diferentes registros. También fue posible la obtención de fechados diferenciados que facilitaron el conocimiento de una cadena cronológica que ubica a las comunidades entre el 175 a.n.e. y el siglo IX (830 d.n.e.)

Como parte de estos estudios se centró la atención en el comportamiento dietario de los sitios. El mismo, complementado con el análisis de otros componentes, permitió la aproximación a la actividad subsistencial (alimentación) de esos grupos aborígenes. Los resultados, aún sin arrojar, por falta de información paleobotánica directa, datos definitorios sobre un tipo de alimentación a base de plantas (cultivables o no), perfilan el muestrario de otras importantes formas alimentarias en correspondencia con los diferentes momentos de ubicación temporal de las comunidades.

ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

Al estimarse que las comunidades en estudio son de tipo autosuficiente, con un régimen subsistencial que debió ser básicamente cíclico-predador, se consideraron dos presupuestos fundamentales. Uno lo constituyó el hecho de que la inestabilidad de las comunidades predatoras está en función de los beneficios (Sahlins, 1972: 33), a lo que se suma que esa disminución "podría acentuarse más en el caso de que dicha actividad predatoria se combinase con fluctuaciones estacionales en la biomasa, debido a las variaciones en las condiciones ecológicas" (Sanoja, 1987: 6). A tenor con estas condicionantes, se dio prioridad al comportamiento de la biomasa comestible y al número mínimo de individuos presentes en los diferentes niveles de los sitios.

La vía para el acercamiento al tipo de tradición alimentaria de los apropiadores ceramistas fue la asunción e implementación en esta investigación de la significación que expresa la categoría "simbiosis productiva", acuñada por Veloz Maggiolo para definir "el modo cómo la gente se organizó para trabajar y cómo cambió sus ecosistemas para sobrevivir" (Veloz, 1992: 127). Esa simbiosis, de acuerdo con

este arqueólogo dominicano, se basa en la combinación de medios de apropiación, que serían utilizados por los apropiadores a través del tiempo, siempre y cuando la generación de recursos considerados tradicionales por su importancia resultara positiva.

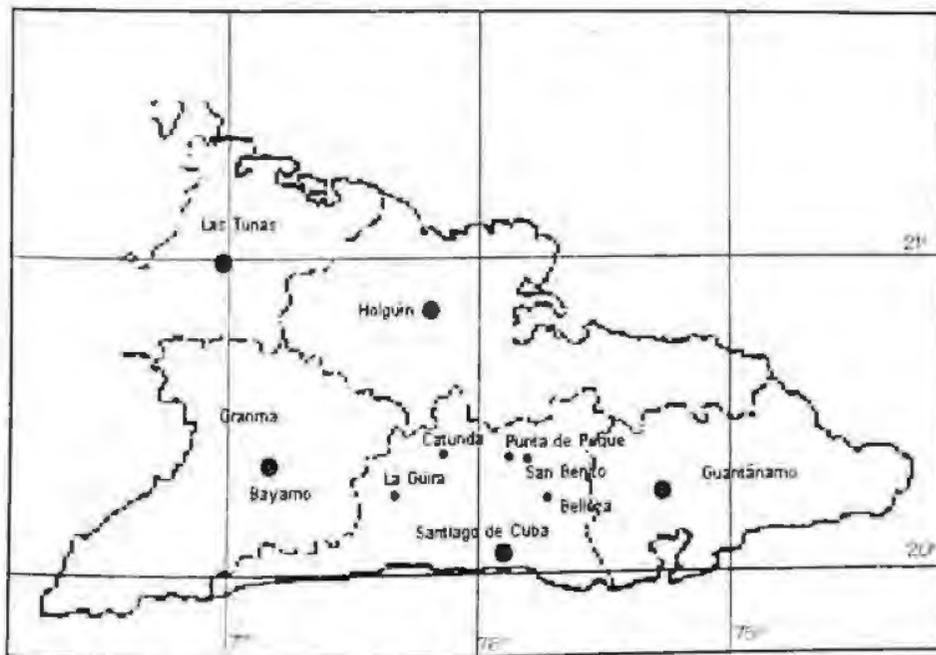
La regularidad de la simbiosis productiva, emergente de un marco referencial contextual, refiere un tipo genérico de tradición alimentaria que tiene variaciones o tendencias en razón de los hábitos socioeconómicos de las comunidades y de las riquezas o posibilidades combinativas de los diferentes ecosistemas. Es posible llegar a esa regularidad al abordarse la acción subsistencial desde un marco particular (contextos dietarios específicos) que conduce a lo general (manifestación dietaria en la región).

LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS: UBICACIÓN

Los sitios arqueológicos se encuentran ubicados dentro de dos grandes subregiones del oriente cubano: el valle central y la región este de la llanura aluvial del río Cauto. Un informe preliminar de los sitios, realizado sobre la base del Atlas Geográfico de Cuba y de datos de campos recogidos (Ulloa, Valcárcel, 1996), reconoce a los residuarios situados sobre un relieve constituido por lomas y colinas que alcanzan hasta 300 m de altitud y que los suelos de la zona son por lo general de tipo pardo-carbonato muy fértiles.

El clima prevaleciente obedece a subtipos y tipos de llanuras o alturas con humedecimiento estacional relativamente estable. Los índices de precipitaciones oscilan entre los 1 400 y 1 600 mm como media anual. Por su parte la vegetación pertenece a la de bosques tropicales latifolios de tipo mesófilo submontanos.

Las coordenadas exactas de ubicación de los sitios son las siguientes: sitio La Güira, hoja Ramón de Guaninao, escala 1:25 000 ICGC, C:X-66,640 Y-74,600; sitio Belleza, hoja La Maya, escala 1:50 000 ICGC, C:X-26,600 Y-66,550; sitio Punta de Peque, hoja La Maya, escala 1:25 000, C:X-17,626 Y-73,625; sitio San Benito, hoja La Maya No. 5076, escala 1:25 000 ICGC, C:X-21,220 Y-72,500; sitio Catunda, hoja Barrancas No. 1, escala 1:25 000 ICGC, C:X-86,800 Y-92,520.



| Tabla No. 1 SITIO CATUNDA | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|---------------------------|------------|-------------|-------------------------|------------|----------------------------|-------------|------------------------|----------------|----------------------|-------------|---------------------------|----------------|------------------------|--------|-------|-------------|---------|
| NIVEL | PESCA | | | | | | CAZA | | | | | | RECOLECCIÓN FAUNÍSTICA | | | | |
| | Peces | | Quelonios de agua dulce | | Total de pesca por niveles | | Mamíferos T (capromys) | | Captura (crustáceos) | | Total de caza por niveles | | Moluscos terrestres | | | | |
| | NM (IC%) | BCKg (IC%) | NM (IC%) | BCKg (IC%) | NM (IC%) | BCKg (IC%) | NM (IC%) | BCKg (IC%) | NM (IC%) | BCKg (IC%) | NM (IC%) | BCKg (IC%) | NM (IC%) | NM (S) | % (S) | BC (S) (Kg) | IC(S) % |
| Tr. 1 | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| 0,00 - 0,10 | | | 1 (100) | 1 (100) | 1 (1,09) | 1,00 (5,50) | 9 (90,00) | 17 (99,70) | 1 (10) | 0,05 (0,30) | 10 (10,87) | 17,05 (99,83) | 81 (88,04) | 63 | 77,7 | 0,126 | 0,67 |
| 0,10 - 0,20 | | | 1 (100) | 1 (100) | 1 (1,52) | 1,00 (8,96) | 6 (46,15) | 9 (99,44) | 1 (53,85) | 0,05 (0,56) | 7 (10,60) | 9,05 (85,12) | 58 (87,88) | 48 | 82,7 | 0,096 | 0,86 |
| 0,20 - 0,30 | | | 1 (100) | 1 (100) | 1 (0,65) | 1,00 (2,11) | 20 (100) | 46 (100) | 0 (0) | 0 (0) | 20 (12,90) | 46 (97,37) | 134 (86,45) | 122 | 91,04 | 0,244 | 1,13 |
| 0,30 - 0,40 | | | 1 (100) | 1 (100) | 1 (3,12) | 1,00 (9,31) | 6 (85,71) | 9 (99,44) | 1 (14,29) | 0,05 (0,56) | 7 (21,88) | 9,05 (88,45) | 24 (75,00) | 18 | 75 | 0,244 | 2,27 |
| Total | | | 4 (100) | 4 (100) | 4 (1,16) | 4,00 (4,58) | 41 (93,18) | 81 (99,81) | 3 (6,82) | 0,15 (0,19) | 44 (12,75) | 81,15 (94,59) | 297 (86,09) | 251 | 85,99 | 0,710 | 5,08 |
| Tr. 2 | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| 0,00 - 0,10 | | | 1 (100) | 1 (100) | 1 (0,75) | 1 (2,05) | 29 (90,62) | 46 (99,67) | 3 (9,38) | 0,15 (0,33) | 32 (23,52) | 46,15 (97,67) | 103 (75,73) | 69 | 74,28 | 0,138 | 0,28 |
| 0,10 - 0,20 | | | 1 (100) | 1 (100) | 1 (0,77) | 1 (1,92) | 24 (96,00) | 49 (99,89) | 1 (4) | 0,05 (0,11) | 25 (19,08) | 49,05 (96,08) | 105 (80,15) | 78 | 94,77 | 0,156 | 0,29 |
| 0,20 - 0,30 | 4 (100,00) | 2,0 (50,00) | 2 (33,33) | 2 (50,00) | 6 (0,76) | 4 (5,63) | 52 (70,27) | 55 (98,03) | 22 (29,73) | 1,10 (1,97) | 74 (9,17) | 56,10 (92,47) | 727 (80,15) | 689 | 91,68 | 1,378 | 1,92 |
| 0,30 - 0,40 | | | 1 (100) | 1 (100) | 1 (0,25) | 1 (1,73) | 25 (75,75) | 52 (99,23) | 8 (24,25) | 0,40 (0,77) | 33 (8,35) | 52,40 (97,12) | 361 (91,40) | 331 | 91,68 | 0,662 | 1,14 |
| Total | 4 (44,44) | 2,0 (21,57) | 5 (12,90) | 5 (71,42) | 9 (0,61) | 7 (3,29) | 130 (79,27) | 202 (99,16) | 34 (20,73) | 1,70 (0,84) | 164 (11,17) | 203,70 (95,62) | 1296 (88,22) | 1 167 | 57,14 | 2,334 | 1,09 |
| Tr. 3 | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| 0,00 - 0,10 | | | 1 (100) | 1 (100) | 1 (2,32) | 1 (3,98) | 13 (92,85) | 24 (99,79) | 1 (7,15) | 0,05 (0,21) | 14 (32,56) | 24,05 (96,89) | 28 (65,12) | 16 | 8,33 | 0,032 | 0,12 |
| 0,10 - 0,20 | 1 (11,33) | 0,5 (20,00) | 2 (64,64) | 2 (80,00) | 3 (4,85) | 2,5 (5,68) | 21 (91,30) | 41 (99,75) | 2 (8,70) | 0,1 (0,25) | 23 (37,09) | 41,10 (94,38) | 36 (58,06) | 3 | 77,02 | 0,006 | 0,13 |
| 0,20 - 0,30 | | | 2 (100) | 2 (100) | 2 (1,74) | 2 (2,63) | 37 (94,87) | 73 (99,86) | 2 (5,13) | 0,10 (0,14) | 39 (23,91) | 73,10 (97,22) | 74 (84,35) | 57 | 79,5 | 0,114 | 0,018 |
| 0,30 - 0,40 | | | 3 (100) | 3 (100) | 3 (2,54) | 3 (5,58) | 29 (90,62) | 50,5 (99,70) | 3 (9,38) | 0,15 (0,30) | 32 (27,12) | 50,65 (94,18) | 83 (70,34) | 66 | 82,92 | 0,132 | 0,24 |
| 0,40 - 0,50 | | | 1 (100) | 1 (80,00) | 1 (3,77) | 1 (31,83) | 10 (100) | 10,65 (100) | 0 (0) | 0 (0) | 10 (18,87) | 10,65 (67,79) | 41 (77,36) | 34 | 82,95 | 0,068 | 0,38 |
| Total | 1 (10,00) | 0,50 (5,26) | 9 (50,00) | 9 (94,74) | 10 (3,51) | 9,5 (6,33) | 110 (93,22) | 199,15 (99,80) | 8 (6,78) | 0,40 (0,20) | 118 (41,40) | 199,55 (93,51) | 262 (0,16) | 176 | 55,09 | 0,352 | 0,16 |
| Total sitio | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 5 (21,74) | 2,5 (12,20) | 18 (78,25) | 18 (87,80) | 23 (0,72) | 20,5 (4,03) | 281 (86,19) | 482,15 (99,53) | 45 (13,81) | 2,25 (0,47) | 326 (10,17) | 484,40 (96,30) | 1865 (80,11) | 1 594 | 56,16 | 3,396 | 0,67 |

MATERIALES Y MÉTODOS

Excavación y estratigrafía

En todos los sitios, excepto en La Güira, con dos escaques, se practicaron tres unidades excavatorias y las dimensiones fueron por lo general de 2 m x 2 m. En tres de los sitios, además, se hicieron trazados para excavaciones de 2 m x 1 m. Todas ellas se efectuaron a través del seguimiento de una estratigrafía artificial de 10 cm que en todos los casos estuvo relacionada con una capa vegetal oscura de gran fertilidad arqueológica hasta los 0,40 m. En ocasiones los restos arqueológicos buzaron hasta los 0,50 m.

Metodología

Los estudios dietarios estuvieron guiados por el análisis del registro dietario propiamente dicho, el examen parcial de los instrumentos utilizados durante las acciones para la subsistencia y los métodos de datación cronológica existentes. Fue imprescindible utilizar los resultados del método de seriación cerámico Ford (Ulloa, Valcárcel, 1997) en virtud de su posibilidad para definir fases, ocupaciones, reocupaciones e incluso áreas fronterizas de los grupos culturales (Meggers, 1990).

El centro de esta investigación lo constituyó el método para el procesamiento de restos de alimentos de origen faunístico. Precisamente por ello a él se dará mayor margen explicativo a continuación.

La metodología asumida sigue los parámetros establecidos por los zooarqueólogos cubanos César Rodríguez y Milton Pino (Rodríguez y Pino, 1990) en cuanto a clasificación taxonómica de los ejemplares y a procedimientos utilizados para la obtención del número mínimo de individuos con su respectiva biomasa comestible. Las tablas resultantes asumen algunas modificaciones en virtud del interés de este trabajo ligado sólo al estudio de si-

tios arqueológicos enmarcados en ecosistemas terrestres.

Obtención del número mínimo de individuos (NMI) y de la biomasa comestible (BC)

El número mínimo de individuos se obtuvo a partir del conteo, clasificación e identificación según especies. Él propició la obtención de biomasa comestible, pues esta se concretó al multiplicarse la cantidad de ejemplares por el peso de su masa, obtenida previo análisis experimental.

Por problemas de espacio no se detallará cómo se obtuvo la cantidad mínima de ejemplares por especies pero sí se hará una reseña de la definición de estas últimas en el trabajo. Cinco de las especies correspondieron a mamíferos terrestres, representados por el género *Capromys*: *Capromys pilorides*, *Capromys melanurus*, *Heteropsomys ofella*, *Geocapromys columbianus* y *Geocapromys pleistocenicus*. El crustáceo *Gecarcinus ruricola* y el quelonio de agua dulce *Pseudemys decussata* son otras especies presentes.

También quedaron definidos los moluscos terrestres y fluviales siguientes: *Caracolus sagemon*, *Liguus fasciatus*, *Euricamphtha bomplandi*, *Zachrysis auricoma*, *Zachrysis proboscidea*, *Corida alauda*, *Polidonte sobrina*, *Emoda sp.*, *Farscimen ungula*, *Polymita picta*, *Polymita venusta* y *Pomacea paludosa*. Otros moluscos identificados fueron los conocidos como *Strombus sp.*, *Codakia orbicu-*

Tabla No. 2 SITIO CATUNDA

| NIVEL | PESCA | | | | | | CAZA | | | | | | RECOLECCIÓN FAUNÍSTICA | | | | |
|--------------|-----------|--------------|-------------------------|------------|----------------------------|-------------|-------------------------|----------------|----------------------|-------------|---------------------------|----------------|------------------------|---------|-------|-------------|----------|
| | Peces | | Quelonios de agua dulce | | Total de pesca por niveles | | Mamíferos T. (capromys) | | Captura (crustáceos) | | Total de caza por niveles | | Moluscos terrestres | | | | |
| | NMI (IC%) | BCKg (IC%) | NMI (IC%) | BCKg (IC%) | NMI (IC%) | BCKg (IC%) | NMI (IC%) | BCKg (IC%) | NMI (IC%) | BCKg (IC%) | NMI (IC%) | BCKg (IC%) | NMI (IC%) | NMI (S) | % (S) | BC (S) (Kg) | IC (S) % |
| 0,00 - 0,10 | 0 (0) | 0 (0) | 3 (100) | 3 (100) | 3 (1.11) | 3 (3.31) | 51 (91.07) | 87 (99.71) | 5 (8.93) | 0.25 (0.29) | 56 (20.66) | 87.25 (96.36) | 212 (78.23) | 148 | 50.94 | 0.296 | 0.33 |
| 0,10 - 0,20 | 1 (20) | 0.50 (11.11) | 4 (80.00) | 4 (88.89) | 5 (11.93) | 4.5 (4.33) | 51 (92.73) | 99 (99.80) | 4 (7.27) | 0.2 (0.20) | 55 (21.24) | 99.20 (95.42) | 199 (76.83) | 129 | 64.82 | 0.258 | 0.25 |
| 0,20 - 0,30 | 4 (44.44) | 2.0 (28.57) | 5 (55.57) | 5.0 (71.4) | 9 (0.83) | 7 (3.81) | 109 (81.95) | 174 (99.32) | 24 (18.05) | 1.2 (0.68) | 133 (12.35) | 175.20 (95.25) | 9.35 (85.82) | 868 | 92.83 | 1.736 | 0.94 |
| 0,30 - 0,40 | 0 (0) | 0 (0) | 5 (100) | 5.0 (100) | 5 (0.92) | 5 (4.23) | 60 (83.33) | 111.5 (99.46) | 12 (16.67) | 0.6 (0.54) | 72 (13.21) | 112.10 (94.89) | 468 (85.87) | 415 | 88.67 | 1.038 | 0.86 |
| 0,40 - 0,50* | 0 (0) | 0 (0) | 1 (100) | 1 (100) | 1 (1.92) | 1 (8.53) | 10 (100) | 10.65 (90.89) | 0 (0) | 0 (0) | 10 (19.23) | 10.65 (100) | 41 (78.84) | 34 | 82.95 | 0.068 | 0.58 |
| TOTAL | 5 (21.74) | 2.5 (12.20) | 18 (78.25) | 18 (87.8) | 23 (0.72) | 20.5 (4.03) | 281 (85.19) | 482.15 (99.53) | 45 (13.81) | 2.25 (0.4) | 326 (10.17) | 484.4 (95.30) | 1855 (89.11) | 1594 | 56.16 | 3.396 | 0.67 |

*Pertenece sólo a la trinchera No. 2.

Las tablas de los restantes sitios y su análisis aparecen en la tesis de maestría que el autor actualmente desarrolla.

laris, *Tellina pérsica*, *Myrtrea pristiphora* y *Phacoide pectinatus*, correspondientes todos a la zona marina. Por cierto, a esta última no parecen pertenecer la mayoría de los restos de peces exhumados en los sitios.

Con todos los datos estadísticos inherentes a la catalogación por especies, se definió para ellas, por trincheras, su status dentro de las actividades económicas más generales. Para ello se tuvo en cuenta el tipo de actividad realizada por el hombre en relación con el medio específico que enfrentó (Rodríguez y Pino, 1990). Estos autores han propuesto la correspondencia de actividades subsistenciales específicas con las actividades apropiadoras más reconocibles: la caza, la pesca y la recolección. (Ver un ejemplo a través de la tabla No. 1, sitio Catunda).

Para obtener los índices totales de caza, Rodríguez y Pino propusieron la vinculación de la cacería de roedores con la captura de crustáceos terrestres. En esta investigación se acepta la vinculación de manera genérica, pero se opta también por distinguir la captura e incluso su número mínimo de individuos y biomasa comestible. Son contemplados además los índices de consumo de estos últimos indicadores (ver tabla No. 1, sitio Catunda, parte correspondiente a la caza)

En el caso de la pesca, mal representada por la condición tan perecedera de sus restos, se destacaron las dos principales actividades apropiadoras relacionadas con la acción del hombre en un medio acuático. Una fue la pesca propiamente dicha, de agua dulce, y la otra la captura de quelonios dulce acuícolas (*Pseudemys decussata*). En la tabla citada, parte pesca, pueden apreciarse sus correspondientes números de individuos, biomasa comestible e índice de consumo (ver tabla No. 1, sitio Catunda, parte pesca).

Al final de la referida tabla aparece representada la recolección faunística, cuya expresión se materializó a través de la cuantificación del número mínimo de individuos de todos los moluscos, por ciento del sagemón respecto al total de moluscos y la biomasa comestible de ese gasterópodo. Como puede apreciarse, sólo aparece la representación biomática del *Caracolus sagemón*, lo que se debe a que no estaban precisados los pesos de biomasa de los restantes moluscos. Aún así el acercamiento al total de biomasa fue posible porque el *Caracolus* mostró por niveles y unidades excavatorias una posición definitoria. Con esta definición pudieron aparecer representados los índices de biomasa comestibles y del número mínimo de individuos (ver tabla No. 1, recolección, sitio Catunda).

La línea metodológica trazada terminó con la correlación por cada

uno de los sitios y según su correspondiente estratigrafía artificial de los niveles de todas las trincheras. Pudo entonces observarse el comportamiento de la caza, la pesca y la recolección en los diferentes momentos de la actividad social de los sitios. De hecho también fue viable la comparación entre ellos. Como una muestra de las cinco tablas conclusivas representamos la correspondiente al propio sitio Catunda (ver tabla No. 2).

Índice de biomasa comestible (BC) e índice de consumo de número mínimo de individuos (NMI)

Los índices de consumo de la BC y del NMI emanaron de la comparación por niveles entre los totales tanto de biomasa comestible como del número de ejemplares mínimos presentes. La relación en cada caso fue porcentual y decisiva en la apreciación de las inferencias sobre la dieta. El índice del NMI lo consideramos en este caso muy a la par del otro índice porque en ocasiones llega a definir, a pesar de no aportar mucho la biomasa comestible de los ejemplares, una forma específica apropiativa.

RESULTADOS Y DISCUSIONES

Luego de examinar los diferentes registros dietarios, se estableció su comparación como vía de reconocer las diferencias y similitudes (regularidades) alimentarias. Las variaciones dietarias aisladas en los diferentes contextos constituyeron parte importante de un proceso cíclico-apropiativo, conformado también por otros ciclos no aprehendidos en la investigación. Lo más importante resultó que tales variaciones arrojaron luz sobre las diferentes formas de explotación medioambiental, premisa que constituye paso previo a la búsqueda de la relación subsistencial entre dichas formas.

Esos cambios en la forma de explotación y apropiación no se produjeron en estos casos con un sentido discordante, de ruptura. Su manifestación, por tanto, no dictaminó la aparición de otro tipo de regularidad simbiótica que no fuera la denotativa de la captación de los mismos componentes simbióticos (recursos) en zona de bosque interior. El margen de variación en los cinco sitios fue como a continuación se relaciona.

Sitio San Benito

Este sitio, con fechado de 175 a.n.e., constituye el más antiguo de todos los examinados. Desde el punto de vista alimentario tiene la connotación de ser el residuario que posee más especies captadas por medio de la caza propiamente dicha, la captura y la recolección terrestre; inclusive es la comunidad donde más varían las for-

mas de obtención de proteínas, al dar tanta importancia a la caza menor como a la captura de crustáceos.

La caza de mamíferos terrestres (*Capromys sp.*) es la actividad más destacable en el sitio. Así lo indican la biomasa comestible que aporta y los índices de consumo de esta. Estos últimos son elevados y llegan a alcanzar, respecto a las otras actividades subsistenciales del sitio, porcentajes oscilantes entre 71 y 94. Esos niveles, aunque no alcanzan casi nunca a los del sitio Catunda, son significativos. A este último sitio San Benito lo supera, como también a los otros tres asentamientos, en cuanto al aporte que brinda otro taxón que ayuda a conformar el total de caza: la captura de crustáceos.

La captura del *Gecarcinus runcicola* constituye un renglón importante en todos los niveles estratigráficos de San Benito, aun cuando la biomasa de crustáceos sea inferior a la de los mamíferos presentes. El aporte del primero a la biomasa total de caza es tan significativo que en el nivel dietario más rico de la ocupación define índices de más del 28 %.

Después de esta actividad, tiene importancia en el sitio —no por la biomasa comestible que aporta, sino por su constancia como dieta de los aborígenes— la recolección de moluscos terrestres. El número de ejemplares presentes se estabiliza con más de un 50 % respecto al total de actividades subsistenciales del sitio y alcanza en los niveles 20-30 y 30-40 su mayor grado con más del 71 %. En San Benito aparecen escasos fragmentos de *Strombus sp* y dos valvas de *Codakia orbicularis*.

La recolección florística quedó ejemplificada en el sitio al comprobarse la aparición de semillas calcinadas de palma (*Roystonea regia*) en el nivel más profundo de un registro examinado. Esta forma de alimentación constituye una tradición desde el VIII milenio a.n.e. en Centroamérica (Cooke, 1993: 47) y estaba presente por lo menos desde el siglo IV a.n.e. en comunidades aborígenes de la isla de Santo Domingo (Veloz, 1992: 131-132).

Por último, debemos apuntar que parecen tener menos importancia las labores de pesca y la captura de quelonios (pesca en general), la primera actividad no aparece representada por ningún resto dietario y la otra es demostrativa de una alimentación ocasional de jicotea (*Pseudemys decussata*)

Sitio Catunda

Este sitio arqueológico, cuya ocupación se inicia aproximadamente para el primer siglo d. n. e., se encuentra ubicado no lejos de las márgenes del río Cauto, en un área de asentamiento alta que declina

hacia una fuente fluvial de relativa importancia. Su patrón habitacional se percibe más estable y con una mayor adaptación a la vida interior. La apreciación se infiere a partir de la bidimensionalidad de sitio, con significación para la horizontalidad (80 m x 40 m), y por la variedad y proporciones de la dieta consumida. Esta última denota un equilibrio entre la caza, la pesca y la recolección superior a la de los restantes sitios.

La pesca en Catunda parece corresponder a la de fuentes fluviales, pero hay que considerar la aparición en el registro de algunas vértebras de peces que por su tamaño pudieran corresponder a resacas de peces marinos. Esa posibilidad presupone algún tipo de relación con áreas litorales. La aparición de fragmentos de *Strombus*, con seguridad residuos de una industria destinada a la fabricación de gubias, y la existencia de moluscos de las zonas medio e infralitoral definitivamente aseguran dicha interrelación.

La pesca como tal aparece solamente representada en los niveles intermedios de la ocupación; sin embargo, la captura de quelonios dulce acuícolas (*Pseudemys decussata*) es poca pero perenne. Entre ambas aportan una biomasa comestible a la actividad pesquera que, con independencia de no ser muy significativa, por su más de 3 % y 4 % de índice de consumo, constituye el porcentaje más elevado de los cinco sitios.

La recolección de moluscos terrestres en Catunda fue constante y sus volúmenes tienen menos proporciones que los de sitios como Punta de Peque y La Güira. Esa constancia es avalada por un índice de consumo del número mínimo de individuos que supera el 76 % en todos los niveles y logra en dos de ellos más del 85 %. Por otra parte, la recolección florística debió tener gran importancia, pues los morteros, manos de morteros y otros útiles necesarios para el tratamiento de recursos vegetales son prolíferos.

La caza fue por mucho la actividad más importante en el sitio. Sus índices de consumo por estratos son superiores a los de los otros sitios procesados. Es destacable que no sólo en biomasa comestible, superior siempre en estos tipos de sitios a las otras actividades subsistenciales, sino también en cantidad de ejemplares, la caza resulta a veces superior.

El mamífero del género *Capromys*, reconocido en diferentes especies, da el mayor aporte de biomasa a la actividad de caza; sus restos (NMI), por momentos de convivencia del sitio y en vinculación comparativa con la captura de crustáceos, brindan porcentajes superiores a 81 %, que se estabilizan con más del 91 % en los momentos

más tardíos de convivencia de la comunidad. Los mencionados crustáceos sólo aportan a la biomasa comestible final de caza porcentajes inferiores al 1 %. No obstante, hay que considerar una tradición alimentaria en bosque muy interior a pesar de convivir el *Gecarcinus ruricola* en una franja litoral no superior a los 5 km de la costa (Castellanos, Pino, 1987: 16).

Sitio Punta de Peque

El sitio datado por C-14 de 735 a 760 d.n.e., reporta según sus registros actividad pesquera y captura de quelonios vestigiales. Esas labores están representadas en los niveles terminales de la vida en el sitio por escasos ejemplares que reportan índices de biomasa inferiores al 4 % si se relacionan con el total de actividades presentes.

Por su parte, la recolección de moluscos terrestres es muy abundante. Su preponderancia parece dar al residuario un carácter especializado pues allí la comunidad consumió la parte comestible de los caracoles en una proporción pocas veces observada en tierra adentro. La cantidad de gasterópodos se reporta en los niveles más pródigos de la ocupación con porcentajes oscilantes entre el 97 % y 100 % del total de ejemplares presentes en el sitio. Es destacable que a pesar de su pobre peso biomático el aporte del sagemón llega a alcanzar en algunos estratos índices de 3 % y 4 %.

La caza, como en los demás sitios, tiene importancia. Su biomasa comestible así lo demuestra, no obstante a ser sus índices de consumo inferiores a los de otros asentamientos, excepto La Güira. La caza de *Capromys sp.* define, muy por encima de la captura de crustáceos terrestres, los índices de biomasa total de caza en relación con el total de actividades subsistenciales. Esos porcentajes van del 91 % al 96 %.

Es notoria, además, a partir del nivel 20-30 y hasta los momentos finales de ocupación, la presencia de escasos bivalvos, como la *Codakia orbicularis*, *Phacoide pectinatus* y la *Myrtraa pristiphora*. Son visibles de igual modo fragmentos de *Strombus sp.* que denotan una vinculación de los moradores del sitio con zonas costeras.

Sitio Belleza

El asentamiento muestra tan alto grado de alteración que no es posible seguir un registro dietario con cierta objetividad, incluso en sus niveles inferiores. Allí se encontraron trasegados, sobre todo hacia las direcciones norte y oeste, infinidad de artefactos logrados sobre la piedra en volumen, necesarios para las labores de trituración y procesamiento de frutos u otras partes vegetales. Estaban

esparcidos, del mismo modo, numerosos restos dietarios que, con independencia de que sus proporciones y disposición, no dan una idea de lo ocurrido originalmente en el sitio; se reseñan a continuación.

En correspondencia con un patrón habitacional que debió ser estable, pues difiere tanto en sus características socioeconómicas y superestructurales como en las dimensionales de los restantes sitios ubicados en la zona, Belleza es un sitio cuyo consumo proteico estuvo basado esencialmente en la caza de mamíferos del género *Capromys* (más del 99 % de biomasa comestible). A pesar de estos porcentajes, las proporciones volumétricas, por unidades excavatorias, distan mucho de las comprobadas para el sitio Catunda.

Relacionado con lo anterior, es significativo que la captura de crustáceos para un periodo comunitario que comienza en el 830 d.n.e. se denota inexistente, al igual que la pesca de río. Por su parte, la captura de *Pseudemys decussata* se presenta ocasional pues aparece exiguamente para un momento intermedio de la ocupación del sitio.

La recolección faunística fue otra actividad importante en el sitio, aún cuando las proporciones de restos encontrados correspondientes a ella no sean, al compararse con otros sitios, tan significativas. Los índices porcentuales por número mínimo de individuos de este tipo de recolección oscilan del 71 al 23,68 % hacia las fases finales de la habitación comunitaria. La recolección florística probablemente fue muy ejercida por los aborígenes de Belleza.

Sitio La Güira

La Güira es un sitio pequeño cuyos análisis multilaterales no se han concluido, pero del que ya se han hecho algunas consideraciones, principalmente dietarias. El residuario tiene características análogas a Punta de Peque en cronología, patrón de asentamiento y actividad alimentaria, sólo que en cuanto a esto último La Güira define mayores índices de consumo por acciones recolectoras. Estas últimas aportan una biomasa, en detrimento de la preponderante caza, superior a la de los restantes registros examinados. Los índices por actividad recolectiva faunística alcanzan en biomasa hasta 7 % y 8 %, mientras que los índices de biomasa por acción cazadora son los menores de los cinco asentamientos y sus porcentajes se hallan entre 86 % y 95 %.

Este sitio, con más propiedad, pudo corresponder a un área de especialización recolectiva-terrestre, donde la captación de moluscos bivalvos y univalvos marinos fue ínfima. Hay que señalar en otro

sentido que, aunque se observaron similitudes entre este sitio y el conocido como Punta de Peque, prevalece sobre ellos una diferencia básica. Ella estriba en la desigual proporción que se tuvo en ambos residuarios del consumo de crustáceos. En La Güira, por el contrario al otro sitio, la cantidad de ejemplares de *Gecarcinus ruficauda* es escasa, siete en todo el sitio. Otra característica de La Güira es que la pesca y la captura de quelonios sólo aparece representada para el nivel 20-30 de la ocupación.

OTROS RESULTADOS

A la par de las diferencias obtenidas en cuanto a proporciones volumétricas dietarias, fueron observadas variaciones relativas al instrumental, características cerámicas y patrones de asentamiento de las comunidades.

Los análisis primarios de todos estos factores, entre los que tuvo gran peso la seriación cerámica realizada a los sitios (Ulloa, Valcárcel, 1997), indican constantes ocupaciones, distinguibles en fases que ayudan a delimitar dos regiones culturales. Una de ellas se concibe como área este de la llanura aluvial del río Cauto, representada en este caso por el sitio Catunda; y la otra se enmarca como área del valle central (territorio Songo-La Maya). En esta se circunscriben los otros sitios reseñados en este trabajo, excepto el de La Güira cuyos ocupantes quizás tuvieron una relación directa con los aborígenes de la primera región mencionada.

Área No. 1

Catunda parece ser resultado de procesos evolutivos, con incidencia transcultural, de grupos que parten de la llanura aluvial del Cauto, incluyendo la desembocadura de este río. Los estudios realizados en esa área por diferentes investigadores, entre los que sobresalen los de Febles y Godo (1990) y Córdoba y Arredondo (1990) dan a conocer la existencia de grupos arcaicos portadores de tradición de piedra pulida y de concha, con énfasis en la explotación de la zona litoral, pero además con captación de recursos de tierra adentro. A algunos sitios de esa zona, con esas características, se le reportó alguna vez cerámica para sus últimos momentos de ocupación (Utset, 1949).

El sitio Catunda posiblemente constituya una de las fases posteriores y de mayor estabilidad del poblador a que hemos hecho referencia; su patrón habitacional y la aparición de cerámicas en todos los niveles sugieren esa posibilidad. Las características decorativas de la cerámica, unidas a la aparición de objetos superestructurales

como bolas tintóreas, pendientes y hachas petaloideas, conducen a que no se descarten posibles intercambios con grupos agroceramistas asentados en el oriente cubano en los primeros siglo d.n.e. La suposición, no avalada por los escasos fechados hasta ahora existentes en Cuba, toma punto de partida en la existencia en La Española de grupos agrícolas desde el siglo III a.n.e. (Veloz, comunicación personal).

Área No. 2

Por otra parte, los sitios San Benito, Punta de Peque y Belleza, de acuerdo con los análisis cerámicos efectuados y con los diferenciados patrones habitacionales que presentan, parecen corresponder a un hábitat cíclico-predador interrelacionado, contemplado entre 175 d.n.e. y el siglo X d.n.e. El mismo tiene una dinámica que tiende a manifestar con el transcurso del tiempo diferentes ocupaciones y reocupaciones.

El comienzo de la estancia de estos grupos culturales en la zona es muy probable se haya caracterizado por una gran movilidad, mantenida para el período en que se inicia la ocupación Catunda (205 d.n.e.) y probablemente para momentos posteriores. Para el propio momento inicial se palpa que algunos grupos humanos hicieron una mayor captación de recursos alimenticios que otros convivientes en el mismo espacio en períodos subsiguientes. Resulta también probable que ante la contradicción hombre-naturaleza algunas sociedades llegaran a consolidar sus patrones habitacionales, cosa que parece ocurrir para el sitio Belleza hacia el 830 d.n.e. En él es notoria una actividad subsistencial denotativa de un mejor equilibrio entre el consumo de carbohidratos y proteínas.

CONCLUSIONES

De acuerdo con el análisis dietario realizado a los cinco sitios arqueológicos correspondientes a comunidades apropiadoras coramistas (de tierra adentro) del suroriente cubano, se llegó a las siguientes consideraciones:

1. Esos grupos culturales son portadores durante su existencia de un tipo de regularidad simbiótica que, con variaciones por las condiciones específicas de apropiación, es reflejo de una tradición alimentaria bastante homogénea. Esto corresponde a una forma de explotación de sabana o boscosa visible para las grandes Antillas a partir del siglo IV (Voloz, 1992), pero que se reporta para momentos anteriores en la zona de estudio, en vista de su comprobación en contextos propios de grupos denominados protoar-

- caicos (Navarrete, 1990).
2. Los procesos "simbióticos productivos" patentizan la explotación combinativa de recursos de zona interior, donde toma gran importancia la caza menor y la recolección terrestre, mientras que la pesca tiene una función complementaria. La acción simbiótica en estos casos está desligada de la explotación de la zona de carsos y de la de manglares, propia de grupos arcaicos e incluso de sociedades consideradas "protoagricultoras".
 3. La incursión paulatina del poblador arcaico antillano, sin cerámica o con ella, hacia territorios boscosos hará que se vaya produciendo un dominio del hábitat de tierra adentro. Este se manifestará con variaciones que en algunos casos, como por ejemplo en San Benito y Catunda, demostrarán que sociedades convivientes durante un mismo período de tiempo tienen resultados desiguales en cuanto a la obtención de volúmenes de una alimentación similar. Ello ocurre en virtud de la capacidad constante de la comunidad para enfrentar el medio ambiente, de las posibilidades de este y de las relaciones interculturales generadas.
 4. Se presume también que sitios de cronología más tardía tengan una forma de captación de alimentos menos eficiente que otros asentados más tempranamente. Parece esto ocurrir para Catunda (siglo II d.n.e.) y Punta de Peque (siglo VIII).
 5. Fue inferible que dentro de un mismo período histórico convivieron comunidades apropiadoras ceramistas cuyas formas alimentarias respondieron a zonas de explotación bien diferenciadas. Esto se observó al examinarse el registro del sitio Caimanes III (Navarrete, 1989) y el de los residuarios con cronología más temprana, aquí esbozados. A diferencia de estos últimos, en Caimanes III, aun cuando los ahorigenes hicieron captación de moluscos terrestres, practicaron la caza menor y obtuvieron recursos de zonas fluviales, el mayor índice de los desechos nutrientes lo tuvieron los remanentes de una acción recolectiva sobre todo de moluscos marinos.

BIBLIOGRAFÍA

- Castellanos Nilecta y Milton Pino (1987): "Estudio de la dieta y actividades económicas de La Escondida de Bucuoy, San Luis, provincia Santiago de Cuba" Inédito. Departamento de Arqueología. Centro de Antropología. ACC. La Habana.
- Cooke, Richard (1993). "Etapas tempranas de la producción de alimentos vegetales en baja Centroamérica y partes de Colombia",

- en *Revista de Arqueología Americana*, México, julio-diciembre 6.
- Córdoba, Alfonso y Oscar Arredondo (1990): "Análisis de los restos dietarios del sitio arqueológico El Mango, Río Cauto; Granma" en *Anuario de Arqueología 1988*, La Habana, Editorial Academia.
- Febles, Jorge y Pedro Godo (1990): "Excavaciones arqueológicas en El Mango, provincia Granma, Cuba. Un análisis preliminar", en *Anuario de Arqueología 1988*. La Habana, Editorial Academia.
- Meggers, Betty (1990): "Reconstrução do comportamento locacional pre-histórico na Amazonia", en *Boletín do Museu Paraense Emílio Goeldi*, Dezembro, 2.
- Navarrete, Ramón (1989): *Arqueología de Caimanes III*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- ____ (1990): "Catálogo arqueológico de Santiago de Cuba" Inédito. Delegación Provincial de Academia de Ciencias. Santiago de Cuba.
- Rodríguez, César y Milton Pino (1990): "Procedimientos y métodos cuantitativos de origen faunístico en los depósitos arqueológicos cubanos". Inédito. Departamento de Arqueología. Centro de Antropología. ACC. La Habana.
- Sahlins, Marshal (1972): *Las sociedades tribales*. Barcelona, Editorial Labor SA.
- Sanoja, Mario (1987): "Ecología y asentamientos humanos en el nordeste de Venezuela", en *Actas del tercer simposio de la fundación de arqueólogos del Caribe*, Washington D.C., Editado por Mario Sanoja.
- Ulloa, Jorge y Roberto Valcárcel (1997): "Estudios cerámicos en comunidades apropiadoras ceramistas de la región suroriental de Cuba". Inédito. Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- ____ (1996): "Informe preliminar sobre cinco sitios apropiadores ceramistas". Inédito. Casa del Caribe, Santiago de Cuba.
- Utset, Bernardo (1949): "Notas de exploraciones". Inédito. Archivo de Información Arqueológica. Departamento de Arqueología. Instituto de Ciencias Históricas, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- Veloz, Marcio (1992). "Notas sobre la zamia en la prehistoria del Caribe", en *Revista de Arqueología Americana*, México, julio-diciembre, 6. x

ESTUDIO TÉCNICO- ESTILÍSTICO DE OBJETOS DE CARÁCTER SUPERESTRUCTURAL DE LOS GRUPOS ABORÍGENES AGROCERAMISTAS DE LAS ANTILLAS

**JUAN E. JARDINES MACÍAS
JORGE CALVERA ROSÉS**



Tradicionalmente se acepta que el objeto de estudio de la arqueología son los restos materiales dejados por el hombre en el curso de su existencia: sus osamentas, casas o simples campamentos, remanentes de comidas, utensilios, instrumentos, adornos, vestidos, etc. Todos sirven al arqueólogo como documentos materiales para interpretar y reconstruir elementos de las costumbres, industrias, religión, cronología, filiación cultural, orígenes, relación con otros pueblos, etc. (Herrera, 1964), de ahí la importancia del estudio objetivo y profundo de tales artefactos.

Dentro del ajuar de los aborígenes agroceramistas antillanos se encuentra una amplia y variada gama de objetos con un marcado carácter superestructural. Para su estudio, en el caso de la arqueología cubana, tales evidencias han sido agrupadas en adornos corporales, artefactos de uso ritual e instrumentos simbólicos de uso ritual (Guarch, 1978).

Los adornos corporales son todos aquellos artefactos que fueron usados por el aborigen como prendas en el cuerpo y que pudieron portarse en actividades de tipo ritual. Entre tales objetos se citan pendientes, orejeras, cuentas, cintas o bandas, pinturas etc. Los instrumentos simbólicos de uso ritual, aunque con una función determinada en actividades de orden económico, fueron utilizados como símbolos, ofrendas o grabados con figuras humanas o de animales, como es el caso de hachas, majaderos, vasijas de cerámica u otros materiales. Los artefactos de uso ritual son objetos creados específicamente para ser utilizados en ceremonias y ritos de carácter religioso, como los duchos, espátulas, vómicas, cinturones monolíticos, y los colgantes zoomorfos y antropomorfos.

Toda esta producción a la que hemos hecho referencia ha recibido el calificativo de obras de arte por su riqueza formal expresiva, por las peculiaridades de las imágenes que representan, por la conexión que existe entre su contenido, formas o ideas y por el estilo técnico usado para lograrlas.

A los estudiosos del arte aborigen antillano no se les escapa la presencia de un plan estético ordenador de la variedad de formas y representaciones que se observan en este ajuar, capaz de mantener una unidad compuesta por el grupo de imágenes, de los medios y procedimientos de expresión artística, así como por el conjunto de contenidos estético-ideológico e histórico-social.

Muchos investigadores opinan que una de las primeras manifestaciones artísticas presentes en el ajuar de estas comunidades son las decoraciones incisas en las vasijas de cerámica. Este elemento decorativo tuvo su lógico desarrollo y complejización temporal en toda el área antillana, hasta el punto que a partir de él se fueron creando series y estilos cerámicos que han servido para identificar niveles socio-económicos distintos, procesos migratorios, así como evoluciones locales y de su pensamiento religioso.

La aparición de vasijas de asas modeladas con claras representaciones antropomorfas o zoomorfas y el modelado de las llamadas vasijas efigies, define estas expresiones artísticas estrechamente vinculadas con creencias religiosas.

Las vasijas efigies constituyen la máxima expresión artística dentro de este ajuar; son objetos muy complejos que se estructuran a partir de formas comunes de recipientes que sacrifican el desarrollo de sus cuerpos a la definición de determinados elementos representativos. El carácter utilitario y funcional se minimiza para facilitar la ornamentación, lo que hace a la vasija en su conjunto una figura particular.

En el material cerámico que aparece en los residuarios arqueológicos aborígenes de estos grupos agricultores, se encuentran piezas que fueron utilizadas solamente en actividades de carácter ritual. Es el caso de la representación de figuras femeninas que ha venido a llamarse en la arqueología cubana como muñequitas de barro.

Estas figuras, a pesar de tener generalmente un modelado sencillo, son representaciones que se destacan por lo reiterado de sus elementos, los cuales responden a una tradición que rige su patrón estético a la hora de crear la imagen de una de las deidades más importantes de sus creencias. Se repiten elementos como el sexo, vientre y senos muy marcados o exagerados, brazos sobre las caderas, piernas en posición de parto, nariz modelada y destacada, al igual que la boca. Los ojos generalmente son representados en forma de granos de café con incisiones profundas. En algunos casos están adornadas mediante el punteado, la incisión o la aplicación de pequeños detalles modelados. En ocasiones se encuentran con rasgos estilizados en el cuerpo, donde no se definen los brazos, los rostros son desproporcionados y con pocos detalles, falta la boca y la nariz sólo se marca, las orejas son minimizadas por un pequeño detalle y las extremidades inferiores algo más alargadas o cortas que lo normal.

Algunas de estas figuras tienen forma aplanada, sin detalles en sus laterales, con el cuerpo generalmente alargado y estrecho, que también puede aparecer achatado, así como dimensiones corporales poco proporcionadas, especialmente la cabeza. Las figuras, por

la sencillez del modelado y algunas deficiencias usuales en el alisado del cuerpo, parecen algo toscas (lámina 1). En otras se desarrollan volúmenes que las hacen más realistas. Existe una mayor complejidad en el modelado y un mayor uso de incisión para resaltar volumen y marcar detalles decorativos (Valcárcel, 1994). A este conjunto debemos agregar una figura humana que representa a un hombre de extremidades flexionadas y pene erecto que apoya las manos sobre los muslos, de modelado sencillo que resalta las partes del cuerpo mediante la incisión.

La incisión como técnica decorativa independiente se utiliza para adomar los paneles o bordes de las vasijas mediante un grupo de motivos o combinaciones para formar diseños, para resaltar volúmenes en las figuras exentas, para reforzar la definición de formas y rasgos y se utiliza también en el modelado de figuras zoomorfas o antropomorfas (Guarch, 1972).

Con caracoles, los aborígenes realizaron gran cantidad de objetos de carácter superestructural, en su mayoría de pequeño tamaño y bellamente trabajados (García Arévalo, 1977). Aparecen pendientes, orejeras, cuentas y colgantes con representaciones antropomorfas, zoomorfas o geométricas, colgantes anulares, también conocidos como anillos, las llamadas guayzas o caratonas, las olivas grabadas, los pendientes tabulares proyectantes y las espátulas vómicas.

En los colgantes con representaciones geométricas aparecen líneas incisas curvas y rectas, las que conforman diseños ornamentales que en ocasiones recuerdan los diseños incisos reportados en algunos paneles de vasijas de barro. Los colgantes con representaciones antropomorfas y zoomorfas, aparecen sobre piezas aplanadas o tabulares, en ellos se utiliza el cuerpo y se proyecta la cabeza, las líneas grabadas se utilizan para definir detalles del cuerpo y sus rostros se logran con la incisión.

En los colgantes anulares o anillos a partir del amplio horadamiento central que da forma a la pieza se diseña una figura zoomorfa o antropomorfa que preside el colgante. Todas tienen dos perforaciones en su extremo con un sentido funcional (lámina 2).

En estos colgantes, el trabajo depende de la utilización de las líneas grabadas para definir los rasgos. Las piezas están pulidas para resaltar los detalles; los ojos pueden ser trabajados mediante un motivo circular, ovoidal o grabado en forma de antifaz; la boca a veces presenta dientes. Las líneas incisas y las punteadas se usan de forma decorativa redondeando la perforación central de la pieza.

La guayzas o caratonas están trabajadas en bajo relieve, usando leves rebajamientos para definir partes del rostro, y las líneas grabadas se utilizan como elemento reforzador y definitorio de los rasgos del rostro. Los ojos son logrados mediante perforaciones bicónicas,

óvalos o círculos grabados o con líneas en forma de antifaz; es común la presencia de dientes en la boca. La nariz, lograda mediante incisión, es generalmente alargada (lámina 3).

En las olivas, mediante un cuidadoso trabajo de pulido, se crean áreas modeladas donde a través de la incisión se logran rostros humanos o diseños geométricos. Los rasgos de los rostros se caracterizan por presentar dientes visibles en las bocas, ojos redondos y ovalados o en forma de antifaz. También es común el uso de las líneas grabadas para definir partes del rostro (lámina 4).

Las espátulas vómicas son artefactos más o menos estrechos y curvos, generalmente muy decorados en el mango con dibujos incisos antropomorfos o zoomorfos; en ocasiones el conjunto cefálico es simple; son artefactos que presentan un pulido de gran calidad. La incisión se utiliza para resaltar rasgos de la figura que remata la pieza. En los colgantes tabulares proyectantes se estiliza al máximo el cuerpo y queda como una base sobre la cual se proyecta la cabeza. Las líneas grabadas resaltan los detalles de las figuras.

En los trabajos en hueso también son comunes los colgantes antropomorfos, zoomorfos o geométricos. En los dos primeros casos las piezas mantienen la tabularidad del material y combina el trabajo de rebaja y pulido del artefacto para lograr volúmenes que luego son grabados con líneas definidoras de los rasgos de las figuras que se quieren representar. Las imágenes antropomorfas se representan con el cuerpo alargado y algo deprimido, con piernas en ocasiones flexionadas y en posición acuclillada y brazos en jarras, mientras que la boca se consigue a partir de la preparación de oquedades. En ocasiones aparecen decoraciones geométricas por incisión, como en los colgantes geométricos en concha; en los de huesos aparecen las líneas grabadas que forman diseños de curvas, rectas y punteadas y que ocupan casi toda el área de las piezas (lámina 5). Las espátulas vómicas confeccionadas en hueso mantienen el mismo patrón formal y técnico-estilístico que las de concha.

Muchas de las deidades taínas fueron esculpidas en piedras y sin importar su gran dureza se lograron tallas de excelente terminación y esmerado pulimento. Para estos trabajos se usaron piedras como el granito, la diorita, el basalto, etc. Como en concha o en hueso, confeccionaron grupos de piezas usadas como adornos corporales; pendientes con tallas geométricas, cuentas y orejeras, objetos con una función puramente ritual, como son los colgantes antropomorfos o zoomorfos, o figuras exentas con estos mismos diseños y los llamados objetos simbólicos de uso ritual, como las hachas efigies, majaderos y morteros, donde fueron talladas figuras humanas o de animales (láminas 6 a la 8).

En sentido general el aborigen, mediante la talla de la piedra, efectuó el desgaste en todo su contorno para que desaparecieran

las prominencias sobrantes y lograr el perfil o volumen deseado. Se utilizó además la percusión y la fricción para ir logrando formas y relieves (Alonso, 1946). Hay también un modelado mínimo y suave producido por el desgaste o desbaste de la superficie para definir planos que se refuerzan con líneas grabadas o incisas para marcar detalles decorativos y corporales (costillas, pies, columna, etcétera).

Las figuras antropomorfas son de formas alargadas y aplanadas en su parte posterior, de sugerencia cilíndrica en el caso de los colgantes y no volumétrica en el caso de los ídolos exentos.

Generalmente en estas representaciones se reduce el cuerpo y se concentra el trabajo figurativo en la cabeza, rostros estilizados con líneas grabadas que estructuran sus volúmenes, en las cuales es muy común la coronación con una diadema cefálica o banda decorativa que termina a ambos lados en grandes orejas, en ocasiones desproporcionadas. Los ojos se consiguen con depresiones circulares, ovoides o trazados en forma de antifaz. La nariz, que domina el centro de la cara, es más o menos triangular en variados diseños y se proyecta hacia el frente. La boca se representa por una concavidad ovoide o semicircular, de grandes proporciones, que en ocasiones muestra los dientes. Son comunes las piernas flexionadas y los brazos en jarras sobre la cadera o el abdomen, ocasionalmente adornados con fajas simbolizadas por la repetición de líneas incisas.

En los relatos de los cronistas de Indias se menciona una gran variedad de artefactos confeccionados en madera que fueron utilizados en los ritos y ceremonias religiosas, tales como idolillos colgantes, espátulas vómicas, inhaladores de la cohoba, vasijas, duhos, figuras exentas, etc. (lámina 9). Lo perecedero de este material y la agresividad de nuestro clima ha hecho que sólo contadas piezas de este tipo hayan llegado hasta nuestros días.

Lo que más se ha conservado de este ajuar son sus majestuosos ídolos y los bellamente elaborados asientos ceremoniales (duhos). Estas y otras piezas, al igual que los objetos de piedra, fueron talladas primeramente para lograr el volumen y perfil deseados y definir posteriormente, mediante incisiones, formas, relieve y elementos decorativos.

Las figuras antropomorfas presentan comúnmente el cuerpo estilizado, alargado y en postura acuclillada o sentada. Es significativo el trabajo en la cabeza, desproporcionada en muchas ocasiones con relación al cuerpo. Es notable la presencia de diademas o bandas decorativas, así como orejas sobresalientes y ojos ahuecados en forma circular u ovoide, preparados para incrustaciones, al igual que sus bocas.

Los brazos de estas piezas son tallados a lo largo del cuerpo, las manos descansan sobre las rodillas o se insinúan sobre él. Mediante incisiones se detallan rasgos del cuerpo como las manos, costi-

les, columnas, etc., o se componen elementos decorativos.

Los dihos, asientos utilizados por caciques, behiques o personajes de cierta jerarquía de la comunidad en diversas ceremonias, eran tallados bajo un patrón morfológico similar. Muchos de ellos presentan diseños zoomorfos o antropomorfos que se han interpretado como representaciones de deidades vinculadas a los ritos o ceremonias en que se usaban. Adicionalmente se decoraban con figuras geométricas en sus espaldas o en las imágenes que representaban.

Aunque las características técnicas y tipológicas de estos objetos sufren pequeñas variaciones, según el material en que eran realizados y las imágenes que querían representar, se nota una repetición de motivos o rasgos (lámina 10).

En todo este conjunto de piezas, mediante el modelado del barro o la talla en el resto de los materiales, se buscaba el perfil, volumen y relieve deseado, con lo que se definían las formas a través de un modelado mínimo y suave logrado con el desgaste, desbaste o pulido de la pieza, con lo cual se crean planos posteriormente reforzados con líneas grabadas e incisas, resaltadoras de volumen y base de los diseños decorativos.

Casi todos los rostros se presentan de forma desproporcionada en relación con el cuerpo, se destacan contorno, ojos, boca, orejas y nariz. Los ojos se diseñan en forma de granos de café, circulares, ovoides y en forma de oquedades. La nariz domina el centro de la cara, es destacada, de forma triangular y muchas veces alargada. Las orejas son pequeñas o muy sobresalientes, totalmente desproporcionadas en relación con el rostro, que está a su vez decorado frecuentemente con un tocado o turbante y bandas o diademas decorativas. Estos rostros pueden ser estilizados en algunas figuras donde el interés estuvo centrado en destacar otros elementos como sexo, vientre o senos, común en las figuras femeninas.

El cuerpo en gran medida aparece estilizado y con poco detalle, alargado, estrecho, en forma acucillada o sentado, de sugerencias cilíndricas en colgantes y volumétricas en figuras exentas, reduciéndose a veces a simple función de base. En ocasiones las extremidades aparecen poco marcadas o se encuentran ausentes, y por lo general están desproporcionadas con el resto del cuerpo, o de poca musculatura y descansando sobre caderas, abdomen, pecho o cara. Las piernas pueden estar flexionadas o entreabiertas. Es común encontrar en ellas un engrosamiento que va desde los pies hasta la pantomilla.

Esta manera de crear da una sensible unidad estilística a todos los objetos e impone, a pesar de las diferencias que pueden presentar, un conjunto de características de mucha coherencia y repetida aparición. Aparte de su valor estético, este arte es esencialmente reflejo y resultado de las complejas manifestaciones religiosas de

estos aborígenes y de los incipientes procesos de diferenciación social y reforzamiento económico que se verificaban en dichas comunidades. Funciona como trasmisor de sus tradiciones y constituye a la vez un arte utilitario plasmado en objetos dentro de los cuales se encuentra un variado significado ceremonial.

La evidente interrelación que existe entre este arte y las creencias religiosas de los hombres que las generan, hace necesario ver estas manifestaciones desde dos ángulos distintos en su lectura iconográfica o temática y en el plano formal o técnico estilístico; visto así se podría buscar en ellas su valor estético y su valor histórico, que ayudarían a reconstruir y ubicar más adecuadamente el objeto en un contexto cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, O. M. (1946): "Fases constructivas del hacha petaloide", en *Revista de Arqueología y Etnología*. La Habana, segunda época, 1.
- Arrom, J. J. (1975): *Metodología y artes prehispánicas de las Antillas*. México, Editorial Siglo XXI.
- _____. (1940): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, Nueva versión con mapas y apéndices. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Colón, C. (1961): *Diario de navegación*. UNESCO.
- Las Casas, F. B. (1931): *Historia de las Indias*. México, Edición Agustín Millares.
- Fernández de Oviedo (1959): *Historia general y natural de las Indias*. Madrid, Editorial Madrid.
- García Arévalo, M. (1977): *El arte taíno de la República Dominicana*. Museo del Hombre Dominicano.
- Guarch, J. M. (1979): *La cerámica taína de Cuba*. Serie Arqueológica 2. La Habana, Editorial Academia de Ciencias de Cuba.
- _____. (1978): *El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. La Habana. Instituto de Ciencias Sociales.
- Guarch, J. M. y A. Querejeta (1992): *Mitología aborígen de Cuba. Deidades y personajes*. Holguín, Publicigraf.
- Herrera, F. R. (1964): *Estudio de la hachas antillanas*. La Habana, Comisión Nacional de la Academia de Ciencias.
- Mártir de Angleria, P. (1944): *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, Editorial Bajel, t. I.
- Pedroso, R. (1989): "Algunas manifestaciones religiosas de los agroalfareros cubanos", en *Revista de Historia*, III(2-3): p. 52-62.
- Trincado, M. N. (1984): *Introducción a la protohistoria de Cuba*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Valcárcel, R.: "Estudio y caracterización tecnoestilística de objetos superestructurales de cerámica de los grupos agricultores de la provincia de Holguín." Inédito.✽

CATÁLOGO DE FIGURAS

LÁMINA 1

A. Tipo de objeto: Ídolo.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 11,5 x 4,5 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Figura masculina de barro cocido con rostro expresivo y detalles anatómicos resaltantes.

B. Tipo de objeto: Ídolo.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 7 x 5,5 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Figura femenina de barro cocido, no presenta brazos, cabeza unida a las piernas, orejas decoradas, relacionadas con el culto de la fertilidad y el parto.

C. Tipo de objeto: Ídolo.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

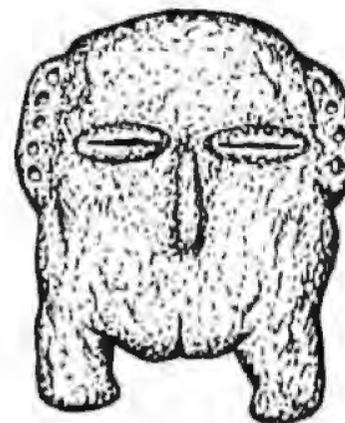
Medida: 10,9 x 5,9 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

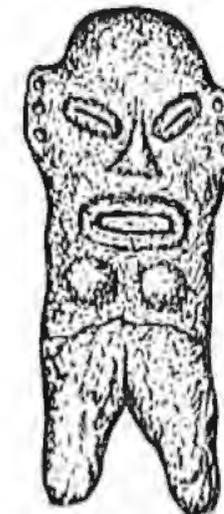
Descripción: Figura femenina de barro, no presenta brazos, se aprecian los senos y las orejas decoradas.



A



B



C

Lámina No. 1

LÁMINA 2

A. Tipo de objeto: Anillo.

Ubicación: Sierra de Cubitas, Camagüey, Cuba.

Medida: 5,3 x 2,7 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Figura de medio cuerpo antropomorfa proyectantes, confeccionada en concha.

B. Tipo de objeto: Anillo.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 3,5 x 1,7 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Cabeza antropomorfa proyectante en un extremo, está elaborada en concha.

C. Tipo de objeto: Anillo en concha.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 4,8 x 3,7 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Cabeza antropomorfa proyectante con rostro fantasmal en un extremo.

D. Tipo de objeto: Anillo de concha.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 6,2 x 4,3 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Cabeza proyectante antropomorfa.

E. Tipo de objeto: Anillo en concha.

Ubicación: Holguín, Cuba.

Medida: 4,2 x 3,2 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Cabeza antropomorfa y diseños geométricos de círculos.

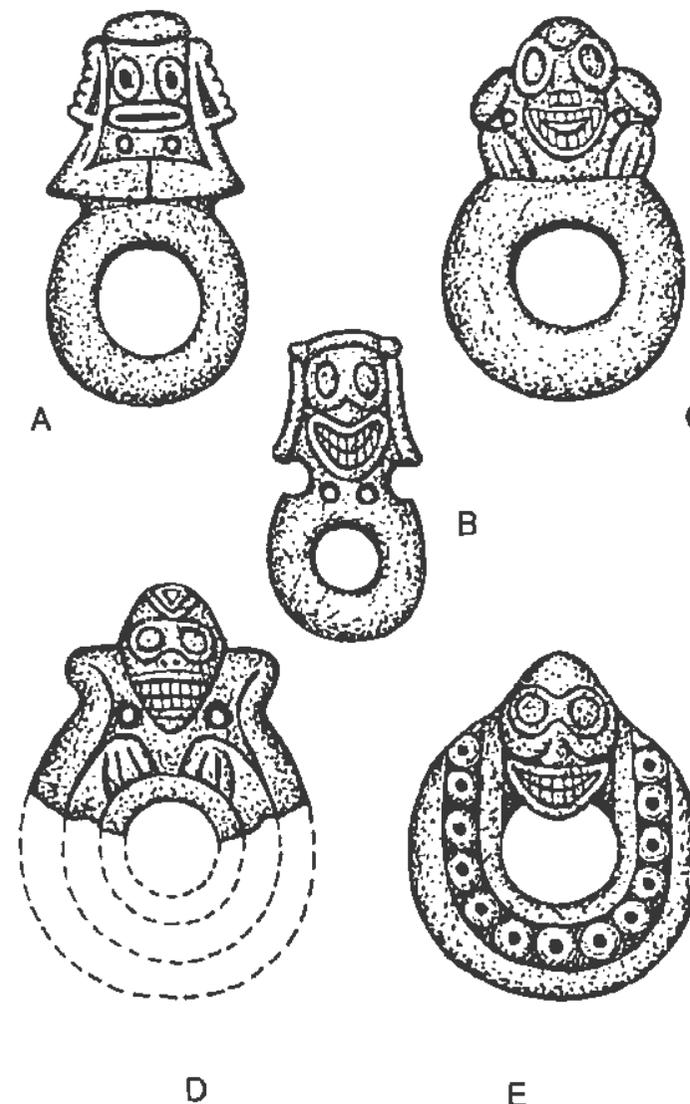


Lámina No. 2

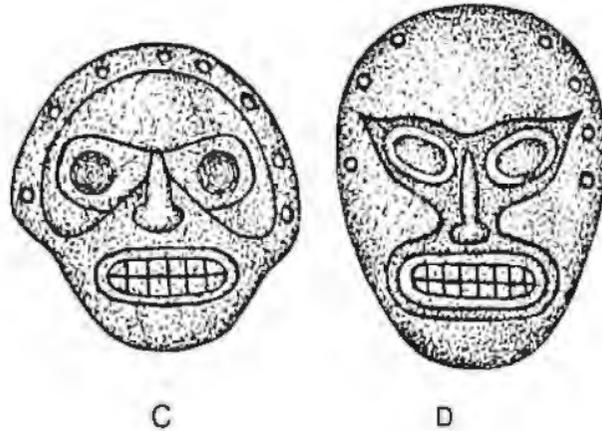
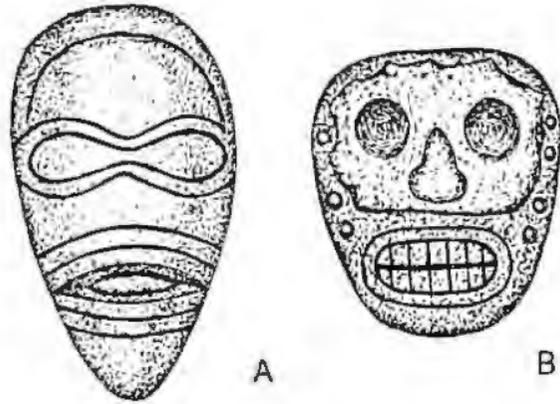


Lámina No. 3

LÁMINA NO. 3

A. Tipo de objeto: Guayza.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 9,5 x 6 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Rostro estilizado confeccionado en concha.

B. Tipo de objeto: Guayza.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 6,4 x 6,2 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Presenta rostro humano bajo relieve acentuado, confeccionado en concha.

C. Tipo de objeto: Guayza.

Ubicación: Baracoa, Guantánamo, Cuba.

Medida: 5,7 x 5,1 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Presenta rostro sobre espícula de caracol.

D. Tipo de objeto: Guayza.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 7,4 x 6 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Rostro en bajo relieve, confeccionado en concha.

LÁMINA 4

A. Tipo de objeto: Oliva sonora.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

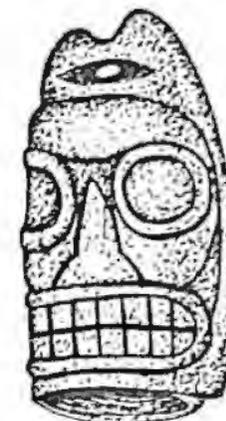
Medida: 5,3 x 2,5 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del
Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Grabada con diseño antropomorfo estilizado.



A



B

B. Tipo de objeto: Oliva sonora.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 4,6 x 2,2 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del
Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Presenta diseño de cara antropomorfa.



C



D

C. Tipo de objeto: Oliva sonora.

Ubicación: Pozo Azul, Guantánamo, Cuba.

Medida: 4,5 x 2,2 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del
Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

D. Tipo de objeto: Oliva sonora.

Ubicación: Maisí, Guantánamo, Cuba.

Medida: 5,3 x 2,7 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del
Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Concha grabada con diseños antropomorfos, de cara
sonriente y manos.

Lámina No. 4

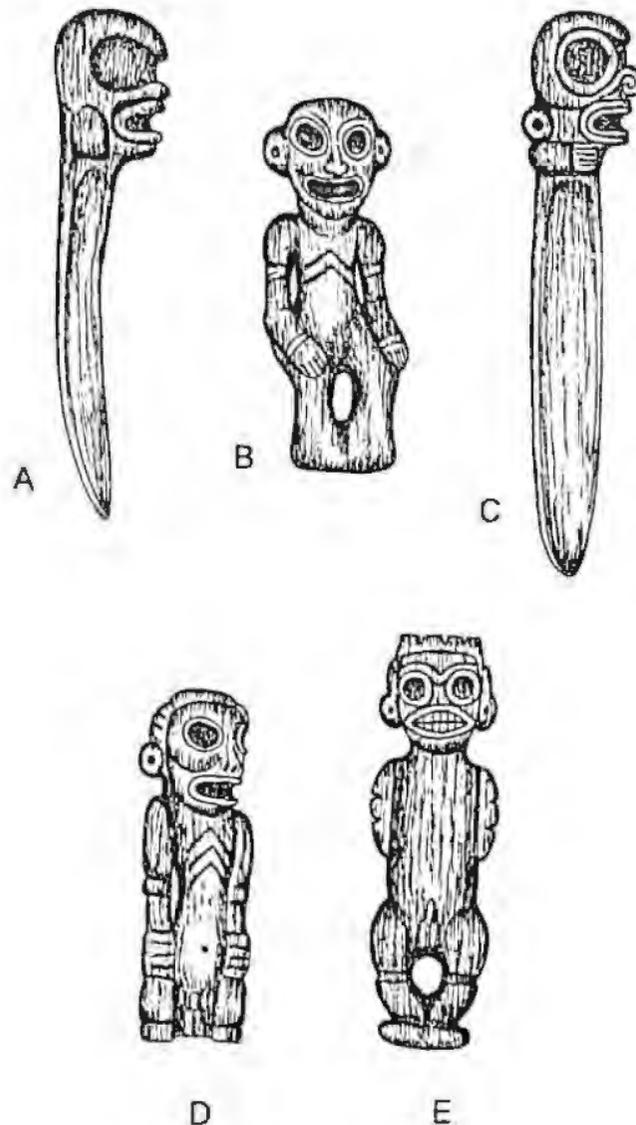


Lámina No. 5

LÁMINA 5

A. Tipo de objeto: Espátula vómica en hueso.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 8,2 x 1,4 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.
Descripción: Presenta cabeza antropomorfa esquematizada.

B. Tipo de objeto: Ídolo de hueso.

Ubicación: Boca de Sabanalamar, Guantánamo, Cuba.

Medida: 5,9 x 2,9 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.
Descripción: Figura humana acucillada.

C. Tipo de objeto: Espátula vómica en hueso.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 10 x 2 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.
Descripción: Presenta cabeza antropomorfa deprimida y brazos en la empuñadura.

D. Tipo de objeto: Ídolo en hueso.

Ubicación: Museo Ignacio Agramonte, Camagüey, Cuba.

Medida: 5,6 x 1,9 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.
Descripción: Figura humana masculina.

Lámina 5-E

Tipo de objeto: Ídolo en hueso.

Ubicación: Banes, Holguín, Cuba.

Medida: 6,8 x 3,1 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.
Descripción: Figura humana masculina.

LÁMINA 6

A. Tipo de objeto: Ídolo en piedra.

Ubicación: Cuba - Medida: 4,0 x 2,1 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Figura humana, brazos en jarras y piernas recortadas, posición acucillada.



A

B. Tipo de objeto: Ídolo en piedra.

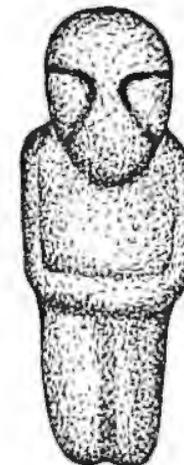
Ubicación: Manzanillo, Granma, Cuba - Medida: 4,6 x 2,2 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Figura humana acucillada, antifaz y brazos en jarras.



B



C



D

C. Tipo de objeto: Ídolo en piedra.

Ubicación: Artemisa, Pinar del Río, Cuba - Medida: 11,2 x 5 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

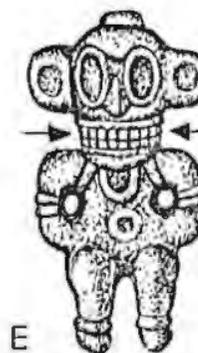
Descripción: Piedra ritual de figura antropomorfa muy estilizada.

D. Tipo de objeto: Ídolo en piedra.

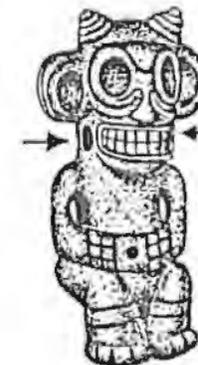
Ubicación: Maisí, Guantánamo, Cuba - Medida: 5,2 x 2,5 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Figura antropomorfa acucillada, profusamente grabada con diseños geométricos a la espalda.



E



F

E. Tipo de objeto: Ídolo en piedra.

Ubicación: Baracoa, Guantánamo, Cuba - Medida: 5,0 x 2,9 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Figura antropomorfa con cabeza desproporcionada, profusamente grabada, acucillada.

F. Tipo de objeto: Ídolo en piedra.

Ubicación: Manzanillo, Granma, Cuba - Medida: 5,1 x 3,1 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Figura antropomorfa de cabeza desproporcionada y rostro feroz.

Lámina No. 6



A



B

Lámina No. 7

LÁMINA 7

A. Tipo de objeto: Ídolo.

Ubicación: Bayamo, Granma, Cuba.

Medida: 33,2 x 21,4 x 31,4 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del
Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Piedra ritual con figura antropomorfa femenina.

B. Tipo de objeto: Ídolo.

Ubicación: Maisí, Guantánamo, Cuba.

Medida: 21 x 18 x 20,2 cm.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del
Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín.

Descripción: Piedra ritual con brazos sobre el vientre, representa
una figura femenina.



LÁMINA 8

A Tipo de objeto: Hacha efigie petaloide en piedra.

Ubicación: República Dominicana.

Medida: 45 cm.

Reproducido de: Fritot, H. R. (1964): *Estudio de las hachas antillanas*, La Habana, Cuba, p. 143.

Descripción: Presenta la talla de un rostro humano y brazos.

B Tipo de objeto: Hacha efigie petaloide en piedra.

Ubicación: Holguín, Cuba.

Medida: 35 cm.

Reproducido de: Fritot, H. R. (1964): *Estudio de las hachas antillanas*, La Habana, Cuba, p. 143.

Descripción: Presenta la talla de una figura humana de cuerpo completo.

Lámina No. 8



Lámina No. 9

LÁMINA 9

Tipo de objeto: Urna en madera.

Ubicación: Maisí, Cuba

Medida: 92 cm de altura y 22,5 cm de diámetro.

Reproducido de: Colección de réplicas arqueológicas del
Departamento Centro-Oriental de Arqueología de Holguín

Descripción: Pieza que tiene tallada por un lado un rostro humano,
piernas y órganos sexuales marcados y en su parte posterior
marcada la columna vertebral

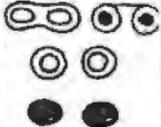
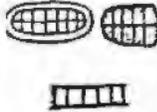
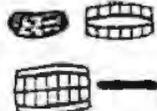
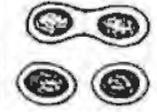
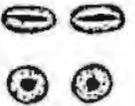
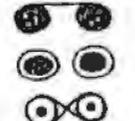
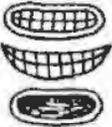
| ARTEFACTOS | DIADEMAS | OJOS | NARIZ | BOCA | OREJAS | BRAZOS | PIERNAS |
|------------|--|--|--|--|--|--|--|
| CONCHA |  |  |  |  |  |  |  |
| HUESO |  |  |  |  |  |  |  |
| MADERA |  |  |  |  |  |  |  |
| BARRO |  |  |  |  |  |  |  |
| PIEDRA |  |  |  |  |  |  |  |

Lámina No. 10

Representación de los principales rasgos observados en los diferentes artefactos. Reproducido de: Rodríguez, A. C.: "Las figuras cefálicas en la arqueología de Cuba" (inédito).

INTRODUCCIÓN A LA ARQUEOLOGÍA DEL CONTACTO INDOHISPÁNICO EN LA PROVINCIA DE HOLGUÍN, CUBA

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS



INTRODUCCIÓN

La relación hispano-aborigen generada por el proceso de conquista y colonización de las Antillas muestra una multiformidad que resulta, por lo menos en el caso de Cuba, deficientemente apreciable a partir de la escasa información que aporta el documento histórico. En estas circunstancias la arqueología resulta la alternativa más completa, especialmente cuando se investigan, como en la situación que tratamos, procesos de contacto verificados en asentamientos indígenas alejados de las villas y pueblos españoles.

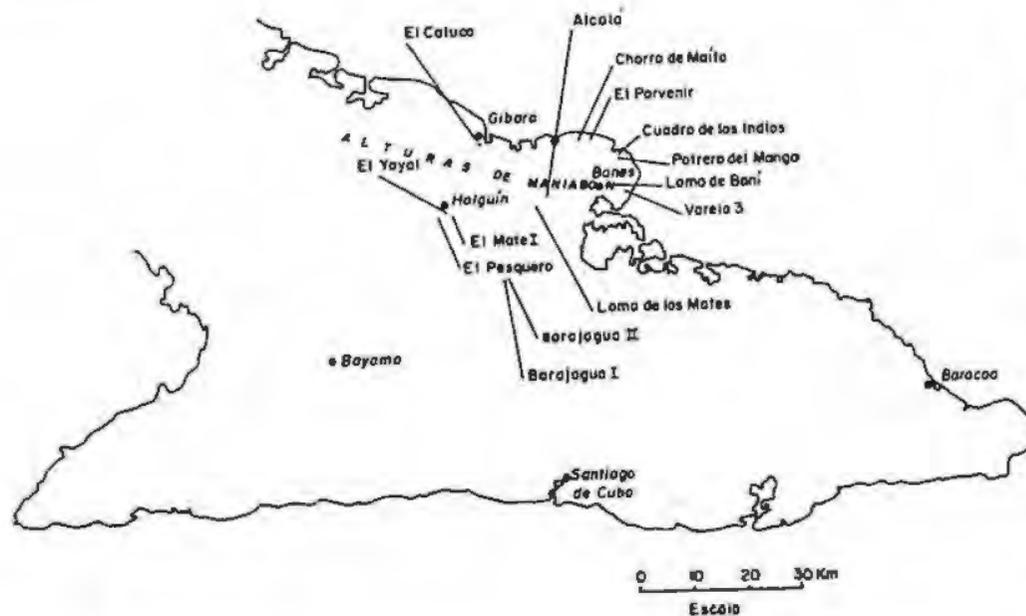
El trabajo arqueológico en tal sentido tiene una larga tradición en la mitad septentrional del oriente cubano que se enmarca en los límites de la actual provincia de Holguín. En este territorio se localizan algunas de las mayores concentraciones de sitios arqueológicos aborígenes conocidos en la isla, y resultan muy significativas por su número y complejidad las agrupaciones de residuarios agroceramistas. Es en este tipo de yacimiento donde preferentemente se reportan objetos europeos aunque no siempre tal hallazgo resulte prueba del contacto indohispánico.

Las especificidades pertinentes para admitir la verificación de tal contacto, ya valoradas por Morales Patiño y Pérez de Acevedo (1945) García Castañeda (1949) y Domínguez (1978) —deposiciones con mezcla de material europeo e indígena, magnitud de la presencia hispana y evidencias de ambas culturas que indiquen influencias culturales— descalifican en dicho sentido varios yacimientos aborígenes de la provincia donde aparece material colonial. Irving Rouse (1942: 50,52,95), mucho antes de que se regularizaran las referidas especificidades, había negado en el análisis de algunos de estos residuarios el posible contacto al ser muy tardío el elemento español, en los yacimientos de El Lindero y Canalito, o al encontrarse en magnitudes mínimas y sin asociación con evidencias aborígenes, en el caso de Pílon.

El Molino II (Aguada de Piedra) y Esterito, el primero en las cercanías de Bahía Naranjo y el segundo a orillas de la bahía de Banes, son otros dos sitios en los que aparece material colonial sin que pueda llegar a aceptarse el contacto indohispánico. En el Molino II'

se colectan varios fragmentos de mayólica, pero en estratos alterados que también reportan loza del siglo XVIII, mientras que en Esterito² aparece a 0,20 m de profundidad y vinculado con objetos aborígenes, un posible fragmento de lanza de hierro. La presencia de este resto abre un espacio para conjeturas si se valora lo tardío del residuario. Dos fechados radiocarbónicos datan su habitación para los años 1400 y 1450 de nuestra era, lo que hace presumible que el sitio aún estuviese poblado a la llegada de los españoles. Sin embargo es imposible aceptar el contacto a partir de una sola evidencia.

El resto de los yacimientos³ donde se ha obtenido material colonial y que se consideran posibles escenarios de algún tipo de interacción cultural, son: El Porvenir, El Chorro de Maíta, Potrero del Mango, Loma de Baní, Cuadro de los Indios y Varela 3 en la parte norte del territorio provincial, en áreas del municipio Banes; al centro-oeste, en las inmediaciones de la ciudad de Holguín están El Yayal, El Mate I y El Pesquero; en la parte central, en zonas del municipio Báguanos, Alcalá y Loma de los Mates; hacia el sur, en el municipio Cueto, La Güira de Barajagua (Barajagua I) y Barajagua II y hacia el norte, pero al oeste de Banes, en el municipio Gibara, El Catuco.



La consecución de este trabajo implicó revisar toda la información arqueológica disponible y se intentó hallar, cuando se pudo, alguna conexión con los pocos testimonios históricos existentes sobre los acontecimientos de la época y con las referencias de la sociedad aborígen. A los fines de este artículo se han compactado los datos sobre los diversos residuarios estudiados, se ofrece solamente un esbozo de aquellos estimados de mayor interés por las peculiaridades de su registro y por mostrar elementos nuevos o muy poco conocidos. Es importante aclarar que para el estudio de algunos sitios, hoy prácticamente destruidos, como Potrero del Mango, Loma Baní, Cuadro de los Indios, Varela 3 y El Mate I, se cuenta esencialmente con la información recogida por Irving Rouse en su obra *Archaeology of the Maniabon Hills, Cuba*. En este valioso trabajo el autor trata los restos europeos de manera generalizadora, es probable que en algunos casos no llegase a revisar las evidencias, sino que las citara a partir de información de otros investigadores. Sus descripciones de piezas son mínimas y las indicaciones sobre el lugar del hallazgo, posición stratigráfica y cantidad, casi siempre vagas. Sólo señala el tipo de material y da una definición tipológica primaria, sin hacer referencia a muchos elementos de interés. Sin

embargo no tenemos conocimiento de la existencia de datos que amplíen sustancialmente lo recogido en este libro, aunque en varios de los referidos yacimientos se efectuaron trabajos arqueológicos posteriores. Tampoco sabemos que se haya refutado de manera sólida la conclusión desplegada por Rouse en torno a la vigencia de estos sitios a la llegada de los conquistadores y la posible verificación allí de cierto contacto entre ambos grupos. Por estas razones y al entender que la información de Rouse no es por el momento susceptible de un nuevo manejo, estimamos oportuno no valorar de manera particular en este artículo los residuarios antes aludidos, cuyas referencias el lector puede consultar en la citada obra (Rouse, 1942: 26,64,70,79,81), aunque sí tratarlos en el análisis del conjunto. Solamente se presenta un resumen sobre Potrero del Mango al ser indispensable la exposición de las peculiaridades de este yacimiento para

comprender ciertas especificidades del análisis.

A continuación se examinan los otros yacimientos en los que se cree posible el contacto —también estudiados por Irving Rouse (1942)—, con excepción de Loma de los Mates, que se tratará como los sitios inicialmente mencionados por reportar una situación similar con su información, en este caso recogida íntegramente por Martínez y Castellanos (1979).⁴

RESULTADOS

El Porvenir

Los primeros reportes sobre material europeo encontrado en el sitio son los del Grupo Guamá en 1943 (Morales Patiño y Pérez de Acevedo, 1945). Las evidencias —herraduras y cerámica que no se describe— sólo se ubican en algunos montículos, son escasas y muy superficiales. Trabajos posteriores (Miguel, 1949: 175-194) muestran mezcla de objetos aborígenes y españoles entre la superficie y los 0,50 m de profundidad en un depósito que llega hasta los 0,75 m. En esta ocasión los restos europeos incluyen fragmentos cerámicos con diseños pintados —algunos parecen pertenecer a botellas y jarras (Miguel, 1949: 177)—, una especie de jarrón vidriado en su interior y en toda la mitad superior externa, situado sobre una vasija de manufactura indígena, así como una punta de lanza, herraduras, dos hojas de tijera, un hacha, el probable bocado de un freno y una laminilla de bronce. Los estratos entre 0,50 y 0,75 m, sin material europeo, parecen presentar una deposición común en residuarios prehispánicos: esqueletos en posiciones de entierro típicas, vinculados con vasijas, cuentas de collar, pendientes de olivas talladas y un hacha petaloide.

Las excavaciones realizadas por Nilecta Castellanos y Milton Pino (1978) en 1976 amplían las informaciones sobre el contacto indohispánico en este yacimiento; se confirma un área mayor donde se mezclan materiales, en la que tal asociación se desarrolla desde los niveles más tempranos, en este caso 0,50 m es la mayor profundidad, y se establece una presencia continuada e intensa de restos de cerdo y una referencia cronológica, según estas evidencias dietarias y la cerámica europea encontrada —fragmentos de botijuelas, cerámica vidriada en amarillo, verde y blanco crema— que parece remitir al primer cuarto del siglo XVI, en opinión de los citados especialistas.

El último trabajo efectuado en El Porvenir data de 1986 y corrió a cargo del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de la ACC

en Holguín. En esta ocasión se develan zonas con deposiciones conjuntas; en la superficie de determinadas áreas aparecen vidrios y lozas del siglo XVIII. El material colonial obtenido en estratos está formado por algunos clavos y fragmentos de hierro, mayólica *columbia plain* e *ichtukne* azul sobre azul, loza común vidriada melado y bacín verde, además de partes diversas de botijuelas y restos de cerdo (Pedroso, 1991). Durante la excavación se lograron definir nuevamente niveles sin objetos europeos extendidos de forma intermitente bajo las capas con presencia colonial, información que unida a los datos de las investigaciones antes mencionadas parece probar, pese a algunas objeciones,⁵ una inicial ocupación aborígen aunque de establecimiento muy tardío, según lo indican las peculiaridades de su cerámica y la delgadez de la deposición.

El estudio del material dietario obtenido por Castellanos y Pino (1978: 18, 19) en este sitio muestra una estable presencia de restos de cerdo paralela a la disminución del consumo de jibia e iguana. La situación es considerada por estos autores como un reajuste dietario en la comunidad, generado por el contacto. Esta circunstancia también se valora como causa probable de una desestabilización económica que parece notarse en el comportamiento contrastante de su ajuar de concha (Tomé y Rives, 1987) y como motivo básico de una fuerte disminución de aspectos culturales aborígenes expresada en la brusca pérdida de elementos decorativos y artefactos superestructurales y en la casi única sobrevivencia de implementos utilitarios de muy baja calidad (Guarch, 1988: 178).

Un dato que debe apuntarse es el hallazgo en El Porvenir de una vasija aborígen que copia formas hispanas y de una pata de melate confeccionada en una roca basáltica existente en la provincia. El reporte del segundo de estos objetos ha servido para recuperar la opinión orticiana referente a la elaboración de tales útiles en Cuba por braceros mesoamericanos introducidos por los colonizadores (Rives *et al.*, 1987).

El Chorro de Maíta

Ya en su obra sobre Maniabón, Rouse (1942: 106) menciona el hallazgo, en este yacimiento, de algunas piezas de vidrio y fragmentos de cerámica cuya cronología no puede indicar con seguridad. Sin embargo, comenta previos reportes de Harrington sobre una espada allí encontrada que le permiten considerar, admitiendo la falta de una entera sustentación, la posible vigencia del poblado durante los tiempos de la conquista.

En 1986 el Departamento Centro-Oriental de Arqueología de la ACC en Holguín inicia en este lugar amplias excavaciones que develan un área de ocupación de unos 22 000 m², al centro de la cual se encontró un gran cementerio aborigen. De estos trabajos proviene casi todo el material colonial conocido hasta el momento para el residuario que incluye, sólo en cerámica (Pedroso, 1992), una colección de 56 piezas formada por mayólica *columbia plain* verde sobre blanco y blanco uniforme, fragmentos de loza común vidriada de los tipos melado, bacín verde y abundantes restos de botijuela en su tipo temprano. Como un elemento de sumo interés se cita dentro de este material una vasija asimilable en la llamada cerámica de La Vega (Ortega y Fondeur, 1978), producida en la ciudad de Concepción de La Vega⁶ en La Española.

Además de los restos cerámicos, las evidencias coloniales incluyen huesos de cerdo y maxilares y mandíbulas de jabalíes, reportados en asociación con elementos culturales y dietarios indígenas, clavos de hierro, un objeto punzante del mismo metal —tal vez una punta de lanza o parte de una espada o cuchillo— y piezas diversas de latón: un cascabel y una fina lámina irregular perforada en su parte superior. Se recuperaron también 38 pequeños tubos de cobre asociados a tejidos de algodón, y casi siempre localizados en entierros, que pudieron ser empleados como adornos aborígenes. Pedroso (1992: 3) opina que estos tubillos quizás fueron elaborados a partir de láminas de origen hispano, posibilidad también considerada por Guarch Delmonte (1988: 176), quien tampoco excluye un probable carácter nativo. Si se confirmara su origen hispano, tales objetos indicarían la factibilidad de una interrelación cultural ya aparentemente sugerida por la existencia de un pendiente elaborado sobre un fragmento de mayólica, el citado pedazo de latón —tal vez un colgante— y una pequeña vasija aborigen de barro con forma europea (Guarch, 1994: 37).

El cementerio por su parte ofreció una prueba única de convivencia. Mezclado con osamentas indígenas de entierros posteriores que hacen imposible identificar los huesos postcraneales, apareció un cráneo europeo masculino (Rivero *et al.*, 1990). El tratamiento mortuario que se le dio (Guarch, 1994: 28) al enterrarse entre aborígenes y como un aborigen más, sin objetos que señalaran su procedencia cultural o rango, constituye, al igual que la remoción del esqueleto para enterrar otros cuerpos, un probable indicio de relaciones de equilibrio que no debieron desarrollarse en el marco de los comunes procesos de explotación impuestos por los españoles a la

población autóctona. Tal suposición se ve alentada además, por el hecho de que la cultura aborigen en el sitio, según parece colegirse de su ajuar utilitario y superestructural (Guarch, *et al.*, 1987, Guarch, 1988) mantuvo hasta los últimos momentos una estabilidad imposible de conservar dentro de los esquemas usuales de colonización.

Los objetos europeos no se colectaron en las dos primeras unidades trabajadas donde es evidente el esquema de habitación indígena, sino en las partes asociadas con el cementerio y especialmente en la unidad 5. En dichas zonas, algunas notablemente removidas, los elementos coloniales aparecieron vinculados con restos aborígenes desde los estratos intermedios, aunque su mayor presencia se reportó en los niveles 0,00-0,10 m al 0,20-0,30 m, apoyándose, en muchas áreas, en niveles que mostraban sólo elementos nativos. Tal información unida a la existencia de espacios únicamente indígenas como los señalados —unidad 1 y 2— sugiere que el establecimiento colonial usa como base un poblado aborigen relativamente tardío, ya vigente entre los años 1430 y 1450 de nuestra era, según fechas obtenidas mediante análisis de colágeno a muestras de hueso del esqueleto número 25.

Potrero del Mango

En 1941, durante exploraciones en el sitio, I. Rouse (1942: 66-71) colecta 6 fragmentos de cerámica hispana, 5 de ellos vidriados. Reporta para el lugar, además, una moneda española cuyo desgaste no permite leer la inscripción que presenta, un cuchillo y una punta de lanza de hierro, todos de la colección Baisi-Facci, así como otros muchos "objetos de comercio" hallados por Miguel Alonso. En este caso el término "objeto de comercio" debió referirse, según la clasificación usada por Rouse (1942: 144) para tratar la influencia hispana, a fragmentos de cerámica europea e implementos metálicos en general. En la citada clasificación se definen otros dos tipos de evidencias: piezas hechas con técnicas y materiales aborígenes pero copiando formas de artefactos españoles y objetos elaborados sobre materiales europeos con formas y métodos aborígenes.⁷ Dentro del primer tipo (Rouse, 1942: 144) se incluyen, provenientes de El Mango, un candelero o palmatoria hecho de barro y un pendiente de concha que reproduce la figura de un cerdo.

Además de explorar el residuario, Rouse lo excava y obtiene, mezcladas con material indígena, 79 evidencias hispanas —incluidos huesos de vaca— que representan el 3,2 por ciento respecto al material cerámico aborigen del montículo, sin incluir tiestos y burenes.

Esta cifra debió ser mucho menor pues se recuperaron gran cantidad de otros objetos nativos. Las piezas europeas se concentran en un solo montículo, sobre una capa inicial de restos únicamente indígenas, lo que indica la existencia de una habitación anterior a la entrada hispana. Un fechado radiocarbónico fija la antigüedad de esta ocupación alrededor del año 1140 de nuestra era.

En el material aborigen se encontraron fragmentos cerámicos muy similares a los de estilos tardíos dominicanos. Rouse cree que estos pudieron haber llegado junto a indígenas de la vecina isla, acompañantes de las fuerzas conquistadoras. Sin embargo no excluye un arribo prehispánico muy próximo a la fecha del descubrimiento.

Es importante señalar que este es el único sitio donde, que conozcamos, se reporte el hallazgo de huesos de vaca en contextos de contacto indohispánico. No obstante, es extraño que no mencione huesos de cerdo, resto muy común en este tipo de sitio. Ambos animales entraron desde el primer momento de la conquista junto a cabras, caballos, asnos, cameros y aves de corral (Instituto de Historia de Cuba, 1994: 88), por lo que ofrecen similar referencia cronológica.

El Yayal

En este sitio, hoy casi destruido por las continuas excavaciones, el Dr. José A. García Castañeda obtuvo una de las mayores colecciones de objetos europeos mezclados con evidencias aborígenes que se hayan encontrado en el país. Según el catálogo preparado por este investigador (Domínguez, 1984: 80), de las 5 281 piezas reunidas, 530 corresponden a objetos europeos, es decir el 10,03 por ciento de todo el material. Estos restos parecen ser muy tempranos e incluyen una colección de cerámica de 333 fragmentos, objetos de metal no ferroso —en su mayoría láminas y restos de cascabeles de latón—, objetos de metal ferroso —herraduras, cadenas de estribos y arcos, partes de hojas de cuchillos, tijeras, pinzas, aros y clavos de varios tamaños—, tres monedas del primer y segundo tercio del siglo XVI, un fragmento de laca y dos cuentas de vidrio verde entre otras evidencias (Domínguez, 1984: 29-95).

Se encontraron también piezas que denotan cierta situación transcultural. Entre estos objetos se cuentan (Domínguez, 1984: 65-68; 1990: 97; Jardines *et al.*, 1985) fragmentos de mayólica preparados por los aborígenes para usarlos como pesos de redes o como colgantes, y vasijas elaboradas con material y técnicas aborígenes pero copiando formas españolas; tal es el caso de dos jarros simila-

res a ejemplares del siglo XVI, un plato cuya base copia la forma que crea el torno alfarero, seis fragmentos de recipientes con fondos planos, dos pedazos de bordes y asas con formas hispanas o copiarlos, aspectos de esta cultura y un fragmento de vasija aborigen que parece imitar una botijuela. La pieza más notable de este conjunto es un hacha petaloide confeccionada en metal ferroso.

La mezcla del material aborigen y colonial siempre se encuentra según Castañeda (1938: 44-58), en niveles superficiales y sólo en algunos montículos. Es significativo que en los montículos funerarios nunca se reporten objetos coloniales. Tal distribución hace suponer al referido arqueólogo que El Yayal fue un poblado aborigen de larga vida antes de la llegada europea. Otros investigadores, sin embargo, basándose en la falta de una clara estratigrafía para el sitio y en lo atípico del lugar donde este se ubica —todos los sitios cercanos a El Yayal están en elevaciones, ubicación común de los residuarios agroceramistas de la provincia— consideran que los aborígenes fueron trasladados hacia allí por los españoles. El mismo Castañeda (1939: 49) incluso, tras su trabajo en el cercano residuario de Loma de Ochile, parece reajustar sus opiniones y maneja a El Yayal como área funeraria y de cultivos de un gran asentamiento que tendría en Loma de Ochile su centro habitacional; al producirse la conquista, la cercana población es movida por los españoles hacia El Yayal para facilitar una explotación intensiva de las siembras allí desarrolladas (García Castañeda, 1939: 49). En un posterior artículo (García Castañeda, 1949: 201) parece retomar su hipótesis inicial y habla de este sitio como "caserío indio".

El contacto entre aborígenes y españoles en El Yayal debió haber sido largo e intenso pues no sólo se notan influencias culturales en ciertos objetos sino también peculiares cambios en los patrones de sus artefactos que sugieren un importante reordenamiento tipológico (Rives *et al.*, 1987), quizás causado por tal situación. El sitio parece pervivir, según indica una moneda fechada en 1580, 70 años o más después de la conquista (Domínguez, 1984: 71); Castañeda (1949a: 30) considera que aquí radicó el primer asiento del hato de Holguín, trasladado en 1545 hacia la zona de Cayo Llano. Tras este traslado, El Yayal quedaría como "pueblo de indios" (Domínguez, 1984: 46) dedicado, según sugiere la gran cantidad de burenes encontrados en el sitio, a la producción de casabe para abastecimiento de la cabecera del hato y futuro pueblo de Holguín (García Castañeda, 1938: 45).

El Pesquero

Un reporte de García Castañeda (1940: 56-60) sobre sus exploraciones en este lugar y algunos comentarios posteriores de Rouse (1942: 123-125) son la única información existente sobre un residuario de gran importancia, ya destruido y al parecer nunca adecuadamente excavado. En su trabajo Castañeda señala abundante material colonial mezclado con objetos aborígenes. Reporta piezas de hierro entre las que se incluyen herraduras, clavos, cuchillos, hachuelas, argollas y fragmentos diversos así como restos de cerámica española que parecen ser muy numerosos, pues habla de áreas donde la acumulación de estos hace pensar en un basurero de recipientes rotos. Algunos de estos pedazos de vasija aparecen redondeados en forma de discos, por lo que es posible que fueran usados por los aborígenes como adornos (García Castañeda, 1940: 59). En otros casos se les realizaron cortes a los tiestos, que pudieron servir para convertirlos en pesos de red, como los comúnmente preparados por los indígenas a partir de piedras planas.

Las evidencias de los conquistadores sólo aparecen en algunos puntos del residuario y siempre en las capas superiores. En esto se basa Castañeda para suponer la existencia de una primitiva ocupación indígena. Cree además, que los españoles nunca hubiesen escogido esta elevación para asentarse dada la existencia de lugares cercanos con mejores tierras y aguadas; su presencia sólo se explica a partir del interés de aprovechar el asentamiento aborígen y su estratégica posición en las inmediaciones de una vía de tránsito hacia Bayamo.

En una parte del residuario a la que el citado arqueólogo atribuye dimensiones menores a las de una rosa de tierra y donde el suelo aparecía muy quemado, se encontraron más de 60 hachas petaloideas. Tal concentración de instrumentos y la elevada frecuencia de burenes en el sitio, sirven de base a algunos investigadores (Rey, 1988: 168) para considerar, a raíz del establecimiento hispano en el lugar, el probable desarrollo intensivo de la agricultura de rosa y de la producción de casabe para abastecimiento de las fuerzas conquistadoras.

Por el momento es imposible adelantar una propuesta sobre la cronología del contacto en el sitio aunque según se desprende de la información de Castañeda esta pudo ser extensa. Los abundantes objetos europeos y la presencia de material colonial transformado por los indígenas y de piezas aborígenes que copian formas hispanas —hacha con forma de punta de lanza— sugieren un fuerte inter-

cambio, probablemente motivador de una reformulación de ciertas actividades económicas al imponerse la práctica intensiva de la agricultura. Quizás en el marco de este proceso, pudiera explicarse a notable pobreza de la cerámica aborígen de este residuario (Castañeda, 1940: 58) respecto al resto de los yacimientos de la provincia tardíos o con contacto.

Alcalá

Fue excavado en 1990 por el Dpto. Centro Oriental de Arqueología. De las abundantes evidencias coloniales obtenidas sólo ha podido estudiarse la cerámica (Pedroso, 1991a), de ahí que cualquier consideración sobre el contacto indohispánico en este sitio dependa exclusivamente de los resultados del citado trabajo y del informe de la excavación (Jardines, 1990).

Las primeras piezas europeas aparecen en las tres unidades excavadas, siempre relacionadas con restos aborígenes. Este material incluye objetos de metal y vidrio —fragmentos de botella y cuentas de collar—, y diversos tipos de cerámica entre los que se citan (Pedroso, 1991a) mayólica del tipo *columbia plain*, yayal azul sobre blanco y caparra azul, loza común vidriada del tipo bacín verde y melado; loza común no vidriada del tipo bizcocho; abundantes fragmentos vidriados y no vidriados de botijuelas, así como fragmentos vidriados de color gris cemento opaco, ásperos al tacto y de pasta similar a la mayólica *columbia plain* pero de color terracota claro que no pudieron ser identificados. Sobresalen por su abundancia entre las 541 piezas de este lote, las botijuelas y la mayólica; se reportan ambas en todos los estratos de contacto aunque los tipos caparra azul y yayal azul sobre blanco sólo aparecen cercanos a la superficie, niveles en los que aumenta la frecuencia de la *columbia plain* y de todo el material europeo en general. El bacín verde, el melado y los fragmentos con vidriado gris (no identificado), todos reportados en menor número, se vinculan sólo a los niveles más superficiales.

Las referencias cronológicas que aporta esta cerámica son tempranas. En todos los casos las fechas oscilan entre finales del siglo xv y principio del xvi hasta mediados del xvi y fines del xvii. Es de notar que el yayal azul sobre blanco, producido hasta los finales del siglo xvii (año 1695), además de presentar una reducida frecuencia, sólo tres fragmentos, únicamente se reporta en niveles superficiales.

Los objetos de vidrio, aunque escasos, introducen nuevos elementos cronológicos que aseguran la referencia del siglo xvi, en el caso de las cuentas facetadas de probable factura veneciana encontradas

en los niveles 0,00-0,10 m y 0,10-0,20 m de las tres unidades, y retoman las fechas del siglo XVII, ya apuntadas por el yayal azul sobre blanco. Esta segunda cronología sin embargo, es difícil de manejar con mayor precisión dada la notable escasez y el carácter microlocalizado de los fragmentos de botella que la sugieren.

La lista de objetos de metal ferroso, por su parte, incluye restos de hachas y hachuelas, cuchillos y partes de lijeras de distintos tamaños, picos, clavos de varias dimensiones, herraduras, eslabones de cadenas, probables cuñas para rajar madera y otras piezas que no han podido identificarse. Los metales no ferrosos son menos abundantes y diversos, sólo se reportan algunos cascabeles de latón y fragmentos y láminas de este metal y de cobre.

El material colonial es completado por parte de la osamenta de un caballo y restos dietarios de cerdo. Su presencia se verifica en casi todos los escaques de la excavación desde el nivel 0,10-0,20 m, aunque en dos de las tres unidades realizadas ya se reporta, en algunos escaques, entre los niveles 0,30-0,40 m y 0,40-0,50 m. Por debajo de estos estratos aparece siempre una capa con ocupación sólo aborígen, débil en la unidad I y II pero sensiblemente gruesa y fértil en algunas áreas de la unidad III. Es importante apuntar que respecto al grueso total de la deposición, los estratos con mezclas de material hispano y aborígen representan de manera general, casi sus dos terceras partes y muestran una dispersión espacial bastante amplia, si se toma como base la distancia entre las dos unidades trabajadas.

Dentro del elemento europeo los restos de cerdos se destacan por lo temprano de su aparición. Se reportan en varias ocasiones en estratos donde no aparece ningún otro elemento colonial, funcionando a manera de vanguardia evidencial de una presencia hispana que sólo se hace realmente sensible en niveles algo más tardíos. Según el Dr. César Rodríguez Arce (comunicación personal) su estudio revela el consumo de unos veinte animales, generalmente jóvenes. El desarrollo corporal de los cerdos al momento del sacrificio impide considerar procesos de ceba, sugiriendo la distribución espacial de sus restos una relativa homogeneidad en el consumo. Su asociación a fogones excavados en las distintas unidades y siempre con importante presencia aborígen parece indicar una entrada del cerdo a la dieta indígena y, probablemente, zonas de habitación hispana y aborígen no excesivamente diferenciadas.

En los niveles con material mezclado fueron obtenidos algunos objetos que indican la asimilación de influencias culturales. Una de

las piezas es un plato de evidente manufactura aborígen que usa formas hispanas y la otra, un fragmento de mayólica *columbia plain* blanco que por su forma redondeada y una perforación en proceso, pudo concebirse como colgante.

El conjunto de datos antes referidos permite considerar a *Arce* un asentamiento desarrollado a partir de una original ocupación aborígen no muy anterior a la llegada hispana. La presencia colonial debió iniciarse en el siglo XVI manteniéndose ininterrumpidamente por un período de tiempo probablemente largo según parece indicar el grueso de la deposición de contacto. La magnitud de esta presencia, que inicialmente pudo relacionarse con actividades agrícolas, de aprovechamiento del cerdo, fue aumentando notablemente hasta lograr niveles sólo comparables a los de asentamientos como E Yayal.

En 1653 el cabildo de Holguín (de Ávila y del Monte, 1926: 86, merceda el corral de San Diego de Alcalá, en cuya demarcación entra el actual residuario. Tal mercedamiento no implica que las tierras no hubiesen sido aprovechadas desde antes, como ocurre en muchos lugares de la isla (Le Riverend, 1992: 46-47). Es posible que el antiguo asentamiento aborígen, explotado por los españoles desde el siglo XVI, se convierta en unos de los sitios que se mencionan en el siglo XVII para el corral de San Diego de Alcalá, lo que explicaría la presencia de material colonial de este último siglo en el residuario, sin embargo, la pobreza de su número y la superficialidad de su ubicación hacen pensar también en una intrusión.

La Güira de Barajagua

Ha sido excavado en varias ocasiones, y se tiene referencia del reporte de abundante material colonial temprano en los trabajos efectuados por García Castañeda y García Valdés (García Castañeda, 1942: 38-41) y en los realizados por especialistas del Departamento de Antropología de la ACC en la Habana, dirigidos por el arqueólogo Rodolfo Payarés en 1966. La última excavación en este yacimiento data de 1982 y fue ejecutada por el Departamento Centro Oriental de Arqueología de la ACC en Holguín. En esta ocasión se obtuvieron, asociados a evidencias indígenas, algunos fragmentos de botijuelas, mayólica tipo *columbia plain* y restos de cerdos en los estratos que van de la superficie al nivel 0,20-0,30 m, quedando un nivel inferior de pobre presencia nativa y sin evidencias europeas.

Según el Dr. J. M. Guarch y otros investigadores (1985: 99), en una comunicación personal por ellos recibida, García Castañeda y

payarés indican que el sitio estaba dividido en dos zonas de gran deposición; una parte oeste donde nunca aparecen objetos europeos, y una parte este donde sí se reportan. El lado oeste alcanzaba en algunos ocaques hasta dos metros de espesor; en él estaba situado, a la profundidad de 1,25 m, el punto donde se obtuvo la muestra para fechamientos que dio una antigüedad de 570 años más menos 100 AP (1260-1360 NE). Tal datación señala una larga presencia indígena anterior al contacto, que por el grueso de los estratos del material mezclado y la indicación cronológica de la mayólica *columbia plain* debió mantenerse durante parte del siglo XVI. La existencia de otro fechado conseguido a partir de una muestra de hueso de la misma zona pero del nivel 0,75-1,00 m, —se usó el método de colágeno— con una antigüedad de 424,9 años más menos 20 AP (1505 — 1545 NE) pudiera indicar (Guarch *et al.*, 1985: 107) una extensa permanencia del asentamiento en momentos de la conquista con áreas sólo aborígonas pero contemporáneas con la presencia hispana. Tal distribución espacial resulta sin embargo, en opinión de los mismos investigadores, de muy difícil comprobación arqueológica aunque históricamente factible.

Es importante señalar que las labores de 1982 revelaron sensibles diferencias de la distribución habitacional en el sitio respecto a otros residuarios notadamente aborígenes lo que puede considerarse elemento índice, por lo menos conjuntamente, de una relación más intensa que aquella establecida en yacimientos de contacto donde no hay cambios notables en los patrones culturales originales. Otra referencia de interés, en el sentido de indicar probables variaciones causadas por el contacto, es el reporte de un número mucho mayor de burones en el área con presencia hispana que en los espacios donde esta no se da. Entolla Rey (1988: 168) opina que quizás esto se deba a un aumento en la producción de casaba generado bajo la presión de los conquistadores.

Para 1601 se conoce de un hato de Barajagua (Arrom, 1980: 194) situado a unas 50 leguas de la bahía de Nipe y a similar distancia del Real de Minas del Cobre, Santiago de Cuba. Esta ubicación coincide aproximadamente con la zona donde está enclavado el residuario por lo que no sería improbable que el antiguo poblado indio se hubiese convertido a fines del siglo XVI en un sitio del mencionado hato.

Barajagua II

Fue excavado en 1989 por el Departamento Centro Oriental de Arqueología de la ACC en Holguín. Se pretendía estudiar entonces

un área de habitación sólo aborígen, dentro de una parcela arqueológica que mostraba huellas de temprana presencia hispana —aparecía mayólica del siglo XVI en superficie, y se encontraba mezcla de abundante material colonial e indígena en diversos estratos de las calas exploratorias efectuadas. La investigación logró localizar en la parte noroeste del residuario una zona aborígen sin vínculos con el colonizador, que pudiera constituir el asentamiento original. Este, según indican las características de los restos nativos, debió ser tardío y no se excluye, dada la relativa delgadez de las deposiciones, una presencia poco extensa desarrollada a partir de un desprendimiento poblacional del cercano sitio de La Gura de Barajagua (Guarch Rodríguez *et al.*, 1993).

Pese al cuidado con que se localizó el área aborígen en una de las secciones excavadas, nivel 0,00-0,10 m, aparecieron fragmentos pequeños de mayólica de los siglos XV y XVI, algunos del tipo *columbia plain*, y un pedazo de metal ferroso. Aunque esto refuerza la idea del contacto, es difícil valorar qué relación pudo darse entre aborígenes y españoles. La proximidad al residuario de La Gura de Barajagua, ubicado a unos 200 m, debió influir en cualquier situación al respecto.

El Catuco

Aunque este yacimiento viene siendo trabajado desde principios de siglo (Rouse, 1942: 108), no es hasta las excavaciones de Castellanos y Pino (1986) en 1983 —cuyos resultados están inéditos— que se encuentran evidencias coloniales tempranas en el lugar. Estas aparecen concentradas en los niveles 0,00-0,10 m y 0,10-0,20 m, sobre una capa de objetos aborígenes de 0,20 m de grosor, e incluyen mayólica tipo *columbia plain*, fragmentos de botijuelas y loza común vidriada del tipo melado (12 piezas cerámicas en total), un clavo y algunas pequeñas laminillas de hierro, un disco metálico y una cuenta de vidrio.

Durante el estudio de las evidencias cerámicas del sitio y de las actividades económicas allí desarrolladas, se aplicó un *cluster analysis* que demuestra cambios significativos en los niveles 0,00-0,10 y 0,10-0,20 m por un lado, y 0,20-0,30 y 0,30-0,40 m por el otro (Castellanos y Pino, 1988: 199). Se señala, a la altura de los estratos 2 y 3, la presencia de diferencias en los conjuntos cerámicos y actividades económicas que pueden corresponderse con etapas o fases de ocupación distintas en el residuario. Es interesante que tal cambio coincida con la aparición de elementos coloniales. Esta cir-

constancia podría indicar el desarrollo en algún momento del siglo XVI y a partir de un inicial establecimiento prehispánico, de cierta relación entre colonizadores y aborígenes que incidió sobre los patrones culturales de estos últimos.

ESTUDIO DEL MATERIAL

El estudio comparativo del material europeo presente en los residuarios antes analizados muestra, tanto tipológica como cronológicamente, una notable coherencia aunque hay sensibles variaciones cuantitativas en su reporte.

Los restos cerámicos son los más abundantes, en algunos sitios resulta casi el único material colonial recuperado y en otros, con colecciones mayores, la evidencia de más alta presencia; en el caso de El Yayal, que se ajusta a esta última situación, llegan a constituir el 64 por ciento del total de piezas europeas. Los ejemplares más frecuentes son los de botijuelas (Pedroso, 1991: 11) y le sigue en importancia la mayólica, especialmente la *columbia plain*, y tras esta, con índices de popularidad mucho menores, la loza común vidriada en sus tipos melado y bacín verde.

Después de la cerámica, las evidencias coloniales más comunes son los objetos metálicos, especialmente de hierro. Entre los identificados sobresalen por su reiteración las herraduras de caballo, los clavos y un conjunto de piezas aguzadas consideradas puntas de cuchillos o de lanzas o espadas y hojas de tijeras. El resto del material ferroso está formado por herramientas —hachas, hachuelas, picos y pinzas—, implementos de equitación —cadenas de estribos y arreos, bocados de freno, espuelas— y evidencias diversas que incluyen aros, argollas y eslabones de cadena.

Los objetos de metal no ferroso son mucho menos usuales y generalmente constituyen láminas o fragmentos de cobre, latón y bronce. De las piezas completas en estos materiales, los cascabeles de latón son los más abundantes. También se reportan monedas, aunque no hay precisiones sobre el metal no ferroso en que están hechas.

Otro conjunto de evidencias importantes son los huesos de animales traídos por el español. Los de cerdo, estimados restos de dieta, son los reportados con más frecuencia y en mayor cantidad. También se han encontrado huesos de vaca, de caballo y de jabalí, aunque siempre en una mínima proporción.

El resto del material incluye un fragmento de laca, considerado de época (Dominguez, 1984: 66), y cuentas de vidrio de colores encontradas en tres sitios. Estas últimas fueron usadas como piezas de

“trueque” desde los tiempos de Colón.

Resulta interesante en este inventario preliminar cierta tendencia del material hispano al reporte de objetos no suntuarios y al predominio de evidencias que pudieran vincularse con acciones de campaña o establecimientos muy primarios. La mayor presencia de cerámicas dedicadas a almacenamiento y transporte (botijuelas) respecto al material de mesa y cocina, la importante orientación de los objetos de hierro en aspectos de posible carácter militar y la limitada presencia de instrumentos metálicos así como su concentración en determinados sitios —Alcalá, El Yayal y El Pesquero— plantea circunstancias de contacto marcadas por la provisionalidad y probable beligerancia que resultan lógicas si se considera que la acción se ubica en un asentamiento aborigen y a gran distancia de las áreas fundacionales y de avituallamiento. Las diferencias en el tipo y magnitud de los reportes mantiene estas características básicas pero sugiere posibilidades diversas en el carácter del contacto que se verifica en los distintos sitios.

Tipológica y epocalmente se observa una gran coherencia en el conjunto que según la cerámica, las monedas y las cuentas de vidrio, resulta ubicable en el siglo XVI. Es difícil, sin embargo, establecer un período específico aunque mucho material indica momentos tempranos dentro de este siglo. En algunos sitios los materiales remiten a varias etapas, situación que pudiera responder a procesos de supervivencia del establecimiento, si se considera el conjunto de las deposiciones y el comportamiento del elemento aborigen. En El Porvenir y Alcalá se ha encontrado, en niveles muy superficiales, vidrio del siglo XVII que se ubica sobre deposiciones con claras referencias del siglo XVI, mientras que en El Yayal las monedas y la cerámica abren un extenso abanico de fechas a lo largo de todo el siglo XVI.

Los datos sobre ubicación espacial y posición estratigráfica de los objetos europeos, por otra parte, no siempre son claros. La información más usual los sitúa en la superficie o muy próximos a ella, y sólo en ciertos puntos del residuario. Sin embargo, en ocasiones comienzan a aparecer en niveles intermedios e incluso en estratos más profundos, y aumentan gradualmente hasta hacerse muy abundantes en los niveles superficiales. Ha sido imposible determinar si estos cambios de frecuencia se relacionan con algún material específico, excepto en Alcalá, donde si es evidente que los huesos de cerdo aparecen generalmente primero que el resto de los objetos hispanos.

Sólo en los yacimientos donde se observan estas características deposicionales, se han encontrado objetos coloniales con huellas de haber sido usados por el aborigen, o piezas aborígenes que copian aspectos de la cultura hispana (material transcultural). En estos sitios el elemento colonial es generalmente mucho más abundante que donde aparece sólo en niveles superficiales; se notan, solamente en algunos de estos casos, ciertas variaciones en el normal comportamiento de las evidencias aborígenes, que pudieran indicar reajustes subsistenciales y culturales. En determinados residuarios se distingue una disminución en las actividades de caza —El Porvenir, por ejemplo— mientras es posible verificar el reacomodo de industrias elaboradoras de instrumentos como la de la concha y el sílex. El cambio más usual es un notable aumento de la presencia de burenes que parece indicar un auge de la producción de casabe.

El hecho de que todas esas características tiendan a coincidir en determinados residuarios se explica por las circunstancias mismas de la conquista y la colonización. En algunos poblados aborígenes el español estuvo transitoriamente o no estuvo, y sus habitantes fueron rápidamente trasladados, por lo que los objetos coloniales, si aparecen, es de manera escasa y muy superficial. En otros pueblos, sin embargo, llegó a producirse una convivencia estable o los aborígenes recibieron de manera continuada las influencias hispanas, lo que originó una modificación en sus esquemas comunitarios y cierto proceso transcultural.

Si se sigue por el territorio de la provincia, la distribución de los sitios con evidencias coloniales, según las características aquí señaladas, podremos notar una sensible diferenciación en torno a dos grandes áreas. En los de la parte norte, es decir, los seis residuarios del municipio Banes y El Catuco, en Gibara, los restos europeos son más escasos, en un sentido general, que en los sitios de la parte central, en Báguanos y Holguín, y de la parte sur, en Cueto. Esta comparación es difícil de establecer por falta de información precisa sobre la cuantía de dichas piezas en muchos yacimientos y porque los datos obtenidos en una excavación no siempre son ilustrativos de las realidades del residuario. Sin embargo, siguiendo el comportamiento del material en los asentamientos con las colecciones más amplias podemos hacernos una idea de la probable diferencia. Las dos mayores colecciones de la porción norte pertenecen a Potrero del Mango y Chorro de Maita —para esta última sólo se cuenta cerámica—, representan en conjunto el 24 por ciento del material cerámico colonial de Alcalá y el 25 por ciento de la colección de El Yayal,

ambos en la porción centro sur. No tenemos los datos exactos de El Pesquero ni de La Güira de Barajagua, también en el centro sur, pero es muy probable que la proporción sea parecida considerando el elevado número de evidencias que siempre se mencionan en estos sitios.

En el área norte, el uso o transformación de objetos europeos y la copia de sus formas u otros aspectos culturales por el aborigen, se reporta en tres residuarios; en el centro sur se verifica en cuatro sitios y siempre en una cantidad y magnitud muy superior. Es en esta parte precisamente donde más se notan cambios en el comportamiento de las evidencias y contextos culturales aborígenes. Tal proceso se señala para El Yayal, El Pesquero, Alcalá y La Güira de Barajagua, sin embargo en el norte sólo se nota con seguridad en El Porvenir.

Las diferencias entre estas dos zonas parecen reflejar esquemas desiguales de verificación del contacto indohispánico. Tal situación, ya señalada por Castañeda (1949: 198), se expresa en la tendencia de la parte centro sur a mostrar procesos de intercambio cultural mucho más largos e intensos que los verificados en el área norte. Estos procesos se relacionan en el centro sur con probables situaciones de supervivencia aborigen que en el norte no son tan definibles aunque pudieron darse.

ARQUEOLOGÍA E HISTORIA. ALGUNAS SUGERENCIAS INTERPRETATIVAS

Resulta imposible, al nivel de la información actual, explicar adecuadamente las circunstancias concretas de la relación hispano-aborigen en los distintos sitios donde esta se verifica. A la escasez de datos se une, como importante elemento complejizador, la enorme diversidad de situaciones en que tal relación pudo ocurrir, así como el multiforme carácter que puede adoptar esta en un margen de tiempo que desborda los inicios de la conquista de la isla para extenderse hasta momentos de muy difícil definición.

Loma de Baní, Cuadro de los Indios, Varela 3, El Catuco, El Mate I, Loma de los Males y Barajagua II son residuarios donde el proceso de interpretación por el momento no supera la simple consideración del contacto. En el resto de los yacimientos se pueden adelantar conclusiones más amplias aunque mayormente signadas por la falta de una verdadera comprobación. El análisis de ambos grupos de elementos, sin embargo, señala situaciones generales así como la presencia de ciertas regularidades —diferencias zonales—

que se puede tratar de explicar usando el poco elemento histórico disponible

Dentro de los esquemas hispanos de asentamiento y explotación de la tierra, la parte del norte oriental que tratamos no debió ser de gran interés debido a su notable alejamiento de las villas recién establecidas. Al parecer, inicialmente se opta por aprovechar su fuerza de trabajo; indios de Maniabón se cuentan entre los llamados para apoyar la fundación de San Salvador de Bayamo en 1513, y es probable que otros traslados, especialmente desde Barajagua, se realicen a raíz de la fundación de Santiago de Cuba, en 1515.

Pese a las dificultades que suponía el aprovechamiento de estas tierras, se estima que algunas de las más cercanas a Bayamo fueron repartidas en estos primeros tiempos. Según Diego de Ávila y del Monte (1926: 5), en 1523 Velázquez entrega terrenos e indios a García Holguín, vecino de Bayamo. El área concedida, donde actualmente se levanta la ciudad de Holguín, pertenecía a una imprecisa región que para algunos autores (Rouse, 1942: 34) es la "provincia india" de Maguanos. Castañeda (1949: 30-32) opina que ya desde 1515 García Holguín era dueño del lugar tras obtenerlo de su propietario inicial, Bartolomé de Bastida.

Para establecer sus estancias, principal forma de explotación de la tierra hasta alrededor de 1530, los colonizadores dependían en gran medida del trabajo y la agricultura indígenas. Según Le Riverend (1992: 92) "toda la primera etapa colonial se basa en la fijación de los españoles en los espacios que desde siglos atrás los indios habían considerado mejores y ocupaban permanentemente". El español se establece donde los indios están concentrados y aprovecha las tierras que estos trabajan; tal establecimiento es convivencia pues el colonizador, sea dueño o asalariado, prefiere "estar" en las tierras o cerca de ellas (Le Riverend, 1992: 23). Los conucos se relacionaban siempre con el poblado aborígen y fue probablemente allí donde comenzó a residir el que controlaba el trabajo indígena, aprovechando las mismas bondades que estos tuvieron en cuenta: ambiente sano y proximidad a los ríos y a las tierras más fértiles. Se siguen cosechando los ajos o ñames y sobre todo la yuca, que se orienta de manera intensiva hacia la producción comercial de casabe. A la agricultura se vincula la cría de ganado porcino, favorecida por una asombrosa reproducción.

Estas características parecen corresponderse en cierta medida con los esquemas arqueológicos definidos en algunos de los sitios antes vistos. La presencia de numerosos objetos coloniales mezcla-

dos con restos aborígenes sobre estratos prehispánicos, la abundancia de burenes como indicador de un incremento en la producción de casabe y el reporte de huesos de cerdo vendría a ser, en estas circunstancias, una posibilidad de manifestación arqueológica de la estancia. Quizás este fue en algún momento el carácter de los establecimientos hispanos de El Yayal, El Pesquero, Alcalá, El Porvenir y La Güira de Barajagua, donde tan claramente se nota el peso de la presencia europea.

En la parte centro sur de la actual provincia de Holguín, más próxima a Bayamo y Santiago de Cuba, tales procesos pudieron ser factibles; sin embargo, hacia el norte, especialmente en el área de Banes, aislada y montuosa, las condiciones parecen haber sido menos propicias para desarrollos similares. En la única referencia documental sobre actividades colonizadoras en la zona se comenta, para 1532, la encomienda de los indios de Baní a Gonzalo de Guzmán, quien después los transfiere a Juan de Baroja. Esta información parte de un controversial dato, en el cual Baní se vincula con la región india de Cubanacán. La real ubicación de Cubanacán no se ha precisado, aunque Rouse (1942: 34), siguiendo la opinión de Zayas y Alfonso y usando elementos aportados por Van der Gucht y Parajón, se inclina por ubicarla en un área de la costa que limita con los actuales municipios de Rafael Freyre y Banes, e incluye los sitios arqueológicos de Yaguajay. Aunque tales suposiciones pudieran ser confirmadas, pues arqueológicamente resulta clara⁶ la existencia de una gran población aborígen que debió atraer el interés hispano, los indicios de presencia colonizadora son relativamente reducidos y no indican la profundidad e intensidad de la relación visible en el área centro sur. Tal vez manejar la formulación de otras variables de contacto sea la explicación más adecuada.

Existen noticias de colonizadores que vivían en estancias en regiones apartadas, dispersos o "derramados". Ese es el caso de Bernal Díaz del Castillo cuando se une a las tropas de Cortés (Le Riverend, 1992: 11) o el citado por Le Riverend (1992: 25) de un español que tenía su estancia cerca de un recóndito puerto. Puede ser que núcleos españoles como estos, pequeños y aislados, se establecieran en el extremo nororiental de Holguín y fomentaran explotaciones agrícolas y en menor medida mineras (Guarch, 1988: 178). Las peculiares condiciones de aislamiento, el peligro que suponía un alzamiento en tales lugares y la gran abundancia de fuerza de trabajo, pudieron imprimir un ritmo no tan intenso en el aprovechamiento de la población aborígen, al menos en ciertos momentos. Los patrones

arqueológicas de El Chorro de Malta y de Potrero del Mango parecen insertarse en ocupaciones poco numerosas e intensas, como las que supondrían estos núcleos. El esquema de El Porvenir, atípico dentro del conjunto de sitios de contacto en el área, plantearía sin embargo dentro de esta explicación un probable caso de fuerte avanzada colonizadora.

Esta presencia hispana debió verificarse de manera más significativa antes de 1520 o después de 1543. El periodo que media entre estas fechas se caracteriza por continuas sublevaciones indígenas, que sólo entre 1532 y 1537 parecen disminuir (Ibarra, 1979: 21). Durante estas acciones, las fugas de indios hacia regiones intrincadas y la formación de palenques, toma gran auge. El alejado extremo nororiental pudo constituir una de estas zonas de refugio, por lo que debió ser absolutamente insegura la permanencia allí de españoles dispersos y en número reducido.

CONCLUSIONES

La revisión y análisis de la información existente sobre sitios ubicados en la provincia de Holguín, donde aparecen materiales coloniales asociados con evidencias aborígenes, permite afirmar que:

- En este territorio se produjeron tempranos y prolongados contactos culturales entre aborígenes y españoles durante el siglo XVI.
- Tales contactos generalmente se verificaron en poblados indígenas de grandes dimensiones⁹ y población numerosa, establecidos antes del arribo español.
- Las evidencias coloniales más abundantes son la cerámica y los objetos de metal ferroso. En la cerámica se destacan las botijuelas, y la mayólica *columbia plain*, grupos que ofrecen, esencialmente, referencias del siglo XVI. Las piezas de metal ferroso pertenecen en su mayoría a armas y herramientas de la época. Los huesos de cerdo son otro resto de origen europeo reportado con alta frecuencia.
- Aunque los objetos españoles colectados se muestran relativamente homogéneos por su tipo y época, las peculiaridades de su aparición son muy diversas. Casi siempre se encuentran mezclados con material nativo en estratos ubicados sobre niveles donde sólo se obtienen evidencias aborígenes. Estos estratos con material mezclado son delgados en la mayoría de los sitios; sin embargo, en algunos casos, representan algo más de la mitad de toda la deposición.
- Sólo en los residuarios donde el material europeo desarrolla una presencia tan temprana y abundante, se han encontrado objetos

coloniales con huellas de haber sido usados por el indígena, o piezas aborígenes que copian aspectos de la cultura hispana. En estos sitios han podido comprobarse variaciones en el normal comportamiento de los elementos indígenas, que pudieran indicar reajustes en sus patrones subsistenciales y culturales motivados por el contacto.

- Se han determinado diferencias en cuanto a la magnitud de la presencia de objetos coloniales, de evidencias con huellas de uso por el aborígen, o piezas aborígenes que copian elementos hispanos, así como en la amplitud de la distribución y grueso de los estratos con mezcla de materiales de ambas culturas, que definen dos grandes áreas dentro de la mitad occidental de la provincia de Holguín: el área norte y la centro-sur. Las diferencias entre estas dos zonas parecen reflejar esquemas desiguales de verificación del contacto indohispánico.
- En el centro-sur, más cercano a las villas hispanas y a sus áreas de explotación económica, los procesos de intercambio muestran indicios de haber sido más largos e intensos. El estudio de la información arqueológica indica formas de ocupación y desarrollo de actividades económicas que pudieran corresponderse con estancias.
- En el norte, los contactos parecen haber sido menos intensos, como expresión de procesos mucho más reducidos de ocupación e intercambio, debido a las dificultades de acceso a la zona por su alejamiento de los puntos poblacionales hispanos.

NOTAS

¹El material está depositado en los fondos del Museo Provincial de Holguín. Existe información de interés en el expediente de sitio en el Dpto. Centro-Oriental de Arqueología.

²Se colectó durante la excavación realizada en 1972 por el Dpto. de Arqueología de la ACC en La Habana. Ver expediente de sitio en el Dpto. Centro-Oriental de Arqueología.

³Sólo se consideran detalles de la ubicación de los sitios cuando estos sugieren algún vínculo con la circunstancia del contacto.

⁴Nilecta Castellanos publicó una versión de este trabajo en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia, 1991, p. 254-259.

⁵César Rodríguez Arce y Juan E. Jardines Maclas (comunicación personal) al considerar la ubicación del sitio —que no ocupa la cúspide de una elevación empinada, sino la cresta de un pequeño amesetamiento, algo completamente atípico en el esquema asentacional del área— estiman factible una situación de traslado indígena bajo presión de los colonizadores.

⁶Establecimiento hispano que se desarrolla a partir del fuerte de Concepción, fundado en 1494, y perdura hasta 1562. Tuvo su momento de mayor esplendor entre 1510

y 1526. Sus vasijas parecen ser el resultado del trabajo, en los alfares de la ciudad, de artesanos indígenas que incorporan a las formas y técnicas hispanas motivos decorativos de su propia tradición cultural.

⁷El Dr. José Manuel Guarch desarrolló extensamente su opinión al respecto, en conferencia dictada durante el curso de postgrado "Historia y cultura holguinera entre los siglos XVI y XIX", abril de 1955, Holguín.

⁸Al menos tres grandes sitios arqueológicos muestran fechados radiocarbónicos que sugieren una probable vigencia a principios del siglo XVI. Rouse (1942: 155) ha hecho cálculos, a partir del material arqueológico, que apoyan la idea de una gran población.

⁹La mayoría de los residuarios se destacan por su amplitud y riqueza evidencial; 9 de ellos se consideran como de primera magnitud.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrom, J. Juan (1980): *Certidumbre de América*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Ávila y del Monte, Diego de (1926): *Memoria sobre el origen del hato de San Isidoro de Holguín*; 2da. edición. Holguín, imprenta El Arte.
- Castellanos, Nilecta (1991): "Objetos de origen europeo en el sitio Loma de los Mates, Holguín", en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia, p. 254-259.
- Castellanos, Nilecta y Milton Pino (1986): "Arqueología del norte de las provincias de Holguín y Las Tunas, Cuba". Inédito. La Habana, Centro de Antropología.
- _____ (1988): "Aspectos generales de las comunidades aborígenes agroalfareras del norte de Holguín y Las Tunas", en *Anuario de Arqueología 1988*. La Habana, Editorial Academia.
- _____ (1978): *Excavación arqueológica en El Porvenir, Banos*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Domínguez, Lourdes (1984): *Arqueología colonial cubana, dos estudios*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- _____ (1990): "La cerámica del sitio arqueológico El Yayal, Holguín", en *Revista de Historia*, Holguín, III(1): 93-102.
- _____ (1978): "La transculturación en Cuba (s. XVI-XVII)", en *Cuba Arqueológica I*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, p. 35-50.
- García Castañeda, José A. (1939): "Asiento de Ochile", en *Revista de Arqueología y Etnología*, La Habana, I(3): 47-56
- _____ (1940): "Asiento Pesquero", en *Revista de Arqueología y Etnología*, La Habana, II(4): 56-60.
- _____ (1938): "Asiento Yayal", en *Revista de Arqueología*, La Habana, I(1): 44-57.
- _____ (1942): "Barajagua", en *Revista de Arqueología*, La Habana, IV(7 y 8): 38-44

- _____ (1949a): *La municipalidad holguinera, su creación y desarrollo, vivienda hasta 1799*. Manzanillo, Editorial El Arte, t. I
- _____ (1949): "La transculturación indo-española en Holguín" en *Revista de Arqueología y Etnología*. La Habana, IV(8-9): 195-205
- Guarch Delmonte, J. M. (1988): "Sitio arqueológico El Chorro de Maíz" en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, VI(17): 162-183.
- _____ (1994): *Yaguajay, Yucayegue, Turey*. Holguín, Publicigraf
- Guarch Delmonte, J. M., Pedro J. Rodríguez, César A. y Juan Guarch (1985): "Economía y cultura material en los agroalfareros de Cuba. Cuatro sitios en estudio". Inédito. Departamento Centro-Oriental de Arqueología, Holguín.
- Guarch Delmonte, J. M., C. A. Rodríguez y R. Pedroso (1987): "Investigaciones preliminares en el sitio El Chorro de Maíz", en *Revista de Historia*. Holguín, II(3): 25-40.
- Guarch Rodríguez, E., P. Cruz y M. Martínez (1993): "Resultados preliminares de la excavación del sitio arqueológico Barajagua II, Cueto, Holguín". Inédito. Holguín, Departamento Centro-Oriental de Arqueología.
- Ibarra, J. (1979): *Aproximaciones a Clío*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Instituto de Historia de Cuba (1994): *Historia de Cuba; La colonia*. La Habana, Editora Política.
- Jardines Macías, Juan E. (1990): "Informe de excavación del sitio Alcalá". Inédito. Departamento Centro-Oriental de Arqueología, Holguín.
- Jardines Macías, Juan E., Francisco F. Escobar y Juan Guarch (1985): "El Yayal, sitio de transculturación indo-hispánico". Inédito. Holguín, Departamento Centro-Oriental de Arqueología.
- Le Riverend Brusone, Julio (1992): *Problemas de la formación agraria de Cuba. Siglos XVI-XVII*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Martínez Arango, Felipe y Nilecta Castellanos (1978): "La cerámica de Loma de los Mates". Inédito. Museo de Arqueología, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba.
- Miguel Alonso, O. (1949): "Descubrimiento y excavación de un montículo funeral en el potrero El Porvenir", en *Revista de Arqueología y Etnología*, La Habana, IV(8-9): 175-194.
- Morales Patiño, Oswaldo y Roberto Pérez de Acevedo (1945): "El período de transculturación indo-hispánica", en *Contribuciones del Grupo Guamá*. La Habana, (4,5 y 6): 5-37.

- Ortega, Elpidio y Carmen Fondeur (1978): *Estudio de la cerámica del período indo-hispano de la antigua Concepción de La Vega*. Santo Domingo, Fundación Ortega Alvarez, Serie Científica I, Editora Taller.
- Pedroso, R. (1991a): "Estudio de la cerámica colonial del sitio Alcalá". Inédito. Departamento Centro-Oriental de Arqueología, Holguín.
- ____ (1992): "La etapa de contacto en el sitio El Chorro de Maíta, Banes". Inédito. Holguín, Departamento Centro-Oriental de Arqueología.
- ____ (1991): "Informe sobre el estudio tecnológico de la cerámica colonial de sitios de contacto de la provincia Holguín". Inédito. Departamento Centro-Oriental de Arqueología, Holguín.
- Rey Betancourt, E. (1988): "Esbozo etnohistórico del siglo XVI temprano (Cuba 1511-1553)", en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, La Habana, VII(16).
- Rivero de la Calle, M., César A. Rodríguez y Minerva Montero (1990), "Estudio de un cráneo europeo encontrado en el sitio arqueológico de El Chorro de Maíta, Yaguajay, Banes, provincia de Holguín, Cuba", en *Revista de Historia*, Holguín, III(1).
- Rives, A., L. Domínguez, J. Tomé, M. Pérez, J. Pose y Y. Zaldívar (1987): *Carta Informativa No. 84*. La Habana, Departamento de Arqueología, ACC.
- Rouse, Irving (1942): *Archaeology of the Maniabon Hills, Cuba*. New Haven, Yale University Press.
- Tomé Pérez, J. y Alexis Rives (1987): *Carta Informativa No. 83*. La Habana, Departamento de Arqueología, ACC. ❧



IMPORTANCIA ARQUEOLÓGICA Y ZOOLOGICA DEL SITIO SOLAPA DEL SÍLEX

ALFONSO CÓRDOVA MEDINA
ROLANDO CRESPO DÍAZ
OSVALDO JIMÉNEZ VÁZQUEZ



INTRODUCCIÓN

A principios del año 1990 integrantes del grupo de espeleólogos Pedro Borrás localizaron el sitio Solapa del Sílex, en Cacahua, municipio Boyeros, provincia Ciudad de La Habana. En el cateo efectuado aparecieron diferentes evidencias dietarias, piedra lasqueada, restos óseos humanos fragmentados y piezas dentarias.

En el verano de 1993, como parte de las tareas del censo arqueológico de la provincia Ciudad de La Habana, se establecieron coordinaciones con el Museo Histórico Municipal de Boyeros y con varios miembros del grupo Borrás para efectuar trabajos arqueológicos en el residuario Solapa del Sílex, el que ha sido hallado más al sudoeste de la provincia y bastante alejado del mar.

La excavación perseguía los objetivos de obtener una información más precisa sobre la filiación cultural de este grupo humano, así como efectuar determinaciones específicas relativas a los restos óseos humanos y dietarios depositados en el asentamiento.

Se excavó 1 x 1 m² hasta la profundidad de 0,60 metros, a pocos centímetros al oeste del cateo realizado con anterioridad.

En estos trabajos participaron Divaldo Gutiérrez, integrante del grupo Borrás, así como Oscar Sánchez y Raudel Rosquete, ambos del grupo espeleológico Aguas Claras, municipio Bejucal. El trabajo fue dirigido por Córdova Medina, autor principal de este estudio, quien contó con el apoyo directo de los coautores Crespo Díaz y Jiménez Vázquez para la ejecución de la tarea trazada.

MATERIALES Y MÉTODOS

Los materiales estudiados son evidencias de restos dietarios de vanadas especies faunísticas, restos óseos humanos muy fragmentados, piezas dentarias de diversos individuos, así como dos exponentes superestructurales elaborados en huesos de aves y un premolar humano utilizados como pendientes. Todos ellos fueron exhumados en el residuario en agosto de 1993.

La metodología empleada consistió en: identificación de los restos dietarios y clasificación de estos exponentes faunísticos. Determinación del NMI (número mínimo de individuos por especies) aplicando

el método empleado por el arqueólogo Milton Pino (1978:133-147, 1980:91-104). La clasificación de moluscos y crustáceos las realizó Fernández Milera, del Instituto de Ecología y Sistemática.

El estudio y clasificación de los exponentes dentarios humanos estuvo a cargo de la doctora Deisy Reve Villanueva, odontóloga del Policlínico Dental 10 de Octubre.

Por otra parte el colega Ricardo Sampedro Hernández, especialista en traceología, hizo el examen microscópico de las pendientes encontrados.

RESULTADO Y DISCUSIÓN

Fauna clasificada

Moluscos terrestres: *Zachrycia auricoma*, desde 0,00-0,10 m hasta 0,40-0,50 m con un total de 15 ejemplares. En el nivel 0,30-0,40 m fueron colectadas la *Chandropoma cabrerai*, *Euricampta bomplandi*, *Helicina adsporsa* y el *Ligus blainianus*. Desde el nivel 0,10-0,20 al 0,30-0,40 m se observan la *Chandropoma pictum*, *Chandropoma auberianus* y el *Farcimen tortum*, en total 8 moluscos terrestres.

Moluscos marinos: sólo están en el nivel 0,30-0,40 m el *Strombus gigas* y la *Crassostrea rhizophorae*, mientras el *Phacoides pentinatus* fue colectado desde el nivel 0,10-0,20 hasta el 0,30-0,40.

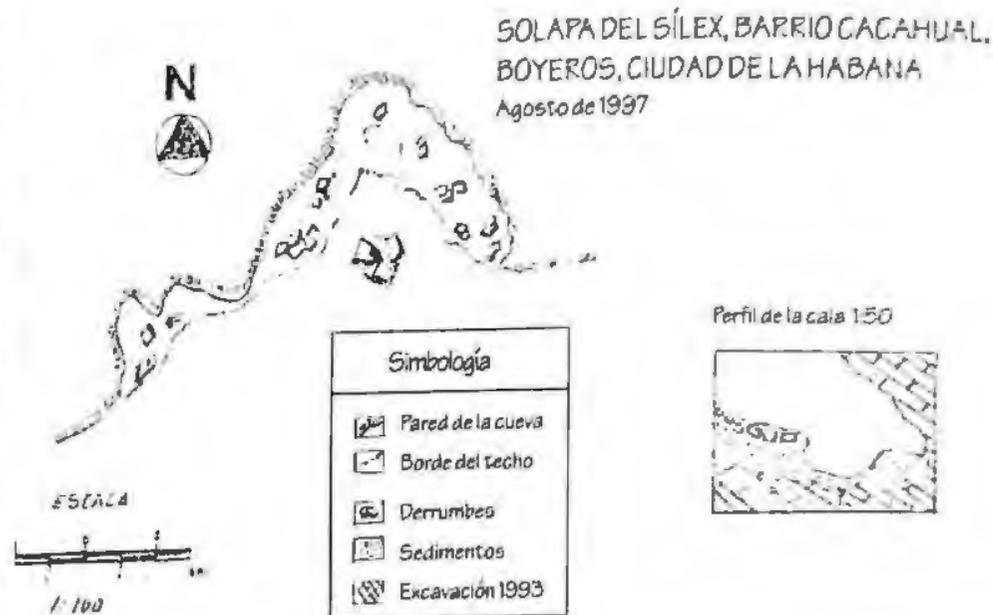
Molusco fluvial: un ejemplar de la especie *Pomacea paludosa* se exhumó en el nivel 0,30-0,40 m.

Reptiles: Majá de Santa María, *Epiorates angulifer*, desde 0,10-0,20 hasta 0,30-0,40 m, *Anolis sp* y *Ciclura nubila* en 0,30-0,40 m.

Crustáceos: *Geoarsinus ruricola* y *Pseudotelfusa sp* presentes en todos los estratos con excepción del 0,50-0,60, del primero 15 y del segundo 21 ejemplares.

Mamíferos: *Capromys pilorides* (jutía conga) 62 exponentes, presente en toda la excavación, representa el 39 % de los roedores colectados y es el 20 % de la fauna contabilizada. La jutía caraball, *Capromys prehensilis*, con 7 individuos en los estratos 0,20-0,30 y 0,30-0,40 m.

Las jutías extinguidas son 6 especies, la *Heteropsomys offella*,



27 ejemplares en todos los estratos, excepto en el nivel más temprano 0,50-0,60 m. *Capromys barbouri*, en todos los niveles, menos en el estrato 0,50-0,60 m, con un total de 28 individuos. Es de gran importancia la aparición de este espécimen en la Solapa del Sílex pues hasta el momento es la tercera localidad donde se registra su presencia en el occidente, los anteriores residuarios arqueológicos son en Bejucal y en el asentamiento de Jaruco I (Córdova, inédito). Este es el primer reporte de esta especie en un sitio arqueológico de la provincia Ciudad de La Habana. *Geocapromys pleistocenicus*, 17 ejemplares; la *Heteropsomys torrei*, 6 exponentes y *Capromys minimus* con 9 fueron colectadas en los estratos más tempranos de este residuario.

Geocapromys columbianus, 3 ejemplares, se encuentra en el nivel 0,30-0,40 m.

Un individuo de *Solenodon cubanus* (almiquí) fue encontrado en el estrato 0,30-0,40 m, este insectívoro es una especie casi extinta, existen reportes de que vive en agrestes lugares de Guantánamo en la actualidad de manera casi vestigial.

También en los estratos más tempranos apreciamos dos ejemplares de un desdentado extinguido, el *Neoanus sp*. Este espécimen

| SITIO SOLAPA DEL SILEX. CACAUAL. MUNICIPIO BOYEROS. CIUDAD DE LA HABANA. Actividades subsistenciales (ejemplares y %) | | |
|---|------------|------|
| ACTIVIDADES SUBSISTENCIALES | Evidencias | % |
| Recolección de moluscos marinos | 6 | 1,9 |
| Recolección de moluscos terrestres y fluviales | 94 | 30,0 |
| Captura de crustáceos | 36 | 11,6 |
| Captura de reptiles | 7 | 2,2 |
| Caza de julas | 160 | 52,0 |
| Caza otros mamíferos | 3 | 0,9 |
| Caza de aves | 2 | 0,6 |
| Total | 308 | 99,2 |

era más pequeño que otros congéneres, como es el caso de *Megalocnus* y *Mesocnus*, de mayor dimensión corporal. Especie herbívora.

La presencia de 6 julas extinguidas y de un desdentado con esta misma condición, así como un insectívoro en vías de extinción, denotan la presumible antigüedad del residuario, todo lo cual nos permite inferir que el grupo humano asentado en el área es de una filiación mesolítica entre temprana y media.

La clasificación de 27 especies faunísticas destacan lo pródigo del entorno de la zona y el aprovechamiento sustancial que los primitivos pobladores hicieron de los recursos que brindó la naturaleza. Debemos destacar además que el alimento más abundante en este colectivo era el proteico basado en mamíferos, concretamente roedores, con el 52 % del total de la fauna presente. La biomasa que aportan las julas, obtenidas mediante la caza, ocupa un lugar predominante en su dieta.

La recolección fue otra actividad económica altamente practicada pues alcanza el 32 %.

ESTUDIO DE LAS PIEZAS DENTARIAS HUMANAS COLECTADAS:

Fueron colectados 30 exponentes, entre los cuales hay 9 premolares, 7 molares, 7 incisivos, 4 caninos y 3 raíces fracturadas.

| SITIO SOLAPA DEL SILEX. CACAUAL. MUNICIPIO BOYEROS. CIUDAD DE LA HABANA. Actividades económicas (ejemplares y %) | | |
|--|------------|------|
| Actividades económicas | Evidencias | % |
| Recolección | 100 | 32,1 |
| Captura | 40 | 13,9 |
| Caza | 165 | 53,5 |
| Total | 308 | 99,5 |

Nivel estratigráfico 0,10-0,20 m

Premolar o bicúspide: No hay presencia de raíz. Sin desgaste, su superficie oclusal es normal. Evidencia propia de un niño de aproximadamente 12 años de edad.

Incisivo superior izquierdo: Presenta raíz, pero incompleta. Hay ligero desgaste. Es propio de un niño de 4 a 8 años de edad. Diente temporal.

Molar: Fragmento. Sin raíz. Con desgaste en su plano oclusal moderado característico de un individuo adulto menor de 25 años.

Molar: Hay un desgaste moderado en sus dos cúspides. Carie oclusal de 2do. grado. Tiene una pequeña raíz. Adulto joven menor de 25 años de edad.

Nivel 0,20-0,30 m

Premolar o bicúspide: Aplanado por el desgaste en su plano oclusal elaborado como pendiente, con perforación bicónica. Característico de un adulto entre 25 y 30 años de edad.

Canino superior izquierdo: Caries de 2do. grado en el lado palatino y otra cerca del tercio gingival, de 1er. grado. Ligero desgaste en la cúspide. Adulto menor de 30 años de edad.

Premolar: Desgaste en su plano oclusal, en la cúspide bucal. Sin caries. Raíz completa. Adulto menor de 30 años.

Premolar: Sin raíz. Cúspide completa, sin caries. Propio de un adulto joven menor de 25 años.

Incisivo inferior izquierdo: Caries de 2do. grado en el tercio gingival, bastante avanzado. Gran desgaste en su tercio incisal. Raíz completa. Adulto entre 25 y 30 años.

Incisivo: El desgaste llega a la pulpa. Sin caries. En la parte incisal el desgaste es muy acentuado y lo mismo ocurre en la parte lingual o palatina. Adulto mayor de 30 años.

Premolares: Está fragmentado. Sin raíz. Bastante avanzado el des-

gaste oclusal. Propio de un individuo de más de 30 años.

Nivel 0,30-0,40 m

Molar inferior: Caries de 3er. a 4to. grado, debió producir fuertes dolores o neuralgias. Posee una gran abrasión en sus cúspides, casi planas, por el desgaste. Propio de un adulto mayor de 30 años.

Molar superior: Caries de 4to. grado. Desgaste moderado en su superficie oclusal. Deformaciones calcáreas o sarro en su lado bucal. Propio de un adulto mayor de 30 años.

Molar inferior: Sin caries. Raíces sin concluir su formación total. Cúspides completas sin desgaste. Propio de un niño de aproximadamente 12 años de edad.

Molar superior: Con un sacavocado o caries oclusal de 2do. grado. Gran abrasión y desgaste en su plano oclusal, con desaparición de las cúspides. Presenta una de sus raíces. Hay algo de sarro. Pieza propia de un adulto mayor de 30 años.

Molar superior: Sin caries, con ligero desgaste en su plano oclusal. No posee raíces. Adulto joven menor de 25 años.

Incisivo inferior: Raíz completa. Sin caries. Mucho desgaste hasta la parte incisal. Corresponde a un adulto mayor de 30 años.

Incisivo superior: Caries de 1er. grado en su tercio gingival. Mucho desgaste hacia la parte incisal. Tiene parte de la raíz. Adulto mayor de 30 años.

Incisivo superior: Con una anomalía o deformación hacia la cara palatina o lingual, con caries de 2do. grado en la parte palatina. Desgaste moderado hacia el borde incisal. Sin raíz. Característico de un adulto joven menor de 25 años de edad.

Incisivo inferior: Caries pequeña hacia el tercio gingival. Con un moderado desgaste en un borde incisal. Raíz completa. Adulto joven menor de 25 años.

Canino superior: Caries de 1er. grado hacia el tercio gingival. Gran desgaste hacia el borde incisal. Presenta raíz. Adulto mayor a 30 años.

Canino inferior: Hay gran abrasión con presencia de caries. Desgaste de toda la corona. Fue expuesto al fuego, lo que produjo cambio de coloración de la pieza dentaria. Adulto mayor a 30 años.

Premolar o bicúspide: He perdido toda la corona, presumiblemente por un proceso de caries. Hay raíz. Expuesto al fuego lo cual produjo cambio de coloración del tejido dentario. Adulto mayor de 30 años.

Canino inferior: Presencia de caries de 1er. grado hacia la parte gingival (cerca de la encía) en la cara lingual. Con desgaste ligero en el borde incisal. No hay raíz. Adulto joven menor de 25 años.

Premolar o bicúspide: Toda la corona desgastada por caries. Raíz completa. Adulto joven menor a 25 años de edad.

Premolar o bicúspide: Gran desgaste en su plano oclusal. No hay caries. Sin raíz. Adulto mayor de 30 años.

Premolar o bicúspide: Tiene bastante desgaste en el plano oclusal. Fue expuesto al fuego. Se observa algo de la raíz. Propio de un adulto mayor de 30 años.

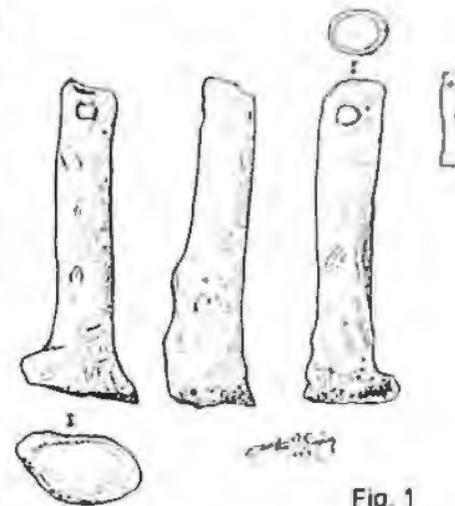


Fig. 1

El estudio de los componentes dentarios determinó que hubo 5 individuos enterrados en el residuario; el primero, un adulto mayor de 30 años; el segundo un adulto entre 25 y 30 años de edad; un tercero menor de 25 años; un niño de aproximadamente 12 años y otro niño entre 4 y 8 años de edad. También revela que el adulto mayor de 30 años padeció de un sinnúmero de caries, desde el primer grado hasta el 4to. grado de complejidad, lo cual debió de producirle fuertes neuralgias. El desgaste que presentan estas piezas es muy grande, con pérdida de la corona que llega hasta la pulpa. Observamos sarro en algunas piezas.

El segundo individuo, entre 25 y 30 años de edad, presenta caries de 1er. y 2do. grado, de mucho avance, con apreciable desgaste en las coronas, planos oclusales e incisales. El tercer adulto, menor de 25 años, caries de 1er. y 2do. grado, el desgaste de las coronas es moderado.

VALORACIÓN DE LOS RESTOS ÓSEOS HUMANOS EXHUMADOS

Por lo fragmentado y muy deteriorado de los restos, sin orden, dispersos, sólo pudimos valorar una tibia humana, pieza larga y fuerte,

probablemente de un adulto. Apreciamos también pequeños fragmentos de huesos craneales y algunas falanges.

Estos restos humanos fueron colectados hasta el nivel 0,30-0,40 m, tal parece que en este lugar se efectuaron enterramientos secundarios por lo entremezclado del material óseo y por el estado de conservación deplorable que observamos.

Evidencias superestructurales

En el nivel 0,20-0,30 m se colectó un pendiente elaborado en un radio de ave, probablemente zancuda, que presenta una perforación en ambas caras. En el estrato 0,30-0,40 m se encontró un pendiente elaborado en un tibia tarso de ave, también presumiblemente zancuda (fig. 1).

El estudio microscópico arroja el siguiente resultado: la perforación al parecer es bicónica, realizada con un perforador muy fino, posiblemente de concha. Esta perforación debió ser en forma manual e incluso por el lado contrario una parte del orificio aparece quebrado. Todo parece indicar que fue engastado ya que presenta huellas muy ligeras en la parte superior del orificio.

Las medidas son: 22 mm de largo; ancho mayor, 7 mm; ancho menor, 5 mm; diámetro de la perforación, 1 mm.

En el nivel 0,30-0,40 m colectamos un colgante confeccionado en un premolar humano, propio de un adulto mayor de 25 años, desgastado en el plano oclusal con un orificio en la raíz. Sus medidas son 15 mm de largo, ancho de la raíz, 5 mm; ancho de la corona, 7 milímetros; diámetro del orificio, 2,5 mm.

El estudio microscópico de este pendiente determinó que la perforación es bicónica, con huellas claras del movimiento giratorio del perforador; el trabajo realizado fue en forma manual con un perforador muy fino, que puede haber sido lítico o tal vez de concha. Se puede apreciar en el borde superior de la perforación huellas del engaste que incluso han ido borrando en parte las microhuellas de la perforación. También la pieza parece estar frotada, posiblemente sobre piel, de acuerdo con las estrías microscópicas que presentan en todas direcciones, entrecruzadas, sin orientación precisa, sobre todo por el área de la corona.

Hasta el momento en la bibliografía arqueológica aborigen de Cuba no hay referencias sobre colgantes confeccionados con dientes humanos. Las consultas realizadas en publicaciones especializadas de la disciplina del ámbito antillano tampoco nos hablan de este tipo de evidencia superestructural, lo que hace más significativo este hallazgo. Sin embargo, desde 1966 en trabajos arqueológicos efec-

tuados por personal del Departamento de Arqueología en el sitio Mogote de la Cueva, Minas de Matahambre, provincia de Pinar del Río, fueron hallados dos colgantes confeccionados en piezas dentarias humanas; la primera un incisivo y la segunda un premolar; ambas se encuentran en las colecciones del departamento. La filiación cultural del grupo humano donde se colectaron las evidencias

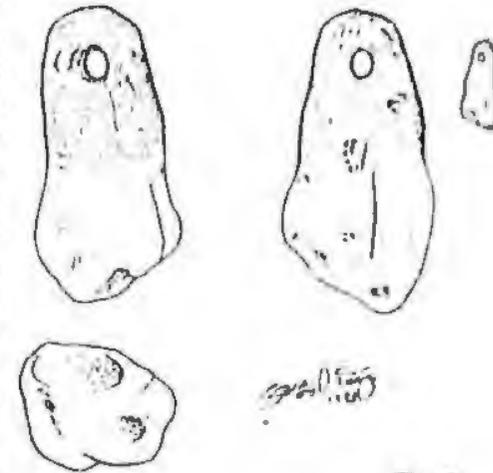


Fig. 2

se corresponden a un mesolítico medio (según la comunicación personal del arqueólogo Milton Pino que excavó el sitio).

Por otra parte la colega Aida Martínez Gabino nos mostró otro pendiente elaborado con un incisivo humano, colectado a fines de 1980 en el sitio Cueva de Pozo, Loma de Palenque, municipio Camajuaní, provincia Villa Clara. La filiación cultural de esta comunidad indocubana es un mesolítico entre medio y tardío.

CONCLUSIONES

La actividad económica preponderante que se aprecia en el residuario Solapa del Sílex es la caza de especies terrestres; específicamente la base de la alimentación de estos pobladores aborígenes del área recae en las jutías y la recolección ocupa el segundo lugar dentro de las actividades que aportan sustento dietario.

Por otra parte observamos que el 46 % de las especies de jutías consumidas son de especímenes actuales y el 54 % representan a especies extinguidas, al parecer características de un sitio de relativa antigüedad.

La existencia de *Capromys barbouri*, roedor ya extinguido, en otro sitio del occidente de Cuba reviste importancia pues es el tercer registro de la presencia de esta especie y en el caso concreto de la Solapa del Sílex, residuario arqueológico de la provincia Ciudad Habana, es hasta el momento el primer reporte de la aparición de esta especie.

La riqueza faunística del entorno natural en el cual desarrollan

su vida los primitivos pobladores del asentamiento Solapa del Silex queda evidenciada por el apreciable número de especies clasificadas, 27 en total, 7 de las cuales están totalmente extinguidas.

El estudio y clasificación dentaria humana aportó importantes determinaciones, como fueron conocer que en el área estudiada hubo 5 individuos de diferentes edades, enterrados tres adultos y dos niños. Al apreciar las patologías presentadas en su dentición, en el caso de los adultos, todos presentan caries de diversas magnitudes, con acentuados desgastes en las coronas dentarias. Ejemplo de ello es el caso del adulto mayor de 30 años de edad que debido a la envergadura de las caries del tercer y cuarto grado y por el desgaste desmedido en las coronas fue aquejado de severas neuralgias intermitentes. Otro tanto, aunque en menor cuantía, le ocurría a los otros dos adultos, ambos menores de 30 años, que representaban caries y desgastes en coronas y cúspides.

La fragmentación ósea humana de los entierros, la dispersión de estos restos, la cantidad de piezas dentarias sueltas y lo deteriorado de esta osamenta nos permite inferir que estos entierros son secundarios, quizás objeto de rituales *post mortem* por parte del grupo humano que pobló el lugar.

Los colgantes hallados en el residuario caracterizan las manifestaciones superestructurales del grupo humano. El significativo pendiente elaborado en un premolar humano, pieza *sui generis*, entre los adornos corporales colocados en el sitio objeto de estudio, al parecer, es un indicativo propio de una comunidad mesolítica, lo que evidencia también los otros colgantes encontrados en residuarios de economía apropiadora. Quizás este tipo de evidencia en piezas dentarias son una regularidad inherente a grupos de marcada factura mesolítica.

BIBLIOGRAFÍA

- Córdova Medina, Alfonso (1993): "Estudio de la dieta del sitio mesolítico Jaruco I, Municipio Jaruco, provincia La Habana". Ponencia presentada en el IV Encuentro Provincial de Arqueología Santiago de Cuba, inédito.
- Pino Rodríguez, Milton (1978): "Consideraciones sobre los elementos dietarios del sitio Levisa, Mayarí", en *Cuba Arqueología I*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- _____ (1980) "Procedimientos cuantitativos en el estudio dietético", en *Cuba Arqueología II*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente. ✕





ÚLTIMA CENA

Primero fue el pez
la limpia carne sobre el mantel y la sombra
el convite grabado sobre la serpiente emplumada
Quetzacoalt temiendo a la noche
y un pez originario
para doce hombres olvidados
en la floresta de la anunciación
Lo último fue la mano
atravesada en su monte interminable,
la mano de huesos largos,
fresca como el pez
olvidada en la montaña
en el sangriento gesto de lavar otras manos
confundidas con los pies de los apóstoles.
Un gesto, una sonrisa triste
preside la cena última
como presagio del desandar del mundo
como señal inequívoca del desamor.
¡Ah, Judas!
Viniste al otro lado del mundo
con tus cruces verdes
—Isabel y Fernando unidos para el miedo—
desatando tus besos sobre la tierra agradecida
y dejaste la serpiente sin su pez,
con el mantel manchado de sombras
y volviste a repetir la historia
de la limpia carne atravesada
para siempre
por el infausto destino del desamor

ANTROPOLOGÍA FÍSICA DE LOS TAÍNOS DE LA ESPAÑOLA

**ANDREA G. DRUSINI
 FERNANDO LUNA CALDERÓN**

Traducción: Gian Luigi Nespoli



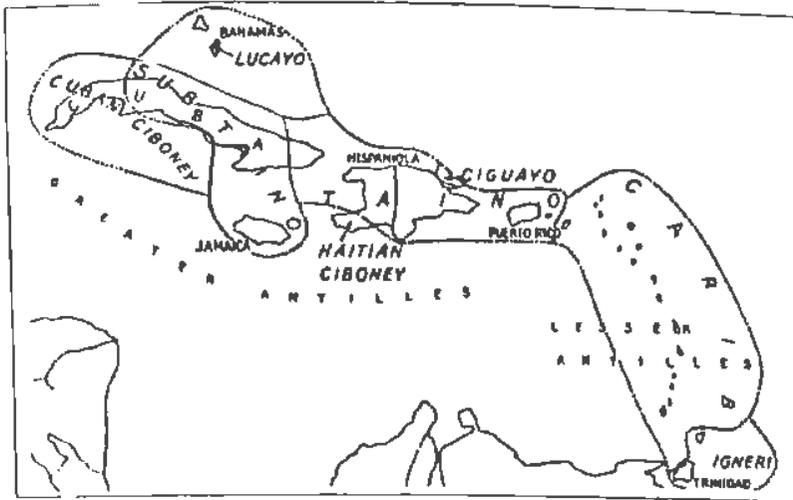
Generalmente se estima que los tainos que poblaban las islas de La Española, Puerto Rico y la punta oriental de Cuba al arribo de Colón formaban parte del grupo étnico de los aruacos. Las evidencias arqueológicas indican que los aruacos llegaron a las Indias Occidentales después que los ciboneyes y antes que los caribes, provenientes de Sudamérica, como testimonian la lengua de derivación amazónica y los elementos de la cultura material (Rouse, 1963) (Véase la figura de la página siguiente).

Los tainos son indudablemente los más conocidos entre las pobladores extinguidos en el área circumcaribe, al menos desde el punto de vista cultural, ya que no en lo que se refiere a su aspecto físico. De otra parte, son muy escasos los datos antropológicos relativos a la mayor parte de las poblaciones colombinas tanto del pasado como actuales, por falta de observaciones sistemáticas tanto sobre los restos óseos como sobre lo actualmente vivo (Biasutti, 1967).

Los datos antropológicos físicos disponibles, relativos a las poblaciones del área antillana, se hallan dispersos en publicaciones muy a menudo de difícil acceso, fruto de investigaciones aisladas y fuera de un contexto global. Otra gran limitación para las investigaciones en ese campo es —como subraya también Genovés (1970) con respecto al área mesoamericana— la heterogeneidad de los criterios con los cuales han sido hechas las mediciones antropométricas, como consecuencia del hecho de que esas mediciones se limitan al cráneo y también por la falta de una población esquelética de referencia sobre la cual comprobar la fiabilidad de los datos obtenidos. Si se exceptúa un trabajo reciente de Ubelaker (1978) realizado sobre 158 esqueletos de Santo Domingo, no existen todavía series esqueléticas sobre las cuales trabajar para confrontar los criterios de la determinación del sexo, la edad y las características métricas y morfométricas.

Otro punto de importancia fundamental, a propósito del material esquelético, es que su ubicación cronológica depende de la calidad de las investigaciones arqueológicas que lo han sacado a la luz.

Por lo que se refiere a la arqueología del área antillana, Veloz Maggiolo (1972) hace notar que esta tendría que ser considerada en



su conjunto, y no isla por isla como se ha venido haciendo. En cuanto a la cultura taína, existen pocos fechamientos disponibles para Las Antillas, y particularmente con respecto a La Española los análisis radiocarbónicos u otros medios físicos son aún insuficientes. Para los yacimientos de origen precerámico y preagrícola existen unos datos confiables en Puerto Rico, Cuba, Curazao y Venezuela, pero es indispensable un número mayor de dataciones para tratar de hacer una reconstrucción cronológica de las culturas del área antillana.

Dado que los taínos se extinguieron poco después de la conquista, las únicas informaciones objetivas, aunque parciales, en lo referido a sus características somáticas, hay que deducirlas de sus restos esqueléticos.

Se impone, entonces, un reexamen del material osteológico hallado hasta ahora que se conserva en varias instituciones públicas y privadas del área en cuestión.

En 1881, Louis Alphonse Pinart lleva a cabo los primeros estudios de que tengamos conocimiento en la bahía de Samaná, en Santo Domingo, estudios que fueron publicados en la *Gaceta Oficial* No. 366, el 18 de junio del mismo año. Este es el primer estudio con carácter oficial sobre la arqueología de Santo Domingo y, quizás, de toda el área antillana. El trabajo de Pinart no es solamente arqueológico sino también antropológico: él describe, de hecho, un esqueleto hallado a sesenta centímetros de profundidad, quizás sepultado con las extremidades dobladas sobre el cuerpo y *decubito supino*, posición que, según Pinart, es común a la mayor parte de las tribus ame-

ricanas. A los lados del esqueleto fueron encontrados dos "bolas" de piedra. Pinart calculó la estatura del individuo y las dimensiones del cráneo: se trata de la primera descripción de antropología física relativa a las poblaciones aborígenes de la actual Santo Domingo. A propósito de tales mediciones surgen algunas dudas: la estatura calculada a partir de los huesos largos resulta ser de 180 cm y el cráneo resulta ser corto (162 cm), con un índice de *braquicrania* de 80,25 y no dolicocefalo como afirmara el autor. De todas maneras queda la importancia histórica de este estudio. También hay otro trabajo de relevancia histórica, del dominicano Alejandro Llenas, que publicó en París el estudio de un "cráneo ciguayo".

Hay algunos datos disponibles acerca de restos esqueléticos humanos del área antillana que pueden ser confrontados, al menos en lo que se refiere a la craneología. Se trata de investigaciones, como hemos dicho, no sistemáticas y hechas en áreas diferentes, por diversos autores. Sin embargo, antes de considerar los resultados de estos estudios, es necesario recordar las descripciones somáticas de las poblaciones antillanas accesibles en las fuentes histórico-etnográficas. Es obvio que las descripciones de los cronistas, además de ser escasas y genéricas, resultan contradictorias con los métodos modernos de estudios antropológicos, y por ende su credibilidad es muy relativa. Por ejemplo, en el diario de a bordo de Colón los indios son descritos como "bien parecidos... cabellos lisos y gruesos como crin de caballo... de buena estatura... de frente y cabeza muy ancha... las piernas muy rectas" (Pieraccioni, 1990). Siempre a propósito de los habitantes de La Española, Michele de Cuneo dice que "tienen la cabeza achatada y el rostro de tartaros; son de pequeña estatura, tienen muy poca barba y bellísimas piernas" (Pieraccioni, 1990). Hay que notar en particular el hincapié en los rasgos faciales de tipo mongoloide, muy comprensible dado el origen asiático de los originarios pobladores americanos.

Haciendo particular referencia a los reportes de los cronistas españoles alrededor de 1510, época en la que ellos estaban en pleno contacto con las poblaciones de las grandes Antillas, Rouse (1963: 522) resume así los rasgos somáticos de los taínos de La Española

Los indios eran de estatura media, con la cabeza ancha, los huesos robustos, y bien proporcionados. Tenían pómulos altos, cejas elevadas, nariz achatada con fosas nasales anchas, labios finos o moderadamente gruesos, y en general tenían pocos dientes. Los cabellos eran lisos y suaves y negros; su piel del color del cobre y sus cuerpos ágiles y flexibles.

Al observar los restos esqueléticos de los taínos, diferentes autores han notado la alta frecuencia de la deformación artificial del cráneo, deformación que hacía la cabeza, y en particular la frente, muy ancha, como lo habían notado los cronistas. De los casos estudiados por Morbán Laucer (1979) y por Drusini y otros (1987), se concluye que debe tratarse de la deformación llamada tabular oblicua, efectuada sobre los niños pocas semanas después del nacimiento por medio de tablillas fijadas a la frente. La deformación, naturalmente, acortaba el cráneo, reflejo de lo que muchos autores consideraban el verdadero objetivo de esta práctica, difundida en Las Américas, es decir, acentuar una característica preexistente.

Otras investigaciones antropométricas indican que los taínos tenían el rostro ancho y de mediana altura, tanto los varones como las hembras. Las órbitas eran altas y la nariz estrecha. Las mediciones revelan también un acentuado aplastamiento del esqueleto facial, típico de las poblaciones tanto amerindias como mongoles, rasgos que Michele de Cuneo había indicado con el término de "rostro de tártaro".

Por lo que se refiere a los huesos de las extremidades, las observaciones efectuadas, a pesar de no ser muy numerosas, denotan cierta robustez, sobre todo en los individuos del sexo masculino. A partir de estos segmentos ha sido estimada la estatura, cuyos valores oscilan entre los ciento cincuenta y los 160 *cm* para el sexo masculino, y entre los 133 y los 151 para el femenino (Luna Calderón, 1979, 1982, 1986; Drusini y otros, 1987). Se puede hablar, por ende, de estatura media y por debajo de la media, al menos con respecto a las poblaciones de tipo moderno. Hay que notar que Rivero de la Calle (1988) ha verificado una estatura comprendida entre los 147 y los 161 *cm* en una población esquelética de monjes europeos del antiguo convento de Santa Clara, en La Habana, Cuba. Ocasionalmente se han encontrado esqueletos taínos de estatura más alta, incluso gigantesca, como ha referido Morbán Laucer (1979). Drusini y otros (1987) han estimado una estatura de 179,2 *cm* en un individuo adulto del sexo masculino. La observación de Pinart, por ende, quizás no era completamente errada.

En los esqueletos de los taínos se han encontrado también indicios relativos a enfermedades de diferentes tipos. Por lo que se refiere a los dientes, por ejemplo, tanto Morbán Laucer (1980) como otros han hallado sarro, caries, quistes, erosiones óseas maxilares y mandibulares causadas muy probablemente por abscesos de ori-

gen dentario, y además maloclusiones, ausencia del tercer molar y parodontopatías, todo eso concuerda con las observaciones de los cronistas hechas a propósito del número de dientes de los indios, muy reducido como consecuencia de estas patologías. Hay que añadir también que la reducción de la superficie masticatoria como consecuencia del excesivo uso, generalmente está muy acentuada, debido en su mayor parte a una dieta rica en vegetales y moluscos. Otras patologías observadas son la artritis (más del 15 % de los casos estudiados por Luna Calderón en los cementerios del "período ceramista"), la artrosis, a veces con deformación acentuada de las vértebras, y la displasia congénita de la cadera; estudios ocasionales se refieren la espina bifida oculta, el raquitismo, la espondilitis anquilosante, la osteítis y la periosteítis, la tuberculosis ósea, la osteomielitis (especialmente en los niños entre los 10 y 12 años de edad) y los osteomas del cráneo. Menos frecuentes son las fracturas, probablemente debido al hecho de que los taínos eran sedentarios y en general menos móviles en comparación con los grupos preagrícolas, en los cuales estas patologías eran más comunes (Luna Calderón, 1982). Escasas o ausentes son también las enfermedades tumorales, pero hay que recordar que en el sistema esquelético la incidencia de las neoplasias primitivas es generalmente baja.

Por lo que se refiere a los taínos de Cuba, Rivero de la Calle (1972) confirma la escasa incidencia de los traumas en relación, por ejemplo, con la encontrada en los grupos ciboneyes, más antiguos, pueblo de cazadores y recolectores que debían de tener una vida más activa. El autor reporta también casos de inflamaciones óseas, de artrosis deformante, un caso de osteoma primario del húmero, y enfermedades dentarias casi análogas a las de los taínos de La Española.

Un estudio aparte merecerían los llamados "indicadores de estrés" detectables en los huesos y en los dientes. A pesar de que en los esqueletos taínos han sido observados la hipoplasia del esmalte dentario, la hiperostosis esponjosa del cráneo y las estrias de Harris a nivel de las tibias, todos indicios de sufrimientos óseos debidos a varias causas, desde la malnutrición a la anemia, los casos estudiados son todavía insuficientes para llegar a conclusiones definitivas. Se puede decir, sin embargo, que la frecuencia de tales indicadores de estrés no es tan elevada, como para afirmar que las condiciones de vida de los taínos de La Española, antes de la llegada de los europeos, fueran particularmente precarias.✽

ESTUDIO DE LOS RESTOS HUMANOS ABORÍGENES DEL SITIO ARQUEOLÓGICO LA LUZ

MANUEL RIVERO DE LA CALLE
JORGE O. TRAPERO PASTOR



Los autores desean expresar su agradecimiento al Dr. Luis Toribio Suárez, del Instituto de Medicina Legal, por el estudio de la dentición y de las patologías máxilo faciales que se aprecian en los ejemplares objeto de estudio. Igualmente al Lic. Rafael Travieso Ruiz, por su colaboración en el estudio métrico de las mandíbulas.

Los hallazgos del sitio arqueológico La Luz se realizaron en dos etapas. En la primera, fue descubierto un entierro primario que resultó exhumado rápidamente por un grupo de aficionados ante el temor de que los restos fueran dispersados o sustraídos por personas indolentes con el deseo de conservar una "reliquia india", como ya ha pasado en otras ocasiones. Este material de ahora en lo adelante, a los efectos de su estudio, será denominado entierro No. 1.

En la segunda etapa se exhumó un entierro secundario, muy deteriorado, debido al extraordinario estado de fragmentación del material óseo y encontrarse depositado cerca de un fogón aborígen, como lo evidencian algunos restos que exhiben huellas de haber estado en contacto con el fuego (entierro No. 2).

El tercer esqueleto (entierro No. 3), hallado en un nivel inferior, corresponde al típico enterramiento primario, en posición fetal. El presente trabajo tiene como objetivo dar a conocer los resultados del estudio antropológico realizado por el Dr. Manuel Rivero de la Calle, en el que participó el Lic. Jorge Omar Trapero Pastor.

ESTUDIO DE LOS ENTIERROS

Entierro No. 1

Los huesos del cráneo se encontraban muy fragmentados, pero se llevó a cabo una reconstrucción bastante minuciosa. El esqueleto en su conjunto muestra los típicos rasgos del sexo femenino. Como un detalle importante, los bordes de la abertura piriforme no son cortantes en su porción inferior, como es frecuente en muchos ejemplares preagroalfareros, lo que unido en esos casos a un marcado prognatismo sub-nasal de algunos de ellos, les brinda un aspecto negroide a esta región de la cara.

Por otra parte la abertura piriforme, con 22 mm de anchura, se encuentra muy cercana al valor medio de la serie preagroalfarera.

| TABLA No 1 | | | | | |
|--|----|-------|------|-------|--------|
| Valores de la prueba "Y" al comparar mediciones del cráneo No 1 con las de la serie preagroalfarera femenina de Cuba | | | | | |
| Mediciones | N | X | DE | (1) | "t" |
| Longitud máxima | 15 | 166,4 | 5,19 | 172 | 1,0447 |
| Anchura máxima | 15 | 131,0 | 2,75 | 132 | 0,3520 |
| Anch. frontal mínima | 15 | 88,5 | 3,09 | 90 | 0,4700 |
| Cuerda frontal | 15 | 104,3 | 3,48 | 107 | 2,6142 |
| Cuerda parietal | 15 | 106,2 | 5,13 | 96 | 1,9251 |
| Arco frontal | 15 | 116,5 | 5,76 | 120 | 0,5883 |
| Arco parietal | 15 | 121,2 | 7,45 | 105 | 2,1054 |
| Anchura orbital | 15 | 37,0 | 1,98 | 31a | 2,9340 |
| Circunf. horz. máxima | 15 | 475,0 | 11,0 | 490a | 1,3203 |
| Índice cefálico horz. | 15 | 78,67 | 2,90 | 76,74 | 0,7474 |
| Índice fronto parietal | 15 | 67,17 | 3,00 | 68,18 | 0,3259 |

Fuente: Günsburg 1967

que es de 23. Los malares son pequeños, lisos y no exhiben una proyección anterior marcada, como sí se aprecia en otros cráneos, en que el aspecto mongoloide es más marcado.

En norma lateral, el cráneo presenta un perfil sagital muy semejante al de los cráneos preagroalfareros de Cuba, abombamiento de la concha del occipital y depresión de la región post-coronal (ver tabla 1). En norma posterior lo más significativo es la presencia de un suave forus transverso que ocupa la porción inferior de la concha del occipital.

La mandíbula, en general, presenta un buen estado de conservación: faltan solo los cuatro incisivos y el canino derecho. Todas las piezas tienen desgaste en sus superficies oclusales. Se trata de una mandíbula gracil y pequeña, a la cual le faltan ambos cóndilos. Como a mayor parte de los especímenes aborígenes, la eminencia lateral se encuentra bastante desarrollada. El borde inferior de la pieza es muy recto, lo que le da una gran estabilidad antero-posterior y lateral a ser colocada sobre una superficie plana. Las apófisis genianas

son muy pequeñas, se encuentran fusionadas y poseen un pequeño orificio en la base. El estudio de las piezas dentarias permitió comparar a este individuo entre los 20 y 25 años de edad (ver tabla 2).

Restos postcraneales

De los restos postcraneales, el fémur, que ha sido restaurado reuniendo sus fragmentos, se caracteriza por su gracilidad, y como la mayoría de estos especímenes presenta un gran aplanamiento en la extremidad proximal. La línea áspera es algo alta y robusta, lo que contrasta con el poco desarrollo de las epifisis. Al encontrarse esta pieza casi completa, con excepción de la cabeza, se procedió a su reconstrucción, lo que permitió estimar la longitud máxima del hueso en 35,7 cm y, a la vez, hacer el cálculo aproximado de la estatura del individuo objeto de estudio, que resultó ser de 139,7 cm; este valor está dentro de los límites que han sido estimados para la población preagroalfarera de Cuba.

Ha sido calculada una estatura aún más baja para un individuo procedente de la cueva funeraria de Calero, 133,5 cm, con lo cual se acerca, si es que queremos compararlo, al denominado húmero de Pinar del Río, de 25 cm de longitud total —lo que nos permite estimarle una talla de 136,5 cm—, valores ambos correspondientes a individuos pequeños o muy pequeños, y que contrastan con otras estaturas bastante altas encontradas en individuos preagroalfareros, como las que poseen ejemplares masculinos del sitio Guayabo Blanco, en la Ciénaga de Zapata, provincia de Matanzas.

Los valores métricos de los índices longitud, anchura, robustez, pilástrico y métrico, para el fémur izquierdo, son muy semejantes a los encontrados por Rivero de la Calle en una pequeña serie femenina agroalfarera y, como ocurre en general en estos ejemplares amerindios, se hace evidente el aplanamiento de la diáfisis en el tercio superior. Respecto a este rasgo, los investigadores Gilbert y Gill han demostrado mediante mediciones, su valor para realizar una distinción racial entre europoides, negroides y amerindios.

En relación con otros huesos largos, tan sólo pudieron recuperarse fragmentos de peronés, cúbitos y radios, pero se pudo apreciar la gracilidad que presentaban estas piezas. Las mismas carecían de evidencias patológicas. Los huesos del pie se encontraban incompletos y sólo se pudo recuperar una parte, ya que en general faltan las epifisis. Los omóplatos están muy deteriorados, al igual que las clavículas, sin que posean características importantes que merezcan ser señaladas.

Las vértebras muestran un gran deterioro y los fragmentos que

se conservan mas bien corresponden a los cuerpos vertebrales. Respecto a las rótulas, la derecha es la mejor conservada y es muy pequeña, lo que permite ubicarla dentro del sexo femenino.

Entierro No. 2

En este caso el cráneo está constituido por un número grande de pequeños huesos craneales con los que se pudo reconstruir parcialmente tanto este como el parietal izquierdo y parte de la concha del occipital. Estas reconstrucciones nos dieron una idea de la bóveda craneana, que no exhibe deformación en el frontal.

Se rescató un fragmento mandibular derecho, en el que se apreciaba parte de la apófisis coronoides, y gran parte de los alveolos correspondientes a esta hemimandíbula. En un pequeño fragmento del frontal, en su lado izquierdo, apreciamos parte de la línea temporal y del techo de la cavidad orbitaria, lo que permite determinar la ausencia de la criba orbitaria.

Se recuperó parte de la clavícula, siete fragmentos de huesos largos (húmero, cúbitos y radios) y 57 piezas de huesos de la bóveda, muy partidos, que son de difícil identificación. Hay, además, 5 fragmentos óseos que no pudieron tampoco ser clasificados. Este material corresponde a un esqueleto que ha sido considerado por sus descubridores como perteneciente a un entierro secundario, con gran deterioro y fragmentación.

La edad del individuo en el momento de la muerte fue determinada entre 12 y 15 años, de acuerdo con el análisis dentario realizado por el Dr. Luis Toribio Suárez. Como todavía en este ejemplar no se había producido supuestamente su maduración sexual, los huesos no evidencian el dimorfismo característico del hombre y en general del resto de los primates, lo cual hace muy difícil, si no imposible, la determinación de su sexo.

Entierro No. 3

Se trata de un individuo que fue enterrado en posición decúbito lateral izquierdo con las piernas flexionadas y las manos debajo del fémur y tibia izquierdos, en la típica posición fetal, tan común a los aborígenes americanos. Se trata del entierro mejor conservado del conjunto.

El cráneo, al igual que el ejemplar No. 1, al faltarle la región facial, constituye realmente una calvaria, y al igual que otros esqueletos, ha sido restaurado partiendo de un conjunto de fragmentos, algunos muy pequeños.

Sus características físicas se corresponden con las típicas de los

TABLA No. 2

Valores de la prueba "T" al comparar mediciones de la mandíbula No. 1 con las de la Serie Femenina de Cuba

| Mediciones | N | X | DE | (1) | T |
|-------------------------|----|--------|------|-------|--------|
| Altura de la sínfisis | 25 | 30,76 | 2,28 | 27 | 1,6170 |
| Alt nivel for. mental | 24 | 29,88 | 3,14 | 25a | 1,5039 |
| Anch. a nivel de M2 | 24 | 24,90 | 2,66 | 21 | 1,4364 |
| Longitud total mandíb. | 24 | 100,00 | 5,01 | 129a | 1,3700 |
| Anch. máx. rama ascend. | 25 | 39,60 | 2,40 | 37a | 1,0622 |
| Anch. mín. rama ascend. | 25 | 31,24 | 2,19 | 26 | 2,3464 |
| Dist. cuerpo mandíbula | 25 | 75,20 | 3,53 | 67 | 2,2778 |
| Anchura bicoronóidea | 24 | 97,53 | 7,00 | 90 | 1,0538 |
| Anchura bigoniaca | 24 | 96,23 | 6,64 | 91 | 0,7723 |
| Anchura bimental | 25 | 44,28 | 2,82 | 42a | 0,7927 |
| Grosor a nivel for. m. | 25 | 12,96 | 1,37 | 10 | 2,1186 |
| Grosor a nivel de M2 | 24 | 17,72 | 1,16 | 18a | 0,2364 |
| Espesor a nivel sínf. | 25 | 14,60 | 1,72 | 13 | 0,9121 |
| Ángulo de la mandíbula | 25 | 122,28 | 5,66 | 129 | 1,1642 |
| Índice de robustez | 25 | 46,56 | 6,91 | 40 | 0,9309 |
| Índice fronto-goniaco | 24 | 46,62 | 3,15 | 46,15 | 0,1461 |

Fuente: Guinsburg 1967

cráneos preagroalfareros de Cuba: carece de deformación, es alto (ipsicráneo), con tendencia a la braquicefalia y de órbitas altas. La abertura piriforme, como ya se explicó, ofrece, en ocasiones, características que son típicas de los cráneos negroides, rasgo que ya fue reportado para los cráneos aborígenes preagroalfareros de Cuba por Montané, Guinsburg y Rivero de la Calle.

En cuanto al sexo del cráneo No. 3, presenta una combinación de características masculinas y femeninas, con predominio de las primeras, entre las que podemos mencionar el fuerte desarrollo de las apófisis mastoides y de la cresta supramastoidea, así como el

| TABLA No. 3 | | | | | |
|--|----|--------|-------|--------|--------|
| Valores de la prueba "t" al comparar las mediciones del cráneo No. 3 con las de la serie preagroalfarera masculina de Cuba | | | | | |
| Mediciones | N | X | DE | (3) | "t" |
| Longitud máxima | 23 | 172,4 | 5,28 | 173 | 0,1112 |
| Anchura máxima | 23 | 134,8 | 3,81 | 132 | 0,7194 |
| Altura máxima | 23 | 134,0 | 4,52 | 134 | 0,2569 |
| Anch. frontal mínima | 23 | 93,0 | 4,11 | 91 | 0,4763 |
| Circunf. horiz. max. | 23 | 490,5 | 13,85 | 485 | 0,3889 |
| Arco sagital medio | 23 | 354,0 | 10,81 | 346 | 0,7244 |
| Curva transversal | 23 | 302,0 | 17,35 | 300 | 0,1128 |
| Anchura biorbitaria | 23 | 96,5 | 1,75 | 93 | 0,9578 |
| Anch. orb. anteri. | 23 | 38,4 | 1,73 | 36 | 1,3863 |
| Altura orbital | 23 | 33,15 | 1,65 | 36 | 1,6909 |
| Cuerda frontal | 23 | 105,8 | 5,25 | 112 | 1,4731 |
| Cuerda parietal | 23 | 110,0 | 4,08 | 95 | 3,5990 |
| Cuerda occipital | 23 | 93,0 | 4,12 | 99 | 1,4256 |
| Arco frontal | 23 | 119,6 | 6,08 | 125 | 0,8694 |
| Arco parietal | 23 | 125,0 | 5,22 | 103 | 4,1258 |
| Arco occipital | 23 | 108,0 | 6,28 | 118 | 1,8753 |
| Índ. cefálico horiz. | 23 | 78,26 | 2,37 | 76,30 | 0,8095 |
| Índ. frontal pariet. | 23 | 69,40 | 68,93 | | 0,1150 |
| Capacidad craneana | 23 | 1304,0 | 87,9 | 1249,0 | 0,6123 |

Fuente: Guinsburg 1967

escaso abombamiento de las eminencias frontales y parietales.

Entre las femeninas tenemos lo cortante del reborde superior orbitario, la poca profundidad del nasio, el escaso desarrollo de las líneas temporales y de las apófisis estiloides, las apófisis postglenoidales con un desarrollo mínimo.

La mandíbula del esqueleto No. 3 se caracteriza por su buen gra-

do de conservación. Posee todas las piezas dentarias de la rama derecha, mientras que en el lado izquierdo faltan el primer y el segundo molar.

En norma lateral el borde basal es ligeramente ondulado, rasgo que es bastante frecuente en las mandíbulas aborígenes de Cuba. La fosa masetérica es bastante profunda y las inserciones musculares bien marcadas en la región de la rama. El borde posterior es bastante vertical.

En norma inferior, y debajo de lo que sería el mentón, se aprecia una especie de pequeño canal que se extiende de un lado al otro, ocupando el espacio que delimitarían los caninos si los proyectamos hacia el borde inferior. Este rasgo ya fue reportado para el espécimen No. 514 del Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana. Detrás del citado canal se observan las fositas digásticas, que son bastante grandes y de superficie algo rugosas.

La pieza, como ocurre en la mayoría de las mandíbulas aborígenes de Cuba, presenta una región mentoniana fuerte, que se encuentra enmarcada entre sendos tubérculos laterales.

En la cara externa del cuerpo, aunque no excesivamente marcadas, aparecen las estrías platismáticas. La región del gonio se encuentra evertida y se distinguen bien en ellas las inserciones del músculo masetero.

En cuanto a los huesos largos, los mejores conservados son los fémures y las tibias, a los cuales se les pudo hacer algunas mediciones, especialmente en las diáfisis. Las características métricas y morfoscópicas de estos ejemplares están dentro de los valores que han sido determinados para los grupos preagroalfareros de Cuba estudiados en los sitios de Canimar Abajo, Calero, Marién 2 y el Perico.

Las tibias del esqueleto No. 3 de La Luz llaman la atención por el engrosamiento notable de sus diáfisis, que se acompaña con una fuerte alteración del periosteo, más evidente en la derecha. Esta alteración se aprecia también muy marcada en los peronés, y es más señalada desde la porción media del hueso hacia proximal.

Los húmeros se han conservado en forma muy fragmentaria y corresponden a las porciones proximales. En la distal no se aprecia la perforación olecraneana, tan típica en los húmeros aborígenes de Cuba, y poseen un ligero engrosamiento que pudiera ser patológico.

Los cúbitos se encuentran bastante completos. Al izquierdo le falta sólo una pequeña porción distal. Su longitud máxima ha sido estimada en 24 cm—lo que según las tablas, nos da una estatura de

157,5 cm, muy próxima a la media preagroalfarera de Cuba, que es de 158,8 cm. Hacia su región proximal, ambas piezas muestran alteración de la superficie externa, que en la zona cercana al cóccano está caracterizada por cierta porosidad.

De este esqueleto se han conservado dos fragmentos de coxales, derecho e izquierdo, de interés por la información antropológica que suministran y que corresponden a la porción más profunda de la escotadura ciática mayor, a la faceta acicular y a la cavidad coliloidea. En estas estructuras se aprecia un predominio de los rasgos masculinos, que también se observan en la forma del arco compuesto. Se conservan ambas rótulas, mejor la del lado derecho, muy semejantes en cuanto a sus valores métricos.

Se recuperaron ambas clavículas, cuyas regiones esternales se encuentran mutiladas. Hacia sus porciones acromiales ambas presentan alteraciones en las superficies superiores e inferiores, y se observa que la izquierda se encuentra muy engrosada en relación con la derecha, lo que pudiera corresponderse con la condición de zurdo del individuo, y por esta razón haberse desarrollado más el hueso de ese lado.

Hemos comparado los valores métricos del cráneo y la mandíbula No. 3 con los de la serie preagroalfarera de Cuba (tablas 3 y 4), mediante la prueba "t"; las 16 mediciones seleccionadas, con excepción de la cuerda y el arco parietal, no muestran diferencias significativas. No se encontraron tampoco diferencias significativas cuando se compararon los índices cefálico horizontal y el transverso fronto-parietal.

Comparamos también el módulo y la capacidad craneana, para los cuales no se hallaron tampoco diferencias significativas. Esto nos indicó la gran similitud morfológica que existe entre el cráneo No. 3 del sitio La Luz, con la serie preagroalfarera de Cuba, ya que dicho espécimen se enmarca perfectamente dentro de las mediciones del referido grupo. Iguales resultados se obtienen cuando se comparan las mediciones de la mandíbula No. 3, es decir, hay un alto porcentaje de estas que no poseen diferencias significativas (tabla 4).

Al realizar las comparaciones con el cráneo No. 1, de las nueve mediciones, solamente la cuerda frontal y la anchura orbital muestran pequeñas diferencias cuando las comparamos con las medidas que se disponen de la serie preagroalfarera de Cuba (tabla 1).

Un aspecto que llama la atención en estos enterramientos es el alto grado de fragmentación tanto de los huesos craneales como de

TABLA No 4

Valores de la prueba "t" al comparar mediciones de la mandíbula No. 3 con las de las de la Serie Masculina de Cuba

| Mediciones | N | X | DE | (3) | "t" |
|-------------------------|----|--------|------|-------|--------|
| Altura de la sínfisis | 25 | 33,2 | 1,96 | 28a | 2,6148 |
| Alt. nivel del f. ment. | 25 | 31,3 | 2,11 | 28a | 1,5611 |
| Altura gonio-cóndilo | 22 | 62,2 | 3,24 | 60,0 | 0,4582 |
| Espesor a nivel for. m. | 25 | 14,44 | 1,30 | 13,0 | 1,0861 |
| Anchura bicoronar | 20 | 100,70 | 6,20 | 96,a | 0,7397 |
| Anchura bicondílea | 23 | 122,67 | 6,16 | 112,0 | 1,7129 |
| Anchura bigoníaca | 22 | 100,82 | 5,25 | 101,0 | 0,0352 |
| Anchura bimental | 25 | 46,64 | 1,97 | 46,0 | 0,3185 |
| Anch. máxima rama | 23 | 40,78 | 1,81 | 43,0 | 1,2331 |
| Anch. mínima rama | 23 | 33,34 | 2,16 | 30,0 | 1,5137 |
| Anch. escotad. sigm. | 18 | 31,84 | 2,27 | 31,a | 0,4671 |
| Long total mand. | 23 | 102,02 | 4,75 | 102,0 | 0,0412 |
| Long.del cuerpo mand. | 22 | 78,34 | 3,60 | 78,0 | 0,0960 |
| Ángulo mandibular | 21 | 118,29 | 6,39 | 120,0 | 0,2614 |
| Índice de robustez | 25 | 46,39 | 4,19 | 46,42 | 0,1370 |

Fuente Guinsburg 1967

los postcraneales, a tal extremo que se ha planteado que se trata de una acción intencional, quizás relacionada con algún rito funerario.

Por otra parte, Rivero de la Calle ha expresado sus dudas con respecto a ese criterio y piensa que esto puede ser producto de la acción del tiempo, la humedad, el grado de Ph, la acción física de otros elementos, tales como raíces, que pudieron haber presionado los entierros y haber provocado esta notable fragmentación.

Para Trapero y el Dr. Antonio Cobo, que trabajaron con los entierros, se hace evidente una acción mecánica muy fuerte, que pudo haber provocado las fracturas, inclusive estos investigadores han encontrado áreas donde supuestamente se hacen evidentes los efec-

los de los golpes, tanto en los cráneos, como en los huesos postcraneales, especialmente en los huesos largos.

Rivero, por su parte, ha expresado la idea de que es necesario un estudio más detallado de las zonas de fractura o de aquellas roturas que se encuentran aisladas, ya que de comprobarse la tesis de las fracturas expuestas, tendrían que ser abordados con otras perspectivas los estudios de los enterramientos de Canimar Abajo, Calero, Marién 2 y el Pérlico, hasta Guayabo Blanco, donde los materiales fragmentados son abundantísimos.

CONCLUSIONES

1. El estudio antropológico realizado en el material procedente del sitio La Luz, en Ti Arriba, La Maya, provincia Santiago de Cuba, confirma lo ya señalado por los colegas que trabajaron con anterioridad con los restos, los que por sus características físicas pueden ser considerados, sin lugar a dudas, como miembros de la población aborigen de Cuba, con rasgos muy similares a los de las comunidades preagroalfareras.
2. Los entierros han sido identificados con los Nos. 1, 2 y 3. El No. 1 corresponde a un individuo del sexo femenino, con una edad estimada, al momento de la muerte, entre 20 y 25 años, y estatura de 139,7 cm.
3. El ejemplar No. 2 se encontró en mal estado de conservación y su edad ha sido estimada entre 12 y 15 años, sin que se pudiera realizar un cálculo de la estatura ni estimar el sexo, por la falta de material óseo apropiado.
4. El ejemplar No. 3, el mejor conservado, corresponde a un individuo masculino, con cierto grado de gracilidad en los huesos craneales y postcraneales. Su estatura se calculó en 157,5 cm y la edad entre 30 y 40 años, al momento de su fallecimiento.
5. Se detectaron distintas evidencias de enfermedades, especialmente en el ejemplar No. 3, las cuales se encuentran bajo estudio.
6. Las piezas dentarias muestran un grado de abrasión muy intenso, que es más notable en el ejemplar No. 3, como es frecuente en los individuos preagroalfareros de Cuba debido, fundamentalmente, a la dieta.
7. El material esquelético se caracteriza por su extraordinario grado de fragmentación, lo que obligó a un largo y meticuloso proceso de consolidación y restauración, sin que hasta el presente haya una unidad de criterios acerca de las causas que provocaron tales fracturas.

8. El estudio métrico y descriptivo de los huesos postcraneales permitió descubrir la extraordinaria semejanza que existe entre los restos esqueléticos del sitio La Luz, con los correspondientes a los de las comunidades preagroalfareras de Cuba.

BIBLIOGRAFÍA

- Comas, J. (1966): *Manual de antropología física*. México, UNAM.
- Genovés, S. (1966): *La proporcionalidad entre los huesos largos y su relación con la estatura en restos mesoamericanos*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Antropológica No. 19.
- _____. (1959): *Diferencias sexuales en el hueso coxal*. México, UNAM, Instituto de Historia, Dirección de Publicaciones.
- Gilbert, R. y G. W. Gill (1990): *A metric technique for identifying american indian femora*, Skeletal attribution of race. Methods for forensic anthropology. USA, Maxwell Museum of Anthropology, Anthropological Papers No. 4.
- Guinsburg, V. V. (1967): *Antropologuinskaya jaratenstika drienvinij aborigen nov Kubi*. Leningrad, Kultura it bit narodov Ameriki. O Academia Nauk SSSR. Institut etnografi in N.N. Miklujo Maklaya. Sbornik Musea Antropologii i etnografii XXXIV.
- Montané, L. (1906): *L'Homme de Sancti Spiritus (Île de Cuba)*. Monaco, Extrait du Compte Rendu du XIII Congrès International d' Anthropologie Préhistorique. Sesión de Monaco.
- Pérez de Acevedo, R. (1959): *El húmero de Pinar del Rio*. La Habana.
- Rivero de la Calle, M. (1982): "Contribución al estudio antropológico de las mandíbulas aborígenes de Cuba", en *Anuario Científico*, R. Dominicana, Universidad Central del Este, 7(7).
- _____. (1969): "La estatura en los aborígenes de Cuba del grupo no ceramista. Datos métricos y morfológicos de sus huesos largos", en *Revista Universidad de La Habana*. La Habana, XXXIII(194).
- _____. (1992): "Estudio antropológico de la colección de los materiales del sitio Guayabo Blanco, provincia de Matanzas, que se conservan en el Museo Antropológico Montané". Museo Antropológico Montané, Facultad de Biología, Universidad de La Habana.
- _____. (1990): "Estudio antropológico de la colección de los materiales del Purial, provincia de Sancti Spiritus, que se conservan en el Museo Antropológico Montané". La Habana, Museo Antropológico Montané. Fac. de Biología, Univ. de La Habana.
- Rivero de la Calle, M. y Odalys Cala (1991): "Sobre la estatura en los aborígenes de Cuba", Series pre y agroalfareras. La Habana, Museo Antropológico Montané, Fac. de Biología. Universidad de La Habana.
- Trapero, J.: "Elementos preliminares sobre el sitio arqueológico La Luz. Municipio Songo-La Maya, Santiago de Cuba". Inédito. ✖

LOS DIENTES: TESTIGOS DE LA VIDA Y LA MUERTE DE LOS PREOAGROALFAREROS DE CUBA

LUIS R. TORIBIO SUÁREZ



*Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin dientes,
es como un molino de piedra y en mucho más se ha de
estimar un diente que un diamante.*

Cervantes

INTRODUCCIÓN

Cuando en el llamado hombre moderno aparecieron las primeras inquietudes por conocer la historia de sus antepasados, surgió la necesidad de desarrollar métodos particulares que permitieran el estudio de los distintos grupos humanos y de sus predecesores a partir de las partes duras del organismo, ya que conocer al hombre preterito *per se* sólo es posible a través de los huesos y los dientes, pues son las únicas estructuras capaces de ofrecer una prolongada resistencia a la acción fisicoquímica que ejerce el medio que las contiene.

Dentro de las regiones del esqueleto, el cráneo ha sido objeto de mayor atención, debido a la gran información que brinda, tanto en los estudios de evolución como en los de identificación humanas. Quizás esto se deba a un alto grado de complejidad, dada sus funciones de protección del cerebro y de los órganos masticatorio, auditivo, olfatorio y del gusto, unido a la gran relación rostro-identidad. Formando parte del cráneo y como elementos activos del aparato masticatorio, los dientes, por derecho propio, se han ganado esta atención por parte de los investigadores.

Primero, porque al estar parcialmente formados por el esmalte, estructura más dura del cuerpo humano, por la relación forma-tamaño en su anatomía y por la protección física que encuentran sus raíces al estar enclavadas en los huesos maxilares superior y mandíbula, con gran frecuencia aparecen como única fuente de información prácticamente intacta. En muchas ocasiones, los hallazgos de especímenes pre-hominidos y homínidos de la antigüedad han sido descritos gracias a la presencia de los dientes en los sitios arqueológicos.

En segundo lugar, la gran estabilidad evolutiva que poseen, principalmente sus coronas, siguen un modelo poligénico, que aunque actualmente desconocido, se manifiesta en algunos caracteres

morfológicos de importancia poblacional. Algunas hipótesis sobre movimientos migratorios de grupos humanos tienen su base teórica en las variaciones morfológicas dentarias, como se verá más adelante.

De todas las estructuras duras de origen mesodérmico, los dientes son los únicos que en el sujeto vivo se encuentran en contacto directo con el medio ambiente, de modo que ciertas actividades económicas e inclusive culturales del hombre como ser social pueden dejar huellas útiles para el investigador. De tal suerte, el estudio de los dientes con un enfoque antropológico surge y se desarrolla con existencia propia bajo la denominación de antropología dental, y adopta los métodos particulares de investigación de la antropología física.

La maduración dental es un proceso fisiológico mediante el cual se forman y calcifican las piezas dentarias. Este proceso requiere cierto tiempo para completarse y específicamente el diseño morfológico de las coronas y parte de las raíces se establece por un precepto genético antes de que estas entren en función y una vez formadas no sufren modificaciones macroscópicas, excepto por causas destructivas externas; por lo tanto, el papel que desempeñarán las superficies oclusales e incisales ya está preestablecido antes del brote de los dientes.

Este diseño morfológico, característico para cada diente, obedece a las exigencias filogenéticas que caracterizan a la especie humana, pero a su vez está sujeto a las variaciones propias de los fenómenos biológicos; metodológicamente podríamos clasificarlas en variaciones raciales o interpoblacionales, que son las que fundamentan las investigaciones sobre "distancia biológica" y en variaciones individuales o interpoblacionales, que deben tomarse en cuenta para la caracterización antropológica de cualquier grupo racial.

Si pretendemos analizar el mecanismo dental humano desde el punto de vista poblacional, no basta con la descripción morfológica de cada pieza dentaria por separado y el análisis de las relaciones con los demás dientes vecinos y antagonistas, tanto de una manera estática como funcional, sino que además, debemos considerar la influencia del medio exterior sobre ellos, pues esto permite estudiar al hombre insertado en su medio natural y social.

MORFOLOGÍA DENTARIA

Cada carácter antropológico está sujeto a cierto grado de variación, pues ningún atributo morfológico tiene una manifestación idéntica en todos los individuos, ni existe un único y rígido proceso de crecimiento y desarrollo que sea común a toda la especie. Todos los

caracteres, por consiguiente, muestran alguna diferencia de forma o dimensión entre individuos y estas son parcialmente debidas a la herencia y en parte al azar, así como el grado en que influyen los distintos ambientes a que están sometidas las personas.

Lo primero que ha de tenerse en cuenta al investigar la importancia de la herencia sobre la morfología dentaria, es de qué manera difieren los sujetos con respecto a cualquier carácter de interés y estudiar los modelos de variación de dicho carácter entre y dentro de los grupos.

Es factible entonces la aplicación de diversos métodos analíticos para estimar la extensión de las diferencias que se deban a variaciones genéticas (Cohen y Kramer, 1984).

Las variaciones que presenta la morfología dentaria tienen como componentes la herencia y el ambiente. La primera proporciona el potencial y la segunda dicta la forma y grado en que se expresa ese potencial. La información genética, por tanto, pasa de una generación a la siguiente, lo que parece indicar inferencias mediante el estudio de los caracteres fenotípicos dentales en que los genes intervienen.

Diversos investigadores han contribuido a la comprensión de este fenómeno; entre ellos, es justo destacar los trabajos de A. Dahlberg y C. G. Turner II. A. Dahlberg (1963) enfatizó el hecho de que la dentición de los amerindios no poseía una representación morfológica que correspondiera a una población homogénea; según él la diversidad de forma y tamaño debía ser buscada en sus orígenes, como resultado de diferentes migraciones en los últimos veinte mil años y a partir de distintos *pools* genéticos provenientes del Asia; pero a pesar de esto, ciertos caracteres comunes se observaban con una alta frecuencia en los asiáticos actuales, como era el protostilido en los molares inferiores y la forma de pala en los incisivos.

Christy G. Turner II (1981) planteó:

- 1ro. Que los dientes de los grupos prehistóricos americanos son muy similares a los del norte de Asia y distintos a los de las poblaciones de otras partes del mundo.
- 2do. Que las variaciones dentarias observadas en la población aborigen del Nuevo Mundo se podían clasificar en tres grupos: los aleutinos-esquimales, los indios na-dene y los amerindios.

Además, al estudiar el material dentario de Siberia, planteó este autor que los paleoindios pudieron alcanzar la zona de Beringia vía la cuenca del río Lena. Esto le permitió proponer la hipótesis de tres

migraciones siberianas, que serían las causas de tal división.

Como se ha señalado por algunos investigadores, la evolución de los caracteres dentarios ha sido muy poca desde que arribaron los paleoindios a América, por lo que las diferencias que se encuentran actualmente entre los aleutinos-esquimales, los na-dene y los indios de norte y Sudamérica, sugiere Turner, probablemente se deban a "variaciones ya existentes en sus respectivas poblaciones ancestrales del Viejo Mundo".

Las teorías de Turner (1979, 1981); de Greenberg, Turner y Zegura (1986), para explicar el poblamiento de América y del Pacífico; de Buettner-Janusch (1980) en mamíferos primitivos; de A. Zubov (1964) para comparar la morfología dentaria de la población inca del Perú actual con la de los siberianos; los trabajos de A. Dahlberg (1956, 1963), M. L. Fleischman (1963), Pederson (1940, 1949) o los de Butler (1978) en mamíferos fósiles, entre otros, son pruebas fehacientes del interés de los científicos en estudios de evolución y migraciones humanas con empleo de los dientes como base material.

L. Toribio Suárez y M. Rivero de la C. (1992) presentaron los resultados obtenidos por ellos sobre la morfología dental en aborígenes preagroalfareros. Hemos extraído de este trabajo la información que consideramos de mayor interés de acuerdo con los objetivos que para esta publicación nos hemos trazado, relacionándola, casi siempre, con los dientes evolutivamente más estables (Dahlberg 1949)

INCISIVOS EN FORMA DE PALA

El carácter antropológico que más llama la atención en la dentición amerindia, sobre todo en los incisivos centrales superiores, es el denominado incisivo en forma de pala (Hrdlicka, 1920), el cual, según Dahlberg (1949), se encuentra en casi el 100 % de los indios americanos. El término lo adquiere por la concavidad central característica en la cara lingual de los incisivos, debido a un pronunciamiento en sentido lingual de los rebordes marginales, lo que trae como resultado dientes más fuertes y con mayor capacidad funcional (Brothwell, 1987).

La alta frecuencia con que se observa en los aborígenes de Amé-

| Frecuencia relativa de dientes en forma de pala. Incisivo central superior | | | | | | | |
|--|------------------|-----|---------|-------------|-------|-------|---------|
| Serie | Autores | n | Marcada | Semimarcada | Total | Trazo | Ninguno |
| Chinos | Hrdlicka | 208 | 66,2 | 23,4 | 89,6 | 1,8 | 7,8 |
| Mongoles | Hrdlicka | 24 | 66,5 | 29,0 | 91,5 | 8,5 | 0,0 |
| Pimas | Wissler | 101 | 96,0 | 0,0 | 96,0 | 4,0 | 0,0 |
| Europ. cubanos (fem) | Toribio y Lam | 358 | 1,4 | 2,0 | 2,4 | 30,1 | 66,5 |
| Europ. cubanos (masc) | Toribio y Lam | 297 | 2,0 | 0,8 | 2,8 | 26,8 | 70,4 |
| Preagroalfareros cubanos | Toribio y Rivero | 46 | 53,3 | 26,6 | 79,7 | 17,3 | 2,6 |

rica, apoyan su ascendencia asiática, pues aunque este carácter puede hallarse en casi todas las poblaciones antiguas y modernas, únicamente en aquellas con un origen racial mongoloide se observa en más del 80 % de sus miembros. L. R. Toribio Suárez y Col. (1992) reportaron su presencia en un 2,6 % para los europoides cubanos. Cuando los rebordes marginales también se proyectan hacia la cara labial

adopta el nombre de doble pala.

TUBÉRCULO DE CARABELLI Y PROTOSTÍLIDO

En los molares humanos es posible encontrar cúspides accesorias, que en cierto momento se consideraron anómalas. Estas son las de Carabelli y las de Bolk (conocida más tarde como protostilido).

Se piensa que estas cúspides supernumerarias se forman a partir del cingulum, con una localización muy específica, la de Carabelli en la superficie lingual del protocono (cúspide mesiolingual) de los molares superiores y el protostilido en la superficie bucal del protocónido (cúspide mesiobucal de los inferiores).

Estos rasgos presentan variaciones en sus frecuencias y grados de aparición en los grupos humanos, de acuerdo con el origen racial que tengan (J. Pompa, 1990; A. Dahlberg, 1956 y L. R. Toribio, 1991).

En contraste con lo expuesto para los dientes en forma de pala, el tubérculo o cúspide de Carabelli es un carácter que se presenta con baja frecuencia en amerindios y con mayor frecuencia en grupos europoides. En algunas poblaciones, como las de aborígenes australianos, este tubérculo puede llegar a tal desarrollo que alcanza el plano oclusal, y participa activamente en la masticación, como compensación a la abrasión de las superficies oclusales y aumentando el diámetro bucolingual de los molares. Es notable la gran simetría de este carácter epigenético, ya que cuando se encuentra en una hemiarcada, en la otra aparece invariablemente con casi igual estadio de desarrollo (Toribio y Col., 1993a).

Existen diferencias estadísticamente significativas en las distribuciones de frecuencias de los estadios de desarrollo del tubérculo de Carabelli en los primeros molares superiores de los aborígenes cubanos preagroalfareros, cuando son comparadas con las de los

grupos raciales europoides y negroides que existen actualmente en Cuba (Toribio y Col., 1993) En la tabla No. 3 aparecen los resultados de esta investigación.

El protostílido tiene una gran importancia en los estudios de evolución. Presente en la mayoría de las formas fósiles, como el sinántropo y el australopiteco, su incidencia es baja en casi todas las poblaciones modernas. En los pimas se ha reportado una alta frecuencia, a la que Dahlberg (1949) intenta dar una explicación plausible.

L. R. Toribio S. y J. Lam García, durante un pesquisaje en 357 estudiantes cubanos del nivel escolar medio, solamente encontraron un caso, que por su gran desarrollo puede ser clasificado en la última categoría, según la metodología seguida por Turner (1979). Este carácter puede confundirse con otros, que como el OPC (odontopago parasítico concreto) son observados en los molares mandibulares (Pompa, 1990).

PATRÓN DE SURCOS EN MOLARES INFERIORES

El cono simple fue el predecesor de las combinaciones que más tarde se formaron en los dientes de animales más desarrollados y en el hombre actual.

La dentición humana es del tipo heterodonta, esto quiere decir que la morfología y la función de cada diente es distinta y depende de su especialización. Esta diferenciación no es arbitraria, sino que está dada por el proceso de evolución por el que hemos pasado los vertebrados y, por tanto, los mamíferos.

La evolución del cono simple a través de las etapas de adiciones repetidas de nuevas cúspides hasta llegar al llamado patrón priopitécido, con cinco cúspides y un dibujo de los surcos en forma de Y resulta, según Dahlberg (1949), "fascinante".

Este patrón diopitécido es el que predomina en los primeros molares mandibulares de todas las poblaciones humanas actuales, y además, en el chimpancé y el gorila, los parientes más cercanos al hombre, que aún conviven con él (Niesturj, 1984).

El patrón refleja no sólo el número, sino además la posición de las cúspides, que son los elementos responsables de la configuración que adopta la cara oclusal del molar.

| Frecuencias absolutas y relativas del tubérculo de Carabell | | | | | | | | | |
|---|-------------------------|---------------|---------------|---------------|---------------|---------------|---------------|--------------|-------------|
| Grupo racial | Estadios de desarrollos | | | | | | | | |
| | n | a | b | c | d | e | f | g | h |
| Europoides ↓ (%) | 272 | 54. (19,9) | 35. (12,9) | 38. (14,0) | 36. (13,2) | 49. (18,0) | 43. (15,8) | 13. (4,8) | 4. (1,5) |
| Mestizos ↓ (%) | 98 | 16. (16,4) | 17. (17,3) | 14. (14,3) | 19. (19,4) | 17. (17,3) | 10. (10,2) | 5. (5,1) | 0. (0,0) |
| Negroides ↓ (%) | 99 | 24. (24,2) | 30. (30,3) | 13. (13,1) | 19. (19,2) | 2. (2,0) | 2. (2,0) | 9. (9,1) | 0. (0,0) |
| Preagrofarenos ↓ (%) | 38 | 15. (39,5) | 8. (21,1) | 10. (26,3) | 0. (0,0) | 0. (0,0) | 4. (10,5) | 1. (2,6) | 0. (0,0) |

Las clasificaciones de este patrón las debemos fundamentalmente a Hellman (1928), Nakamura (1957), Jorgensen (1955), Dahlberg (1963) y Turner (1979).

Puede clasificarse, atendiendo a la figura que describen los surcos (las que quedarán definidas según los lugares que ocupen las cúspides), en tres categorías: Y, + y X, a las que se añade como subíndices, el número de cúspides presentes

(Turner, 1979).

Los dientes con cinco cúspides son siempre más largos (mayor diámetro mesiodistal) que los de cuatro. Esto crea una diferencia en cuanto a la magnitud del área oclusal de la corona, pero no necesariamente conlleva una mayor eficiencia funcional (Dahlberg, 1961).

La morfología oclusal de los molares inferiores ha sido un aspecto muy investigado por los antropólogos dentales.

PATRÓN DE LAS SUPERFICIES OCLUSALES DE LOS MOLARES SUPERIORES

El hombre moderno presenta 4 cúspides en los molares superiores, pero una de ellas, la distolingual (hipocono), tiende a reducirse o perderse completamente.

El grado de reducción, al igual que para otros caracteres epigenéticos, varía entre las distintas poblaciones.

Dahlberg clasifica de la siguiente forma el patrón de cúspides de los molares superiores:

- 4 Las cuatro cúspides principales bien desarrolladas.
- 4- El hipocono reducido notablemente de tamaño.
- 3 Ausencia total del hipocono.
- 3+ Pequeña cúspide en el borde distal.

MORFOLOGÍA DE LAS CAVIDADES PULPARES

La aplicación de las técnicas radiográficas en el estudio de las piezas dentarias de los homínidos y de otras poblaciones humanas ya extinguidas, ha resultado de gran ayuda para los antropólogos; su utilización se remonta a los inicios de este siglo con los trabajos, entre otros, de A. Gorjonovic Kramberg (1906) en los materiales neandertalenses de Krapina y en la denominada mandíbula de Mauer (Shoetensak, 1908).

En Cuba, el estudio de la cavidad pulpar de nuestros primitivos aborígenes ha sido abordado por L. Toribio Suárez y M. Rivero de la Calle (1988), con el objetivo de establecer las características morfológicas de la pulpa y los conductos dentarios en 718 dientes de estos cubanos.

La metodología desarrollada tomó como modelo el trabajo de Kallay (1963) y para las descripciones anatómicas se siguió a Russell C. Wheeler (1974).

En general, la descripción radiológica del conjunto de dientes es similar a las señaladas por otros autores para poblaciones actuales; sin embargo, estimamos que las diferencias morfológicas que se aprecian en la muestra están relacionadas con el régimen alimentario de las poblaciones aborígenes cubanas, que tenían una dieta muy fibrosa y de poca o ninguna cocción, a la que se añadía la presencia de alimentos abrasivos como consecuencia de la propia elaboración, bien procedentes de partículas de conchas de los moluscos, de restos de huesos o de tierra y arena que eran eventualmente llevadas a la boca juntos con los alimentos (R. Dacal y M. Rivero de la C., 1986). Esta mezcla originaba un proceso abrasivo lento, pero constante, que explicaría la estrechez de los conductos con la retirada hacia el extremo apical de las cámaras pulpares, y como reacción biológica, la formación de dentina secundaria. En los casos en que estaba presente la comunicación de la cámara pulpar con las superficies masticatorias desgastadas, pensamos que se deben a que el proceso de desgaste haya sido tan acelerado que no diera tiempo a la formación de dentina secundaria.

ESTUDIO ODONTOMÉTRICO DE LA DENTICIÓN PERMANENTE

Es indudable que la inclusión de las mediciones como método favoreció el rápido desarrollo de la antropología física, y la consolidó como ciencia. En un inicio, dirigida al estudio de los cráneos (fundamentalmente en las disquisiciones raciales), que van desde los realizados por Louis Daubenton y Pieter Camper en el siglo XVIII y los de notables autores del siglo XIX, entre ellos: J. F. Blumenbach, J. C. Prichard, R. Owen, Laurillard, Jan van der Hoeven, S. G. Morton, A. A. Retzius y por supuesto los del "representante más autorizado", como dijo de Paul Broca su brillante discípulo P. Topinard (1878), a quien también habría que incluir en esta lista, hasta los aportes de los ya clásicos: R. Martin, K. Saller, A. Hrdlicka, E. A. Hootson, A. H. Shults, T. W. Todd, G. Denets, V. Alexéev y otros del siglo que ya termina.

Deben mencionarse como hechos de importancia relevante, después de ciertas incertidumbres en que la antropometría pierde por algo más de 30 años el consenso general de un único sistema internacional, las llamadas Convenciones de Mónaco de 1906 y la Convención de Ginebra de 1912.

Pero aún más, con el rápido desarrollo de la estadística, la aplicación de métodos univariados y multivariados a los datos antropométricos y la agilización del procesamiento por la introducción de programas computacionales en las investigaciones científicas, la antropometría, en esencia un método descriptivo, hace factible, además de la gran ventaja implícita de la eliminación de apreciaciones subjetivas, el análisis dinámico de las poblaciones humanas, coronándose en consecuencia como el método de investigación más universal y distinguido de la antropología física.

Las mediciones de los dientes se han hecho con diferentes fines, por ejemplo en la práctica odontológica los especialistas en ortodoncia miden los dientes y maxilares para conocer la magnitud de la discrepancia hueso-dientes, como suelen ellos llamar a la discordancia entre el espacio total disponible que ofrecen, independientemente, el maxilar superior y la mandíbula y las longitudes (diámetros mesiodistales) de las coronas dentarias. Pero en este caso, como bien puede entenderse, la intención consiste en el análisis de un único individuo, el paciente; mientras que las investigaciones odontométricas con un enfoque antropológico se refieren al estudio poblacional, generalmente con la finalidad de comparar los resultados con los presentados para otros grupos o para arribar a métodos de clasificación racial o sexual.

En Cuba, el primer trabajo antropológico sobre dimensiones dentarias lo realizó M. Rivero de la Calle (1982) en una serie aborígen preagroalfarera, pero referido solamente a los molares. Como referencia al desarrollo de la antropología dental en nuestro país, cabe señalar la investigación efectuada por L. Toribio Suárez y Col. (1991) aplicando funciones discriminantes como instrumentos para la determinación del sexo y el grupo racial en cubanos que actualmente habitan este archipiélago. Utilizándose una muestra de mayor tamaño que la de 1982, Rivero de la Calle y L. Toribio Suárez (1984) llegaron a los resultados que brindamos a continuación.

Las mediciones se efectuaron siguiendo la metodología propuesta por Nelson (1938) y fueron las siguientes: longitud de la corona (diámetro mesiodistal), anchura de la corona (diámetro bucolingual), altura de la corona (diámetro cervicoincisor), longitud de las raíces y

Tabla No 3

Dimensiones de los dientes aborígenes preagroalfareros de Cuba Maxilar superior

| Mediciones | N | MEDIA | D.T. | C.V. | RECORRIDO |
|----------------------------|----|-------|------|-------|------------|
| INCISIVOS CENTRALES | | | | | |
| DIAM M-D | 22 | 8,70 | 0,69 | 7,93 | 7,5-10,1 |
| DIAM B-L | 22 | 7,22 | 0,47 | 6,50 | 6,00-8,1 |
| ALTURA DE LA CORONA | 22 | 10,55 | 0,85 | 8,05 | 9,1-12,2 |
| LONG MÁX DE LA RAÍZ | 22 | 11,06 | 1,40 | 12,65 | 7,9-13,9 |
| LONG TOTAL | 21 | 21,59 | 1,77 | 8,19 | 18,0-24,3 |
| INCISIVOS LATERALES | | | | | |
| DIAM M-D | 23 | 6,84 | 0,38 | 5,86 | 6,2-7,6 |
| DIAM B-L | 23 | 6,56 | 0,40 | 6,09 | 5,8-7,0 |
| ALTURA DE LA CORONA | 23 | 9,99 | 0,76 | 7,60 | 8,9-11,6 |
| LONG MÁX DE LA RAÍZ | 21 | 12,47 | 1,59 | 12,75 | 19,9-15,4 |
| LONG TOTAL | 21 | 22,48 | 1,97 | 8,76 | 18,8-25,0 |
| CANINOS | | | | | |
| DIAM M-D | 41 | 8,45 | 0,68 | 8,04 | 7,4-10,5 |
| DIAM B-L | 39 | 8,23 | 0,57 | 7,16 | 6,6-9,7 |
| ALTURA DE LA CORONA | 42 | 11,05 | 0,97 | 8,77 | 8,8-12,5 |
| LONG MÁX DE LA RAÍZ | 41 | 15,35 | 2,31 | 15,04 | 10,8-21,4 |
| LONG TOTAL | 43 | 26,41 | 2,48 | 9,39 | 20,6-32,6 |
| PRIMERO PREMOLARES | | | | | |
| DIAM M-D | 25 | 7,46 | 0,38 | 5,09 | 9,7-8,2 |
| DIAM B-L | 25 | 9,16 | 0,65 | 7,20 | 8,2-10,6 |
| ALTURA DE LA CORONA | 24 | 8,33 | 0,65 | 7,80 | 7,1-9,6 |
| LONG MÁX DE LA RAÍZ | 22 | 13,32 | 1,11 | 8,33 | 11,7-15,6 |
| LONG TOTAL | 21 | 21,60 | 1,37 | 6,34 | 19,9-25,1 |
| SEGUNDOS PREMOLARES | | | | | |
| DIAM M-D | 27 | 7,04 | 0,35 | 4,97 | 6,4-7,6 |
| DIAM B-L | 27 | 8,81 | 0,59 | 6,69 | 7,7-9,8 |
| ALTURA DE LA CORONA | 26 | 8,06 | 0,53 | 6,57 | 6,9-9,2 |
| LONG MÁX DE LA RAÍZ | 23 | 13,76 | 1,97 | 14,31 | 7,8-17,6 |
| LONG TOTAL | 22 | 21,70 | 1,79 | 8,24 | 17,9-25,0 |
| PRIMEROS MOLARES | | | | | |
| DIAM M-D | 30 | 10,97 | 0,59 | 5,37 | 9,3-12,5 |
| DIAM B-L | 30 | 11,53 | 0,59 | 5,10 | 10,6-12,5 |
| LONG DE LA CORONA | 23 | 7,75 | 0,52 | 6,70 | 6,0-8,8 |
| LONG MÁX DE LA RAÍZ | 29 | 13,34 | 1,12 | 8,39 | 11,2-15,7 |
| LONG TOTAL | 14 | 21,44 | 1,40 | 6,52 | 19,4-23,6 |
| SEGUNDOS MOLARES | | | | | |
| DIAM M-D | 33 | 10,30 | 0,62 | 6,01 | 8,9-11,6 |
| DIAM B-L | 33 | 11,51 | 0,54 | 4,69 | 10,5-12,5 |
| ALTURA DE LA CORONA | 25 | 7,14 | 0,44 | 6,62 | 6,5-7,8 |
| LONG MÁX DE LA RAÍZ | 25 | 13,31 | 1,33 | 9,99 | 10,3-16,5 |
| LONG TOTAL | 16 | 20,43 | 1,62 | 7,85 | 17,3-23,5 |
| TERCEROS MOLARES | | | | | |
| DIAM M-D | 36 | 9,39 | 0,80 | 8,51 | 7,3-11,0 |
| DIAM B-L | 36 | 10,81 | 0,88 | 8,14 | 9,8-12,7 |
| ALTURA DE LA CORONA | 31 | 6,61 | 0,65 | 9,83 | 5,5-7,8 |
| LONG MÁX DE LA RAÍZ | 26 | 12,72 | 1,36 | 10,8 | 8,55-15,9 |
| LONG TOTAL | 22 | 19,14 | 1,63 | 8,57 | 14,95-21,7 |

longitud total del diente.

El modulo de la corona se obtuvo mediante la fórmula siguiente:

$$\frac{\text{Diámetro MB} + \text{Diámetro BI}}{2}$$

2

Esta medida es importante ya que permite tener una idea del volumen de ella.

El índice de la corona se representa por la fórmula.

$$\frac{\text{Diámetro BI} \times 100}{\text{Diámetro MD}}$$

Diámetro MD

Este índice se utiliza para expresar la relación entre las dimensiones BL y MD en la corona.

Los resultados de las mediciones se muestran en las tablas 8 y 9. Un análisis de los valores obtenidos nos permite apreciar cómo en

los molares hay una disminución del tamaño de las coronas, así como del largo de las raíces y de la longitud total, que va desde el primero al tercer molar. Esta disminución ocurre en todas las mediciones, hecho que se hace evidente cuando se examina el índice de la corona.

Paralelamente a esta reducción, se observa un incremento en el valor del coeficiente de variabilidad, de lo que resulta que el primer molar, tanto en la serie maxilar como mandibular, es el de mayor tamaño y de menor variabilidad, mientras que el tercero es más pequeño, y el de mayor valor en el coeficiente de variabilidad. Esto concuerda con lo planteado por Dahlberg (1949) al determinar cuál diente era el menos variable en tamaño y forma y en la presencia de ciertos caracteres morfológicos dentro de cada grupo (incisivos, caninos, premolares y molares), llamando "diente polar" al más estable dentro de su zona morfogenética

| Tabla No 3 | | | | | | | | | | | |
|--|----|-------|------|-------|---------------------|-----------------------|----|-------|------|-------|------------|
| Dimensiones de los dientes aborígenes preagroalfareros de Cuba. Maxilar superior | | | | | | | | | | | |
| Mediciones | N | MEDIA | D.T. | C.V. | RECORRIDO | | | | | | |
| INCISIVOS CENTRALES | | | | | SEGUNDOS PREMOLARES | | | | | | |
| DIÁM. M-D | 22 | 8,70 | 0,69 | 7,93 | 7,5-10,1 | DIÁM. M-D. | 27 | 7,04 | 0,35 | 4,97 | 6,4-7,6 |
| DIÁM. B-L | 22 | 7,22 | 0,47 | 6,50 | 6,00-8,1 | DIÁM. B-L | 27 | 8,81 | 0,59 | 6,69 | 7,7-9,2 |
| ALTURA DE LA CORONA | 22 | 10,55 | 0,85 | 8,05 | 9,1-12,2 | ALTURA DE LA CORONA | 26 | 8,06 | 0,53 | 6,57 | 6,9-9,2 |
| LONG. MÁX. DE LA RAÍZ | 22 | 11,06 | 1,40 | 12,65 | 7,9-13,9 | LONG. MÁX. DE LA RAÍZ | 23 | 13,76 | 1,97 | 14,31 | 7,8-17,6 |
| LONG. TOTAL | 21 | 21,59 | 1,77 | 8,19 | 18,0-24,3 | LONG. TOTAL | 22 | 21,70 | 1,79 | 8,24 | 17,9-25,0 |
| INCISIVOS LATERALES | | | | | PRIMEROS MOLARES | | | | | | |
| DIÁM. M-D | 23 | 6,84 | 0,38 | 5,86 | 6,2-7,6 | DIÁM. M-D. | 30 | 10,97 | 0,59 | 5,37 | 9,3-12,5 |
| DIÁM. B-L | 23 | 6,56 | 0,40 | 6,09 | 5,8-7,0 | DIÁM. B-L | 30 | 11,53 | 0,59 | 5,10 | 10,6-12,5 |
| ALTURA DE LA CORONA | 23 | 9,99 | 0,76 | 7,60 | 8,9-11,6 | LONG. DE LA CORONA | 23 | 7,75 | 0,52 | 6,70 | 6,0-8,2 |
| LONG. MÁX. DE LA RAÍZ | 21 | 12,47 | 1,59 | 12,75 | 19,9-15,4 | LONG. MÁX. DE LA RAÍZ | 29 | 13,34 | 1,12 | 8,39 | 11,2-15,7 |
| LONG. TOTAL | 21 | 22,48 | 1,97 | 8,76 | 18,8-25,0 | LONG. TOTAL | 14 | 21,44 | 1,40 | 6,52 | 19,4-23,6 |
| CANINOS | | | | | SEGUNDOS MOLARES | | | | | | |
| DIÁM. M-D | 41 | 8,45 | 0,68 | 8,04 | 7,4-10,5 | DIÁM. M-D. | 33 | 10,30 | 0,62 | 6,01 | 8,9-11,6 |
| DIÁM. B-L | 39 | 8,23 | 0,57 | 7,16 | 6,6-9,7 | DIÁM. B-L | 33 | 11,51 | 0,54 | 4,69 | 10,5-12,5 |
| ALTURA DE LA CORONA | 42 | 11,05 | 0,97 | 8,77 | 8,8-12,5 | ALTURA DE LA CORONA | 25 | 7,14 | 0,44 | 6,62 | 6,5-7,8 |
| LONG. MÁX. DE LA RAÍZ | 41 | 15,35 | 2,31 | 15,04 | 10,8-21,4 | LONG. MÁX. DE LA RAÍZ | 25 | 13,31 | 1,33 | 9,99 | 10,3-16,5 |
| LONG. TOTAL | 43 | 26,41 | 2,48 | 9,39 | 20,6-32,6 | LONG. TOTAL | 16 | 20,43 | 1,62 | 7,85 | 17,3-23,5 |
| PRIMERO PREMOLARES | | | | | TERCEROS MOLARES | | | | | | |
| DIÁM. M-D | 25 | 7,46 | 0,38 | 5,09 | 9,7-8,2 | DIÁM. M-D. | 36 | 9,39 | 0,80 | 8,51 | 7,3-11,0 |
| DIÁM. B-L | 25 | 9,16 | 0,86 | 7,20 | 8,2-10,6 | DIÁM. B-L | 36 | 10,81 | 0,88 | 8,14 | 9,8-12,7 |
| ALTURA DE LA CORONA | 24 | 8,33 | 0,65 | 7,80 | 7,1-9,6 | ALTURA DE LA CORONA | 31 | 6,61 | 0,65 | 9,83 | 5,5-7,8 |
| LONG. MÁX. DE LA RAÍZ | 22 | 13,32 | 1,11 | 8,33 | 11,7-15,6 | LONG. MÁX. DE LA RAÍZ | 26 | 12,72 | 1,38 | 10,8 | 8,55-15,9 |
| LONG. TOTAL | 21 | 21,60 | 1,37 | 6,34 | 19,9-25,1 | LONG. TOTAL | 22 | 19,14 | 1,63 | 8,57 | 14,95-21,7 |

Al comparar estos valores, observamos que las estimaciones puntuales de las medias calculadas para los aborígenes preagroalfareros de Cuba están dentro de los intervalos de confianza establecidos para otras poblaciones (Hrdlicka, 1923; Shaw, 1931 y Nelson, 1938).

Algo semejante ocurre con los índices de las coronas, especialmente en los dientes maxilares. En los mandibulares hay una tendencia a que los valores sean más bajos, a excepción del tercer molar, donde es más alto. En general, en todas las poblaciones humanas, y los aborígenes de Cuba no son una excepción, se observa un aumento progresivo del valor del índice (Nelson, 1938). Ello es debido al incremento que se produce en los diámetros mesiodistales (MD) y bucolinguales (BL) de las piezas dentarias de ambas arcadas, especialmente en los molares. En los terceros molares mandibu-

lares el incremento se debe a un mayor aumento del diámetro MD, que es de 10,54 mm, en relación con el BL, que es de 10,37 mm.

Los molares de los preagroalfareros cubanos muestran mayores valores en las dimensiones de las coronas que los de los europeos modernos. Este predominio se advierte también en la longitud de las raíces. Esto concuerda con la calidad de la dieta aborígen preagroalfarera.

Nos ha llamado la atención que la longitud de la corona (diámetro mesiodistal) de los caninos superiores de Pecos Pueblo, comparado con el de otras poblaciones, resulta mayor; es decir, se trata de dientes largos. Los de nuestros preagroalfareros son aún más largos, alcanzan igual valor que los aborígenes australianos, que se caracterizan por tener una dentición muy fuerte, tal vez como consecuencia del gran desarrollo de la función de desgarrar de estas piezas

Una comparación realizada entre los dientes de los preagroalfareros de Cuba y los de los indios yukpa de Venezuela, estudiados por Méndez de Pérez (1975), nos permite plantear que en general los de los cubanos presentan mayores dimensiones. Esto era de esperarse, ya que la propia autora señala que "los yukpa presentan dientes pequeños a diferencia de otras poblaciones indígenas americanas estudiadas hasta el presente".

Hemos comparado la muestra cubana con las mediciones realizadas por García-Godoy (1980) en una población ostionoide de Andrés, en Boca Chica, perteneciente a la colección del Museo del Hombre Dominicano. De dieciséis dimensiones analizadas en dientes tanto maxilares como mandibulares, ocho no presentan diferencias significativas, pero el pequeño tamaño de la muestra dominicana nos obliga a ser cautelosos con estos resultados.

ALTERACIONES DE LOS DIENTES POR CAUSAS EXTERNAS

Las modificaciones que ejerce el ambiente sobre las estructuras dentales y sus medios de soporte, se entienden mejor a medida que conocemos las características físicas y biológicas del régimen alimentario de las comunidades preagroalfareras.

Por la forma alargada de la isla y la condición de estar bañada por el mar en toda su delimitación geográfica, y por su clima húmedo y cálido, Cuba ofrecía a sus primitivos habitantes una rica variedad de alimentos. Entre las frutas se encontraban el mamey colorado, la papaya, la piña, el anón, el caimito, la guanábana y la guayaba.

Nuestros hombres del paleolítico no tuvieron a su alcance la caza mayor que consumieron los europeos, africanos o asiáticos, en igual estadio de desarrollo socioeconómico, pero diferentes especies de jirafa, el almiquí, una especie aclimatada de foca tropical y el manatí fueron, entre otros, mamíferos presentes en su dieta. Aún no se ha podido establecer el momento de extinción de los grandes desdentados, como el *Megalagus rodens leidy*, lo cierto es que al menos los primeros habitantes debieron apreciar su carne.

Dentro del grupo de los reptiles, quelonios y saurios, según los criterios de R. Dacal y M. Rivero (1986) los más representativos fueron la tortuga verde, la jicotea, la caguama, la iguana, el majá de Santa María y entre los moluscos el cobo, el quinconte, los tritones, ostiones y bayas; su abundancia en los basureros arqueológicos da fe de ello.

OCLUSIÓN DENTARIA

M. Rodríguez Ferrer fue el primero en señalar el gran desgaste que presentaban los dientes de los primitivos habitantes de Cuba, al

referirse a la denominada mandíbula de Puerto Principe, encontrada por él en un montículo en el sitio aborigen de Santa María de Casimbas, provincia de Camagüey en 1847. Al respecto (1882) escribe:

El molar estaba desprendido y pegado al ángulo interno de la mandíbula: su corona no está picada, sino cóncava por el uso y se ve alrededor el esmalte. Los incisivos han perdido el filo y se ve también en ellos la sustancia de un marfil que el uso ha descubierto.

Dentro de los estudios sistemáticos de Toribio y Rivero de la C., a partir de 1983, en relación con el enfoque antropológico de los dientes en las poblaciones extinguidas de este país, se encuentran los patrones de oclusión dentaria en la colección de cráneos y dientes sueltos preagroalfareros del Museo Montané de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

Teniendo en cuenta la complejidad que reviste el análisis de la oclusión, el método empleado consistió fundamentalmente en la observación directa de las formas de desgaste, las relaciones de los dientes con el plano de oclusión y entre ellos mismos, auxiliándonos, cuando fue posible, del montaje de modelos de yeso del maxilar y la mandíbula en articuladores funcionales para reproducir e interpretar la cinética mandibular.

De los resultados se extrajeron los aspectos más generales e importantes que caracterizan a esta población y que ponemos a la consideración del lector.

Con la introducción en la alimentación moderna de utensilios como baladoras, hornos, máquinas de moler y alimentos elaborados industrialmente hemos creado una variada y facticia dieta, que unida a las herramientas y maquinarias cada vez más eficientes, han provocado que el complejo odontognático disminuya su importancia vital, y que generalmente no se produzcan grandes desgastes dentales. Obviamente, el panorama de nuestros primeros pobladores era muy distinto; cazadores, pescadores y recolectores ingerían sus alimentos de forma casi natural, con escasa o ninguna cocción, y sus herramientas líticas rudimentarias no sustituían por entero la dentadura como herramienta de trabajo. Una evidencia de ello parecen ser las oquedades muy semejantes entre sí que hemos encontrado en primeros molares superiores e inferiores.

Lo que más llama la atención en la dentadura aborigen es la marcada abrasión de las superficies oclusales, al extremo de que suele

borrar las estructuras anatómicas que intervienen directamente en la masticación (cúspides, fosas, fisuras, surcos y rebordes marginales), llegando en ocasiones a comprometer la cámara pulpar y dañar la vitalidad del diente. La rapidez de este desgaste hacía que los mecanismos neuromusculares del patrón de adaptación actuaran con urgencia.

En los premolares y molares superiores se denota una mayor pérdida de tejido en la medida en que pasamos de la cara externa o vestibular a la cara interna o lingual, mientras que en las piezas dentarias mandibulares esta descripción cambia de sentido, siempre y cuando no estemos frente a una mordedura invertida o a un micrognatismo transversal superior (algo muy infrecuente en amerindios) o existan, como hemos encontrado, malposiciones (rotaciones, dientes ectópicos, linguoversiones y vestibuloversiones).

Las amplias facetas de desgaste halladas en los lugares de contacto entre dos dientes contiguos hablan a favor de una dieta fibrosa, mientras que las coronas de caninos, premolares y molares facturados o con múltiples líneas de fracturas que las recorren longitudinalmente constituyen las mejores denuncias de cargas o fuerzas excesivas durante el trabajo cotidiano.

La exposición pulpar por el desmesurado y rápido desgaste o determinado estado patológico odontomaxilar era capaz de provocar, en algunos miembros del grupo, molestias que podían evitarse, por ejemplo, mediante la masticación unilateral, lo cual originaba zonas de desuso, mientras se recargaban otras al asumir por entero el trabajo. Dicho desequilibrio dentro del mismo sistema dentario producía modificaciones del plano de oclusión, es decir, la superficie imaginaria donde tocan los bordes incisales de los dientes anteriores y los vértices de las cúspides de premolares y moles.

Esta superficie no es plana sino curvada (curva de Spee) y en algunos especímenes se observa el desnivel provocado por los diferentes grados de abrasión de los bordes incisales y caras oclusales, y como consecuencia de ello alteraciones posicionales, con respecto al plano de oclusión, el cual a veces adopta una forma sinuosa más que curvada.

Planteamos como factores responsables la edad de erupción de los diferentes dientes en relación con el rápido desgaste, la selección de determinadas piezas dentarias para trabajos específicos que se repetían periódicamente y el estado de las estructuras de soporte de los dientes.

Es de esperar que los caracteres morfológicos de las partes acti-

vas que intervienen en la masticación permitan la mayor efectividad mecánica del trabajo, con el mínimo esfuerzo muscular para la partición y trituración de los alimentos. Durante los primeros años de la vida funcional, estas estructuras fueron sobreaprovechadas y esto dio lugar a superficies aplanadas con características morfológicas modificadas y en algunos casos invertidas.

Al aumentar el área total de contacto, durante los movimientos mandibulares, se exigía un mayor esfuerzo muscular para alcanzar la eficiencia requerida por esta maquinaria biológica.

Podemos suponer que estos hombres poseían un gran desarrollo de los músculos que intervienen en la masticación, ya que las mandíbulas son muy robustas en ambos sexos. M. Rivero de la Calle (1982), al estudiar una serie de mandíbulas preagroalfareras, no encontró diferencias significativas entre las femeninas y las masculinas, con valores para los índices de robustez de 46,56 y 46,39 respectivamente. Resultados semejantes reportó Cacoma (1956) para las mandíbulas procedentes de Aruba, en las Antillas Holandesas.

Nos ha llamado la atención que tal robustez mandibular se aprecia desde las primeras edades de la vida, y pensamos que entre otras razones, como la del diseño genético, debió contribuir el hecho de que estos infantes comenzaban desde su nacimiento la ejercitación de la musculatura que interviene en la succión del seno de la madre. La lactancia materna (que suponemos relativamente prolongada) originaba así una serie de mecanismos fisiológicos que estimulaban el normal desarrollo de este hueso en el pequeño aborigen.

Se ha demostrado que la forma del arco dentario guarda una estrecha asociación con la filiación racial. En los grupos preagroalfareros cubanos predomina la forma ovoidea.

PATOLOGÍAS ODONTOMAXILARES

Muchos procesos morbosos producen alteraciones de los tejidos duros del organismo, y tales hallazgos en los esqueletos de grupos humanos antiguos permiten el estudio de las enfermedades que padecieron.

El método consiste en asociar primero determinadas patologías con las evidencias encontradas y después las causas con las enfermedades descritas. La eficiencia de este proceso inductivo, a mi entender, depende de:

1. El conocimiento que se tenga del valor de las evidencias como signos protognomónicos de determinadas enfermedades.
2. El conocimiento de las causas que originan dichas enfermedades (relación causa-efecto).

3. La información que se tenga sobre la población en estudio (relación causa-actividad humana).

El problema medular radica en qué medida la muestra es representativa de la población analizada. Mientras en las investigaciones epidemiológicas de civilizaciones actuales es factible realizar diseños muestrales que satisfagan las exigencias de procedimientos para la obtención de una buena muestra, en las poblaciones extinguidas no nos queda otra alternativa que trabajar con lo encontrado.

El estudio de las enfermedades dentomaxilares despertó gran interés en los investigadores del Caribe, así lo demuestran los magníficos trabajos realizados por los dominicanos F. Morbán Laucer (1980) y F. Luna Calderón (1973).

Trelles Dueño (1934) fue el primer investigador en referirse a la prevalencia de caries dental en los aborígenes cubanos; posteriormente Herrera Fritot y Leroy Youmans (1946) abordaron el tema de las extracciones dentarias intencionales. Rodríguez Miró y Col. (1980) profundizaron en el asunto, y ofrecieron datos estadísticos sobre la prevalencia de caries dentales y sarro.

Torres y Rivero (1972) dedicaron una gran parte de su trabajo al estudio de las patologías maxilofaciales, y ofrecieron por primera vez para Cuba un grupo muy interesante de ilustraciones acompañadas del análisis de los casos.

Rivero de la Calle (1982) reportó el hallazgo de espinas óseas presentes en la cara interna de las ramas mandibulares, que ya habían sido encontradas en una posición muy similar por Morbán Laucer (1980) en las mandíbulas de Santo Domingo.

L. Toribio, J. Lam y M. Rivero, estudiaron en 1991 el material esquelético de Calero, uno de los mayores sitios funerarios preagroalfareros descubiertos hasta el momento en el archipiélago cubano, e hicieron la descripción macroscópica y la interpretación radiológica de las alteraciones presentes en cada uno de los especímenes, así como un análisis sobre la posible etiopatogenia de las entidades nosológicas.

Cualquier investigación sobre la prevalencia de las enfermedades odontológicas en las poblaciones prehispánicas, ineludiblemente nos lleva a evaluar la dieta, la higiene bucal y los traumatismos mecánicos. La caries dental y las periodontopatías, verdaderos azotes que afectan todo el ecumene actual, también se manifestaron en estas comunidades. Rodríguez Miró y Col. (1980) refieren que el 33,7 % de una serie estudiada por ellos presentó caries, mientras que en los estudios de Calero encontramos que el 22,4 % de los

dientes estaban afectados, y en su mayoría por caries que quedaban en esmalte.

En aquella oportunidad, al igual que ahora, planteamos que aparte de la dieta poco cariogénica que poseían, la baja incidencia de caries aparentemente se encontraba asociada a la alisadura de las accidentadas superficies oclusales de premolares y molares, debido a la fuerte abrasión, convirtiéndose en zonas de autolimpieza.

Rivero de la Calle (1985) señala, al igual que Rodríguez Miró (1980), la alta frecuencia de sarro o tártaro en las dentaduras de estos hombres, y en los preagroalfareros de Calero L. Toribio y Col. reportan resultados similares.

El sarro o tártaro dental (conocido vulgarmente como piedra) es el resultado de la generalización de una masa blanda que se acumula sobre la superficie de los dientes, compuesta por una diversidad de bacterias unidas entre sí por una substancia intermicrobiana (S. Ramfjord y M. Ash, 1984) que en los restos humanos no encontramos por su rápida descomposición *post mortem*, pues su mineralización sólo se produce con la presencia y actividad metabólica de los microorganismos que habitan en ella.

Teniendo en cuenta entonces la alta frecuencia con que se encuentra el tártaro, y que su formación está precedida por la implantación de la placa dental como resultado de la insuficiente higiene bucal, debemos suponer que la prevalencia de la gingivitis debió ser alta, y por lo tanto también de la enfermedad periodontal, ya que la patogenia de esta última comienza con la respuesta de la encía a la placa o al sarro que está sobre los dientes. Es de señalar que la masticación vigorosa de alimentos duros, propios de estas poblaciones no nos parece que afectara la cantidad de placa en los márgenes gingivales y en las zonas proximales (A. Bergenholtz, 1967; J. Egelberg, 1965; B. Howitt, 1928; J. Lindhe, 1969), sino por el contrario debió contribuir en muchos casos a los traumatismos de la encía, con el impacto de alimentos que como resultado del escalonamiento en los rebordes marginales con gran frecuencia se observan en adultos jóvenes y con los topes céntricos defectuosos, debidos a los desgastes excesivos de las cúspides.

Diversos autores se han referido al engrosamiento del cemento radicular (hipercementosis), principalmente en los premolares. L. Toribio y Col. encontraron en tres especímenes de Calero esta alteración, que se acepta como una respuesta a cargas excesivas y constantes. También en tres especímenes de Calero los autores encontraron zonas de deshincia, y en otro caso de fenestración,

que asociaron a vestibuloverciones o linguoverciones, según el caso.

Las reabsorciones de las crestas alveolares en forma horizontal o vertical, las interpretamos como evidencias de la enfermedad periodontal. Otras patologías, como accesos periapicales y periodontales, a veces con trayectos fistulosos, granulomas y quistes, pericoronaritis de los terceros molares, etc., pueden inferirse de las evidencias esqueléticas encontradas en los entierros.

Compartimos el criterio de otros autores que plantean que algunos de los miembros de nuestras poblaciones precolombinas sufrieron periodos prolongados de molestias e inadaptabilidad durante el tiempo que duraba la resolución de los dolores que diversas patologías odontomaxilares eran capaces de ocasionar, cuando no la muerte.

MÉTODO ITERATIVO PARA LA DETERMINACIÓN DEL NÚMERO DE ENTERRAMIENTOS EN UN SITIO FUNERARIO

Si un enterramiento funerario se encontrara suficientemente preservado de la acción de los elementos naturales y biológicos bastaría con el conteo del número de esqueletos para determinar el número de enterramientos del sitio, pero bien es sabido que la intemperie, el arrastre de las aguas, el constante saqueo por los roedores, cangrejos, etc., y el aplastamiento producido por los desplomes o el ir y venir de animales mayores al que están sometidos los restos inhumados en los terrenos tropicales del Caribe, hacen de la labor del censo funerario una tarea difícil que requiere el auxilio de los recursos científicos y de técnicas especiales.

A pesar de que el estudio de la morfología dentaria acaparó gran parte del interés de los antropólogos físicos en la búsqueda del eslabón perdido y en otros estudios de la evolución humana, hemos podido apreciar que la presencia de los dientes es subestimada en el trabajo de recolección y análisis de las evidencias arqueológicas.

Todo diente es un órgano que representa a un individuo y puede darnos gran información sobre la vida económica, social y cultural de la persona en vida. Además, de los métodos para la estimación de la edad, sobre todo en subadultos, el más eficiente, sin dudas, es el que se basa en las diferentes etapas de la calcificación dentaria (H. Soto y L. Toribio, 1991), y si tenemos en cuenta que la esperanza de vida al nacer de aquellos primitivos hombres se encontraba entre los 28 y 32 años resultan aún más importantes estas evidencias para las imprescindibles investigaciones demográficas.

Por otra parte, la morfología de cada diente es única, pues inclu-

sive su homólogo del mismo maxilar se diferencia de él por la condición de ser su enantiomorfo. Estas peculiaridades pueden ser aprovechadas en la estimación del número de individuos enterrados en un sitio arqueológico.

El método de L. Toribio Suárez y M. Rivero de la Calle (1993), que describiremos de una manera muy general, lo hemos aplicado en diversas ocasiones y comprobamos que ofrece mayores posibilidades de estimación que cuando utilizamos otras estructuras del esqueleto.

Consta de las siguientes etapas:

I ETAPA

1. Determinar si cada diente es temporal o permanente.
2. Identificar y anotar si es superior o inferior y si derecho o izquierdo. Ej.: primer molar superior izquierdo temporal.
3. Estimar y anotar el grupo de edad de la persona en el momento de la muerte.

II ETAPA

Se toma un primer diente (que puede ser cualquiera), el cual representará a un individuo perteneciente a determinado grupo de edad. Se toma un segundo diente y se declara como de otro individuo si:

1. No representa al mismo grupo de edad.
2. Representa al mismo grupo de edad, pero se trata del mismo tipo de diente y del mismo lado.
3. Se trata del mismo tipo de diente y del lado contrario, pero su morfología es manifiestamente distinta al anterior.
4. Se trata de un diente contiguo pero no se relacionan las facetas de desgastes interproximales de una manera evidente.
5. Se trata de un diente antagonista pero no se relacionan las facetas de desgaste oclusales de una manera evidente en oclusión funcional.

Después de hecho esto, se tomará un tercer diente y se comparará con los que ya entraron en este proceso y así sucesivamente. Al finalizar se tendrá un número mínimo de individuos de los que además se conocerá la estructura por edad.

La aplicación de este método exigirá un amplio conocimiento y adiestramiento en antropología dental y obviamente de excavaciones completamente terminadas con procedimientos técnicos rigurosos y un cernido meticuloso del material arqueológico.

Además, bajo determinados supuestos, como el de aleatoriedad

y atribución de determinada estructura por edad del grupo inhumado, puede obtenerse un intervalo de confianza, con un nivel de confiabilidad deseado, que encierre el número real de enterramientos. Pero no nos detendremos a comentar este aspecto, para no caer en explicaciones matemáticas, que pienso estarían fuera de lugar.

Para ilustrar al lector, con un ejemplo donde hemos aplicado el método, le presentamos los resultados a los que arribamos después del análisis de 25 dientes sueltos recolectados por la arqueóloga de la Academia de Ciencias de Cuba, Aida Martínez, durante las excavaciones del sitio aborigen Mangón II, Punta de Hicacos, provincia de Matanzas.

| INDIVIDUOS IDENTIFICADOS | EDAD |
|--------------------------|-----------------|
| 1 | 0 a 1 mes |
| 2 | 9 meses a 1 año |
| 3 | 9 meses a 1 año |
| 4 | 1 a 2 años |
| 5 | 6 a 7 años |
| 6 | 8 a 9 años |
| 7 | 12 a 14 años |
| 8 | 20 años o más |

Como puede observarse, se determinó que en el sitio de referencia fueron enterrados, al menos, nueve individuos.

RESCATE ARQUEOLÓGICO

El hombre, en su afán de conocer su historia, se ha visto en la necesidad no sólo de reconstruir el escenario de los acontecimientos del pasado, sino además su apariencia física.

Existen infinitas de referencias acerca de reconstrucciones de formas fósiles, que van desde las del *Pitocantropus erectus* de Dubois, hasta las últimas llevadas a cabo de Lucía o *Australopithecus afarensis*, considerado como uno de nuestros antepasados más directos.

Los investigadores iniciaron las primeras reconstrucciones antropológicas intentando saber cómo eran las estructuras craneofaciales faltantes y al individuo como un todo, pues en ocasiones el material óseo de poblaciones ya extinguidas se encuentra muy dañado y hay que acudir a técnicas restauradoras con el propósito de obtener información científica y salvar un material de importancia histórica.

La reconstrucción de la mandíbula es la que más dificultades tiene, por tratarse de un hueso impar, con relativa independencia y una función compleja. En toda la bibliografía consultada se aprecia que esta se realiza bajo un criterio predominantemente escultórico, don-

de la "intuición plástica" del artista desplaza a la orientación científica que se requiere tener. L. Toribio Suárez y Col. (1993) desarrollaron una técnica que permite la reconstrucción de la mandíbula, produciendo una muy semejante en dimensiones y formas a la pieza anatómica original ya que el diseño se fundamenta en el análisis antropométrico y antroposcópico de la base del cráneo y de los dientes maxilares remanentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Bergenholtz, A. (1967): *Den plaquear fagsnande Förmagen hos några mundhygrehiska hjölpmmeded*. Sven Tanlök, Tidsbr.
- Brothwell, D. R. (1987): *Desenterrando huesos. La excavación, tratamiento y estudio de los restos del esqueleto humano*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Butler, P. M. (1963): "Tooth morphology and primate evolution", en *Symposia of the Society for the Study of Human Biology*. London, Pergamon Press.
- Cohen, B. and I. Kramer (1984): *Fundamentos científicos de la odontología*. La Habana, Edición Revolucionaria.
- Dahlberg, A. (1963): "Analysis of the American Indian Dentition", en *Symposia of the Society of Human Biology*.
- ____ (1949): "The Dentition of the American Indian", en Laughlin, W. S. (Ed.): *The Physical Anthropology American Indian*. New York, Viking Fund.
- ____ (1956): "Materials for the establishment of standards for classification of tooth characters of the dentition". University of Chicago, Zooler Laboratory Dental Anthropology. Inédito.
- ____ (1961): "Relationship of tooth size number and groove conformation of occlusal surface pattern in lower molar teeth". *F. Dental Res.* 40, 34.
- Dacal, R. y M. Rivero (1986): *Arqueología aborigen de Cuba*. La Habana, Editorial Gente Nueva.
- Dorgensen, K. (1955): *The Dryopithecus pattern in recent Danes and Dutchmen*. *F. Dent. Res.* 34:195
- Egelberg, A. (1965): "Local effect of diet on plaque formation and development of gingivitis in dogs. Effect of hard and soft diets", en *Revista de Odontología*.
- Fleischman, M. L. (1963): "The racial incidence of Carabelli's cusp in America", en *American Journal of Physical Anthropology*.
- García-Gody, F. (1980): "Diámetros coronarios en dientes permanentes de una población aborigen de la isla de Santo Domingo", en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, IX(15).
- Gorjanovic-Kramberger, K. (1906). *Der diluviale Mensch von Krapina*

- in Kivaten ein Beitrag zur Palaeoanthropologie*. Kreidel, Weisbaden.
- Greenberg, J. H., C. G. Turner II y S. Zegura (1986): "The settlement of the Americas. A comparison of the linguistic, dental and genetic evidence", en *Xurrent Anthropology*, U.S.A.
- Hellman, M. (1928): *Racial characters in human dentition*. Proc. Amer. Phil. Soc. 67:157.
- Herrera F., R. y Ch. L. Youmans (1946): *La Caleta: Joya arqueológica antillana*. La Habana.
- Howitt, B. (1928): *A study on the effects upon the hygiene and microbiology of the mouth of various diets with out and with the use of toothbrush*. Dent. Cosmos.
- Hrdlicka, A. (1925): *Variation in the dimensions of lower molars in man and anthropoid apes*. Am. A. Phys. Anthropol., U.S.A.
- _____ (1920): *Shovel-Shaped teeth*. Am. A. Phys. Anthropol. Washington.
- Kallay, J. (1963): *A radiographic study of the Neandertal teeth from Krapina, Croatia*. Dental Anthropology. Oxford, Pergamon Press.
- Lindhe, J. y P. Wicén (1963): *The effects of gingivae of chewing fibrous foods*. A. Periodont. Res.
- Luna C., F. (1973): *Paleopatología de los grupos taínos de La Española, en la cultura taína*. Seminario Biblioteca del V Centenario.
- Méndez de P., B. (1975). *Odontometría y morfología dental de los yukpa*. Univ. Central de Caracas, Fac. de Ciencias Económicas y Sociales. Div. de Publicaciones.
- Morbán L., F. (1980): *Anomalías bucodentales en los aborígenes de La Española*. Santo Domingo, Acta de Odontología Pediátrica.
- Nakamura, M. (1957): "Occlusal surface pattern of the lower molars in recent Japanese", en *Acta Anatómica Nipponica*, 32.
- Nelson, C. T. (1938): *The teeth of the indians of Pecos Pueblos*. Am. J. Phys. Anthropol.
- Niesturj, M. F. (1984): *El origen del hombre*. Moscú, Editorial MIR, Tercera Edición.
- Pederson, P. O. (1949): *The East Greenland Eskimo Dentition. Medelser om Grønlan*. Copenhagen, Blanco Lunos Bogtrykkeri, Vol. 142.
- _____ (1940): *Numerical Variations in Greenland Eskimo Dentition*. Acta Scandinavica.
- Pompa, J. A. (1990): *Antropología dental. Aplicación en poblaciones prehispánicas*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Ramfjord, S. P. y M. M. Ash (1980): *Periodontología y periodoncia*. C de La Habana, Edición Revolucionaria, Ministerio de Cultura.
- Rivero, M. (1982): "Contribución al estudio de las mandíbulas aborígenes de Cuba", en *Anuario Científico*, San Pedro de Macoris, 7(7).
- Rivero, M. y L. Toribio (1984): "Estudio odontométrico de la dentición permanente en los aborígenes de Cuba", en *Congreso Nacional de Estomatología. Resoluciones*. C. de La Habana, Palacio de las Convenciones.
- _____ (1985): *Nociones de anatomía humana aplicada a la arqueología*. Ciudad de La Habana, Editorial Científico Técnica.
- Rodríguez F., M. (1882): "De los terrícolas cubanos con anterioridad a lo que allí encontró Colón, según puede inferirse de las antigüedades encontradas en esta isla", en *Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la Cuarta Reunión*. Madrid, t. I.
- Rodríguez M. y Col. (1980): "Estudio de enfermedades dentarias en mandíbulas aborígenes de Cuba", en *Actualidad en Estomatología*, 4(6).
- Shaw, J. C. (1931): *The teeth, the bony palate and the mandible in Bantu races of South Africa*. London.
- Shotensak, O. (1908): *Der Unter Kufer des Homo Neilderbergensis aus den Sanden Von Mauer bli Heidelberg*. Ein Beitrag zur Palaeoanthropologie des Menschen. Leipzig.
- Soto, H. y L. Toribio (1991): *Estudio métrico del canal medular del húmero como indicador de la edad. Estudio de Antropología Biológica*. U.N.A.M., México.
- Tocoma, J. (1956): "Cranology of Aruban Indians", en *Homenaje a Juan Comas en su 65 Aniversario*. México, Vol. II.
- Topinard, P. (1878): *La antropología*. Madrid.
- Toribio, L. R. y M. Rivero de la C (1993): "Método iterativo para la determinación del número de enterramientos en un sitio funerario", en *Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*. México.
- _____ (1988): "Morfología de la cavidad pulpar en dientes preagroalfareros cubanos", en *Congreso Antropología Física Luis Montané*, Universidad de La Habana.
- _____ (1992): "Morfología dentaria en aborígenes cubanos preagroalfareros", en *Congreso Antropología Física Luis Montané*, C. de La Habana, Universidad de La Habana.
- _____ (1983): *La oclusión dentaria en los aborígenes cubanos*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, Soc. Nac. de Espeleología.
- Toribio, L. R. y J. Toribio (1993): "Técnica para la reconstrucción de mandíbulas en cráneos cubanos", en *Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*. México.
- Toribio, L. R. y M. Rubén (1993): "Distribución del tubérculo de carabelli en cubanos", en *Congreso Internacional Antropología Biológica. Estudio Antropología Biológica*. México, U.N.A.M.
- Toribio S., L. R., J. Lam G. y M. Rivero de la C. (1991): "Paleopatología

- de los restos aborígenes de Calero", en Coloquio de Arqueología. Santiago de Cuba.
- Toribio S., L. R.; J. Lam G. y M. Rivero de la C. (1992): *Frecuencia de dientes en forma de pala en europoides cubanos*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.
- Toribio S., L. R.; M. Rubén Q. y M. Rivero de la C. (1991): "Identificación del sexo y el grupo racial por dimensiones dentarias", en *Estudios de antropología física*. México.
- Torres, P. M. y M. Rivero de la C. (1972): *Paleopatología de los aborígenes de Cuba*. La Habana, Academia de Ciencias.
- Trelles D., L. (1934): "Cómo hallé los restos del primer poblado indio en el Cacicazgo de Magón", en *Mem. Soc. Cubana de Historia Natural*, julio, VIII(2).
- Turner II, C. G. (1981): "Dental evidence for the peopling of the Americas", en *Symposium Early Man in the New World*. San Diego California, Society for American Archaeology
- _____ (1979): "Sinodonty and Sundadonty: A Dental Anthropological view of mongoloid microevolution, origen and dispersal into the Pacific Basin, Siberia, and the Americas", en *Symposia of the Society of Human Biology*. U.S.A.
- Wheeler, R. C. (1974): *Anatomía dental, fisiología y oclusión*; 5ta. edición. México, Nueva Editorial Interamericana. S. A.
- Zubou, A. (1984): *Los pueblos autóctonos de América Latina: Pasado y presente*. Moscú, Redacción de Ciencias Sociales Contemporáneas, Academia de Ciencias de la URSS. t. I. x



REPLANTEOS

APUNTES EN TORNO A LA NATURALEZA DE LOS CONTEXTOS ARQUEOLÓGICOS EN LA HABANA INTRAMUROS

CARLOS ALBERTO HERNÁNDEZ OLIVA
LISETTE ROURA ÁLVAREZ



INTRODUCCIÓN

Como resultado de nuestra preocupación por tratar de comprender la vasta complejidad que caracteriza a nuestros sitios arqueológicos y en función de remediar en alguna medida las tremendas lagunas teóricas y metodológicas que descubrimos a diario en el constante proceso de excavación de los yacimientos históricos consignables a La Habana intramuros, nos hemos dado a la tarea de rastrear en la escasa literatura disponible lo concerniente a la dinámica de formación y transformación de los contextos arqueológicos.

La obra descriptiva es abundante en los trabajos arqueológicos cubanos, una tendencia hacia el normativismo puede descubrirse ya en algunas investigaciones en la década de los sesenta; pero sólo en algunos casos se nota una evolución teórica en el pensamiento y en la manera de hacer, aunque si revisamos la literatura internacional podemos notar que este fenómeno no es único de nuestro país: José Alcina Franch, por ejemplo, nos dice acerca de la arqueología española:

El carácter anacrónico de nuestra arqueología, por otra parte, no debe entenderse como un mal "hispanico", lo que si por otra parte nos puede reconfortar maliciosamente, nos debe agujijonear asimismo para ser de los primeros en percatarnos de cuál es nuestra posición "cronológica" real y cuál es el camino que debemos recorrer y enseñar a recorrer, para encontrar el tiempo perdido (Alcina, 1989: 8).

Concientizar por nuestra parte y aplicar uno u otro método de trabajo de acuerdo con las exigencias metodológicas y epistemológicas de estas posiciones teóricas sería un gran paso de avance en nuestro desempeño profesional, pero de ninguna manera podemos acomodarnos a lo ya hecho y cometer los mismos errores que a lo largo de los años han tratado de remediar innumerables arqueólogos en el mundo. No se trata de realizar un exhaustivo trabajo de campo, para posteriormente quedarnos en una fase descriptiva o entender perfectamente los cambios en la estratificación si después no se puede insertar toda esta información dentro de las transforma-

ciones sociales que se sucedieron en una época dada y viceversa; se trata de combinar las posibilidades que nos brindan estas variantes y aplicarlas del mejor modo posible para que la arqueología nos permita ver con más claridad los fenómenos acaecidos tiempo atrás.

Ya en la década de los sesenta, cuando surge la nueva arqueología, varios estudiosos se dan cuenta de que se estaba produciendo una renovación en el campo arqueológico, tal y como lo confiesa Paul S. Martin con estas palabras:

Desde 1960, mis metas e intereses han sido modificados por la tendencia, que se está extendiendo a través de todo el país, una tendencia que significa el cambio que va de un énfasis en los particularismos, a una era imaginativa, en la cual construimos una estrategia de investigación materialista-cultural, que puede tratar con cuestiones de causalidad y orígenes y leyes. La tendencia hacia un reexamen de los fines, métodos de investigación y paradigmas, parece evidente en otros campos: sociología, lingüística, geología, bioquímica y antropología biológica, para mencionar solamente unos pocos. Como resultado de todo ello, yo he alterado sustancialmente las bases, énfasis y procedimientos de mi propia investigación. De ese modo, una transformación conceptual, una revolución, ha tenido lugar en mí.

Describiendo esta adaptación a mi propio ambiente físico, social e intelectual, intento explicar cómo ha tenido lugar esta revolución. Hago esto, no porque mi metamorfosis sea importante para nadie más que para mí mismo, sino porque los cambios que describo son el producto de las insatisfacciones compartidas por muchos arqueólogos. Este ensayo puede ser de ayuda a los más jóvenes y creativos que reconocen que algo falta en sus estrategias de investigación, pero que no saben cómo remediarlo (Alcina Franch, 1989: 5 y 6)

Esta cita recoge o sustituye lo que podríamos decir al respecto y aunque un poco tardíamente, el fenómeno nuestro se manifiesta de la misma manera, por lo que las ideas que en este trabajo plantearemos pudieran esclarecer problemáticas teóricas en el marco de la arqueología, sobre todo teniendo en cuenta la disparidad en cuanto a nivel de información especializada se refiere, lo que beneficiaría a los investigadores interesados en el tema

RESEÑA SOBRE LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y DEFINICIONES DE CONTEXTO

[...] en sentido genérico, contexto es un conjunto de elementos

que se relacionan con el objeto de nuestra observación, condicionándolo a través de esa acción. Así, un cambio de contexto puede implicar un cambio de significado del objeto. En este sentido, el calificativo contextual se opone al calificativo aislado. Entender que los ítems arqueológicos habían de interpretarse teniendo en cuenta los elementos asociados en el depósito fue un logro fundamental de la arqueología que se llamó, por contraste con el coleccionismo, científica. Entender que tan importante como los propios ítems eran las relaciones entre ellos dentro del depósito abrió el campo a la arqueología espacial. La expresión contexto arqueológico evoca ambas ideas (Alcina Franch, 1989: 123).

La relación entre los ítems y sus medios de yacencia será, entonces, mutuamente condicionante, lo que establece una dependencia multilineal en tanto ambos constituyen reminiscencia de la actividad antrópica dada espacial y temporalmente de forma básica

A través del estudio de los ítems, tomando como importantes sus connotaciones cuantitativas, se puede igualmente caracterizar el orden deposicional desde el punto de vista cronológico, por poner sólo un ejemplo. Expresado de un modo más sintetizado: "Generalmente el contexto de un artefacto consiste en un nivel más inmediato (el material que lo rodea; por ejemplo grava, arcilla o arena), su situación (la posición horizontal-vertical dentro del nivel) y su asociación con otros artefactos (aparición junto con otros restos arqueológicos, por lo general en el mismo nivel)" (Renfrew y Bahn, 1993: 511).

El contexto, según Hodder (1988) está compuesto por varias coordenadas: la temporal, espacial, deposición y tipología, se establecen entonces diferencias cualitativas entre lo netamente arqueológico o cultural. En el primer caso se trabaja fundamentalmente con las dimensiones espacio-temporales, y se valida el apoyo en otras disciplinas cuando de interpretación y reconstrucción del contexto cultural se trate.

De lo anteriormente planteado se desprende que: "A partir del análisis de los contextos, el arqueólogo podría alcanzar el nivel de los significados y dentro de ese nivel podremos encontrar dos sistemas estudiados: a) el de las interrelaciones funcionales y b) el de las ideas y los símbolos" (Alcina Franch, 1989: 123).

Es claro que para acceder a la comprensión del conglomerado informático implícito en los ítems que conforman el registro (y la del propio depósito o basural arqueológico) se necesita llevar a cabo un proceso de lectura para la cual necesitaremos conocer multitud de

elementos. Los ítems y su entorno pueden ser abordados multidisciplinariamente, pero en un primer nivel de lectura sólo son visibles sus relaciones espaciales (disposición en los perfiles estratificados), y a partir de ese momento (importando conceptos geológicos), establecer seriaciones relativas dadas por la posición vertical.

El contexto arqueológico surgirá entonces, en la estructura genealógica del investigador, no tan sólo como resultado directo por su existencia objetiva, sino que se movilizará a partir de su relación con el arqueólogo, relación que propiciará significados múltiples, resultantes en gran medida de los intereses, propósitos y nivel profesional del especialista, condicionado todo ello por la naturaleza del proceso antrópico-deposicional y las transformaciones a las que haya sido sometido.

LOS CONTEXTOS HISTÓRICOS

Si resulta "correcta" la clasificación de histórico para caracterizar a aquellos pueblos con escritura, atendiendo al dilema que surge como resultado de criterios de evolución humana en condiciones ágrafas, no es un cuestionamiento que nos plantearemos aquí. Por el momento seguiremos el modismo y no entraremos en exégesis inútiles.

Es evidente que casi todos los arqueólogos con un papel protagónico en el pensar de la ciencia en las últimas décadas han basado sus observaciones en contextos de grupos aborígenes con una economía apropiadora (paleolíticos, mesolíticos) conocidos comúnmente en América como grupos precolombinos. Si esto es cierto, las formulaciones teóricas aquí realizadas necesitan de un reajuste para ser aplicadas en contextos históricos, dada la peculiaridad de otros sitios atendiendo a múltiples factores.

De forma mayoritaria los espacios jerarquizados y diferenciados funcionalmente presentarán características *sui generis* donde la repetición (factor primario para enunciar leyes generales) sería excepción. Pretendemos con ello rebasar los simplismos de que "en una iglesia siempre existan cadáveres en la cripta" o "en las fortificaciones encontraremos proyectiles de artillería", todo ello refrendado por documentos históricos que avalan enterramientos en tal o cual iglesia. De ese modo, la arqueología estará relegada a plano de herramienta de la historia, para comprobar en la práctica lo que se supone cierto en tanto se conserva una memoria escrita. Por otra parte, la dinámica del inmueble con años de vida dificultará en grado sumo la comprensión sobre la disposición de los desperdicios, atendiendo específicamente a la movilidad de los colectores.

Si embargo ir más allá de los estudios de caso (monotéticos) es algo que estará en función de las perspectivas del investigador, pues es posible enunciar regularidades si se toma como premisa básica

que estamos en presencia de un organismo policompuesto y de amplia interpretación. La falacia que puede surgir como resultado de generalizaciones que no constituyen objeto directo del trabajo arqueológico, sino más bien de un conocimiento acumulado por la sociedad y reafirmado por documentos escritos, pone una barrera a las posibilidades descriptivas, analíticas y reconstructivas susceptibles de ser extraídas del registro. También esto tendrá que ver con la falta de una escuela arqueológica en Cuba, desde el punto de vista docente superior, lo que ha hecho dedicarse al trabajo arqueológico a investigadores graduados en historia, razón por la cual en las escasísimas publicaciones se impone el carácter enfático de esta disciplina.

Se deben a South (1976) una serie de aportaciones específicas relativas a la clasificación de los basurales históricos. El referido autor, tomando en cuenta las situaciones concretas opina:

Por esta razón, yo sugiero que debe añadirse el término de *desperdicios in situ-de facto* para referirse a aquellos objetos que se demuestra tienen relaciones arqueológicas con el contexto, que reflejan directamente relaciones de ubicación con el contexto sistemático. Los datos del nivel del piso de estructuras históricas incendiadas que revelan la ubicación de muebles, artículos de almacenaje, ventanas y maderas duras de la arquitectura son ejemplos de desperdicios *in situ-de facto*. (Traducción de Maylen Esturo)

Más adelante South (1976) plantea que es necesario hacer una distinción útil entre los ítems presentes en el registro, resultantes de un abandono premeditado y aquellos "objetos enteros [...] en un contexto que refleja que se cayeron accidentalmente podrían llamarse artefactos primarios de facto, en el sentido de que se encuentran en el mismo lugar en que cayeron por descuido, en contraste con el abandono intencional".

Por último, propone que se agregue una nueva categoría para calificar aquellos desperdicios, tanto primarios como secundarios que hayan sido desplazados fuera de su lugar de disposición original. Se trata de basurales dislocados o desplazados, ya bien por resultado de la actividad humana o por la naturaleza.

LOS CONTEXTOS EN LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA DE LA HABANA VIEJA

En el caso específico de los trabajos en La Habana Vieja hemos pasado de una contemplación estática e ingenua, muchas veces limitada a dibujar los perfiles que quedaban luego de la excavación y tratar de correlacionarlos con ítems carentes de un registro tridimensional, a un cuestionamiento de lo que impresiona nuestros sentidos

como parte de un proceso analítico que en última instancia nos permitirá reconstruir la dinámica e interrelación entre un sitio cualquiera y la ciudad, como entidad general contentiva de los atributos que caracterizan a la sociedad en un momento concreto, y —¿por qué no?— en una evolución tempo-espacial consiguiente a los últimos cuatrocientos años de historia.

El contexto social puede y de hecho contiene tantos contextos materiales arqueológicos como variantes del comportamiento humano sean susceptibles de ser estudiadas por el método arqueológico.

Es por ello que vemos a la sociedad habanera como una generalidad articulada por más de cuatro centurias. Al intervenir en nuestros sitios, el contexto social en sentido general constituye un sistema, más o menos inamovible, al cual nos debemos remitir en un momento del proceso reconstructivo. Decimos aparentemente estático, en tanto el nivel de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, factores constituyentes del modo de producción, permanecen relativamente estables a lo largo de todo el período estudiado por nosotros. Esta realidad ya estaba condicionada mucho antes de que se excavara en La Habana íbamos y, portanto, lejos del alcance de nuestra capacidad modificadora, al menos de forma significativa. Ciertamente no todo está contenido en los documentos y en el proceso morfoevolutivo de un inmueble. Transformaciones espaciales existirán que no habrán sido recogidas en documentos o relaciones de intercambio mercantil, en dependencia de su esencia, el control que impone en el momento y todo ello repercutirá de forma más o menos directa sobre la sociedad, llegando incluso a ser decisiva, como el comercio de rescate o contrabando durante los siglos XVII y XVIII, para pequeños poblados o asentamientos humanos e incluso para la gran urbe. Al respecto la acotación hecha por Binford es ilustrativa:

Como todos sabemos las cartas pueden embellecer la realidad; en la práctica los escritores de diarios escriben, a menudo, para un futuro lector desconocido; todos los registros burocráticos son muy susceptibles de alteración debido a intereses personales. El hecho de que la gente no siempre es honesta enfrenta inevitablemente al historiador con el problema de comprender los motivos que puedan haber movido a los individuos para llevar a cabo un registro del pasado (1988: 24).

De igual modo los contextos arqueológicos o materiales representan la diversidad o la particularidad conformadora de la generali-

dad, en tanto cada casa susceptible de ser intervenida guarda la secuencia del comportamiento humano con las especificidades del modo de vida desarrollado por sus moradores, pero estos (y los depósitos materiales de su actividad) estarán sujetos al sistema social imperante en la ciudad, con todo lo que ello implica. Las particularidades podrían enunciarse en forma de ley: los depósitos o colectores de desperdicios domésticos estaban ubicados en áreas del traspaso.

De ahí podemos continuar el razonamiento de que estos colectores (letrinas) contendrán ítems en concordancia con las líneas comerciales imperantes en un momento histórico concreto. Una regularidad en un depósito de los siglos XVI y XVII puede ser la presencia de mayólica española o mexicana en contraste con depósitos adjudicables a casas con un desarrollo preponderante en el siglo XIX donde aparecerá mayoritariamente loza de factura inglesa o europea. Continuando esta línea de razonamiento, no es lógico esperar loza inglesa en un sitio habitacional del siglo XVI que no ha sido transformado en siglos posteriores.

Las relaciones horizontales y verticales de estos ítems en el contexto arqueológico, si bien limitan su información desde el punto de vista de la cronología, nos permiten recuperar información arqueológica importante. Por ejemplo, conjuntos de piezas asociadas a basurales secundarios pueden ilustrar la dinámica de relleno de un determinado espacio, estableciendo variables como la dirección en que se vertieron estos rellenos y el cambio de material necesario para completar la actividad. Para ello sería preciso implementar un riguroso registro y practicar técnicas como el remontado, complementado por la reconstrucción de las partes constituyentes de una pieza (anastilosis), definida por su uso, forma, decoración, etc. Entonces podríamos plantear como regularidad que los núcleos de concentraciones constituyen el punto en el cual cayó el ítem y las distancias radiales, hasta las partes desperdigadas de forma minoritaria y aislada marcarán la dirección de la acción del relleno, por supuesto, cuando tratemos con contextos secundarios. Si relacionamos estas ideas con otras evidencias como pueden ser muros, restos de estructuras, rasgos, etc., podrá extenderse el proceso analítico al inmueble y sus habitantes y luego a la sociedad habanera del momento tratado. De ese modo, del estudio particular (inmueble) podríamos entrar en la generalidad (ciudad).

No quisiéramos terminar esta apretadísima síntesis sobre los contextos sin comentar sobre algunas problemáticas concretas con las cuales nos hemos enfrentado en el trabajo de muchos sitios, en un orden de complejidad ascendente. Esto, más que cualquier receta o

solución, es un reflejo de las múltiples interrogantes que nos surgen a diario, como parte de la asimilación de una realidad que apenas rozamos con nuestro intelecto y el instrumental metodológico.

No trataremos de establecer que una letrina constituye un basural primario, esfuerzo estéril, pues escapa a cada colector el ser estrictamente situado en una categoría rígida. Nos limitaremos a llamar la atención sobre algunos eventos que han conformado los depósitos habaneros

Es claro que los depósitos que mejor permiten estudiar la dinámica de un inmueble doméstico son las letrinas, sin despreciar completamente el resto de la estratificación. Estas posibles zonas fosa (Binford, 1988) o áreas donde se arrojaba la mayoría de los desperdicios consiste en un medio acuoso donde las excretas de naturaleza humana y animal se encuentran asociadas con restos de cerámica, fragmentos de cáscaras de huevos, etc. Así, un mismo depósito asimilará items de diferente naturaleza. Veámoslo en detalle:

Una letrina conectada a la cocina coleccionará restos materiales desechados en el mismo lugar donde fueron usados, es decir vasijas para cocinar, restos de animales no modificados y otros subproductos generados por las actividades culinarias. Estaríamos entonces en presencia de basura primaria. Ese mismo colector puede contener armas de fuego, municiones, etc., en coexistencia espacial con los elementos antes mencionados y no por ello necesariamente coetáneos. Este tipo de ítem fue encontrado, evidentemente, fuera del lugar donde era usado (en cuanto a área de actividad se trata) y debe de ser clasificado entonces como basura secundaria.

No resulta lógico suponer, por otra parte, que un prendedor de oro, o un par de aretes del mismo material, o una moneda en uso (correlacionable cronológicamente con el resto de las evidencias) sean materiales que pasen a formar parte del registro como consecuencia del accionar humano expreso. Es lícito pensar que se incorporan al registro como resultado de un accidente. Estaríamos entonces frente a desperdicios primarios de facto.

Todo este *melange* puede ser modificado espacialmente en el depósito por la dinámica del mismo, como puede ser: la caída de basura más pesada, entrada de aguas negras que desplazan las evidencias, etc. Del mismo modo, estos contenedores sanitarios deben de haber sido vaciados cada cierto tiempo, parcial o totalmente con lo que quedan testigos en los ángulos de uniones de las paredes o en el fondo que pasan a formar parte de nuevos depósitos de items dentro del mismo espacio, pero con implicaciones arqueo-

lógicas diferentes al ser rellenado el colector con basuras secundarias dislocadas.

Propondremos ahora dos nuevas variantes adjudicables a los basurales dislocados, siguiendo el ejemplo arriba citado. Este tipo de depósito lo hemos observado en varias circunstancias. En primer lugar la basura secundaria dislocada puede estar cumpliendo la función de obliterar una estructura hecha en la misma época, con predominio en el depósito de items con una cronología adjudicable a: "tempo" en que se realiza la acción. Por ejemplo un basural rico en loza crema inglesa fue utilizado para cerrar una zanja constructiva hecha en el último cuarto del siglo XVIII, detalle histórico conocido por referencias documentales. En este caso estaríamos en presencia de basura secundaria dislocada activa, entendiendo por tal el hecho de que exista una correspondencia cronológica relativa entre el fechado de las evidencias y el momento en que fueron empleadas como parte del rellenado de una estructura cualquiera.

El otro caso son los depósitos secundarios dislocados fechados por los items en ellos contenidos, que presentan una discordancia cronológica notable con el espacio que ocupan. Por ejemplo una letrina construida en el siglo XIX (dato conocido por documentos históricos) puede ser vaciada y rellenada posteriormente por desperdicios ricos en evidencias del siglo XVI que estaban formando parte de un antiguo basural. En este caso hemos preferido llamarles basuras secundarias dislocadas pasivas, aludiendo con ello al hecho de ser evidencias abandonadas por el hombre en su constante proceso creador que han sido sustituidas por otras, en función de cambios de estilos decorativos, modas, etcétera.

Más que un rótulo o etiqueta para nombrar este tipo de basural estamos llamando la atención sobre la gran diversidad de situaciones y sus implicaciones en el registro, y por tanto para la interpretación y reconstrucción de la actividad humana. Resulta de vital importancia en una ciudad como La Habana, que ha sufrido constantes y traumáticas alteraciones de sus antrosos, el establecer un equilibrio dialéctico entre la información contenida en los documentos históricos y la emanada de las excavaciones arqueológicas.

Como se ha hecho evidente, esta visión del colector tiene poco que ver con la imagen pasiva e ideal del tranquilo cono de deposición con el cual hemos caracterizado la dinámica de una letrina común.

La implementación de un registro riguroso y la visualización cronológica y espacial de las evidencias desechadas en el colector,

conjuntamente con la aplicación de un complejo conceptual metodológico caracterizado por el análisis de la mayoría de los factores que conforman el depósito, nos permitirán entender, en alguna medida, la gran complejidad del objeto de trabajo cotidiano.

REFLEXIONES FINALES

Parece indudable que si lográramos un registro arqueológico a tono con la implementación de las técnicas de control y análisis aquí brevemente expuestas, extraídas del pensamiento arqueológico contemporáneo, estaríamos en condiciones de intentar una reconstrucción de la historia a partir del sistema de categorías y conceptos trabajados por Marx en el siglo XIX y aplicados en la actualidad por los arqueólogos sociales latinoamericanos.

No estamos en posición gnoseológica de crear acepciones y categorías cuando apenas constituye este un esfuerzo con mayor o menor éxito de acercamiento a la dinámica de contextos diversos. Tampoco intentamos una implementación práctica a toda costa de la teoría, con el único fin de utilizar "nuevos" o "modernos" conceptos y categorías. En tal sentido hemos tratado de aglutinar lo mejor de dos aparentes opuestos dialécticos: la *new archaeology*, con las múltiples corrientes que se generaron desde su aparición y la arqueología social latinoamericana. La primera significó una revolución en el pensamiento y generó un movimiento a todas luces enriquecedor, más allá de lo acertado o no de sus postulados. La segunda nos toca muy de cerca, no sólo por el contexto geográfico y sociopolítico donde surgió o por estar educados dentro de la filosofía marxista, sino porque creemos que el modo en que enfoca el desarrollo social y sus posibilidades científicas de reconstruir la historia del hombre nos proporcionará una alternativa que resume parte de lo mejor que se ha logrado en el terreno hasta el momento.

La diversidad implícita en los desechos materiales dejados por el hombre en su acontecer diario escapa a rígidas talanqueras y conceptos inflexibles. Observar pasivamente los contextos describirlos y ubicarlos dentro del panorama de posición del inmueble como generados por la actividad de sus moradores, es un simplismo del que debemos escapar definitivamente, independientemente que se aplique la matriz de Harris, las clasificaciones de Schiffer, las ideas de Binford o Hodder. Sólo luego de las lecturas que seamos capaces de efectuar partiendo de los múltiples componentes del contexto arqueológico podremos "[...] hacer abstracciones a partir de las funciones simbólicas de los objetos que excavan, para poder identificar el

contenido del significado subyacente, lo que supone analizar la forma en que las ideas, denotadas por los símbolos materiales mismos, desempeñan un rol en la configuración y estructuración de la sociedad" (Hodder, 1988: 148).

La movilidad que caracteriza a los antrosoles de La Habana intramuros impone que los depósitos de items sean trabajados cuidadosamente, implementando técnicas como el registro tridimensional, el remontado y el estudio exhaustivo de la estratificación, con independencia de que estemos en contextos primarios, secundarios o dislocados, en tanto los mismos son de un impacto trascendental para el reconocimiento de relaciones cronológicas, homotáxicas y corológicas íntimamente vinculadas a la evolución del inmueble. Esto lo soporta el hecho de que casi en todos los casos los sitios son policompuestos y la superposición constituye la característica tipificadora por excelencia.

Por último, teniendo el contexto histórico bien definido, determinamos prestarle una atención mayor al contexto material, pues la información que se busca obtener es de una riqueza y variedad realmente increíble y supera en mucho la idea de que nuestros depósitos, por estar casi todos alterados, carecen de valor que soporte estudios y análisis capaces de interdigitarse de forma decisiva en la complejidad que entraña la reconstrucción de la sociedad, de una sociedad de la que apenas logramos conocer unos pocos años en la vida de los moradores de "una" de las casas, con fortuna. El camino, entonces....

BIBLIOGRAFÍA

- Alcina Franch, José (1989): *Arqueología antropológica*. Madrid, Editorial Akal S.A.
- Binford, Lewis (1988): *En busca del pasado*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Hodder, I. (1988): *Interpretación en arqueología*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Hodder, I. y C. Orton (1989): *Análisis espacial en la arqueología*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Renfrew, Colin y Paul Bahn (1993): *Arqueología teoría, métodos y práctica*. Madrid, Editorial Akal S.A.
- Schiffer, M. (1976): *Behavioral Archaeology*. New York, Academic Press.
- South, S.: *Arqueología histórica. Teoría y métodos.* ✕

EL ABORIGEN Y LA CARIDAD DEL COBRE

MARÍA NELSA TRINCADO



EL ABORIGEN Y LA CARIDAD DEL COBRE Y DE LOS REMEDIOS

Fue José Juan Arrom, en el artículo *La Virgen del Cobre: historia, leyenda y símbolo sincrético*, quien primero se aproximó al sustrato aborigen presente en la leyenda originaria de la Caridad del Cobre, y para ello se apoyó en dos fuentes fundamentales: el relato de Onofre de Fonseca (escrito a inicios del siglo XVIII) y el artículo de la historiadora Irene Wright titulado "Nuestra Señora de la Caridad del Cobre (Santiago de Cuba), Nuestra Señora de Illescas (Castilla, España)", en el que sustenta la hipótesis del común origen de ambas imágenes en virtud del parecido entre ellas y de un documento en el que mencionaba la presencia en el poblado de El Cobre, a fines del siglo XVI, de una imagen especialmente traída de Illescas por Sánchez de Moya, administrador de las minas en 1599 y, posteriormente, gobernador del Departamento Oriental hacia 1613.

Sin negar la posible existencia de la mencionada advocación procedente de Illescas, lo cierto es que un nuevo examen del problema a través de las noticias contenidas en los trabajos de Onofre de Fonseca, los autos de 1687 y la obra de Julián Bravo, escrita en 1766, parecen arrojar nuevas luces sobre la historia de la advocación de la Caridad del Cobre y de los Remedios.

Significativas resultan las coincidencias en todos los relatos sobre los lugares relacionados con la aparición de la Virgen y su traslado hacia el Cobre y los inicios del culto a la Caridad, y en todos fueron localizadas con posterioridad zonas de habitación de comunidades aborígenes, muy tardías, en cuyos estratos superiores existen evidencias de fuertes contactos indo-europeos e incipientes procesos de transculturación. Tal es el caso del sitio de Barajagua, cercano a la bahía de Nipe, donde según la tradición, apareció la imagen que hoy se venera en el Cobre.

Este sitio, dado a conocer por Antonio Núñez Jiménez en la década del 40, fue estudiado posteriormente por el arqueólogo José M. Guarch y en él, tanto como en sus alrededores, se localizaron evidencias de una relativamente numerosa población aborigen con fuertes contactos con los colonizadores.

Fue el hato de Barajagua el punto de partida de la expedición que, con el objeto de buscar sal para los trabajos en las minas de El Cobre, supuestamente encontró la imagen sobre las aguas de la bahía de Nipe. Igual ocurre con el lugar conocido como El Vigía o Cayo Francés, en que los dos indios hermanos, Juan y Rodrigo de Hoyos, junto al niño negro Juan Moreno (que a la sazón contaba aproximadamente 10 años) se detuvieron para luego embarcarse y en poco tiempo encontrar flotando sobre las aguas la imagen de bulto, vestida de blanco y aposentada sobre una tablilla con la inscripción: "Yo soy la Virgen de la Caridad".

En este relato resaltan algunos extremos dignos de tenerse en cuenta:

En primer lugar, la aparición de la imagen en figura de bulto e identificada por medio de la mencionada tablilla, parece sugerir la posible presencia de un culto previo de la susodicha imagen que pudo estar escondida entre las comunidades indias y del cual años después tuvieron noticias los españoles. Durante ese tiempo, imposible de determinar hoy, se tejió en torno a la imagen todo el mito relacionado con la "aparición" y en el cual el animismo característico de su religión se fue transfiriendo a la imagen de bulto que se erigió como potencia *per se*, con toda la carga mágica que para ellos debió tener el culto mariano para entonces muy desarrollado entre los conquistadores.

En realidad, en el contexto cristiano, aun en aquellos fuertemente transculturados nacidos en América, la aparición de la imagen en su forma material, parecen excepcionales, incluso, la aparición de la virgen de Guadalupe en Tepeyac, México y de María Lionza o de Onza en Venezuela, cuyos orígenes tienen un innegable sustrato aborigen (Báez, 1988, Acosta, 1993); las apariciones tuvieron la forma de visiones o revelaciones, posiblemente en virtud de los diferentes puntos de partida en la concepción religiosa de las culturas que les dieron origen.

En igual sentido estaría la tablilla con la inscripción que la identificaba y que, según la tradición, desapareció en la época del eremita Mathias de Olivera porque constantemente se le repartían las astillas a los romeros debido a su carácter milagroso.

La presencia de diferentes advocaciones de la Virgen desde los primeros momentos del descubrimiento entre las comunidades aborígenes de Cuba pudiera apuntar en dos sentidos:

1. La imagen de El Cobre pudo ser entregada por un cristiano en

algún momento no precisado aún y que fue durante mucho tiempo objeto de culto en la región oriental, a la manera que ocurrió con la estampa entregada por Hojeda al cacique Comendador.

2. Pudo ser confeccionada por individuos ya fuertemente sincretizados y que, por alguna razón, pasó a aglutinar, a fines del siglo XVI, o principios del siglo XVII una parte importante de la población aborigen y esclava, culto que fue asimilado posteriormente por el criollaje naciente.

Al respecto, es revelador lo que nos dice Onofre de Fonseca

[...] Comenzó (María con el título de Caridad) entre los gentiles, que era la parte más débil, a derramar su Caridad, dándoles a entender, por lo que hemos visto, que venía para su total remedio, atendiendo a su mayor necesidad, como era darse a conocer entre las bárbaras naciones, los alistó bajo su patrocinio (Fonseca, 1935).

En el culto aruaco antillano se encuentran muy bien reseñadas por las crónicas de la época las formas en que estos conciben la aparición de algunas imágenes de bulto. "Los cemies de piedra son de diversas hechuras. Hay algunos que dicen que los médicos sacan de los cuerpos, y los enfermos dicen que son los mejores para hacer parir a las mujeres preñadas" (Pané, 1974: 42-43). Esta referencia nos aproximaría, entonces, a explicar los nombres con que fue designada la advocación de El Cobre: Caridad y Remedios, por su capacidad milagrosa para curar enfermedades y propiciatoria del alumbramiento.

Singular sorpresa nos causó el informe que personalmente recibí de Monseñor Pedro Maurice, arzobispo de Santiago de Cuba, de que durante los trabajos de restauración de la imagen en 1959, se pudo constatar que la cabeza de la Virgen estaba confeccionada de una especie de pasta vegetal, presumiblemente maíz, que al parecer estaba preservada por algún tipo de pintura. Según estos informes, la naturaleza de la materia prima, susceptible a los cambios de temperatura, fue la causa de la deformación de rostro y cuello que alteraron la figura, por lo que, una vez concluidos los trabajos, se decidió mantenerla en la urna climatizada donde actualmente se encuentra (Mons. Pedro Maurice, comunicación personal).

Aunque no nos ha sido posible el acceso cercano a la imagen para constatar estos informes, nos ha sido descrita como una tradicional figura de varillas a la usanza de la época (sólo fueron esculpidos los brazos, cabeza y cuello); los brazos son móviles, confec-

cionados con exquisito gusto, al igual que el niño que lleva en brazos y que recuerdan el estilo renacentista.

El perfil actual de la imagen, que con el decursar del tiempo pudo cambiar, de ser ciertos los informes referidos, es típicamente renacentista, en el que se destaca una boca sensual que, junto al color moreno, le imprimen particular voluptuosidad.

De ser ciertas las afirmaciones del arzobispo santiaguero (confirmadas por él en la homilía del 8 de septiembre de 1993 en el santuario de El Cobre, durante las festividades de la patrona de Cuba) y de poderse datar por medios seguros las distintas partes de la imagen para comprobar su antigüedad, pudiera pensarse en una tercera hipótesis sobre la génesis del culto a la Caridad del Cobre: la participación de aborígenes mesoamericanos en sus inicios.

En otros textos, al referirme al complejo demográfico característico de nuestro país durante los primeros tiempos de la colonia, he mencionado la introducción de aborígenes procedentes de diversas regiones del continente y que quedaron patentizados no sólo a través de las crónicas, sino también en los censos, visitas pastorales, relaciones de los viajeros y varios documentos de la época. Una buena parte de estos emigrados, que llegaron a nuestras costas por motivos muy disímiles, procedían de la región de Yucatán (aunque no descartamos la posibilidad de que dentro de esta denominación pudieran incluirse distintas procedencias de las regiones que actualmente forman la república mexicana y otras partes de la América Central). Debe tenerse en cuenta que la dominación europea significó para toda la América el desarrollo de fuertes migraciones y contactos entre individuos y culturas que borrarón las "fronteras" precolumbinas y propiciaron el intercambio.

En lo que al Caribe insular se refiere, se carece de evidencias sobre la confección de deidades con masas vegetales y, en el especial significado religioso del maíz, este carece de pertinencia porque la alimentación en la región tenía como base la yuca, a la cual están vinculados los cultos agrícolas y de la fertilidad. En cambio, esta práctica era usual tanto para el área maya como para la azteca (véase el *Popol Vuh*, el *Chilam Balam* o las crónicas de la época).

Félix Báez Jorge en su obra *El oficio de los dioses* ha realizado un importante estudio sobre los procesos sincréticos en las advocaciones marianas y las deidades prehispánicas de esta región, en las que suelen estar relacionadas con los cultos a la fertilidad, la luna y la lluvia y en el que los nexos de estas con el maíz se multiplican de forma abrumadora.

Por solo poner un ejemplo, entre los muchos posibles, quisiera referirme a los *Anales de los catchiqueles*, en que se narran los intentos de los dioses para confeccionar al hombre:

El animal coyote fue muerto y entre sus despojos, al ser desuartizado, se encontró maíz. Y yendo el animal llamado Tiub-tiub a buscar para sí la masa de maíz, fue traída de entre el mar por el Tiub-tiub la sangre de la danta y de la culebra y con ellas se amasó el maíz. De esta masa se hizo la carne del hombre por el creador y el formador.

Debe tenerse en cuenta, al analizar esta hipótesis, que las relaciones entre los aborígenes de diferentes procedencias debió ser muy expedita por su similar condición en medio de la dominación europea y que esta pudo contribuir a intercambios cuya naturaleza y profundidad hoy se nos escapa.

En cuanto a los conquistadores, no puede olvidarse que durante los primeros años del descubrimiento, y aún mucho después, fueron numerosos los casos en que, sometidos a aislamiento por naufragios o por otras causas, se relacionaron con comunidades indígenas y en muchas ocasiones adoptaron total o parcialmente sus costumbres y sin dudas contribuyeron a los incipientes procesos de síntesis cultural que se iniciaban.

Casos singulares en esta historia son los de los primeros eremitas de El Cobre, Mathías de Olivera y Melchor de los Remedios. Mathías de Olivera fue localizado por unos monteros (posiblemente indios) mientras habitaba en una cueva en Guaicabón (Boicabón en la actualidad) (AGI, Santo Domingo, leg. 363), región particularmente interesante para la arqueología de Santiago de Cuba porque se encuentra enclavada en el centro de una zona profusamente habitada por comunidades aborígenes de diversos niveles cronológicos, entre ellos, asentamientos con evidencias de transculturación indohispánica.

Olivera, primer eremita de El Cobre, está relacionado con interesantes milagros, que parecen apuntar hacia principios mágico-religiosos de raíz amerindia. Tal es el caso de su salvación milagrosa cuando se despeñó por un profundo barranco y quedó suspendido por una espina de maguey, que lo sostuvo hasta el rescate a pesar de ser un hombre descrito como corpulento (*Ibid*). Queremos apuntar que el maguey es conocido por su carácter sagrado en los cultos mesoamericanos, aunque no descartamos la posibilidad de que en Cuba y las restantes Antillas tuviera también una connotación reli-

giosa por su hermoso florecimiento, antesala de la muerte, que pudo herir su sensibilidad mítica. Con el primer eremita de El Cobre se abre la posibilidad de un personaje fuertemente sincretizado, que vivía en una caverna a la manera de los indios apalencados, rodeado de una importante población aborigen. Y que pudiéramos situar en la base misma del culto a la Caridad.

Caso similar es el del portugués Hermano Pinto, posteriormente autobautizado como Melchor de los Remedios; según la tradición, fue apresado por piratas cuando se dirigía a Cartagena y luego fue abandonado en un punto de la costa en la región de Manzanillo. Es necesario apuntar que fue en un punto de esta costa donde se encontraba enclavado el cacicazgo de Cueybá, por donde desembarcó Hojeda, quien fue recibido por el cacique Comendador al que donó la imagen de la virgen María que durante años fue objeto de adoración a la manera de un cemi, y donde presumiblemente se inició el culto mariano en Cuba.

La región del golfo de Guacanayabo, que circunda Manzanillo, fue lugar de arribada constante de elementos foráneos durante el período colonial y donde se encuentran asentamientos fuertemente transculturados, por lo que no sería de extrañar que durante su permanencia, en contacto con los aborígenes, asimilara parte de los procesos sincréticos que desde hacía más de un siglo se consolidaban en este entorno.

Quisiera aquí hacer un paréntesis; en 1606 se inició, al parecer, el culto de la virgen de los Remedios de la Santa Cruz de la Popa en Cartagena de Indias; poco después, en 1615 se produjo una lucha entre los agustinos descalzos que regían el santuario y los agustinos calzados, que pretendían erigirse en rectores del culto y que concluyó a favor de los primeros en 1640 (Posada, 1929).

Cartagena era punto de atracción para corsarios y piratas por las riquezas que atesoraba y fue víctima de varios ataques a lo largo de los siglos XVI, XVII y aún XVIII. Por esos mismos años, la costa sur de la región oriental de Cuba mantenía un fructífero comercio ilícito con corsarios y piratas que permitió el enriquecimiento rápido de una oligarquía que tenía su centro en Bayamo y que utilizaba las costas manzanilleras, desprovistas de custodia, para burlar las restricciones comerciales de la metrópoli. Tan anómala situación culminó con la captura del obispo Cabezas Altamirano, su liberación por parte de los bayameses y el alzamiento de estos ante las medidas que para restringir el comercio tomó el gobierno de la isla. Poco después, en 1607, la isla de Cuba quedó dividida en dos gobiernos, uno de ellos

con residencia en Santiago de Cuba, con lo que se pretendía poner fin, sin lograrlo, a las irregularidades mercantiles de los orientales.

Son estos los años que coinciden con el "descubrimiento" de la imagen de la Caridad y, entre 1640-50, con la llegada a El Cobre de Melchor de los Remedios (relacionado de alguna manera con la piraería, Cartagena y los indios de Manzanillo), lo que nos sugiere que este personaje pudo ser elemento importante en el entrecruzamiento de tradiciones que convergen en la advocación mariana de la Caridad del Cobre.

En las necesarias transferencias que condujeron a la temprana identificación entre la virgen María y la deidad aborigen progenitora universal, protectora de los partos y rectora de las mareas, la luna, y las cosechas, es significativo el siguiente pasaje descrito por Onofre de Fonseca:

[...] el cacique o régulo publicó una ley, por la que impuso grandes penas, a fin de castigar al que se atreviera a mencionar el santísimo nombre de María fuera del templo, a menos de no ser su ~~real~~ persona y las mujeres en los peligros de sus partos (subrayado de la autora) (Fonseca, 1830: 20).

Queremos apuntar que aún hoy se acostumbra entre los creyentes a colocar una imagen de la Caridad de El Cobre en el vientre durante el parto para garantizar un feliz alumbramiento. Particular importancia tienen las noticias sobre las sucesivas desapariciones de la virgen durante su estancia en Barajagua:

Y puesta en su altar esta divina Señora, dicho indio Rodrigo de Hoyos cuidaba de encender la lámpara y yendo de noche a reformar dicha lámpara, no hallaba a esta Divina Señora en su altar, y dando voces dicho Rodrigo de Hoyos al Mayoral y demás personas que venían hasta veintiuna las personas que estaban en dicho hato de Barajagua, les decían que la virgen Santísima no estaba en su altar [...] Y al otro día por la mañana, volviendo a la casa la hallaron en su altar, con los vestidos mojados. Y esto se vio por dos veces (AGI, Santo Domingo, leg. 363).

Años después, Julián Bravo describía la misma escena, aunque con algunas variantes dignas de tenerse en cuenta:

Como Juan Diego tomó a su cuidado el aseo de la ermita, y la lámpara, una noche levantándose a registrar la luz reparó que la imagen no estaba en su altar, asustado salióse a la Yglesia dando parte al mayoral que discurriendo ser voluntario el vuelo

de la Paloma anidada dieron en sospechar contra Juan Diego que le había ocultado, *por haberle oído decir que los blancos no se la habían de quitar* (subrayado de la autora)

Esta última frase es realmente significativa por el sentido de pertenencia que encierra. Entre los aruacos antillanos, según relata Pané, las deidades eran tantas como caciques y behiques existían y cada uno de ellos les atribuía virtudes especiales a sus cemíes. El cemí protege al que es su propietario y esta protección puede cambiar por medio de un simple traspaso, voluntario o no. De hecho, el robo de cemíes era motivo de constantes disputas entre comunidades vecinas. Esto explicaría la actitud del cacique de Cueybá, cuando el Padre Las Casas le pidió trocar las imágenes. En esta significativa frase de Rodrigo de Hoyos se evidencia similar sentido de permanencia respecto a la imagen y su intención de sustraerla a los amos.

Tiempo después, ya en El Cobre, en la época del ermitaño Mathías de Olivera, se produjeron nuevas desapariciones:

[...] no se le pudo ocultar los varios desaparecimientos que hacía por entonces la Peregrina Ymagen, siendo de todo testigos los de las minas que le oían el dar la vuelta la Santa Ymagen los regaños y quejas amorosas, diciéndole: Señora, anoche me dejaste solo, ahora venís llena de sarpa sin reparar que sois una pobrecita, que no tenéis ropa que mudaros, ni plata con que comprar otra [...] (*Ibid.*)

Interesante resulta la versión que sobre estos hechos y el ermitaño Mathías de Olivera, ofrece O. de Fonseca:

[...] que con sus virtudes llegó a merecer tanto de la Stma. Virgen que los testigos hacen relación jurada, afirman que fue tanta la familiaridad con ella y su oración tan continua que hablaba con la Divina Sra. Y principalmente en una ocasión que le decía con algún celo: ¿De dónde venís Sra. con la ropa tan mojada? ¿En dónde habéis estado toda la noche, que no os he visto en nuestro altar? (Fonseca, 1830).

En igual sentido relacionan los hechos los autos de 1687:

¿De dónde venís Señora? ¿Cómo me dejáis aquí solo? ¿Por qué ensuciáis los vestidos si sabéis que no tenéis otros ni dinero para comprarlos? ¿Cómo los traéis mojados, de dónde venís mojada? (*Ibid.*)

Estas referencias son muy sugerentes porque entre los aruacos

son muy comunes las deidades que acostumbran a desaparecer para luego volver a su lugar de origen, en este sentido son ilustrativas las relaciones de Fray R. Pané.

El cual cemí Opiyelguobirán decían que tenía cuatro patas, como de perro, y es de madera, y que muchas veces de noche salía de casa y se iba a las selvas. Allí iban a buscarlo, y vuelto a casa, lo ataban con cuerdas; pero él volvía a las selvas. Y cuando los cristianos llegaron [...] cuentan que este se escapó y se fue a una laguna; y que ellos lo siguieron allí por sus huellas, pero que nunca más lo vieron ni supieron nada de él (Pané, 1974: 45)

También existe otra deidad aruaca con similares características:

Este cemí es de un cacique principal de la isla Española [...] y le atribuyen diversos nombres, y fue hallado del modo que ahora oiréis. Dicen que un día, antes que la isla fuese descubierta [...] andando de caza, hallaron un cierto animal, tras el cual corrieron, y él huyó a un hoyo y mirando por él vieron un leño que era cosa viva [...] Luego fueron allá [...] y cogido aquel tronco le edificaron una casa. Dicen que de aquella casa salió varias veces y se iba al lugar de donde lo habían traído, pero no ya al mismo, sino cerca (*Ibid.*: 46-47).

A la luz de estos relatos, no parece casual que en Cartagena de Indias, muy vinculada con Santiago de Cuba durante todo este período y los posteriores, la virgen de la Candelaria, de indudable ancestro indígena como casi todas las advocaciones marianas nacidas en América, tuviera también la virtud de las desapariciones:

Cualquier desgracia que ocurre a los corsarios es atribuida a la intervención de la imagen y los españoles cuentan que ella estaba ausente de su santuario la noche en que el buque pirata Oxford voló en la isla de Vacca cerca de La Española, y que después de su proeza regresó la virgen a su ermita con los vestidos húmedos (Posada, 1929).

Llama la atención, por lo alejado de los cánones católicos, las formas conversacionales entre Mathías de Olivera y la virgen de El Cobre, pero que parecen recordar las de los behiques en las formas rituales que empleaban:

[...] cuando alguno va por el camino dice que ve un árbol, el cual mueve la raíz y el hombre con gran miedo le pregunta quién es.

Y él le responde: "Lámame a un behique y él te dirá quien soy" [...] Y el hechicero o brujo corre enseguida a ver el árbol [...] Hecha la cohoba, se pone de pie, y le dice todos sus títulos, como si fuera un gran señor, y le pregunta: "Dime quién eres, y qué haces aquí, y qué quieres de mí y por qué me has hecho llamar. Dime si quieres que te corte, o si quieres venir conmigo, y cómo quieres que te lleve, que yo te construiré una casa con una heredad" (Pané, 1974: 41-42).

En una aproximación más cercana, las formas de comunicación con la imagen de la Virgen de la Caridad de M. de Olivera y el indio Rodrigo de Hoyos, parecen converger en más de un sentido; no sólo por el tono coloquial que las aproxima a las conversaciones sostenidas entre los behiques y los cemles, sino por las compartidas experiencias sobre las sucesivas desapariciones y las formas de reconversión, muy similares en la argumentación.

Para podernos explicar el problema en torno a los inicios de este culto es necesario retomar las referencias sobre el lugar de aparición. En una de las notas de Arrom a la edición de la relación de Pané, al referirse al cemí Baraguabael, dice: "Ulloa: Fraguñsol [...] acaso sea mejor Baraguabael. Así escrito se relacionaría con Baraguá (lugar de Cuba entre Santiago y Holguín), y con Baracoa, Barajagua y otros toponímicos en que bara significa 'mar' [...]" (Arrom, 1980: 77)

Y curiosamente, según la tradición, fue de Barajagua de donde partió la expedición de los dos indios y el niño negro que, de acuerdo con la leyenda, encontraron la imagen flotando sobre las aguas de la bahía de Nipe. Y fue en ese mismo lugar donde presuntamente se le construyó el primer santuario: un rústico bohío de madera al cuidado de un indio, posiblemente un behique —ya transculturado— por su expresión de que "los blancos no se la havían de quitar". Y fue también en el mismo lugar donde por primera vez regresó con las ropas mojadas para dejar sentado desde los primeros momentos su estrecha relación con las aguas.

Quisiera plantear a nivel de hipótesis que la imagen mariana se mantuvo durante un tiempo, imposible de determinar aún, en la región de Barajagua, cualquiera que fuera el origen de esta y que, con el decursar del tiempo, se produjo una deformación en la tradición, posiblemente provocada por una confusión nacida del significado de la raíz bara (mar) del lugar donde se consolidó primero el culto, y la tradición posterior sobre su aparición sobre el mar.

Esta hipótesis se vería reforzada por las evidencias arqueológicas que demuestran la existencia de una numerosa población abori-

gen que coexistió con los españoles, pero que al mismo tiempo se encontraba alejada de los centros de poder eclesiástico y colonial, lo que propició el mantenimiento de un culto sincrético que con el correr de los años se fue extendiendo a otras partes de la región oriental y, posteriormente, al resto de la Isla.

Debemos agregar, para una mejor comprensión de las esencias sincréticas de este culto, los relatos sobre los numerosos milagros vinculados con la violencia de las aguas, el remedio de las intensas sequías y las furias de las tempestades tropicales en toda su fuerza creadora y destructora; vida y muerte en la que se unen Atabex y Guabancex.

Las descripciones de Pané sobre las peculiaridades de los cemles Atabex, Guabancex y Opiyelguobirán, nos inducen a pensar en que los procesos de síntesis cultural que dieron lugar al culto a la Caridad de El Cobre, se produjeron en virtud de un peculiar fenómeno de resumen en que el aborigen parece concentrar en esta imagen las principales potencialidades de sus deidades más representativas. Proceso que, al parecer, ya venía explicitándose antes de la llegada de los españoles en los llamados trigonolitos o ídolos de tres puntas, característicos de nuestras comunidades agroalfareras y que enterraban en los conucos para garantizar la fertilidad de las cosechas.

El relato de Pané parece reforzar esta hipótesis al narrar un hecho acaecido en La Española:

Salidos aquellos del adoratorio (unos indios), tiraron las imágenes (cristianas) al suelo y las cubrieron de tierra y después orinaron encima, diciendo: "Ahora serán grandes y buenos tus frutos". Y esto porque las enterraron en un campo de labranza, diciendo que sería bueno el fruto que allí se había plantado (Pané, 1974: 53).

El culto a la fertilidad relacionado con tres potencias que pudieran ser la vida, muerte y lluvia y estarían sintetizados en los trigonolitos pudiera explicar la leyenda de las tres luces que, durante tres noches, señalaron el cerro del Cardenillo como lugar idóneo para que en él se construyera el santuario de la Virgen del Cobre. En igual sentido fueron tres las noches que los dos indios y el niño negro pernoctaron en Barajagua antes de adentrarse en la bahía de Nipe el día que, según la tradición, encontraron la imagen de la virgen.

El culto a la Caridad, relacionada tan estrechamente con nuestros aborígenes, debió herir la sensibilidad religiosa de mestizos y esclavos y contribuyó a consolidar el mito con ella relacionado.

Estos trasiegos culturales, que se evidencian a través de la existencia de elementos aborígenes en todos los cultos sincréticos cubanos y, en especial, los de origen bantú cuya población era mayoritaria en la región oriental, son indicadores importantes a tener en cuenta en la extensión de esta devoción en nuestro país.

Para sólo aproximarnos a algunos de estos procesos, que se salen del marco del presente trabajo, quisiéramos mencionar la existencia de fenómenos sincréticos paralelos entre los conceptos mágico-religiosos aborígenes y los que los africanos trajeron a nuestras tierras.

En los ritos congos cubanos el checherecú es una prenda, ausente en África, confeccionada en forma de muñeco realizado en tela de colores vivos, que generalmente se encuentra "cargada" con algunos restos humanos. Estas prendas son características de los aruacos antillanos que confeccionaban ídolos similares en algodón, madera, etc., según las referencias de las crónicas. Particular importancia tiene el ídolo taíno de algodón que se encuentra en el museo de Turín que guarda en su interior restos humanos.

La presencia del caldero como centro mágico de fuerza, ausente como elemento permanente entre los bantúes, parece recordar las cestas de cráneos y restos humanos que desde Colón fueron tan bien descritos por los europeos.

Importante también es el culto a iroko (la ceiba), peculiar tanto de las Antillas como de las regiones mesoamericanas, y pudo tener su contrapartida en África en el culto al baobab, con el cual debió identificarse desde los primeros momentos.

El tabaco, originario de América, se encuentra presente en todos los cultos sincréticos cubanos, y curiosamente, la forma en que se hacían los sahumerios, por parte de los aborígenes, con la candela vuelta hacia adentro, es peculiar actualmente de los cultos de origen congo y yoruba (reglas de palo y de ocha).

Ausente en África, la Mama Chola de la palería cubana, parece identificarse con la advocación de la Caridad en virtud de sus relaciones con las aguas y la potencia generadora. En igual sentido, en la santería, Ochún deidad relacionada con el amor y las aguas apacibles de los ríos y arroyos, es identificada tradicionalmente con la Caridad del Cobre, al igual que Ercilí (el santo blanco del vodú cubano), diosa de las aguas, del amor y protectora de los partos, tiene su representación más expresiva en la imagen de la Caridad.

Como sabiamente afirmara Onofre de Fonseca a principios del siglo XVIII, el culto a la Caridad del Cobre se inició entre los "gentiles", que la dotaron de los principios sacros asequibles a las diversas concepciones religiosas que se entrelazaron en nuestro país.

Atabex, que rige las aguas dulces y limpias que brotan de las montañas, de lo profundo del bosque o de las orillas de los mares y de entre las rocas, nos aproxima a El Cobre como lugar idóneo para su establecimiento definitivo y donde, además, existía una importante población de origen africano e indígena.

Situado en un cerro, junto a una fuente de aguas limpiadas, rodeado de los trabajadores de las minas, en su mayoría negros, se consolidó al culto de la Virgen. No por casualidad una niña, al parecer mestiza, Apolonia, de cuya madre se dice que trabajaba en las minas, fue testigo del singular "milagro" en el que la Virgen solicitaba casa aparte en lo alto del cerro que señaló con tres luces, y junto a una fuente.

Fueron los negros esclavos de las minas de El Cobre quienes primero le rindieron culto en el nuevo santuario cuando llegó, precedida por la fama de sus milagros, después de su peregrinar desde el hato de Barajagua. Con la virgen india en la que se entrelazó lo europeo y lo africano, se construyó el culto a la virgen morena que hoy se venera en El Cobre.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Wilma (1993): "María Lionza, un culto sincrético con carácter de religión nacional". Inédito.
- Arrom, José Juan (1980): *Certidumbre de América*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Báez-Jorge, Félix (1988): *Los oficios de los dioses; dialéctica de la religiosidad popular de los grupos indios de México*. Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Fonseca, Onofre de (1830). *Historia de la aparición milagrosa de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre*. Impr. del Real Consulado de Santiago de Cuba.
- Pané, Fray Ramón (1974). *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. México, Ed. Siglo XXI.
- Posada Gutiérrez, General Joaquín (1929). *Memorias histórico-políticas*. Bogotá, Imprenta Nacional, t. II. x



VII TALLER DE ARQUEOLOGÍA DEL CARIBE

CASA DEL CARIBE. SANTIAGO DE CUBA

4 AL 7 DE JULIO DE 1998

En esta oportunidad el taller centrará sus debates en temas relativos a la irrupción de la cultura hispánica en el Caribe precolombino, así como la huella hispánica en la conformación de la cultura caribeña de hoy.

Las principales temáticas se refieren a:

- Impactos de la conquista y la colonización española en las sociedades aborígenes del Caribe
- El proceso fundacional en el Caribe hispano
- La arqueología en los asentamientos del período de contacto indohispánico
- La transculturación indohispánica. Su trascendencia en el Caribe actual.
- La arqueología en los asentamientos del período colonial español.
- La conservación y restauración de bienes patrimoniales. Su lugar al entorno ambiental y cultural

Para inscribirse, o solicitar más información, dirijase a:

Jorge Ulloa Hung

Casa del Caribe



La cubierta reproduce dos ídolos de tres puntas o trigonolitos pertenecientes a la cultura taína, que proceden de la isla de Puerto Rico. Las piezas señalan hacia un núcleo central mamiforme, y están rematadas en ambos extremos laterales en caras antropomorfas proyectantes. Ídolos semejantes, con diferentes aspectos y tamaños, se hallan en el Caribe desde los 1200 A.N.E. vinculados con prácticas agrícolas, sobre todo el cultivo de la yuca. Estas piezas forman parte de los fondos arqueológicos de Smithsonian Institution, Washington, USA.

